AUTORA *BEST SELLER* DEL *NEW YORK TIMES*

VI KEELAND

PLANTADA

DE PLANTADA POR EL NOVIO A BESADA POR EL PADRINO



CHIC

Vi Keeland

Plantada

Traducción de
Laura Cervantes Aguilar



Para todas las mujeres
a las que les han roto el corazón en el altar.
Que le den. Alguien que os merezca llegará pronto.

Capítulo uno



Sloane

—Oh, Dios mío. —Elijah pestañeó—. Estás de broma, ¿no?

Solté una risita y levanté la mano para llamar a mi hermano Will.

—Nop. No nos queda otra.

Mi hermano se acercó. Se limpió las manos con un trapo y se lo colocó sobre el hombro.

—¿Qué quieres ahora, Peaty?

Puse los ojos en blanco.

—Quiero otro margarita, y Elijah tomará… —Dirigí la vista hacia mi mejor amigo y compañero de trabajo y esperé a que terminara la frase, pero estaba muy ocupado babeando por Will. Negué con la cabeza—. Él también tomará un margarita, pero que estén helados, no con hielo.

—Helados —resopló Will—. Dos granos en el culo marchando.

Elijah se levantó del asiento y se inclinó sobre la barra para ver alejarse a Will.

—¿Estás segura de que no es gay?

—Se tiró a la mitad de mis amigas en el instituto, se casó con su amor de la universidad y tiene una hija. —Señalé a mi hermano—. Además, ¿cómo puedes pensar eso? Lleva una camiseta marrón, unos pantalones negros y unos Crocs de color verde.

Elijah arrugó la nariz.

—No es la mejor combinación, pero con esa mandíbula podría pasarlo por alto.

Solté una risita.

—¿Por qué te llama Peaty?

—Porque es insufrible. Cuando era pequeña, solía ponerme muy nerviosa cuando el profesor me preguntaba algo en clase. Desarrollé el hábito de repetir la pregunta antes de responder porque, de alguna manera, me tranquilizaba. Will y mi otro hermano, Travis, se enteraron y empezaron a llamarme *Repeat*. Se convirtió en Peaty a lo largo de los años.

—Guapo y gracioso: totalmente mi tipo. Qué pena. —Elijah cogió unos cuantos anacardos del cuenco que había en la barra y tiró uno al aire para cogerlo con la boca abierta. Le dio en la mejilla y se cayó al suelo.

—¿Crees que nos están gastando una broma? —Señalé los papeles desparramados por la barra: nuestro encargo de última hora para esta tarde—. ¿Por qué una novia elegiría estos vestidos?

—¿Vestidos? ¿Y qué hay de los tocados? No estamos en Inglaterra y la boda no va a ser en un jardín. Creo que tienes razón y alguien nos está tomando el pelo.

Miré la hora en el teléfono.

—Mierda, ya son las cuatro. Tenemos que irnos pronto o llegaremos tarde. Dile a Will, cuando salga con nuestras bebidas, que estaré cambiándome allí detrás. Voy a marcarme un Superman en el almacén: es más grande que el baño y no quiero mojarme el vestido con agua del váter como el mes pasado.

—Vale, pero cuando sea mi turno, no le digas que estoy allí. —Me guiñó un ojo—. Quiero que entre y me vea desnudo.

Me puse uno de mis típicos vestiditos negros, que siempre llevaba a las bodas que cubríamos, y unos tacones plateados. Después, me retoqué el maquillaje y eché el pelo hacia delante para darle algo de volumen. Cuando salí, Elijah se estaba partiendo de risa y Will estaba al otro lado de la barra con una sonrisa diabólica.

«Esto no puede ser bueno».

—Lo que sea que te ha contado —dije mientras dejaba mi bolso en el taburete—, es mentira. No le creas.

Elijah estalló en carcajadas.

—Entonces, cuando tenías siete años, ¿no enviaste invitaciones de boda a todas las personas que conocías para que pudieran ver cómo te casabas con el perro de la familia? ¿Y el perro no se pasó toda la ceremonia intentando montarte la espalda?

Le fruncí el ceño a Will.

—Eso solo pasó porque este imbécil me abrazó para darme suerte y me llenó la espalda del vestido de crema de cacahuete. Buddy estaba obsesionado con la crema de cacahuete. Si alguien abría un bote, montaba hasta un cojín del sofá.

Elijah seguía desternillándose. Qué mal que aquel incidente no me hubiera quitado la obsesión con las bodas. Podría haberme evitado mucha angustia, y tal vez ahora sería una periodista de verdad en lugar de una redactora de la revista *Bride.*

—Ve a cambiarte, Elijah. —Señalé a mi hermano—. Y tú, vuelve a sentirte halagado por la atención de chicas de diecisiete años que ligan contigo para que les aceptes el carné de su prima que dice que tienen veintinueve.

—Vaya —dijo Will—, alguien está de mal humor.

—¿De mal humor? ¿Por qué estaría así? ¿Porque voy a otra boda en la que no me apetece estar un sábado por la noche?

—Estás con la regla, ¿verdad?

Abrí los ojos como platos.

—Vete, Will.

Mi hermano no tenía malas intenciones, así éramos nosotros: fastidiarnos era nuestra forma de demostrarnos amor; pero sí que estaba de mal humor esa tarde. Tal vez llevaba así los últimos seis meses. Adoraba mi trabajo. ¿Ganarme la vida acudiendo a bodas extravagantes y escribir sobre ellas? ¿Aconsejar a mis más de millón y medio de seguidores en las redes sociales? Era mi trabajo de ensueño, algo que deseaba desde antes de ser lo bastante mayor como para organizar una boda elegante en el patio con mi perro Buddy de dos años. Estaba obsesionada con las bodas desde que era una niña, incluso podría decirse que era adicta: películas sobre bodas, vestidos de novia, recintos… Joder, había elegido las lecturas para mi futura ceremonia cuando tenía diez años. Mis padres vivían una vida de cuento de hadas, y creía que encontraría «fueron felices y comieron perdices». Vivía para ello. Qué idiota, ahora lo sabía. Pero el día que me comprometí fue el más feliz de mi vida. Entonces llegó el gran día y… me quedé sola en el altar. Plantada.

Después de aquello, me amargaba pensar en cualquier tema que tuviera que ver con bodas. Como la leche que dejas un día fuera a treinta grados, me volví agria. Por no mencionar que, al día siguiente, mi novio original, Buddy, murió. Tenía veintiún años, una edad a la que no muchos perros se acercaban, así que no fue una sorpresa, pero ¿en serio? ¿El día después de que me dejaran plantada en el altar?

Elijah salió de la trastienda, tan elegante como siempre. Mientras yo prefería llevar un vestido negro simple y mezclarme mientras estaba trabajando, ese no era su estilo para nada. Esta semana, llevaba un traje a cuadros azul marino, con pantalones ajustados que terminaban cinco centímetros por encima del tobillo y zapatos de terciopelo burdeos. Nada más sencillo encajaría con su pelo rubio platino y su ascendencia coreana. Muy pocos hombres podrían lucir ese estilo, pero la confianza de Elijah hacía que funcionara. Me tragué la amargura y forcé una sonrisa.

—Vas a eclipsar al novio.

—¿No lo hago siempre? —Sonrió.



Dos horas más tarde, íbamos a entrar en la *suite* de la novia en el Chateau L'Amour. Elijah se detuvo en seco.

—Última oportunidad —dijo—. Por favor, dime que alguien se está riendo de nosotros y en realidad están grabando una película de época o algo aquí.

Hice un mohín mientras observaba a una de las damas de honor. La mujer parecía haber salido de *Lo que el viento se llevó* con ese enorme miriñaque. Era mucho peor en persona que en las fotos que habíamos recibido de antemano para los créditos del diseñador.

—Tal vez es una de las camareras que llevan champán. Ya sabes, cuando visten una falda enorme en la que sostienen cien copas.

—¿Ves algo de champán?

—No… pero vamos a ser optimistas. —Justo cuando terminé la frase, entraron dos mujeres más con los mismos vestidos.

Elijah me dio un codazo.

—Supongo que tienen tres camareras de champán.

Suspiré. «Genial». Últimamente ya tenía suficiente con escribir artículos entusiastas sobre bodas de ensueño.

—Tendremos que centrarnos en la novia.

Soltó una risita.

—¿Quién crees que ha elegido estas monstruosidades? Apuesto a que estas señoritas parecen haber salido de *Vogue* en comparación con ella.

Tenía sentido.

—No importa lo malo que sea; tenemos que recordar que este encargo viene del mismísimo Hayes, así que tiene que salir impresionante en la revista. Y Ted Hayes Jr. está en la fiesta, así que asegúrate de hacerle una buena foto al hijo del jefazo.

En un principio, Elijah y yo teníamos otra boda asignada esa tarde, pero la novia se tuvo que someter a una cirugía de emergencia, así que el evento se había pospuesto. En su lugar, el CEO del conglomerado al que pertenece nuestra revista nos puso un

reemplazo. Al parecer, el novio es un amigo de la familia o algo, así que mi redacción y las fotos de Elijah tienen que ser despampanantes. Mi compañero asintió.

—Joder. De acuerdo.

Una mujer con un chaleco negro y una sonrisa forzada se acercó. Observó el equipo que Elijah llevaba en la bolsa.

—¿Sois los camarógrafos?

Negué con la cabeza.

—Venimos de parte de la revista *Bride.* Vamos a cubrir la boda.

—Oh. —Frunció el ceño—. El camarógrafo debería estar ya aquí. La novia está… impaciente. —Extendió la mano—. Soy Claire, una de las asistentas de la novia. Si necesitáis algo, decídmelo.

—¿Te importaría indicarnos el camino hasta la *suite* de la novia?

—Por supuesto. Seguidme, os guiaré.

Cuando entramos, media docena de damas de honor revoloteaban por una elegante habitación, pero no vi a la estrella del evento.

—¿La novia está por aquí? —pregunté—. Me gustaría presentarme y asegurarme de hacer unas fotos de los preparativos antes de la boda.

—Ella…

—¡¿Estás de broma?! —chilló una mujer desde otra habitación—. ¡Esto no me puede estar pasando a mí!

Claire se inclinó y susurró:

—Esa es la novia.

Por la forma en que gritaba, me imaginé lo peor.

—¿El novio… ha cancelado la boda?

Claire negó con la cabeza.

—No, probablemente se haya roto una uña.

«Maravilloso».

Se abrió una puerta al final de la habitación y Noviazilla salió. Tenía el peinado listo, estaba maquillada y llevaba una tiara brillante en la cabeza, pero de cuello para abajo seguía en pijama.

—¿Quién es la siguiente? —Echó un vistazo por la habitación y señaló a una dama de honor—. ¡Tú! Quítate el vestido y ve a broncearte.

—¿Broncearse? —le susurré a la asistenta—. ¿Qué está pasando?

—La primera dama de honor llegó anoche. Vive en Florida. Al parecer, Piper tuvo un berrinche cuando vio a su amiga porque está «demasiado morena». Piensa que hará que el resto del cortejo nupcial parezca enfermo en las fotos. Anoche estuvo enviando mensajes a las chicas para que hoy llegaran dos horas antes. Piper contrató a alguien que les hará bronceados en espray a todas. Dijo que era obligatorio.

Abrí los ojos como platos.

—¿Estás de broma?

—Nop. —La asistenta de la novia sonrió agotada—. Tengo que ir a buscar hielo picado, no le gustan los cubos. Disculpadme unos minutos. Buena suerte con la novia.

Elijah y yo nos miramos.

—¿Hora de servirse un cóctel?

—Me has leído el pensamiento.

Nos escabullimos de la *suite* y nos dirigimos al vestíbulo para encontrar al *maître*.

—Hola. Soy Sloane Carrick, redactora de la revista *Bride,* y él es mi compañero, Elijah Kim. Es fotógrafo. ¿Le han informado de que estaremos cubriendo la boda para la revista?

El *maître* se irguió y sonrió.

—Sí, estamos encantados de tenerlos en el *Chateau.* Soy Leonard Frommer. ¿Qué puedo ofrecerles para que estén cómodos?

—Esperábamos poder hacer algunas fotos en la zona del cóctel antes de que llegue todo el mundo.

—Por supuesto. Por aquí.

Leonard nos guio por un pasillo largo que conectaba dos edificios. Mientras cruzábamos de uno a otro, un hombre apareció desde un pasillo recóndito, caminando en la dirección opuesta. Me detuve para

no chocarme con él, pero lo hice de manera tan abrupta que me tambaleé con los tacones.

El hombre me agarró por los hombros para sujetarme.

—Uy.

—Vaya, lo siento. No te había visto.

El hombre examinó mi rostro y sonrió.

—Yo sí que te veo.

«Menudos ojazos. ¿Son de verdad?». Pestañeé un par de veces. Nunca había visto un color así. ¿Azul celeste, tal vez? Como el color del mar Caribe desde el avión, pero estos estaban acompañados de unas pestañas negras gruesas. Estaba tan distraída por su belleza que no me detuve a ver cómo era el resto de él.

—Sloane… —Elijah ralentizó el paso y me miró—. ¿Vienes?

—Sí, perdón. —Volví a mirar esos ojos azules—. Lo siento, otra vez.

Completamente aturdida, rodeé al hombre y seguí a Elijah. Después de dar unos pasos, no pude evitar mirar atrás. El tipo no se había movido. Se quedó allí, mirándome con una sonrisa torcida. Por desgracia, tres metros más adelante giramos a la derecha, así que el espectáculo terminó. Alcancé a Elijah.

—¿Has visto los ojos de ese tío?

—No. ¿Por qué?

Sacudí la cabeza. Hacía seis meses que había renunciado a los hombres y no iba a permitir que un par de ojos bonitos me desviaran de mi camino.

—Olvídalo, no es importante.

Al final del pasillo, unas puertas dobles daban paso a un precioso solárium. El techo alto de cristal y las plantas tropicales nos hacían sentir como si estuviéramos al aire libre, pero disfrutando de la comodidad del aire acondicionado. El *maître* nos hizo un breve recorrido y nos dejó para que tomáramos algunas fotos por nuestra cuenta. Tan pronto como se cerró la puerta detrás de él, Elijah y yo nos dirigimos directamente a una de las barras que había alrededor de la sala.

Elijah se colocó detrás de ella y sacó dos vasos.

—Señora, ¿qué le apetece? Solo para que lo sepa, serviremos damas de honor anaranjadas como aperitivo y novia encurtida para la cena, así que le aconsejo que pida un maridaje acorde.

Me reí.

—Tomaré un chupito de tequila.

—Excelente elección. Marchando.

Eché un vistazo a la preciosa estancia. Todas las mesas estaban cubiertas con manteles color crema y enormes arreglos florales de color púrpura intenso: hortensias, como las que había elegido para mi boda.

Elijah sirvió un chupito y lo pasó hacia mi lado de la barra móvil.

—Deja de hacer eso.

—¿El qué?

—Pensar en tu boda.

Suspiré.

—Ojalá fuera tan fácil.

—Llegará tu día, y la próxima vez será con alguien que te merezca. De todas formas, Josh era demasiado aburrido y simplón.

Esbocé una sonrisa triste.

—Gracias por decir eso.

—Y no tendrá una polla como una aguja. Te mereces a alguien a quien le llegue hasta los tobillos.

Durante las semanas después de mi boda, ahogué mis penas en tequila. Tomar mucho alcohol hizo que soltara todos mis secretos y ahora me arrepentía de lo que le había contado a la gente. Compartí algunas cosas que Josh me había dicho con mi protector hermano mayor y policía, Travis; pero no me arrepentía de haberme emborrachado con Elijah y haberle dicho que Josh tenía una polla delgada. Sé que es infantil, pero me sacaba una sonrisa cada vez que lo mencionaba.

Elijah se bebió dos chupitos, él toleraba el alcohol mejor que yo. Después, hizo algunas fotos de la habitación para el cóctel y volvimos con Noviazilla. Parecía incluso más agitada y detestable que

cuando habíamos salido hacía quince minutos, pero gracias al alcohol me importaba menos. Cuando dejó de reprender a quienquiera que fuera con quien estaba hablando por teléfono, pensé que sería mejor hacer las presentaciones.

—Hola. Perdona. Soy Sloane Carrick de la revista *Bride* y él es…

—¿Qué talla tienes? —me cortó.

—Em… Normalmente una S, supongo. ¿Por qué?

Se le iluminaron los ojos.

—Oh, ¡gracias a Dios! Necesito que vayas a vestirte.

Bajé la mirada.

—Ya… estoy vestida.

—No con esa cosa aburrida. Con un vestido de dama de honor.

Capítulo dos



Sloane

—No puedo creer que esté haciendo esto.

Con una sonrisa de oreja a oreja, Elijah me hizo otra foto.

—Voy a tener material para chantajearte durante años.

Fruncí el ceño.

—Deja de hacerme fotos. Ya es bastante malo que Noviazilla me haya convencido para llevar esta cosa. No quiero ninguna prueba de ello.

—¿Prueba? Cariño, el mundo entero va a verte una vez que las fotos se publiquen en la revista.

Abrí mucho los ojos.

—Por supuesto que no. No vamos a publicar una foto del cortejo nupcial al completo.

—¿Cómo?

—Ya lo hemos hecho antes. No intencionadamente, pero fue en la boda de los Waddington que cubrimos, la que fue en East Hampton en una bodega con una escultura de metal enorme al principio. Publicamos fotos del cortejo nupcial y de los amigos del novio por separado.

—Sí, pero ¿no seguirás saliendo tú en las fotos nupciales?

—No cuando tú te encargues de las fotos. Asegúrate de hacer algunas sin mí.

Observé mi reflejo en el espejo. ¿Cómo había dejado que esto pasara? Hacía nada la novia estaba quejándose porque una de sus damas de honor no podía asistir —vaya descaro por parte de la mujer cuya madre había sufrido un ataque al corazón por la mañana y estaba en ese momento con soporte vital—. «¿Acaso no sabe que no puedo tener un número dispar de damas de honor y amigos del novio?», gritó la novia. «¡Arruinará la boda!».

Nunca había conocido a una persona tan egocéntrica. Se suponía que era una de sus mejores amigas y había tenido una crisis familiar, pero ni siquiera lo entendía. Sé que las novias están absortas en los preparativos, joder, yo lo estuve cuando organicé mi boda y no podía dormir pensando en mi futura suegra comprando un vestido que no fuera a juego con los colores; pero, en realidad, ¿a quién le importaba lo que llevara la mujer, mientras estuviera feliz? Aun así, hay algo mágico en ponerse un vestido blanco diseñado para una fantasía que nos hace querer la fantasía por completo, hasta el último y estúpido detalle.

«Dios…». Me acerqué al espejo y examiné lo que tenía en la cabeza. Siempre me habían encantado los tocados, pensaba que eran muy elegantes y clásicos, pero ¿esa escultura morada que salía de mi cabeza? Quizá una modelo de pasarela que midiera dos metros podría lucirlo si llevara un vestido súper básico y el gorro fuera el punto focal del conjunto, pero ese no era el caso. Miré el vestido y negué con la cabeza. Qué mal. Ni siquiera podía pensar en cómo este tono de morado contrastaba con mi pelo castaño rojizo.

Pasé la mirada del reflejo al hombre que estaba detrás de mí. Elijah seguía sonriendo como un loco.

—¡Ni siquiera es británica, joder! —me lamenté.

Soltó una risita.

—Ese es el menor de tus problemas, cari.

De verdad que no quería salir de la *suite* de la novia así, pero un segundo después se abrió la puerta. Noviazilla no tuvo ni el decoro de llamar a la puerta después de mandar que me cambiara allí dentro.

—¡Oh, gracias a Dios! —repitió—. Caroline es un poco más bajita que tú, así que le quedaba más bonito, pero es mejor que nada. ¿Podrías intentar meterte un poco más las tetas? Parece que se te van a salir.

Se me salían los ojos de las órbitas, pero Noviazilla no se percató de ello. Por otra parte, yo estaba tan absorta en esa horrible farsa de vestido que no me di cuenta enseguida de que ella por fin se había vestido. ¿Conoces el dicho de que todas las novias son guapas? Bueno, quienquiera que lo haya inventado solo estaba siendo amable. No es cierto, no cuando miden menos de metro y medio y llevan ocho capas de tul. Parecía que Piper estuviera tratando de pasar de contrabando a toda una clase de bailarinas de cinco años por la seguridad del aeropuerto; aunque al menos no llevaba el horrible tocado.

Noviazilla me cogió del brazo.

—¿Qué es eso que llevas pegado detrás del brazo? ¿Un parche de nicotina? —Levantó ambas manos y las sacudió—. Tienes que quitártelo.

—Es un sensor de glucosa, soy diabética.

—Oh. Entonces supongo que te lo tienes que dejar.

—Pues sí. Prefiero mantenerme en pie y no desmayarme. —Esta mujer era increíble. La miré anonadada. ¿Cómo podía alguien tener tan malos modales? Se dio cuenta y malinterpretó mi expresión estupefacta por fascinación.

Piper giró sobre sí misma.

—Precioso, ¿verdad? —dijo—. Es único.

—Ya te digo —murmuró Elijah detrás de mí.

—Es… especial. —Sonreí.

Claire, la asistenta de la novia, tocó a la puerta abierta. Abrió mucho los ojos cuando me vio.

—Me he dejado convencer para ocupar el puesto de una de las damas de honor —dije.

—Sí —se metió Piper—. No fue difícil después de mencionar que mi papi es el mejor amigo del dueño de la revista en la que trabaja.

No era una persona violenta, pero me daban ganas de pegarle un puñetazo. Claire me miró con simpatía antes de volverse hacia la novia.

—Todas las chicas han terminado con el bronceado. Tenemos una media hora hasta que la ceremonia empiece, por si quieres comenzar con las fotos. El fotógrafo está esperando.

Casi me había olvidado de los bronceados; mis hermanos y yo habíamos heredado un bar de mi padre irlandés, pero, por suerte, habíamos recibido de nuestra madre italiana la ventaja de broncearnos con facilidad, así que no tuve que someterme al pintado obligatorio de cuerpo.

Piper se fijó en mis tetas y suspiró.

—Tendremos que recolocar a las chicas para que vayas la última, lo más alejada de mí. No quiero parecer plana.



—Claire, eres mi nueva mejor amiga.

No solía beber en eventos de trabajo, pero cuando Claire me pasó un chupito de tequila, el segundo que tomaba en una hora, no había manera de que lo rechazara. El líquido transparente se deslizó suavemente por mi esófago y despertó una sensación cálida en mi estómago. La sesión de fotos de las damas de honor había sido dolorosa. Piper no paraba de dar órdenes, pero, por suerte, Noviazilla había necesitado una pausa para ir al baño. Cuando se

marchó, me aseguré de que Elijah hiciera un montón de fotos espontáneas de las chicas revoloteando y riendo sin mí, porque una de esas sería la que usaríamos para la revista.

Qué ganas tenía de quitarme ese traje. No solo era horrible, también daba mucho calor, y el tocado estaba sujeto con un montón de pasadores que me estaban tirando del pelo. Al menos no quedaba mucho tiempo. Una vez terminara la ceremonia, nos encargaríamos de las fotos del cortejo nupcial y podría cambiarme. Tal vez me emborracharía esa noche. Dios sabía que ya había dado lo mejor de mí por la revista.

El *maître* salió al jardín donde habíamos estado haciendo fotos y dijo que era hora de comenzar la ceremonia. Yo seguí al grupo mientras avanzábamos lentamente por otro largo pasillo. Me sentía aún más incómoda sin Elijah, pero él tenía que ir a prepararse para hacer fotos de la novia yendo al altar.

Cuando llegamos a la entrada de la capilla, un grupo de amigos del novio estaba ya esperando. Una cosa era parecer ridícula cuando todas a tu alrededor también lo parecían, pero otra muy distinta era tener que salir así a la calle. Pasé la mirada de un hombre vestido con esmoquin a otro. Algunos eran guapos y la mayoría parecían tener mi edad, pero cuando llegué al último hombre de la fila, casi me quedé sin aliento. Era el tipo guapísimo de ojos azules de antes. Me erguí un poco, olvidando por un momento lo que llevaba puesto. Kelly, la más maja de todas las damas de honor, se volvió hacia mí.

—Te voy a presentar a todos.

—Vale.

Me guio por la fila de amigos del novio. El primero era Matthew, el segundo era Harding; al tercero lo presentó como Ted, así que fui un poco más maja con él. Quizá, si se presentaba la oportunidad, charlaría algo más con él: no me haría daño ser amable con la familia del jefazo. Por fin llegamos al último de la fila y nos detuvimos frente a los ojos azules. Mi entusiasmo por el evento aumentó de manera considerable.

—Y él es Wilder, tu pareja para la ceremonia. —Agitó el dedo delante de él—. Sé bueno.

Esbozó una sonrisilla.

—Siempre soy bueno, amor.

«Oh…». Esos ojos traían acento británico.

Noviazilla le hizo un gesto a Kelly, así que se excusó y me dejó sola con los ojos azules.

El amigo del novio, que al parecer se llamaba Wilder, me echó un vistazo. Bajó la vista por mi vestido y luego hasta lo alto de mi cabeza, donde el tocado parecía más unos cuernos destrozados que me salían del cráneo.

—Antes llevabas un vestido diferente, así que el accidente debe haber ocurrido hace poco, ¿no?

—¿Accidente?

Esbozó una sonrisa burlona y señaló el tocado.

—Supongo que ahí debajo hay una herida enorme, ya que te pareció buena idea ponerte este vestido.

Capítulo tres



Sloane

—¿Estás de broma? —Me puse las manos en las caderas—. ¿Insultas a alguien a quien acabas de conocer, así como si nada?

—De hecho, sí. —Sonrió—. Me refiero a que era una broma.

—Bueno, pues no era muy graciosa. ¿Crees que quiero llevar este… este…? —Moví los brazos—. ¿Disfraz?

El *maître* se acercó y miró el pasillo de arriba abajo. Sospechaba que estaba buscando a la novia.

—¿Todo bien por aquí? —susurró.

—Sí.

Señaló a la puerta.

—La gente está esperando a que empiece la ceremonia. Las paredes son finas.

Inspiré hondo y asentí.

—Por supuesto. Lo siento.

Desvié la mirada hacia el tipo que estaba a mi lado, mi pareja, al parecer. Seguía con una sonrisa burlona y parecía bastante orgulloso de sí mismo; pero mientras yo mantenía el ceño fruncido, me tomé un momento para examinar el resto de su cara, ya que antes no había podido pasar de sus ojos: mandíbula cuadrada, pómulos marcados, piel bronceada e impecable… No sabía si Noviazilla obligaba a los hombres a broncearse con espray, pero su tono de piel era demasiado dorado como para no ser genético. Por no hablar de que era alto, una de mis debilidades, con hombros anchos y… Respiré hondo. «Joder, el muy cabrón también huele bien».

Estaba tan ocupada mirándolo que no me di cuenta de que él lo había notado. Cuando volví a sus ojos, arqueó una ceja.

—¿Te gusta lo que ves?

Uf. «Arrogante y maleducado». Esbocé una sonrisa falsa.

—Sí, una pena que algo tan agradable a la vista no venga con una personalidad acorde.

En lugar de ofenderse, amplió la sonrisa. Si le gustaba que lo insultaran, tal vez nos llevaríamos bien, después de todo, porque ahora estaba de peor humor.

Wilder extendió la mano.

—¿De dónde has salido, Sloane?

Por algún motivo tonto, dudé en darle la mano; aunque la razón fue obvia una vez lo hice: mi cuerpo se encendió. «Ay, Dios. ¿No he sentido nada durante seis meses y ahora este tío me excita?». Entre su aspecto físico y su sonrisa engreída, estaba segura de que excitaba a mogollón de gente.

«¿Mogollón?» ¿En serio acabo de pensar esa palabra? ¿De repente yo también era británica?

Wilder se llevó mi mano a sus labios y la besó. Esta vez la electricidad llegó más abajo… Me aclaré la garganta.

—Estoy sustituyendo a una dama de honor que ha tenido una emergencia.

—Debe ser mi día de suerte.

—Sí, por suerte para ti, la madre de una querida amiga de la novia está con soporte vital.

—¿Siempre eres así de descarada?

—Solo cuando lo primero que sale de la boca de otra persona es un insulto.

Volvió a levantar la mirada hacia mi cabeza.

—¿Ese es tu color natural de pelo?

—¿Por qué a veces hablas con acento británico y otras no?

—Porque soy estadounidense. Bueno, técnicamente tengo la doble nacionalidad, pero he estado viviendo en Londres estos últimos diez años.

Todavía tenía mi mano en la suya. La señalé con los ojos.

—¿Vas a soltarme?

Sonrió y entrelazó sus dedos con los míos.

—Tal vez más tarde. No quiero que salgas corriendo otra vez, como antes.

—No salí corriendo. Tenía que ir a un sitio.

—Y ahora… —Me apretó los dedos—. Estás aquí. Así que me aferraré a esto.

Por muy arrogante y maleducado que fuera, tenía un punto adorable. No sabía qué podría ser. Tal vez fuera esa pizca de acento.

—¿Eres amigo de la novia o del novio? —pregunté.

—Debería tener un agujero más grande que el tuyo en la cabeza para ser amigo de Piper. Aiden es un colega de la universidad. No sé cómo la tolera.

—¿Cómo sabes que no soy amiga de Piper?

—Porque está claro que tienes buen gusto. Y me consideras atractivo.

Me eché a reír.

—¿No tienes abuela?

—Sí, pero digo lo que veo.

—Eres mucho más atractivo cuando no hablas. —Solté la mano de su agarre y miré alrededor—. Me pregunto si tendrán desinfectante de manos por aquí.

Justo entonces empezó a sonar la música al otro lado de las puertas, poniendo fin a nuestro juego de insultos. Unos minutos más tarde, caminé hacia el altar del brazo de Ojos Azules. Mientras avanzábamos poco a poco observé la preciosa habitación, llena de flores y personas vestidas de punta en blanco, y me pregunté: «¿Qué coño hizo que me encantaran tanto las bodas? ¿Cómo podía pensar que toda esta falsedad era mágica?».

A medio camino del altar, crucé la mirada con Elijah. Las cejas se le subieron casi hasta las entradas cuando se fijó en el hombre que iba a mi lado. Después de la sorpresa, sonrió y me levantó el pulgar a escondidas, aunque, al parecer, no lo escondió muy bien.

Wilder se inclinó y susurró.

—Tu amigo me aprueba.

—Cómeme el coño —dije con una sonrisa falsa.

Soltó una risita.

—Eso más tarde, amor.



—¿Te gustaría bailar?

Dos largas horas más tarde, estaba de nuevo con mi vestido negro, sentada en una mesa con un montón de desconocidos. Levanté la vista para encontrarme con los ojos brillantes de Wilder.

—No, gracias. —Aparté la mirada.

Sin darse por vencido, se sentó a mi lado, en el asiento vacío de Elijah.

—¿No sabes bailar?

Negué con la cabeza.

—¿Alguna vez sale algo positivo de tu boca? En el total de cinco minutos que hemos hablado, has cuestionado la forma en la que me queda un vestido, me has preguntado si me he teñido el pelo y ahora quieres saber si no se me da bien bailar?

—No te he insultado por cómo te sienta el vestido. He dicho que el vestido era horrible, y tenía razón. A ti te sentaría bien cualquier

cosa.

Me puse la mano alrededor de la oreja.

—¿Eso era… un cumplido?

—Te habría dicho otro si me hubieras dejado. Te pregunté por tu color de pelo porque es precioso.

—¿Solo es precioso si es natural?

Sonrió.

—¿El tipo con el que estás es tu novio?

—¿Acaso es asunto tuyo?

—Tengo muchos vicios, pero ligar con mujeres que están en una relación no es uno de ellos.

Arqueé una ceja.

—¿Así que estás ligando conmigo? Creo que necesitas aprender lo que quieren las mujeres.

—Eso no me hace falta. —Me cogió la mano, se levantó y me puso en pie—. Baila conmigo, preciosa.

Dios, ¿era tan inocente que solo un «preciosa» iba a hacer que olvidara todos los insultos? «No. No, no lo soy». Daba igual lo mucho que me excitara al estar cerca de este tipo.

—Voy a pasar.

—Te invito a una bebida.

—Son gratis.

—Entonces ¿dos?

No pude evitar reírme.

—Una bebida, pero solo porque mi pareja desapareció hace media hora con un hombre que es más guapo que yo, así que estoy aburrida.

—Me alegra saberlo. —Volvió a entrelazar sus dedos con los míos y nos dirigimos hacia una de las barras.

—¿Qué te apetece beber?

—Agua, gracias.

—¿Por qué no algo con alcohol?

—Porque se supone que estoy trabajando.

Wilder frunció el ceño.

—¿Trabajando?

—Estoy cubriendo la boda para una revista.

—¿Cuál?

—*Bride.*

—Oh.

—No te preocupes, probablemente no mencione al amigo maleducado del novio. Suelo centrarme en los novios o, al menos, en los detalles de la boda, como las flores, el recinto y los vestidos.

Se detuvo.

—¿Vas a escribir sobre los vestidos?

Solté una carcajada.

—Tienes razón. Pensándolo bien, tal vez el amigo maleducado del novio sea mejor.

—¿Qué sueles beber cuando no estás trabajando?

—Tequila.

—¿Alguna vez has probado una siesta?

—Dos partes de tequila y media de Campari, de zumo de pomelo, de lima y de sirope de agave.

Asintió.

—¿Es tu favorito o algo?

Negué con la cabeza.

—No, soy más de tequila y soda que de una bebida dulce. Prefiero tomar el azúcar en forma de magdalenas o galletas; pero mi familia tiene un bar. Trabajé ahí durante el instituto y la universidad y sigo yendo varios días a la semana.

Wilder asintió. Se volvió hacia el camarero y pidió un *gin-tonic* y una soda con tequila.

Lo cogí cuando me pasó la copa.

—Eso no es lo que he pedido.

—Lo sé.

—Entonces ¿por qué lo tengo en la mano?

—He decidido que ya has terminado de trabajar por hoy.

—¿He escuchado bien? ¿Tú lo has decidido?

Dio un trago a su bebida.

—Sip.

—¿Y de dónde sacas el derecho para decidir algo por mí?

—Creo que te lo mereces después de que te hayan forzado a llevar un vestido que no querías ponerte y de tolerarme como pareja.

—¿Cómo sabes que Piper me ha forzado?

—Lo hace con todo el mundo. ¿Cómo crees que ha conseguido que mi pobre colega Aiden vaya al altar?

—¿Por qué tu amigo deja que le intimide?

Wilder se encogió de hombros.

—No tengo ni idea. Supongo que le va ese rollo, una mujer que le mande todo el tiempo.

—¿Y a ti no?

Me miró a los ojos y esbozó una pequeña sonrisa.

—Me parece bien una mujer mandona, pero hay ciertos momentos en los que prefiero mandar yo.

Creo que tal vez tenía razón sobre ese agujero en mi cabeza, porque su tono hizo que me ruborizara un poco. No había duda de a qué se refería, al menos en mi mente sucia. Necesitaba refrescarme, así que tomé un sorbo de mi bebida; un poco más de lo debido, ya que había olvidado que me había pedido tequila. La mezcla también tenía más tequila que soda. Unos sorbos más y se reactivó el subidón que había sentido antes.

—¿Qué hizo que te mudaras a Londres? —pregunté.

—Mi padre es de allí, pero mi madre es de Cambridge. Están divorciados. Ella enfermó cuando yo estaba en el último año de universidad y se mudó para estar cerca de su familia en Inglaterra. Allí tengo un hermanastro, así que, después de que falleciera, conseguí trabajo en Londres para estar más cerca de él. Llevo allí desde entonces.

—Lo siento.

Asintió y apartó la mirada.

—Cuéntame sobre este trabajo tuyo para el que necesitas ponerte vestidos horripilantes y tolerar a alguien como Piper.

Sonreí.

—No es necesario; pero la familia de Piper tiene una relación cercana con el director de la empresa propietaria de la revista para la que trabajo, así que pensé que debía ser complaciente cuando ella me lo pidió. Normalmente solo asisto al evento y escribo sobre él para la revista. Cubrimos una boda al mes con un reportaje de seis páginas. Elijah, el chico que me acompaña, es el fotógrafo. Somos una especie de equipo. También me encargo de las redes sociales y el canal de YouTube de la revista, así que nuestros trabajos van de la mano.

—Supongo que tienes suerte de que no te haya pintado de naranja.

Me tapé la sonrisa con la mano.

—Parecían naranjas cuando se colocaron fuera para las fotos, ¿no?

—Con esos vestidos morados, parecían diez Violets Beauregarde disfrazadas de Oompa Loompas.

Me reí.

—Es divertido que seas tan honesto cuando el tema no va conmigo.

Bajó la vista a mis labios.

—Me gusta cuando sonríes.

Estaba bajando la guardia demasiado rápido para mi gusto, así que volví a centrar la conversación en el trabajo.

—A veces utilizo una frase de un invitado en mis artículos. ¿Te gustaría decirme una?

Sonrió.

—Puede que no sea buena idea si el jefe es amigo de la familia de la novia.

—Cierto.

—¿Tu jefe es tan imbécil como para que hayas tenido que excederte por la novia?

—No, que yo sepa. Es más bien el jefe del jefe de mi jefe. No lo conozco, realmente, solo sé que me intimida un poco por quién es y

por su forma de hablar. Es muy directo.

Wilder sonrió.

—Entiendo. —Extendió la mano—. ¿Bailas conmigo?

El tequila me había subido, así que, ¿por qué no? Me bebí de un trago el resto del vaso y lo dejé en la barra.

—Joder. Vale.

Soltó una risita.

—No estés tan ansiosa.

Wilder me condujo hasta la pista de baile. Me cogió la mano, dejó la otra en mi cintura y me acercó a él. Lo miré.

—¿Qué?

—Lo más cortés cuando bailas con alguien a quien apenas conoces es dejar espacio para Dios.

Le tembló el labio.

—¿Qué?

—Fui a un colegio católico solo de chicas. Un par de veces al año organizábamos bailes a los que asistían chicos y eso era lo que decían las carabinas cuando se percataban de que nuestros cuerpos se tocaban, que había que dejar espacio para Dios.

Sonrió.

—Bueno, voy a dejar a Dios fuera de esto. Me gusta demasiado estar así como para dejar un centímetro de espacio.

Quizá eso fuera lo primero en lo que estábamos de acuerdo. El cuerpo de Wilder era increíble. No era de extrañar que supiera bailar. Me abrazaba con fuerza y sus pasos seguían perfectamente el ritmo de la música, lo que me hacía pensar en otras cosas en las que también sería bueno. Me tenía tan sujeta que me vi obligada a estirar el cuello para poder mirarlo mientras hablaba.

—¿Cuándo vuelves a Inglaterra?

—Pasado mañana. ¿Me echarás de menos?

—Lo mismo que tú a mí.

Sonrió.

—Mogollón, entonces.

«Mogollón».

Nos giró por la pista.

—Dime, Sloane, ¿qué estarías haciendo esta noche si no estuvieras aquí trabajando?

—Probablemente estaría ayudando a mis hermanos en el bar.

—¿No con un novio?

Fruncí el ceño.

—Ya no.

—Suena a que hay una historia.

—¿No la hay siempre?

—Supongo que sí.

No quería contarle esa historia, así que le devolví la pregunta.

—¿Qué estarías haciendo tú?

—¿Últimamente? Rastreando la calle en busca de mi hermano pequeño, que le da por escaparse de casa.

No esperaba que dijera algo así, pero me sacó una sonrisa.

—Tengo dos hermanos mayores. Han salido a buscarme unas cuantas veces.

Parecía esperanzado.

—¿Aprendiste la lección?

—Aprendí que no me pillaban con tanta facilidad si dejaba entrar a un novio a hurtadillas en lugar de escaparme para quedar con él.

Wilder frunció el ceño.

—Genial.

Solté una carcajada.

—¿Cuántos años tiene tu hermano?

—Quince, pero es como si tuviera veinticinco.

—Tengo una sobrina de catorce años. Lo entiendo.

Elijah llegó a la pista de baile.

—Oye. ¿Tienes el…? —Se fijó bien en Wilder cuando se acercó lo suficiente—. Vaya, ahora entiendo lo que decías de esos ojos.

Wilder esbozó una sonrisilla.

—¿Hablas de mi aspecto con tu amigo?

Ignoré su comentario y me dirigí a Elijah.

—¿Qué ibas a preguntarme?

—Oh. ¿Tienes el *ticket* del guardarropa que te dieron cuando guardaron mi equipo fotográfico?

—Está en mi bolso. ¿Por qué?

—Necesito algo de mi bolsa. —Me fijé en el chico mono con el que había estado hablando antes, que estaba esperando ansioso en el borde de la pista de baile. Me daba miedo preguntar qué necesitaba.

—Iré a por él. —Intenté separarme de Wilder, pero él me sujetó con fuerza.

—¿Tu bolso está en la mesa? —preguntó.

—Sí.

Wilder se giró hacia Elijah.

—¿Puedes cogerlo tú, tío?

A Elijah le brillaron los ojos.

—Sin problema. —Meneó los dedos y salió pitando.

—¿Qué crees que estás haciendo? —le pregunté a Wilder.

—Bailar.

—No puedes decirle a alguien que vaya a por mi bolso.

—¿Está lleno de secretos?

—No, pero esa no es la cuestión.

Se encogió de hombros.

—Vale. ¿Entonces cuál es?

—Tú… Es de mala educación. Es mi bolso.

Wilder me miró a los ojos.

—No quería dejarte escapar.

Estaba molesta, aunque me sentía halagada. Y también algo mareada. Y… Me gustaba lo que sentía estando entre sus brazos, lo que significaba que tenía que poner algo de distancia entre nosotros, dejar sitio para Dios y mi sensatez. Negué con la cabeza y me solté de su agarre.

—Necesito otra bebida.

—Iré contigo.

—No necesito un escolta.

—¿Un compañero para beber?

Dudé.

—¿Conoces a alguien más aquí aparte de mí y la encantadora novia?

—No, pero…

Wilder me soltó la cintura para cogerme de la mano y tirar de mí.

—Venga. Una bebida. Me portaré fenomenal.

No estaba segura de que fuera una buena idea tomar algo con este hombre.

Lo que significaba que haber tomado dos copas había sido una idea horrible.

Y la tercera, esa fue la que hizo que acabara en el guardarropa…

Capítulo cuatro



Wilder

—Gracias, tío. Me has salvado la vida.

El camarero contó el dinero en efectivo que le había dado.

—Sin problema. Si alguna vez quieres volver a pagar trescientos pavos por un bizcochito, cuenta conmigo. —Se guardó los billetes en el bolsillo—. Oh, y si te cruzas con el chef que los hizo, dile que pagaste doscientos.

Solté una risita y negué con la cabeza, la misma que tenía que revisarme después de lo que acababa de pagar por un dichoso bizcochito, aunque todavía estaba caliente y olía muy bien. «Debería haber negociado un poco más por estar recién salido del horno».

Examiné la habitación buscando la mesa de Sloane. Su asiento estaba vacío, igual que el de su amigo, así que di una vuelta por el salón de baile. No había ni rastro de ella, pero encontré a Elijah.

—Oye, ¿has visto a Sloane?

—Está buscando a la mujer del guardarropa, no había nadie allí. Le he dicho que la vería en la entrada en unos minutos. Quiero despedirme de alguien antes de marcharnos.

—¿De un camarero que se parece a Jared Leto?

A Elijah se le iluminaron los ojos.

—Se parece a él, ¿verdad?

Señalé con el pulgar detrás de mí.

—Se fue a la cocina hace un segundo. Allí está la puerta.

—Gracias.

Hizo amago de irse, pero estiré el brazo para detenerlo.

—¿Podrías tomarte tu tiempo despidiéndote y darme algunos minutos más con Sloane?

Elijah esbozó una sonrisilla.

—Por supuesto. A por ella, vaquero.

Me apresuré hacia el guardarropa. Cuando llegué, la puerta estaba abierta. Encontré a Sloane dentro, sola, rebuscando entre los abrigos. Me daba la espalda, así que me metí y cerré la puerta en silencio. Se giró cuando escuchó el ruido metálico, abrió mucho los ojos y después se fijó en el bizcochito que sujetaba.

—Oh, Dios mío. —Levantó una mano para taparse la sonrisa—. No puedo creer que hayas encontrado uno.

—Dijiste que lo único que haría que me besaras era un bizcochito.

—Eso es porque asumí que no podrías encontrar ninguno.

Sonreí.

—Entonces has subestimado lo mucho que quiero ese beso. —Le tendí el dulce—. Creo que el trato era un beso por un bizcochito con glaseado de chocolate. ¿Qué me das por uno que sigue caliente?

Sacó la lengua y la pasó por su labio superior.

—¿De verdad sigue caliente?

—Recién salido del horno.

—Pero… estamos en el guardarropa.

—Lo sé. —Sonreí y me acerqué a ella—. Eso es un extra. No tendré que compartir el momento con espectadores.

Sloane llevaba toda la noche intentando ocultar sus reacciones a mis pequeños roces: cuando la abrazaba para bailar, cuando sin querer rozaba su mejilla con la nariz… Pero ahora, estando solo nosotros dos en un espacio cerrado, no tenía dónde esconderse. Se sonrojó y su pecho se agitó arriba y abajo. Ver el efecto que tenía en ella era muy excitante. Menos mal que en ese momento no estaba buscando a alguien que me hiciera un bizcochito ahora, porque habría vaciado mi cuenta bancaria para conseguir uno.

Di un paso más y extendí el dulce.

—¿Lo pruebas?

Se quedó mirándolo durante unos segundos. Parecía estar debatiendo qué hacer y yo esperaba que no fuera a salir corriendo de allí. Por alguna razón, tenía muchas ganas de que se comiera el bizcochito, aunque no consiguiera un beso. Habría gastado el dinero solo por verla comérselo. Al final, se inclinó hacia delante, sacó la lengua y lamió de manera seductora el glaseado hasta la punta. Mientras se metía la crema en la boca, cerró los ojos e hizo un sonido que estaba entre un gemido de felicidad y uno de dolor.

«Dios santo». A este paso, no podría ocultar lo que pasaba en mis pantalones cuando saliera de allí. Si es que podía salir de allí. No aguantaba más, necesitaba tocarla, así que tiré el dulce por encima del hombro y reduje la distancia entre nosotros. Le rodeé la cara con las manos, la atraje hacia mí y posé mis labios sobre los suyos. Volvió a emitir ese gemido sensual y juro que me llegó directamente a las pelotas. A partir de ese momento, ir despacio fue lo último en lo que pensaba. La rodeé con los brazos y le agarré el culo, levantándola mientras la empujaba contra la pared. Le mordí el labio inferior, rogándole que me dejara entrar. Nuestras lenguas chocaron con avidez y el toque dulce del glaseado mezclado con ella fue lo más delicioso que había probado jamás; aunque no era suficiente. Quería devorar cada centímetro de su piel sedosa y dejar marcas donde todos pudieran verlas; me sentía como un adolescente, con una erección salvaje, incapaz de controlarme. Nos acariciamos, manoseamos, mordisqueamos y chupamos durante un buen rato.

Hasta que Sloane se apartó de repente. Fue tan brusco que pensé que había hecho algo mal, al menos hasta que seguí su mirada atónita por encima de mi hombro y me di cuenta de que ya no estábamos solos. Alguien había entrado en el guardarropa, y ese alguien era la madre de la novia, que no parecía muy contenta.

Capítulo cinco



Sloane

—Oh, Dios mío —murmuré—. Por favor, dime que no he hecho esto.

—¿Hacer qué?

Di un respingo.

—Me has dado un susto de muerte.

Elijah se apoyó en la puerta de mi oficina.

—Lo siento, pensaba que estabas hablando conmigo. —Frunció el ceño—. ¿Con quién demonios hablabas?

—Pasa, pasa —le indiqué con impaciencia—. Cierra la puerta detrás de ti.

Cogí el teléfono y amplié la foto de Instagram con dos dedos para verla mejor. Tras confirmar lo que pensaba que había visto, cerré los ojos y suspiré.

—He publicado una foto de un pezón.

—¿Qué?

—¡Una foto de un pezón que se había salido!

—¿Tuyo?

—¡Ya quisiera! De una de las damas de honor del sábado por la noche. Hice unas cuantas fotos para el Instagram de la revista. Me había olvidado por completo de haberlo hecho hasta que recibí un mensaje de Bill.

—¿El jefe se ha dado cuenta?

—No estoy segura, pero me escribió para decirme que se pasaría en un rato con el jefazo para hablar conmigo. Pensé que sería sobre lo del guardarropa, que ya sería lo bastante malo, pero cuando he visto que el Instagram de la revista tenía muchos más seguidores, me fijé. Ni siquiera recuerdo haber publicado algo. —Giré el teléfono y se lo pasé a Elijah.

Abrió los ojos como platos.

—Eso es un pezón de los grandes. ¿Cómo no te diste cuenta?

Apoyé la cabeza en las manos.

—Estaba borracha. Me lié con ese tío en el guardarropa y entonces…

—¡Guau! Rebobina. ¿Con qué tío en el guardarropa?

—Wilder. El tío de los estúpidos ojos azules.

—¿Él? —Elijah esbozó una sonrisa pícara—. ¡Bien hecho!

—¡No, no está bien! Fue una estupidez. Un segundo estábamos tomándonos algo y al siguiente estábamos comiendo bizcochitos.

—¿Bizcochitos? No vi ninguno.

—No sé de dónde lo sacó Wilder. Después de que cortaran la tarta, me preguntó si quería un trozo. Le dije que prefería bizcochitos antes que tarta y, un poco más tarde, estábamos comiendo bizcochitos en el guardarropa. Y comiéndonos la boca. La madre de la novia nos pilló… Y es amiga de Ted Hayes, el CEO de Hayes Media, el dueño de la compañía propietaria de la revista. —Me tiré del pelo—. Ahora no sé si vienen a despedirme por eso o por la foto del pezón.

—Dame tu teléfono —dijo Elijah—. Vamos a destruir las pruebas.

—Está en internet. ¡Nada se puede borrar del todo!

—Al menos podemos reducir los daños. Será lo mejor si nos demandan.

Abrí mucho los ojos.

—¡Demandarnos! Oh, Dios mío. ¿Crees que esa mujer va a hacerlo?

—Joder… —dijo Elijah mientras pulsaba botones en mi teléfono—. Esto tiene ochocientos «mil me gusta». ¿Sueles conseguir tantos?

—¡No!

—Oh. —Frunció el ceño—. Lo siento. Tal vez nadie se haya dado cuenta.

—¿Por qué crees que tiene ochocientos mil me gusta? No he podido llegar a más de diez mil estos últimos meses. Mis estadísticas han sido horribles desde que perdí mi magia.

—No me refería a nadie como tal, sino a gente como Bill o Hayes.

—Entonces, ¿por qué están de camino? —grité—. ¡El CEO no se pasa a charlar conmigo un lunes por la mañana!

—Bueno, al menos hay algo bueno.

—¿Qué hay de bueno en todo esto?

—No vas a tener que esperar mucho para descubrirlo. —Elijah señaló el pasillo con la barbilla—. Porque ya vienen…

—Mierda. —Abrí el cajón del escritorio y metí dentro el teléfono, como si esconderlo sirviera de ayuda.

Bill, el director de la revista *Bride,* llamó y asomó la cabeza por la puerta. Forcé una sonrisa y le indiqué que pasara.

—Hola, Bill.

—Buenos días, Sloane. —Entró y dejó paso al señor que venía detrás de él, que llevaba un caro traje de tres piezas.

—¿Conoces al señor Hayes?

Negué con la cabeza.

—No, aún no he tenido el placer.

—Ted Hayes. —El CEO dio un paso al frente y extendió la mano—. Encantado de conocerte, Sloane.

«Este tío es educado hasta para despedir a alguien». Nos dimos un apretón de manos y me quedé de pie, esperando.

Elijah se disculpó y salió por patas lo más rápido posible. Me miró por encima del hombro con una expresión de «Siento no quedarme contigo frente al pelotón».

«Ya. Gracias por el apoyo, amigo».

—Bueno, ¿cómo fue la boda del fin de semana? ¿Qué tal Piper? —preguntó el señor Hayes.

—Oh, fue muy bonita. La novia era… eh… adorable.

El señor Hayes estalló en carcajadas.

—¿En serio? Porque normalmente suele ser una niñata malcriada. ¿O es que estás siendo amable porque sabes que soy amigo de sus padres?

Sonreí.

—El recinto era precioso.

Asintió.

—Eso me gusta más. ¿Y mi hijo? Espero que fuera hospitalario.

No había tenido la oportunidad de hablar con él después de las presentaciones, porque había estado ocupada con un imbécil de ojos azules, así que di una respuesta genérica.

—Sí, Ted fue muy amable. Puedo ver el parecido.

El señor Hayes soltó una risita.

—Normalmente es más idiota que Piper, sobre todo cuando está rodeado de todos esos capullos de Harvard. Yo fui a una escuela pública y recibí una buena educación, pero ya sabes cómo va esto: haces lo mejor para tus hijos… y los conviertes en las mismas personas que creíamos que eran unos capullos cuando éramos jóvenes.

Me gustaba este hombre.

—Yo también fui a una escuela pública.

Él asintió.

—En fin, Bill me ha dicho que las publicaciones en redes sociales de la boda están teniendo éxito.

«Mierda».

—Em… sí. Están recibiendo mucha atención.

—Bien, bien. ¿Te gustaría cubrir otras doce bodas? En verdad serían once, ya que has atendido a la primera. Haremos una serie: doce tontos de Harvard, todos de la misma fraternidad, se comprometieron el año pasado. Debió de haber algo en el agua; pero convertirlo en una serie fue idea de mi hijo, en realidad. Cuando vino ayer y lo sugirió, pensé que tal vez era excesivo ver a las mismas personas todos los meses en la revista, muchos de los chicos están en todas las bodas; pero después de hablar con Bill sobre el entusiasmo que se ha mostrado en redes con la primera, estoy pensando que tal vez podría funcionar; aunque quería escuchar la opinión de la mujer que está en primera línea. Dime, ¿qué opinas, Sloane?

«Uf». No me imaginaba aguantando a ese grupo un año entero. No llegué a conocer muy bien a las otras chicas, pero si toleraban a Piper, algo les pasaba. Y los chicos… Bueno, sabía con certeza que al menos uno era un idiota de Harvard, como había dicho el señor Hayes; pero… ¿cómo podía decir que no cuando era su hijo quien lo había sugerido? Además, si él no sabía que el éxito en redes se debía a que había publicado una foto en la que se veía un pezón, no iba a ser yo quien se lo dijera, así que no tenía más remedio que aguantarme.

Esbocé mi mejor sonrisa.

—Creo que es una idea genial. A los lectores les va a encantar. Estoy segura de que esperarán con ansias el reportaje cada mes, será una oportunidad para volver a ver al grupo. Hoy en día, a la gente le encantan las series de cualquier tipo.

Hayes asintió, encantado.

—Entonces, estupendo. Mi hijo se pasará esta noche antes de coger el vuelo a casa. Le diré que se pase por tu oficina y te dé los nombres y los contactos. ¿Estarás aquí para las seis?

Tenía mi ropa de gimnasio en el cajón del escritorio, con la intención de ir a mi clase de yoga favorita de las seis, pero era lo que había.

—Estaré.

—Genial. Encantado de conocerte, Sloane. Sigue con el trabajo duro.

—Un placer, señor Hayes.

Una hora después de que se fueran de mi oficina, Elijah se escabulló dentro.

—Sigues aquí. Es buena señal…

Suspiré.

—No estoy tan segura. Creo que me habría gustado más que me despidieran. Hayes ha decidido que hagamos una serie sobre los amigos de la boda del sábado por la noche. Al parecer, una docena de chicos de Harvard de la misma fraternidad se han comprometido y quiere que cubramos todas sus bodas este año. Ah, y también cree que los lectores adoran al grupo por toda la atención que están teniendo las fotos en redes.

—¿No sabe nada del pezón?

Negué con la cabeza.

—Parece que no.

Elijah se encogió de hombros.

—Bueno, al menos hay un lado bueno.

—¿En serio? ¿Cuál? Porque ahora mismo no lo estoy viendo. Mi vida va a ser como esa vieja película, *Atrapado en el tiempo*: levantarme, recordar que me plantaron en el altar todo el día en el trabajo, yoga, cena, dormir y vuelta a empezar. Lo mejor de mi semana será ayudar a mis hermanos en Carrick's algunas noches.

Elijah abrió la carpeta de cuero que siempre llevaba llena de documentos. Sacó unas cuantas hojas de contactos y las dejó sobre la mesa.

—Este, por ejemplo.

Bajé la vista. Las fotos eran todas de tamaño miniatura, así que levanté las páginas para verlas más de cerca.

—Dios mío. ¿Las has retocado para mejorar el color?

—No. Es todo suyo, chica.

«Dios». Si es que era posible, los ojos de Wilder eran aún mejores en las fotos. Eran hipnóticos. Las lentillas de colores no hacían que los ojos brillaran tanto. Se me nubló la vista al recordar la noche del sábado, nuestro beso en el guardarropa… Los primeros besos no eran así, tenían giros torpes de cabeza, choques de dientes, lenguas que necesitaban encontrar el camino; pero con Wilder no hubo vacilación. Una vez que nuestros labios se tocaron, nos besamos como si quisiéramos devorarnos vivos. Durante todo el trayecto a casa, noté las consecuencias en mi cuerpo. La piel entre mis piernas latía con la misma fuerza que mi corazón acelerado. Lástima que fuera un capullo. Parpadeé para volver a la realidad con ese pensamiento.

—Es guapo, pero lo sabe.

Elijah se recostó en su silla.

—No puedo culparle, es difícil no darse cuenta. Vosotros teníais una química electrizante. ¿Vas a volver a verlo?

—¿Estás loco? No. Se me subió el alcohol a la cabeza la otra noche, eso es todo. Además, vive en Londres.

—Si fue parte del primer cortejo nupcial, tal vez esté en las demás bodas que tenemos que cubrir.

—Dios, espero que no.

—Sería una forma divertida de volver al ruedo, por así decirlo.

—Creo que voy a pasar y seguir con mi celibato.



Miré la hora en mi teléfono: casi las siete y media. Hayes había dicho que su hijo vendría sobre las seis. ¿Cuánto tiempo tendría que quedarme esperando a este tío? Ya no solo iba a perder mi clase de yoga de las seis, sino también la clase de pilates de las ocho menos cuarto que tenía como plan B. Si no fuera el hijo del CEO, ya me habría ido mucho antes. Me molestaba que la gente no respetara el tiempo de los demás.

Me levanté y me estiré, balanceando el libro entre las manos. Luego fui a la cocina a rellenar la botella de agua. La oficina estaba ya vacía; incluso el personal de limpieza se había marchado, y el eco de mis tacones resonaba contra las paredes. Mientras rellenaba mi botella, seguí leyendo el libro hasta que sonó mi teléfono con un mensaje de mi hermano: quería que lo cubriera en el bar el viernes por la noche. Empecé a enviarle un mensaje de audio mientras volvía a mi oficina, pero me detuve de repente cuando vi a un hombre en el pasillo.

—Qué co… —Se me cayó la botella al suelo, al igual que el libro, mientras el corazón me iba a mil por hora.

—¿Qué haces aquí?

—Hola, magdalenita. —Wilder sonrió—. Estaba buscándote, por supuesto.

—¿Por qué?

Se agachó y recogió lo que se me había caído.

—Porque me abandonaste la otra noche antes de darme tu número.

Tragué saliva y apuré el paso; él tenía mis cosas.

—No pensaba dártelo, de todas formas.

Entrecerró los ojos, como si no estuviera acostumbrado a que lo rechazaran.

—¿Por qué no?

—Porque no me gustas mucho.

Sonrió con picardía.

—En el guardarropa sí que parecía gustarte.

—Eso fue un accidente.

Levantó las cejas.

—¿Un accidente? ¿Me comiste la boca sin querer?

—Yo lo recuerdo diferente. Tú me comiste la boca a mí.

—No parecías molesta.

Pasé por su lado y entré en mi oficina. Él me siguió, dejó la botella de agua en una esquina del escritorio y me tendió el libro, aunque antes se lo acercó para leer la portada.

—*¿Encuentra a tu yo interior?* ¿Estás leyendo esta basura?

Se lo quité de las manos.

—No es de tu incumbencia.

Se encogió de hombros.

—Me gustas mucho tal como eres.

—Mira, Wilder, me siento halagada, pero no me interesas. Sí, el beso estuvo bien, pero no eres mi tipo. Además, dijiste que vivías en Inglaterra.

—¿Bien? El beso estuvo más que bien. Creo que una periodista puede encontrar palabras mejores.

«Fue apasionante, excitante, embelesador». Incluso un simple «genial» habría sido suficiente, pero no quería darle ánimos a este tío; aunque mi estúpido cuerpo parecía tener mente propia. Me fijé en sus labios y mi respiración comenzó a acelerarse. Wilder se dio cuenta. Cuando levanté la vista, esbozó una sonrisilla y yo le fruncí el ceño.

—No va a pasar. —Di la vuelta al escritorio para dejar algo de espacio entre nosotros. Ese pequeño respiro me debió permitir pensar con claridad, porque entonces fui consciente de que estaba en mi oficina—. ¿Cómo has entrado en el edificio? Las puertas se cierran a las seis y se necesita un código para entrar.

Wilder inclinó la cabeza, estudiándome, y sonrió.

—Mi padre me dio su código.

—¿Tu padre?

Asintió.

«¿Por qué demonios parece divertirse tanto?».

—¿Quién es tu padre? ¿Trabaja aquí?

—Sí.

«Genial. Estupendo». He cavado mi propia tumba: publicar una foto de un pezón de la hija del amigo del jefazo y liarme con el hijo de otro empleado.

—¿Quién es tu padre?

—Ted.

Revisé mi lista mental de empleados, pero no recordé a nadie.

—¿Ted qué?

—Ted Hayes.

Me quedé boquiabierta.

—Pero… el otro tipo se llamaba Ted, el chico majo del cortejo nupcial.

—Te lo creas o no, hay más de dos personas en el mundo que se llaman Ted. De hecho, en mi familia hay cuatro.

—Pero tú eres Wilder.

—Theodore Wilder Hayes, el cuarto. Mi abuelo es Theo, mi padre es Ted. Él insistió en que continuara con el nombre, pero mi madre siempre lo había detestado y me llamó Wilder. —Negó con la cabeza —. Nadie me llama Theodore o Ted.

Cerré los ojos. «Esto no puede estar pasando». Tal vez estaba soñando despierta, algo que me pasaba a veces. Normalmente estaba en un velero en el Caribe o bebiendo Chianti en Italia, pero era posible. A fin de cuentas, el beso con Wilder había sido maravilloso. «Sí, es eso. Él no está aquí de verdad». Mantuve los ojos cerrados unos segundos más, intentando que mi deseo se cumpliera, pero, cuando los abrí, solo veía la sonrisa divertida de Wilder.

Esos labios carnosos.

Debajo de su nariz de perfil romano.

Todo era perfecto, pero no me daba cuenta porque esos ojos lo eclipsaban.

Inspiré hondo y exhalé la ansiedad que tenía dentro.

—Esto no cambia nada —le dije.

Wilder se metió las manos en los bolsillos.

—Por supuesto que no.

—No voy a salir contigo.

—Vale, nos volveremos a ver muy pronto y, cuando eso suceda, estaremos los dos arreglados y compartiremos una cena. Llámalo como quieras.

—¿De qué hablas?

Se sacó un trozo de papel del bolsillo y me lo tendió.

—Todas las bodas en las que nos veremos. Mi padre me pidió que te trajera una lista.

Capítulo seis



Wilder

—A la mierda —murmuré y cerré el PDF.

El miércoles por la tarde, de vuelta en mi piso de Londres, se suponía que debería haber estado leyendo un contrato de treinta y dos páginas; una de la docena de cosas que tendría que haber hecho, ya que había estado fuera de la oficina durante una semana; pero, en lugar de eso, revisé el correo electrónico que me había enviado la asistente de mi padre esa misma mañana. Esa vez, cuando se abrieron las fotos, las guardé en mi disco duro, diciéndome a mí mismo que quizá las necesitaría algún día. ¿Para qué? No tenía ni la más remota idea; pero, en lugar de intentar inventarme una excusa que no fuera «estoy obsesionado con una mujer que sabe a dulce», aproveché el tiempo de una manera más productiva: obsesionándome.

Sloane Carrick era una auténtica preciosidad: pelo castaño rojizo, piel cálida, ojos verdes y un cuerpo espectacular, incluso bajo ese horrible vestido morado que había tenido que llevar puesto. Puede que ella se topara conmigo en ese pasillo, pero fui yo quien se quedó sin aliento. Ojeé las fotos, buscando una en la que no estuviera vestida como un Teletubbie, y me detuve cuando llegué a un primer plano de su rostro. Estaba desmelenada, mirando directamente a la cámara, con un vaso de chupito en la mano y haciendo un gesto obsceno con la otra. Su actitud descarada hizo que se me estremeciera la polla dentro de los pantalones. Me gustó tanto la foto que la etiqueté con un pequeño corazón, para que se guardara en mi carpeta de favoritos.

Al final, aparté la mirada de la cara de Sloane y ojeé otras cien fotos. Pasé por alto en las que no salía ella y no pude pasar más rápido aquellas en las que salía la novia. Hacia el final de la recopilación, me detuve en una foto de grupo. La habían hecho desde arriba, así que tardé unos segundos en darme cuenta de lo que estaba viendo. El fotógrafo debía haber estado en un balcón o terraza del segundo piso, y el cortejo nupcial estaba de pie en el césped, levantando las flores en el aire. Era una foto artística, pero clavé mi mirada en el escote de Sloane y amplié la imagen para verla mejor. Dos montículos cremosos llenaron mi pantalla justo cuando mi hermano pequeño, Lucas, entró en mi despacho. Se sentó en una silla y se inclinó hacia delante para mirar el monitor.

—Vaya tetas.

—No seas grosero, mierdecilla.

Me di cuenta de mi hipocresía, mientras estaba sentado frente al ordenador, observando a una mujer, a solo una puerta de distancia de masturbarme con esas malditas fotos; pero bueno, yo era el adulto ahí, y era mi responsabilidad enseñarle modales a mi hermano pequeño. Hice clic en la X de la esquina superior izquierda para cerrar las fotos.

—¿Con quién te estás pajeando?

—No me estoy pajeando con nadie. Estaba trabajando.

—¿Me repites cuál es tu trabajo? Porque para eso voy a ir a la universidad.

Negué con la cabeza. Ayudar a criar a un chico de quince años no estaba en mi lista de deseos ni en la de Lucas, pero ahí estábamos. Me recosté en la silla y le presté toda mi atención.

—¿Qué tal en clase? ¿Qué vas a hacer por la tarde?

—Viene Wesley. Vamos a pensar qué voy a hacer con mi cita de esta noche.

Lo miré de reojo.

—¿Qué?

Lucas apoyó los pies en el escritorio.

—Tengo una cita esta noche.

Aparté sus zapatillas.

—¿Quién ha dicho que puedes empezar a tener citas?

—Papá y Brenda.

No estaba seguro de que fuera verdad, pero no me sorprendería si fuera el caso. Lucas y yo teníamos padres diferentes y el suyo hacía que el mío pareciera el padre del año. Nunca entendí qué vio mamá en Lorenzo, el padre de Lucas, más allá de que tocó la guitarra en una banda de rock. En mi opinión, ese tipo era un holgazán, y ahora era el único progenitor de Lucas. Mi hermano pasaba más tiempo en mi casa que en la suya, sobre todo ahora que Lorenzo se había vuelto a casar. Brenda era más joven que yo. También era una hippie que no creía en las normas ni los castigos, lo cual había estado bien cuando Lucas tenía nueve y diez años, pero ahora él había aprendido a manipular la situación.

—Creo que eres demasiado joven para salir con chicas.

—¿Cuántos años tenías tú cuando empezaste? —contraatacó.

«Pillado». Al parecer, la hipocresía era una parte importante de la crianza de los niños; pero yo no estaba dispuesto a compartir que me habían hecho sexo oral a los catorce y que el mejor regalo de cumpleaños que había recibido a los quince había sido que Stacey Donovan, de diecisiete, me dejara penetrarla. Empezaba a darme cuenta de que había una delgada línea entre ganarse la confianza de

un adolescente con honestidad y guiarlo en la dirección correcta. Decidí volver a centrar la atención en él.

—¿Cómo se llama la chica con la que tienes una cita?

—Kate.

—Vale. ¿Por qué quieres salir con Kate?

Lucas se encogió de hombros.

—No lo sé. Todo el mundo lo hace.

Le señalé.

—Incorrecto. Me importa una mierda lo que hagan los demás, y a ti también debería. Un hombre debe actuar con un propósito. Si quieres tener una cita con Kate, debe de ser porque te gusta, y tienes que saber listar las razones de esa atracción. No sirve de nada que otros tíos vayan detrás de las chicas.

Lucas frunció el ceño.

—Eres insoportable.

—Te diré algo: voy a darte un respiro. Esa Kate puede venir aquí, si hablo primero con sus padres y ellos están de acuerdo, pero te vas a quedar en el salón, no vas a subir a tu cuarto ni hacer nada raro. Y las manos quietas.

Pareció considerarlo un segundo, pero entonces señaló el monitor con la barbilla.

—¿Quién era la mujer que estaba en la pantalla cuando entré?

—La conocí en la boda de un amigo en Nueva York el finde pasado. Se llama Sloane. ¿Por qué?

Él sonrió y ahuecó las manos sobre su pecho, el signo universal para referirse a las tetas.

—Ya sé por qué me gusta Kate. Creo que es el mismo motivo por el que te gusta Sloane.

Solté una risita y negué con la cabeza.

—Sal de mi despacho, cabeza hueca.

Lucas desapareció, así que me obligué a abrir el contrato que se suponía que debía leer; pero, tras dos párrafos, volví a mi biblioteca de fotos. Conseguí detenerme antes de hacer clic en la carpeta, pero tras unas cuantas páginas más del aburrido contrato, de alguna

manera terminé en la página web de Hayes Media. Mi padre tenía un montón de revistas y periódicos y yo sabía que la página web de la empresa tenía enlaces a todas las diferentes líneas de negocio. Al encontrar la pestaña de la revista *Bride,* me emocioné un poco de más cuando descubrí un apartado con el nombre «Conoce al equipo». Después de otras cuatro personas, había una foto de Sloane Carrick.

La foto era buena, una típica foto profesional del rostro, pero no capturaba su personalidad como las de la boda. Debajo, leí su biografía.

«Sloane Carrick es editora asociada. Su carrera en la revista *Bride* comenzó con unas prácticas durante su tercer año de universidad y, desde entonces, ha sido una parte integral del equipo. Escribe la columna mensual sobre bodas y es la mente pensante detrás del exitoso canal de YouTube *Knot so Seriously,* donde presenta un programa semanal de preguntas y respuestas centrado en la felicidad nupcial y los errores más divertidos. Se graduó en la Facultad de Periodismo de la Universidad de Binghamton.

Sloane tiene tres obsesiones: espaguetis a la carbonara, bizcochitos y bodas. Ha soñado con su gran día desde que tenía siete años y ahora se encuentra planeando su «felices para siempre» con el amor de su vida en Año Nuevo.

¿Qué cojones? ¿Está prometida? Se me formó un nudo en el estómago y se me encendieron las mejillas de la rabia. Nos habíamos liado en el guardarropa y la había manoseado. Por encima de la ropa, pero aun así contaba. Me quedé mirando la foto y la dulce sonrisa que tenía. Al parecer, esa carita inocente era la máscara de una infiel.

Debajo de su biografía había un enlace y el logo de YouTube.

«Únete a *Knot so Seriously* todos los jueves a las 9 p.m. EST».

Miré el reloj. Las nueve allí eran las tres de la mañana aquí. Estaría dormido para entonces. Tamborileé con el boli en el escritorio mientras apretaba los dientes.

«Prometida». La chica que me dio el mejor beso de mi vida estaba prometida, joder.

Había desperdiciado toda una mañana viendo fotos de una mujer que estaba fuera de mi alcance; una mujer que era una infiel. Lo único que odiaba más que a una infiel era a una que fingía no serlo.

Me senté en el escritorio, rumiando, durante un buen rato. Al final, me dije a mí mismo que estaba bien así. No necesitaba perder el tiempo suspirando por una mujer que trabajaba para mi padre y vivía a cinco mil kilómetros de distancia. De hecho, lo que necesitaba en ese momento de mi vida era conveniencia. Como Melanie Harper, que vivía a dos manzanas y lo único que quería de mí era mi polla. Había pasado unas cuantas noches divertidas en su casa y ni una sola vez había entrado en la página web de la empresa para la que trabajaba para leer su maldita biografía. De hecho, ni siquiera estaba seguro de dónde cojones trabajaba o lo que hacía para ganarse la vida. ¿Diseñadora gráfica? O tal vez asesora académica. Estaba bastante seguro de que eran dos palabras. ¿Desarrolladora de videojuegos? Daba igual. Lo que importaba era la conveniencia, así que cogí el teléfono y le mandé un mensaje a Melanie.

WILDER:

¿Comida china la semana que viene?

Me sentí mejor después de enviarlo.

Durante… dos segundos.

Entonces me enfadé por lo enfadado que seguía estando; pero en lugar de quedarme ahí sentado y dejar que aquello me carcomiera, decidí aprovechar la ira e ir a hacer ejercicio. De todos modos, esa tarde no estaba consiguiendo una mierda. Además, había un gimnasio en mi edificio, así que era conveniente, mi palabra del día. Como ventaja adicional, me impediría seguir clicando en este estúpido ordenador.



Esa noche no pude dormir. Me di la vuelta, le di un puñetazo a la almohada y me quedé mirando el móvil en la mesita de noche. Tendrían que ser sobre las cuatro.

«Tal vez compruebe su programa durante un minuto».

Probablemente esté a punto de terminar.

«Para ver lo tonto que es».

El sábado por la noche había bebido bastante alcohol. Seguro que la mujer no era ni la mitad de interesante de lo que recordaba, y ni siquiera sabría que yo estaba ahí.

Me mordí el labio inferior unos segundos y al final decidí que, si no comprobaba ese estúpido programa de YouTube, no podría dormir. Y tenía que trabajar al día siguiente, así que sucumbí, me levanté y lo puse.

La pantalla se llenó enseguida con el rostro de Sloane. Se estaba tapando la boca mientras se reía. No pude evitar sonreír a la maldita pantalla; pero entonces, mis ojos se desplazaron a su mano, su mano izquierda. No llevaba anillo. No llevaba anillo de compromiso. Igual que la noche de la boda.

—Bueno, chicas —dijo—. Tenemos quince minutos más, así que vamos a abrir la sección de preguntas y respuestas. Podéis preguntar cualquier cosa que queráis sobre bodas. Nada queda excluido y no existen las preguntas tontas. —Señaló hacia abajo—. Solo hay que escribirlas abajo y elegiré algunas para responderlas.

El panel en blanco de la mitad inferior de la pantalla comenzó a llenarse de preguntas. Los ojos de Sloane se movieron de un lado a otro durante un minuto antes de leer una en voz alta.

—Vale, la primera pregunta es de Tatiana. «¿Cómo le puedo decir educadamente al padrino que no quiero que dé un discurso? El nuestro es ruidoso y grosero, y temo que ofenda a los invitados». —Sloane miró a la cámara—. Bueno, Tatiana, creo que no hay una forma elegante de decirlo, pero si no vais a tener más discursos, puedes decirle que habéis decidido que no haya discursos en la boda

porque pensáis que crea mucha tensión en la persona que lo da, o que los discursos sobre ti te incomodan, así que habéis decidido prescindir de ellos. —Se detuvo y movió los ojos por la pantalla del ordenador antes de sonreír—. La siguiente es buena. Lily pregunta: «¿Está mal enrollarse con alguien del cortejo nupcial?». —Sloane sonrió y miró a la cámara de nuevo—. Asumiendo que no te refieres a los novios, creo que dos adultos pueden tener un rollo con consentimiento sin problema, incluso puede ser divertido, siempre que ambos sepáis lo que queréis.

«Enrollarse en una boda» me dio una idea. Moví el cursor a la caja de preguntas y escribí:

«¿Por qué no llevas tu anillo de compromiso mientras presentas un programa sobre bodas?».

Debió haber un retraso porque mi pregunta tardó un minuto o dos en aparecer en la pantalla. Cuando lo hizo, observé el rostro de Sloane mientras la leía. Frunció el ceño.

—Número Diecisiete pregunta por qué no llevo mi anillo de compromiso cuando hago este programa. Bueno, Número Diecisiete, eso es porque no estoy prometida. Lo estuve, pero no funcionó.

Se me aceleró el corazón. «No está prometida».

«A la mierda». Necesitaba saber si era el único que estaba obsesionado con el beso del sábado pasado. Así que volví a escribir:

«¿Alguna vez has ido a una boda y te has liado con un desconocido?». Casi le di a enviar, pero entonces decidí añadir otra pregunta: «Si es que sí, ¿qué tal fue?».

Golpeé con los dedos sobre la mesa mientras esperaba. Otras preguntas aparecían en la pantalla, así que no estaba seguro de que ella fuera a responder a la mía otra vez; pero cuando apareció en la pantalla, una sonrisa pícara se dibujó en su rostro.

—Número Diecisiete tiene otra pregunta. Quiere saber si me he liado con un desconocido. —Sloane miró a la cámara—. Lo he hecho. Además, recientemente. Y lo recomiendo mucho.

Mi pecho se hinchó de orgullo. En general, no me gustaban las bodas. Una invitación por correo era tan bienvenida como una multa

por exceso de velocidad. Al menos con esas podías escribir un cheque y quitártelo de en medio; pero, de repente, volvía a estar deseando que llegara la próxima boda a la que tenía que asistir, en tres semanas.

Capítulo siete



Sloane

—¿Cómo han ido estas últimas dos semanas? —La doctora Amherst se recostó en la silla de siempre, cogió su cuaderno de la mesita que había a su lado, lo abrió por una página en blanco y lo dejó sobre su regazo.

—Podrían haber ido mejor. —Me encogí de hombros—. Vi una foto de Josh y su nueva novia. O más bien su ex, que vuelve a ser su novia.

—¿Cómo pasó?

—En Instagram. Josh y yo aún nos seguimos. La foto era de hace unos meses. Últimamente eso es lo único que veo, publicaciones antiguas. Deben de haber cambiado el algoritmo o algo.

La doctora Amherst sonrió.

—Echo de menos los viejos tiempos, cuando nadie tenía que saber nada de la vida de los demás; pero cuéntame, ¿cómo te sentiste al ver la foto?

—Como una idiota. La misma forma en la que me siento cuando recuerdo el correo electrónico que apareció en su teléfono unos días antes de la boda, con el nombre de ella. Le creí cuando me dijo que ella había visto el anuncio y quería desearle suerte. —Negué con la cabeza—. Creo que el hecho de haberle creído sin dudar es lo que más me molesta ahora, puede que incluso más que haberme quedado plantada en el altar, humillada, y que el hombre del que estaba enamorada esté de nuevo con su ex.

—Es comprensible. Pusiste tu confianza en alguien que la destrozó. Cuando eso pasa, nos quedamos con los fragmentos de una promesa que una vez pesó mucho en nuestros corazones.

Suspiré.

—Debería haber dejado de seguirlo.

La doctora Amherst inclinó la cabeza.

—¿Por qué no lo hiciste?

—No lo sé. ¿Tal vez me gusta castigarme?

Sonrió.

—Creo que es más bien por la misma razón que todos nos fijemos en un accidente de tráfico. Cuando pasa algo malo se estimula nuestra amígdala, la parte del cerebro responsable de procesar estímulos aterradores e inquietantes. Manda una señal a la región de nuestro cerebro que analiza e interpreta las cosas. En respuesta, eso hace que evaluemos lo que ha pasado y nos aseguremos de que no nos ocurra o, en tu caso, te asegures de que no pase una segunda vez.

—¿Así que sigo a Josh para comprender por qué no lo vi venir? ¿O lo sigo para seguir siendo miserable y no volver a tener otra relación para no hacerme daño de nuevo?

—Solo tú sabes la respuesta.

Suspiré.

—¿No hay un libro que me diga cómo averiguarlo?

La doctora Amherst sonrió.

—Una pregunta: cuando nos conocimos hace dos semanas, hablamos de que te unieras a una aplicación de citas. ¿Lo has hecho?

Negué con la cabeza.

—Ver esa foto me quitó las ganas de hacerlo.

—Parece que no vas a necesitar un libro: acabas de responder a tu pregunta.

Pensé en ello. Supongo que tenía sentido. No quería volver a experimentar lo mismo que pasó con Josh nunca más. Cuando caminé hacia el altar el día de mi boda, pensé que era el principio de uno de los momentos más felices de mi vida, hasta que mi padre me levantó el velo y me fijé en la expresión de Josh. Sabía que algo iba mal, pero estaba tan confundida que pensé que alguien había fallecido; de hecho, le pregunté si su abuela, que no había podido asistir ese día porque estaba enferma, se encontraba bien. Ni siquiera se me pasó por la cabeza que mi prometido desde hacía un año y medio estuviera a punto de dejarme plantada delante de toda mi familia y amigos. Y no fue porque de repente se echara atrás, porque eso sí que ocurre. No. Resultó que mi prometido, en el que confiaba, se había estado tirando a su ex todo el tiempo que estuvimos juntos. Unos días antes de nuestra boda, Josh le había escrito una carta diciéndole que no se casaría conmigo si había alguna posibilidad de que ella le diera una segunda oportunidad. Al parecer, se presentó en su apartamento la mañana de nuestra boda y le confesó que también seguía enamorada de él. Aun así, yo no tenía idea de nada.

Así que tal vez mi reticencia a seguir adelante no tenía tanto que ver con superar lo de Josh como con aprender a confiar de nuevo en mí misma. Asentí.

—Dejaré de seguirlo hoy.

—Los pasitos pequeños son igual de válidos. —La doctora Amherst volvió a sonreír.

—Vale. Y no me he unido a una aplicación de citas, pero he conocido a alguien. Nos besamos.

—Oh. Háblame de él.

—Es… un idiota, dice lo que piensa sin importarle herir los sentimientos de los demás, y discutimos casi toda la noche.

La doctora Amherst frunció el ceño.

—¿Me puedes decir algo más? Porque eso suena a alguien que sería una muy buena pareja.

Sonreí.

—La verdad es que es bastante gracioso. Tiene un sentido del humor negro. Y tiene unos ojos… —Me quedé ensimismada, recordando lo cautivadores que eran; aunque no era como si tuviera que hacerlo solo de memoria, ya que en las últimas dos semanas había mirado varias veces las fotos que había hecho Elijah—. Son de un color verde azulado brillante, quizá turquesa sea la forma más adecuada de describirlos. Al principio los llamaba azul celeste en mi cabeza, pero luego busqué el color y me di cuenta de que los suyos tienen algo más de verde. Y están rodeados por unas pestañas negras muy gruesas.

La doctora Amherst parecía divertirse.

—¿Buscaste el color azul celeste?

Me mordí el labio.

—Tendrías que ver los ojos para entenderlo.

Esbozó una sonrisa.

—Vale, bueno, guapo y divertido es una buena combinación. ¿Cómo os conocisteis?

—En una boda. Yo estaba trabajando y él era un invitado.

—¿Vas a volver a verlo?

—Sí, pero no para una cita ni nada de eso. El beso estuvo genial, pero no es mi tipo.

—¿Cuál es tu tipo?

Esa pregunta me dejó paralizada. En ese momento no estaba segura de saber cuál era mi tipo. Desde luego, no era un abogado rubio, apuesto, de buenos modales y sofisticado.

—Ya no lo sé. —Negué con la cabeza—. Este tipo parecía un mujeriego, ya sabes, de esos engreídos que son tan guapos que no necesitan esforzarse más que en encontrar un bizcochito para una mujer y acabar en el guardarropa enrollándose con ella.

La doctora Amherst arqueó una ceja.

—¿Eso último es por una experiencia personal?

Solté una risita.

—Tal vez, pero en mi defensa diré que había bebido. No suelo tomar azúcar y sus ojos eran increíbles.

Sonrió.

—Todos tenemos nuestra kriptonita. Has dicho que vas a volver a verlo. ¿Es porque pertenecéis al mismo círculo social?

—No, voy a cubrir una serie de bodas: doce chicos de una fraternidad que se van a casar a lo largo de un año. Son sus amigos, así que supongo que él también asistirá a todas.

—Ay, madre. Entonces lo verás mucho.

Asentí.

—Pero no volverá a ocurrir lo que pasó la primera vez.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque ahora que sé cuál es mi kriptonita, puedo mantenerme alejada de ella.



Tenía una reunión de *marketing* a las dos, en la planta de arriba, después de mi cita con la psiquiatra a la hora del almuerzo, así que cogí lo que necesitaba y respondí a un correo electrónico en el teléfono mientras esperaba el ascensor. Las puertas se abrieron mientras escribía, de modo que entré sin levantar la vista. Cuando finalmente lo hice, me quedé paralizada.

Wilder esbozó una sonrisa de suficiencia. Junto a él había un chaval que tenía los mismos ojos turquesa y pestañas oscuras. Debían de ser parientes.

Entrecerré los ojos.

—¿Por qué estás aquí? —Sonó brusco, y esbozó una sonrisa más amplia.

—Yo también me alegro de verte, bizcochito.

El ascensor estaba lleno de gente a la que estaba haciendo esperar por no terminar de entrar, y todo el mundo me estaba mirando, así que me obligué a quedarme en un sitio libre junto a una pared. Me ardían las mejillas. Agradecí que las normas de etiqueta de ascensor me permitieran darme la vuelta y mirar al frente sin tener que mirarlo a él. Alcé la barbilla, intentando parecer más valiente de lo que me sentía, y miré fijamente los números, fingiendo que él no estaba a menos de treinta centímetros de mí.

Pero, joder, no podía hacer como si no tuviera olfato. Olía muy bien; claramente era la misma colonia que había llevado en la boda de hacía dos semanas. Y sentía un cosquilleo raro por todo el cuerpo. Nos detuvimos en la siguiente planta y tuve que salir para que dos personas se bajaran.

Al volver a entrar, el niño me observó con tanta atención como el hombre que estaba a su lado.

—¿Eres famosa o algo? —preguntó.

Me giré para asegurarme de que el chico me hablaba a mí.

—No, ¿por qué?

—Iba a pedirte una foto si lo fueras.

Sonreí.

—Siento decepcionarte.

Se encogió de hombros e hizo un gesto hacia Wilder.

—Pensaba que eras famosa porque él estaba viendo un montón de fotos tuyas en su ordenador.

Arqueé una ceja al mirar a Wilder.

—Las fotos de la boda para la revista.

El chaval volvió a hablar.

—No vi ninguna foto de la novia. Ampliaste la foto para que solo saliera ella.

Wilder le puso la mano en la boca al chico.

—En Estados Unidos se considera de mala educación hablar en un ascensor lleno.

Todo el mundo que estaba dentro soltó una risita. La siguiente parada era la planta de los ejecutivos y Wilder dijo «disculpad», así que salí para que él y el chico pudieran bajarse.

Asintió mientras salía.

—Que tengas un buen día. Tal vez te vea luego.

El chico resopló.

—Eso significa que lo vas a ver seguro. Creo que está enamorado.



—Oye, Peaty, necesito un favor.

Pulsé el botón del altavoz para poder terminar de sellar la caja en mi escritorio.

—¿Qué pasa, Will?

—Uno de los chicos de la estación estaba a punto de llegar, pero su mujer le ha llamado para decirle que ha roto aguas, así que tengo que quedarme. ¿Crees que puedes volver a cubrirme esta noche en Carrick's?

—Sí, claro. No hay problema.

—¿Puedes estar allí para las seis? El chico del turno de mañana sale a las seis los miércoles. Su mujer es enfermera y trabaja turnos nocturnos, y no puede llegar tarde porque tienen un bebé en casa. Papá está hoy en el bar, pero ya sabes lo que pasa…

Me fijé en el reloj de mi ordenador. Tenía un poco más de una hora para ir corriendo a casa, cambiarme e ir al centro.

—Haré lo que pueda.

—Gracias, hermanita. Te debo una.

—Lo añadiré a la montaña de favores que me debes.

Después de colgar llevé la caja al Departamento de Envíos y Recogidas y volví corriendo a mi oficina para ordenar las cosas y dar

por terminada la jornada. Me di la vuelta para desenchufar el portátil y, cuando volví a mirar mi escritorio, Wilder estaba en la puerta.

Me sobresalté.

—Me has dado un susto de muerte.

—Lo siento. —Esbozó una sonrisa que demostraba que no lo sentía en absoluto.

—¿Qué haces en Nueva York? La siguiente boda no es hasta el próximo fin de semana.

—Tenía algunos negocios de los que ocuparme. Estoy en la ciudad hasta mañana y volveré unos días más tarde.

—¿Negocios con la revista *Bride?*

Sonrió.

—No, por supuesto que no. Estoy negociando para añadir un equipo de expansión en la USRL.

—¿La USRL?

—La Liga de Rugby Estadounidense.

—¿En serio? ¿Eso existe?

Soltó una risita.

—De hecho, sí.

—Supongo que te gusta el *rugby,* ¿no?

—Se podría decir que sí. ¿Y a ti?

Me encogí de hombros.

—Nunca he visto un partido, pero he visto fragmentos porque a mi padre sí le gusta. Sé que es un deporte de tíos duros.

—Es un deporte físico, sí.

—¿Tú has jugado?

Volvió a sonreír.

—Una o dos veces.

Guardé el portátil en el bolso.

—¿Dónde está tu acompañante?

—¿Lucas? Está cenando con la hermana de nuestra madre.

—Ah, sois hermanos. Sabía que teníais un parentesco, tenéis los mismos ojos.

—Son de nuestra madre. Lucas y yo tenemos padres distintos.

—Parece que le gusta fustigarte.

—Es un grano en el culo. Se piensa que tiene veinte años, cuando acaba de cumplir quince.

Sonreí.

—Puede que tenga una amiga para él: mi sobrina es más lista que su padre y que yo. Solo pregúntale. —Ladeé la cabeza—. Míranos, estamos teniendo una conversación educada.

Wilder bajó los ojos a mis labios.

—¿Y si discutimos? Me gusta más a dónde nos lleva eso.

Solté una carcajada.

—Creo que eso fue más por el alcohol y mi gusto por los bizcochitos.

—¿Quieres cenar conmigo esta noche? Me pasaré por una panadería y te invitaré a unos martinis para aumentar las posibilidades de un beso de buenas noches.

—No puedo, tengo que trabajar; de hecho, tengo que irme ya o no llegaré a tiempo.

—¿Eres pluriempleada?

—Creo que, técnicamente, te tienen que pagar para que se considere un pluriempleo. Voy a cubrir a mi hermano en el bar familiar.

—¿Tu hermano no te paga?

—Apenas puede con el alquiler, pero el *pub* lleva cuatro generaciones en nuestra familia. Es el tercer bar más antiguo de Manhattan.

—¿Cómo se llama?

—Carrick's.

—Tu apellido.

Asentí.

—¿Habrías aceptado la invitación para cenar si no tuvieras trabajo?

—Probablemente no. —Sonreí—. Eres guapo, eso no te lo niego; pero también eres un poco cretino y, en general, pareces una mala idea. Además, me estoy tomando un tiempo muerto de hombres.

—No lo parecía en el guardarropa.

Suspiré.

—Eso fue un error.

Wilder se llevó la mano al pecho.

—Au.

Me reí y guardé el resto de mis cosas en el bolso.

—Estoy segura de que puedes conseguir a cualquier mujer que quieras con un pestañeo.

Le brillaron los ojos.

—Al parecer, no; pero no me rindo con facilidad.

Me colgué el bolso en el hombro y salí por la puerta, dejándolo allí de pie, justo fuera de mi oficina. A mitad del pasillo, sentí una mirada clavada en mi espalda.

—¡Deja de mirarme el culo!

—Solo si dejas de alejarte de mí, bizcochito.



Cuarenta minutos más tarde, entré por la puerta del bloque de pisos. Mi sobrina, Olivia, estaba en las escaleras hablando con el móvil.

—¿Por qué estás hablando por teléfono en el pasillo? Tu padre ni siquiera ha llegado a casa.

Se encogió de hombros.

—Me gusta estar aquí.

—Da igual. —Subí las escaleras hasta donde estaba y le di un beso en la cabeza—. El dichoso metro se ha atascado, así que llego tarde. Tengo que estar en Carrick's en quince minutos. Voy a cambiarme.

Olivia siguió hablando por teléfono mientras yo subía el resto de escaleras. Una vez arriba, giré la esquina para la siguiente tanda… y después la siguiente. Llegué a la cuarta planta sin aliento y entre jadeos, echando bastante de menos el ascensor viejo y lento que no había valorado cuando vivía en el centro; aunque la subida quedó en

el olvido en cuanto recuperé el aliento y abrí la puerta de mi vestidor, algo que nunca podría permitirme si no viviera aquí.

Mi hermano Will compró el bloque con el seguro de vida que le dieron después de que falleciera su mujer y hacía medio siglo se había convertido en cuatro apartamentos independientes. Cuando uno de los inquilinos se marchó, unos meses después de que él se mudara con Olivia, me pidió que viviera en uno de los apartamentos a cambio de cuidar de su hija. Will trabajaba turnos de veinticuatro horas en el Departamento de Bomberos de Nueva York. Me habría mudado para ayudarle incluso sin este piso tan increíble, pero estar en el mismo edificio facilitaba las cosas cuando él trabajaba por las noches. Un año después de que yo me mudara, diagnosticaron a papá Parkinson avanzado, así que cuando llegó el momento de restaurar otra vivienda, Will decidió no renovar al inquilino. En su lugar, mi padre vendió su apartamento y se mudó a la vivienda de la planta baja del edificio. Así que vivía con mi familia; pero era lo mejor de ambos mundos: todos teníamos nuestra privacidad, pero podíamos colaborar y ayudarnos mutuamente.

Me quité la ropa de trabajo, una falda de tubo y una blusa de seda, y me puse unos vaqueros y una camiseta de Carrick's, me hice un moño y salí corriendo por la puerta. Había bajado una planta y media cuando pensé que había olvidado las llaves del bar, así que me detuve para mirar en el bolso. Mientras lo hacía, escuché a escondidas la conversación de Olivia.

—Uf. Fue asqueroso —dijo—. Sabes que los perros bóxer a veces tienen lenguas grandes y raras, ¿no? Eso es lo que parecía haber en su boca. Excepto que tenía la lengua seca, como los labios. En serio, no había saliva allí. Puede que sea mono, pero nunca más lo volveré a besar.

«Ay, mierda. ¿Liv está besando a chicos? ¿No puede esperar hasta que al menos tenga… no sé… treinta años?».

Encontré las llaves en el fondo del bolso. Mi sobrina, desde luego, no me había escuchado llegar, o no habría hablado tan alto, así que pisé con fuerza mientras bajaba el resto de las escaleras para

hacerle saber que estaba de camino. No tenía tiempo para hablar con ella sobre besar a chicos, pero lo haríamos la próxima vez que la cuidara.

Pasé junto a ella de la misma manera que había entrado. Con prisa, me detuve en el escalón en el que estaba sentada y le besé la cabeza.

—Buenas noches, Liv. Mándame la receta para lo que quieras de cenar este finde y así compro los ingredientes para cocinar juntas.

—Me da igual. —Se encogió de hombros. Era la típica respuesta de adolescente, pero sabía que esperaba con ganas las noches en las que cocinábamos juntas cuando su padre trabajaba. Su madre había sido chef en un restaurante con estrella Michelín en la ciudad, y habíamos estado haciendo sus recetas durante los últimos seis meses.

Afuera, un taxi se acercaba por la calle. Lo paré, en lugar de arriesgarme a esperar el metro. Eran las seis y cinco cuando entré en Carrick's; no estaba mal. Dejé el bolso debajo de la barra, cogí un delantal y me lo até a la cintura mientras me dirigía hacia mi padre.

—Hola, papá. —Le di un beso en la mejilla y me fijé en el tipo que estaba sentado en un taburete al otro lado de la barra. Frank había sido el compañero de papá en el Departamento de Policía de Nueva York durante treinta años. Se pasaba más horas en este sitio que mi padre—. Hola, Frank. ¿Qué tal?

—He traído un cojín donde sentarme porque tengo las hemorroides fatal. Tenéis que reacondicionar estos viejos taburetes antes de que alguien como yo presente una queja en virtud de la Ley de Estadounidenses con Discapacidades.

Sonreí y negué con la cabeza.

—No creo que tus hemorroides estén aseguradas, pero, por si acaso, voy a tener que empezar a cobrarte toda la cerveza que consumes para costear los nuevos cojines.

Me hizo un gesto con la mano.

—No nos vengamos arriba, señorita.

El bar estaba más lleno de lo normal para ser una noche entre semana, incluso había algunas caras que nunca había visto. En general, conocía a la mayoría de los clientes porque había crecido aquí. Casi todos eran del departamento de policía o de bomberos. La mayoría de los que no lo eran no duraban mucho con este grupo.

Ayudé a algunas personas, sin perder de vista a mi padre, que se acercó para ver qué querían dos tipos que no conocía. Hicieron su pedido, papá se acercó a la fila de grifos y tiró de la palanca para servir la Guinness. Como de costumbre, la llenó tres cuartos y le tembló la mano al dejarla sobre la barra. Vi que el tipo miraba la cerveza y ponía cara de asco, así que me acerqué.

—No está lleno —se quejó.

Señalé el cartel.

—No servimos medio litro. Nuestro precio refleja que recibes un tercio.

Hace unos dos años, cuando papá no podía seguir sirviendo cerveza sin derramarla por la barra por culpa del párkinson, bajamos los precios de las cervezas y colgamos un cartel que decía que servíamos tercios. No había mucho problema con los cócteles, pero, aunque la gente no esperaba un vodka con soda lleno hasta arriba, sí lo esperaba con una cerveza.

El tío movió las manos delante de él.

—Tal vez deberías contratar a alguien que no sea un alcohólico con tembleques.

Cogí uno de los bates que teníamos detrás de la barra y me lo apoyé en el hombro.

—Tiene párkinson, gilipollas. Si no te gusta, sales por la puta puerta.

Levantó las manos.

—Dios, chica. Estaba de broma.

—No me parece gracioso hacer bromas con la discapacidad de alguien. —El bar se había quedado en silencio, todo el mundo estaba prestando atención, listos para involucrarse. Observé el bar—. ¿Hay

algún oficial al que le parezca gracioso hacer bromas sobre mi padre?

El bar resonó con el sonido de los taburetes arrastrándose por el suelo de baldosas. Todos los hombres se levantaron de sus sillas y cruzaron los brazos sobre el pecho.

—Nop.

Por eso los clientes nuevos no duraban mucho. Al menos esta vez me alegraría de que no volvieran. Señalé la pecera que había sobre la barra.

—Esa es la hucha de propinas para la fundación del párkinson. Quizá podrías meter ahí la disculpa que le debes.



Unas horas más tarde, ya se habían calmado las aguas. Papá seguía por allí, aunque la mayoría de sus colegas, excepto Frank, se habían ido, y parecía que incluso él se estaba preparando para marcharse también. A mi padre no le gustaba dejarme sola allí, lo cual era una tontería, porque, con nuestros clientes, aquel lugar no podía ser más seguro que la comisaría. Fui a la trastienda a descargar el lavavajillas y pensé que intentaría convencerlo de que se fuera a casa mientras yo reponía existencias, una vez que su amigo se hubiera marchado. Me di cuenta de que estaba cansado, porque se había sentado en un taburete detrás de la barra, en lugar de estar de pie.

Abrí la puerta batiente con la cadera desde atrás, con un cubo de plástico lleno de vasos limpios. Frank se había ido y ahora su sitio lo ocupaba quien parecía ser un nuevo cliente. El hombre me daba la espalda, así que no le presté mucha atención. Al menos, hasta que me acerqué y se dio la vuelta.

Entonces me fijé.

—¿Wilder? ¿Qué haces aquí?

Capítulo ocho



Sloane

Estaba muy confundida. Wilder y mi padre se estaban riendo como dos viejos amigos.

Wilder me señaló con la barbilla.

—Hola, Sloane.

—¿Qué haces aquí? —repetí.

Se encogió de hombros.

—He venido a por una cerveza.

Papá señaló a Wilder.

—¿Conoces a este chico?

—Nos conocimos hace unas semanas en una boda que cubrí para el trabajo.

—¿Por qué no me contaste que conociste a Wilder Hayes?

Arrugué la nariz.

—¿Por qué te importa que lo conozca?

—Porque es una leyenda.

—Eh… ¿una leyenda en qué?

Papá meneó la cabeza.

—¿De verdad no sabes quién es?

—¿El hijo del jefe del jefe de mi jefe?

—Es Wilder Hayes, Sloane, uno de los mejores jugadores de *rugby* profesional.

Miré a Wilder.

—¿Jugaste profesionalmente?

Por primera vez, no parecía arrogante. Incluso parecía un poco modesto al asentir.

—Sí, durante ocho años.

Papá señaló a Wilder.

—Cariño, es el David Beckham del *rugby.* Va a hacer con el *rugby* lo mismo que Beckham hizo con el fútbol en los Estados Unidos. Va a formar su propio equipo y, con el número de seguidores que tiene, va a conseguir mucha atención.

—Lo del equipo no es seguro todavía —dijo Wilder—. La comisión vota sobre la expansión en menos de dos semanas.

—Serían idiotas si no lo hicieran —comentó mi padre.

—Gracias, es muy amable.

—¿Qué te pongo? —preguntó papá—. Invita la casa.

—Tomaré una cerveza —respondió Wilder—. Cerveza negra de barril, si tienen.

Necesitaba un minuto para asimilarlo todo.

—Perdón. Tengo que guardar los vasos.

Caminé hasta el centro de la barra y me puse a colgar los vasos en el soporte superior. Pero, cada pocos segundos, desviaba la mirada hacia Wilder. ¿Era famoso? ¿Jugador de *rugby?* ¿David Beckham? Lo más desconcertante de todo era que mi padre le había ofrecido una cerveza gratis. Cada vez que entraba alguien que no fuera del departamento de policía o de bomberos de Nueva York, le

cobraba el doble para disuadirle de quedarse. Ningún civil conseguía bebidas gratis de mi padre.

Terminé de colgar los vasos justo cuando papá acababa de servirle la cerveza a Wilder. Le temblaba mucho más la mano cuando estaba cansado y vi que Wilder se fijaba en ello. A diferencia del tipo de antes, los ojos de Wilder se suavizaron y sonrió. «Maldita sea. No quiero descubrir cosas que me gusten de ti».

Papá se acercó.

—Voy al baño, ahora vuelvo.

—Vale.

Comprobé si algunos clientes necesitaban rellenar sus bebidas y entonces me dirigí a Wilder.

—Entonces, ¿qué haces aquí de verdad? —pregunté—. No te has pasado a por una cerveza. Hay miles de sitios para tomar algo y vasos sin marcas de lavavajillas.

—Dijiste que este sitio era una leyenda en Nueva York. El tercer bar más antiguo, ¿no?

—¿Estás seguro de que no es porque te he rechazado y no lo soportas? Pareces del tipo que siempre consigue lo que quiere y no le sienta bien cuando no lo hace.

—Me gusta conseguir lo que quiero, pero estoy dispuesto a trabajar por ello.

Negué con la cabeza y suspiré.

—Así que eres famoso. ¿Por qué no mencionaste ese pequeño detalle?

Wilder se encogió de hombros.

—Esperaba gustarte por mi personalidad.

—¿Tu personalidad? —Me reí—. ¿En serio?

Esbozó una sonrisa.

—No soy tan malo.

Papá volvió sin prisa del lavabo. Lo señalé con la cabeza.

—Debería irme. Ha estado aquí todo el día y si piensa que estoy ocupada hablando contigo nunca se irá, y necesita descansar.

—Vale.

Antes de que pudiera alejarme, mi padre estaba a mi lado.

—¿Por qué no te tomas ahora el descanso para cenar?

—Estoy bien, comeré cuando llegue a casa.

—Pide algo, siéntate y come o no me iré. No quiero que te dé un bajón de azúcar cuando me vaya.

Fruncí el ceño.

—¿Qué tal esto? Prometo que pediré algo para comer cuando haya menos gente, y tú vete a casa y descansa. Además, coge un Uber, no el metro.

—Estoy bien.

—Papá…

Wilder intervino.

—Yo tampoco he comido. He visto un italiano a pocos metros. ¿Qué tal si me acerco y cojo algo para los dos? Seré más rápido que el repartidor.

Dije «no» al mismo tiempo que mi padre dijo «genial».

Wilder se terminó de un trago el resto de su cerveza y se levantó. Señaló con la barbilla a mi padre.

—¿Quiere algo, señor?

—No, gracias, y llámame Harry, por favor. Si te gusta el dulce, hacen una tarta de queso maravillosa.

Wilder asintió y empezó a alejarse.

—Enseguida vuelvo.

Pestañeé un par de veces.

—Espera. He dicho que no.

No se giró mientras respondía.

—Tu padre tiene razón: necesitas comer.

—Pero ni siquiera sabes lo que quiero.

Esbozó una sonrisilla sobre el hombro.

—Claro que sí.

Quince minutos más tarde, Wilder regresó con una bolsa enorme. Señaló las pequeñas mesas que había al otro lado del bar y le habló a mi padre.

—¿Alguna mesa en particular?

—¿Por qué no vais al fondo, que es más tranquilo?

Mi cabeza se movía de un lado a otro entre los dos hombres, que actuaban como si yo no estuviera presente. Cuando miré a papá, señaló a Wilder, que ya se acercaba a la mesa del fondo.

—Ve.

Suspiré.

—Vas a irte en Uber en cuanto termine.

Wilder había sacado un montón de cajas cuando llegué a la mesa.

—¿Cuántas personas van a comer? —pregunté—. ¿Seis recipientes?

—Pensé en coger varias opciones.

Me deslicé en un lado de la mesa.

—No tendrías que haber hecho eso si me hubieras preguntado lo que quería.

Me pasó una caja.

—Espaguetis a la carbonara.

Se me cayó la mandíbula al suelo.

—¿Cómo sabías que era mi favorito?

Sonrió y se sentó.

—Tengo mis recursos.

Había ido a terapia durante el almuerzo hoy, así que tenía bastante hambre. Quité la tapa y se me hizo la boca agua con el olor.

—¿Y si voy a por unos platos y así compartimos?

—Suena genial.

Desaparecí en la trastienda y regresé con platos, cubiertos y bebidas. Wilder estaba en la barra con una de las cajas. Papá sonrió al ver lo que fuera que tuviera.

—¿Qué le has dado? —le pregunté a Wilder cuando volvió a sentarse.

—La tarta de queso que dijo que le gustaba. Tenían la simple o con arándanos por encima. Cogí la de arándanos, está cargada de antioxidantes y es fácil de masticar. ¿También le cuesta tragar? —Se detuvo—. Mi abuelo tenía párkinson y le costaba masticar.

Negué con la cabeza.

—Por suerte, no. Al menos no todavía. Gracias.

—No he cogido postre para nosotros, no estaba seguro de si podías tomarlo.

Ladeé la cabeza.

—¿Por qué?

—Antes, cuando te alejabas, me fijé en el sensor de glucosa que tienes en el brazo. —Me señaló con el tenedor—. ¿Ves? No solo estaba mirándote el culo.

Sonreí.

Wilder abrió el resto de las cajas y nos llenamos los platos. Le echó un vistazo al mío.

Me encogí de hombros y me llevé un bocado de pasta a la boca.

—No pude comer en el almuerzo.

Le tembló el labio.

—No estaba juzgándote. Me gusta una mujer que come. Solo estaba tomando nota de lo que has elegido.

—¿Por qué?

—Para cuando vengas a verme. Me gusta cocinar. Y comer pasta en la cama después de follar.

Me tapé la boca con la mano mientras reía.

—Hay tantas cosas erróneas en esa afirmación que no sé por dónde empezar.

—¿Preferirías que te llevara a algún sitio bonito?

—¿No vivías en Inglaterra?

—Sí, pero no puedes esperar que siempre venga aquí. Creo que estaría bien que me visitaras de vez en cuando. ¿Has estado alguna vez en Londres?

—No.

—Entonces, perfecto. Podré enseñarte la ciudad.

—¿Te has dado un golpe en la cabeza cuando entraste al restaurante?

Wilder sonrió con picardía.

—Solo pienso en el futuro.

—Más bien, piensas en tu mundo de fantasía.

—Ya veremos. —Se encogió de hombros—. Háblame de ese tiempo muerto de hombres. ¿Es porque ya no estás prometida?

Detuve el tenedor a medio camino de la boca.

—¿Cómo sabes que estaba prometida?

—De la misma forma que sé que tu comida favorita son los espaguetis a la carbonara: tu biografía en la página web de la revista.

Había olvidado que en mi biografía ponía que me iba a casar. Tenía que cambiarlo; aunque eso no explicaba todo lo que sabía.

—Estoy bastante segura de que en mi biografía solo pone que estoy prometida. ¿Cómo sabes que ya no lo estoy?

Wilder apartó la vista.

—Supongo que lo asumí por lo que pasó en el guardarropa.

Algo me decía que había más.

—¿Cuál era tu número cuando jugabas a *rugby?*

—Diecisiete. ¿Por qué?

«Te tengo, Número Diecisiete». Me incliné hacia delante, por encima de la mesa.

—Acércate.

—¿Quieres que te bese?

—No, solo acércate un segundo.

La mesa no era muy grande, así que, si nos hubiéramos inclinado los dos, nos habríamos besado; pero me aseguré de que hubiera un poco de distancia entre nosotros. Lo miré directamente a los ojos.

—Viste mi programa de YouTube la otra noche, ¿verdad?

Wilder abrió mucho los ojos.

—Tengo muchas ganas de besarte ahora mismo, pero creo que le caigo bien a tu padre y no quiero estropearlo.

Me recosté en mi asiento.

—¡Joder, lo sabía!

A algunos hombres les habría avergonzado admitir que habían ojeado la página web de mi empresa, memorizado mi comida

favorita y visto un programa sobre bodas en YouTube en el que participaba. Pero a Wilder no. Le brillaban los ojos.

—No me gustó descubrir que estabas prometida.

—¿Pensabas que seguía prometida y que me lie contigo de todas formas?

—Eso parecía, pero esperaba estar equivocado.

Me reí.

—Eres un acosador.

—Es la primera vez, créeme.

—Seguro que sí. Al parecer, eres un jugador de *rugby* famoso, así que supongo que no es muy difícil que conozcas a mujeres.

Pasó por alto mi comentario y redirigió la conversación a la pregunta que nos había llevado hasta aquí.

—Entonces el tiempo muerto de hombres ese… ¿Empezó después de que terminara tu compromiso?

Asentí.

—Eso contribuyó, sin duda; pero tengo veintiséis años y siento como si hubiera tenido novio desde los dieciséis.

—¿El mismo?

—No. He tenido un par de relaciones largas.

—¿Cuánto tiempo estuviste con tu prometido?

—Dos años y medio.

—¿Puedo preguntar por qué rompisteis?

—Seguía enamorado de su ex. —Era la primera vez que no dolía tanto admitirlo—. No tenía ni idea hasta que me dejó plantada en el altar.

—Dios. Menudo gilipollas.

Sonreí con tristeza.

—Sí.

Se limpió la comisura de la boca.

—Bueno, él se lo pierde. Gano yo.

Solté una carcajada.

—No has ganado nada, señor Hayes.

Levantó las cejas.

—Me gusta cómo suena cuando dices eso.

—¿Cuando te rechazo?

—No. Cuando me llamas señor Hayes.

Tenía que reconocerle una cosa: no había dejado de sonreír desde que nos habíamos sentado. Quizá dos cosas: estaba aún más guapo de lo que recordaba.

Enrollé más espaguetis a la carbonara en el tenedor y me los metí en la boca.

—Siento que conoces toda mi vida, desde mi comida favorita hasta mi historial sentimental. ¿Qué hay de ti? ¿Por qué estás soltero?

—He estado muy ocupado. El último año ha sido una carrera de obstáculos para estar a punto de sumar un equipo de expansión en Estados Unidos. He volado tanto que podrían pintar mi nombre en un avión de British Airways. Y, además, mi hermano pequeño pasa más tiempo en mi casa que en la de su padre: es un trasto.

—¿Hay algún motivo para eso?

—Su padre nunca fue de fiar, y hace unos años se volvió a casar. Brenda es demasiado liberal como para imponer normas a un adolescente. Lucas le dice que no le apetece ir al colegio y ella le responde que se quede en casa y se sumerja en un libro de poesía. También empezó a echar mano de su alijo de marihuana, así que decidí pasar más tiempo con él.

—Ay, madre.

—Es un coñazo, pero creo que en realidad todos lo éramos a su edad.

Sonreí.

—Yo cuido a mi sobrina algunas noches a la semana para ayudar a mi hermano, que trabaja en el turno de noche, así que lo entiendo perfectamente; pero yo tengo el problema contrario. Hoy la he oído hablar de besar a un chico. Si mi hermano se enterara, la castigaría sin salir hasta los treinta, así que intento controlar lo que le cuento y la aconsejo lo mejor que puedo. Su madre murió hace ocho años.

Wilder se recostó y estiró el brazo por encima del asiento.

—Tenemos mucho en común: familia con Parkinson, ayudamos a criar adolescentes y los dos creemos que soy guapo…

—Modestos, también. —Me reí—. ¿Tú también estás obsesionado con los libros de autoayuda?

—Siempre he pensado que son una tontería, pero puede que necesite uno para mi obsesión más reciente.

—¿Qué hay de antes del año pasado? ¿Cuál fue tu relación más larga?

A Wilder se le borró la sonrisa.

—No he salido con nadie más de unos meses desde la universidad.

—¿Por qué?

—No te gustará la respuesta.

—Está bien, prefiero que seas honesto. No quiero mentiras piadosas.

—Me gustaba mi vida de soltero. Viajaba todo el tiempo cuando jugaba. El *rugby* es importante en Europa y era el capitán del equipo, así que…

—Así que… —dije—. Somos polos opuestos en ese aspecto. Yo soy más de relaciones y tú eres del tipo de las amas y las dejas.

—Era. Ya no soy así.

Ladeé la cabeza.

—¿No? ¿Cómo puedes estar tan seguro si nunca has tenido una relación seria?

Sonrió con picardía.

—Porque te conocí.

Solté una risita.

—Muy sutil, Hayes. Ya veo por qué no tienes problemas con las mujeres, te sale solo. —Me limpié la boca—. Debería volver a la barra. Mi padre necesita descansar.

—¿Te quedas aquí sola toda la noche?

—Es un bar de polis. Nadie me da problemas.

—¿Un bar de polis?

—Bueno, polis y bomberos. —Señalé a cada uno de los diez tipos que estaban sentados frente a la barra—. Poli, poli, poli, bombero, poli, bombero, bombero, poli, poli, poli. Mi padre trabajó en la primera comisaría durante treinta años. Está a unas pocas manzanas de aquí. Se jubiló con el rango de capitán, pero es la cuarta generación de mi familia que trabaja en la policía de Nueva York, y uno de mis hermanos mayores también es policía, el otro es bombero.

—Vaya. Eso suena a que me apuntarían muchas armas si hago algo mal.

Me deslicé por el asiento y me puse en pie.

—Gracias por la cena.

Wilder me siguió.

Alcanzó mi mano y entrelazó nuestros dedos.

—Tengamos una cita.

Por muy tentador que fuera eso, por muy tentador que fuera él, mi instinto me decía que no era una buena idea.

—Creo que no. Voy a seguir con mi tiempo muerto.

—¿Cuánto tiempo durará?

—Un año. Me quedan seis meses.

Sonrió.

—Entonces en la boda de Ryan.

—¿Es el siguiente en casarse?

Se levantó y me besó la mejilla.

—Nop. Su boda es en seis meses, cuando se termine tu tiempo muerto. Esperaré.

—¿Vas a esperar seis meses para una posibilidad de salir conmigo?

Wilder se apoyó sobre sus talones.

—Sip.

—¿El hombre que nunca se ha comprometido con una mujer durante más de dos meses va a esperar seis por una mujer con la que no se está acostando?

Se encogió de hombros.

—Si eso es lo que hay que hacer…

Puse los ojos en blanco.

—Vale, sí. Claro.

—Tú tienes tu tiempo muerto de hombres y yo el mío de mujeres.

—Ajá.

—Ya veremos.

Recogí la mesa y separé la basura de las sobras. Algunas cajas no las habíamos abierto.

—¿Quieres llevarte esto?

—Mi vuelo sale temprano por la mañana. Quédatelo.

—Gracias. No irán a la basura, uno de mis hermanos o mi padre se lo comerá si no lo hago yo.

—Supongo que te veré en una semana, en la boda.

—Supongo que sí.

Wilder se acercó a mi padre y le estrechó la mano.

—Gracias por la cerveza, Harry.

—Sin problema. Vuelve cuando quieras, hijo.

Señaló con el dedo la puerta detrás de él.

—¿Quieres que te lleve a casa?

Mi padre le hizo un gesto con la mano.

—No te preocupes, cogeré el metro.

—¿Seguro? Conduzco uno de los coches de mi padre. Colecciona clásicos. Este está a otro nivel, un Pontiac GTO del 64.

Papá abrió la boca.

—¿Estás de coña? Mi padre tenía uno de esos en el 64. Me encantaba ese maldito coche.

Wilder volvió a señalar la puerta.

—Vamos.

—¿Seguro? No quiero desviarte del camino…

Mi padre había hecho la pregunta, pero ya estaba desabrochándose el delantal.

—Sin problema.

Wilder esperó a que papá saliera de la barra. Se volvió hacia mí mientras le abría la puerta a mi padre y me guiñó el ojo.

—Nos vemos pronto, bizcochito.

Capítulo nueve



Wilder

—Mierda. —Miré mi teléfono, que estaba vibrando, y solté un gruñido mientras me rascaba la frente. Melanie Harper. Se me había olvidado por completo que le había escrito la semana pasada preguntándole si podíamos quedar cuando volviera a Londres. He estado yendo y viniendo tanto que ni siquiera me había dado cuenta de que era martes. ¿Tal vez fuera a cancelar la cita? ¿Tal vez no necesitaba gastar mi tiempo pensando en esto?

Pero cuando abrí el mensaje, apareció una foto. Solté un largo suspiro. Melanie estaba tumbada en una bañera, cubierta casi por completo de espuma, excepto por dos pezones erectos que sobresalían del agua.

MELANIE:

Preparándome para nuestra cita esta noche. ¿En tu casa o en la mía?

Le había preguntado si quería comida china, pero ella había ido directa a la manera en que terminarían las cosas. Esa era la razón por la que conectábamos tan bien: nada de juegos; directos al grano. Ninguno de los dos tenía el tiempo ni las ganas de más. Al menos yo, hace unas semanas, no; aunque ahora no tenía ni idea de lo que estaba haciendo. Cierta pelirroja me había revuelto por completo.

¡Seis meses! ¿Le había dicho que iba a esperar seis meses por ella? De hecho, ni siquiera estaría esperando para que pasara algo; esperaría la posibilidad de que pasara algo después de que terminara su estúpido tiempo muerto. La última vez que había estado seis meses sin follar fue… bueno, nunca ha pasado, desde que me acosté con alguien por primera vez cuando cumplí los quince. Pero también tenía un vuelo temprano por la mañana de vuelta a Estados Unidos, así que, en lugar de pararme y analizar si realmente haría lo que le había dicho a Sloane, me permití culpar a mi agenda de viajes por tener que cancelarla.

WILDER:

Lo siento, Mel. ¿Podemos posponerlo? La decisión sobre la expansión se acerca y tengo que volver a viajar.

Un minuto más tarde, se iluminó el teléfono con una respuesta.

MELANIE:

Por supuesto. Mucha suerte con el equipo. Podemos celebrar la semana que viene cuando el trato esté sellado.

Suspiré aliviado, al menos por el momento; pero entonces volvió a vibrar el teléfono.

—Me cago en mi vida. —Me pasé las manos por la cara.

Melanie había enviado otra foto: ahora estaba de pie fuera de la bañera, completamente desnuda, salvo por unas pocas gotas de agua que brillaban sobre su cuerpo perfecto, y tenía un pequeño vibrador en la mano.

MELANIE:

Estoy por aquí todo el mes, si tienes una o dos horas de tiempo libre. Hasta entonces, me ocuparé de mí misma ;)

Seguía mirando la pantalla, cuestionándome mi cordura, cuando mi asistente, Margot, habló por el interfono.

—Andrew quiere reunirse contigo por la mañana. Ha dicho que es importante.

Andrew Emerson era el asesor jurídico interno de todas mis empresas, pero últimamente había dedicado casi todo su tiempo al equipo de expansión, al igual que la mayoría de las personas que trabajaban aquí. También era mi mejor amigo de la infancia, más un hermano para mí que un empleado.

Pulsé el botón.

—Dile que se pase cuando esté listo.

Dios sabe que no estaba consiguiendo nada saltando entre la tentación de mi teléfono y pensar en Sloane; pero me obligué a volver al trabajo y abrí mi calendario electrónico para ver qué tenía que hacer antes de viajar de nuevo al día siguiente por la mañana. Menos de tres minutos después, llamaron a la puerta y Andrew la abrió sin esperar.

—Supongo que es importante… —dije.

—Sí, lo es. —Cerró la puerta. Cuando entró, lo miré bien y se me revolvió el estómago. «Joder». Fuera lo que fuera, era malo. Andrew era el que tenía aspecto profesional de los dos: siempre bien afeitado, con el traje planchado a la perfección, los zapatos pulidos… Pero ahora tenía una barba incipiente, la ropa arrugada como si

hubiera dormido con ella puesta y no podía verme reflejado en el brillo de sus zapatos.

—¿Qué ha pasado? ¿Hemos perdido a uno de los miembros del comité que necesitábamos para la votación?

Se tiró en la silla y se pasó la mano por el pelo revuelto.

—Peor.

—¿Qué cojones podría ser peor que eso?

Andrew me miró a los ojos.

—Le he sido infiel a Camille.

Me quedé paralizado. Era lo último que esperaba que dijera.

—¿Qué demonios ha pasado?

Bajó la cabeza a las manos y se tiró del pelo.

—Salí con unos chicos del Departamento de Publicidad y fuimos a un bar. Bebí demasiado y empecé a hablar con una mujer. He estado aquí unas semanas, así que supongo que me sentía solo. Nada de eso es excusa. Estoy enamorado de Camille, joder.

Me recosté en la silla, sin palabras.

—¿Le has sido infiel antes?

Parecía haberse ofendido con la pregunta.

—Claro que no.

—¿Cómo te sientes ahora respecto a la mujer con la que te acostaste? Después de todo.

Frunció el ceño.

—Bueno, como una mierda porque ni siquiera se lo dije, que yo recuerde; pero no siento nada por ella, si te refieres a eso. Fue un error de borracho.

—¿Qué vas a hacer?

—Recogí el anillo hace unos días. Se supone que se lo iba a pedir dentro de dos semanas, en nuestro aniversario.

Me volví a recostar en mi silla.

—Ay, tío.

—¿Tú qué harías? ¿Se lo contarías o intentarías hacer como que no ha pasado? La mujer vive en Inglaterra, así que no es probable que Camille se entere.

—Creo que le estás preguntando a la persona equivocada. Sabes lo que pienso de esa mierda.

Andrew cerró los ojos.

—Dios mío, ni siquiera estoy pensando con claridad. Lo siento. Claro que tú opinas que debería confesar.

—¿Cómo crees que se lo tomaría Camille si se lo contaras?

—Me cortaría las pelotas.

La novia de Andrew desde hacía cuatro años era asistente del fiscal del distrito. La había visto en acción en el tribunal una vez y daba bastante miedo para ser una mujer de metro y medio.

Meneé la cabeza.

—Lo siento, tío.

—He cometido un gran error. Me va a dejar si se lo digo.

Quería que le dijera que olvidara lo que había pasado, pero no era fácil para mí.

—¿Usaste protección al menos?

—Tuvo que darme ella un condón porque ni siquiera tenía uno. Camille y yo no los usamos desde hace años. —Abrió los ojos—. ¿Y si estaba caducado? Se caducan, ¿verdad? ¿Y si la he dejado embarazada? ¿Y si me ha contagiado una puta enfermedad?

—Respira hondo. No pareces estar bien.

Recorrió la habitación con los ojos, igual de rápido que sus pensamientos.

—Ni siquiera tengo un sitio donde quedarme en Nueva York si me echa.

—Esa es la menor de tus preocupaciones.

—Se supone que vuelvo en dos días. ¿Cómo voy a mirarla a la cara?

—Tómate más tiempo, si lo necesitas. Dile a Camille que te necesito aquí para trabajar en algo. Necesitas aclararte antes de subirte a un avión.

—No va a creerme. Se dará cuenta de que hay algo raro.

Hacía dos años, había sacado a Andrew del prestigioso bufete de abogados en el que había trabajado noventa horas a la semana

desde que se graduó en la facultad de derecho. Le prometí un mejor salario y la mitad de las horas, aunque últimamente había estado dedicando mucho tiempo al equipo de expansión. Camille no lo pensaría dos veces si él dijera que había surgido algo, y mi sensato mejor amigo lo sabía. Solo estaba pasando por una crisis.

Andrew se frotó las sienes.

—La he cagado a lo grande. No sé qué hacer. Ojalá pudiera volver atrás en el tiempo.

—Bueno, creo que lo primero que deberías hacer es dormir un poco. No puedes pensar con claridad estando exhausto. ¿Dormiste algo anoche?

Negó con la cabeza.

—¿Cómo podría?

—Eso es lo que pensaba. Primero, vete a casa y duerme, lo verás todo más claro cuando no estés tan nervioso. Si decides contárselo, es una conversación que deberías tener en persona, no por teléfono o Zoom. Voy a Nueva York mañana por la mañana. Si quieres, acompáñame. Hablaremos del tema una vez hayas dormido por la noche. Después, irás a ver a Camille en persona.

Andrew suspiró.

—Vale.

Señalé la puerta de mi despacho con la barbilla.

—Ahora vete a casa. Bébete un chupito de ese *whisky* de mierda que tomas y duérmete. Si decides volver conmigo en el avión, dile a Margot que cambie tus reservas. Te diría que me quedaría aquí contigo, pero tengo reuniones en Nueva York que no puedo perderme y luego otra boda; pero estoy disponible las veinticuatro horas del día si decides quedarte en Londres unos días más y quieres hablar.

Andrew asintió y se levantó.

—Gracias, tío.



Unas horas más tarde, mi asistente entró con un bloc de notas.

—Andrew lo tiene todo listo. Le dije que se reuniera contigo en la sala de espera de British Airways por la mañana. No debería estar muy lejos de tu puerta de embarque.

—¿Ya ha llamado?

—Hace una media hora.

«Ha dormido mucho antes de tomar una decisión…».

—Vale, genial. Gracias.

—Además, Arnot Goncalo quedará contigo en el partido del jueves durante el medio tiempo. Le he dicho que estaba invitado a verlo desde la tribuna, pero ha dicho que le gusta ver a su hijo desde las gradas porque está más cerca del campo.

—Genial. Gracias.

Margot tachó algo de su bloc de notas y siguió hablando.

—Tu esmoquin ya está limpio para la boda. Le pedí al servicio de conserjería del St. Regis que lo recogiera, así que te lo llevarán a tu habitación cuando te registres. En tu bandeja de entrada hay un correo electrónico con todos los horarios de tus reuniones y el número de teléfono del servicio de transporte que te recogerá. Las reservas para la cena ya están hechas. No estaba segura de si Andrew iba a acompañarte a alguna de las reuniones, ahora que también va a Nueva York, así que avísame si necesitas ajustar el número de personas para algo.

Negué con la cabeza.

—Estaré bien. Andrew tiene que lidiar con otros asuntos mientras esté allí.

Margot asintió.

—Creo que eso es todo. Buena suerte. Cruzaremos los dedos mientras esperamos el voto.

—Gracias, Margot. No sé lo que habría hecho sin ti manteniéndome organizado este año.

Esbozó una sonrisa.

—Soy bastante buena.

—Claro que sí, así que lleva a tu familia a cenar a un buen sitio este fin de semana y pasa la cuenta como un gasto.

—¿Tu versión de buen sitio o la mía?

—Lo que sea más caro. Ahora vete a casa.

—¿Quieres que imprima tu calendario?

—Yo lo haré. Probablemente sea lo único que pueda hacer sin ti.

Soltó una carcajada.

—Buen viaje, jefe.

Unos minutos más tarde, estaba frente al aparador, recogiendo mis cosas para terminar la jornada, cuando alguien llamó con suavidad a la puerta. Hablé sin volverme, dando por hecho que era Margot.

—Ni siquiera creías que fuera capaz de hacer una sola cosa, ¿verdad?

—Oh, sé que eres capaz de hacer muchas cosas…

Me giré y vi a Anna Destin de pie en la puerta. Me dedicó su característica sonrisa de devoradora de hombres y no pude evitar fijarme en el vestido ceñido que llevaba. Volví a fijar la mirada en mi bolsa de cuero y carraspeé.

—Hola, Anna. ¿Cómo estás?

—Estoy bien. —Dio unos pasos dentro de mi despacho—. Hace mucho tiempo que no te veía. Te he dejado un mensaje esta mañana, pero no he recibido respuesta. Pensé aprovechar y venir a ver si estabas aquí antes de irme.

—Lo siento, ha sido un día ajetreado.

Conocí a Anna hace años en la fiesta de Navidad de la empresa, cuando mi madre aún vivía y dirigía las revistas de Londres. Era mayor que yo, aunque nunca supe exactamente cuántos años. Me atrevería a decir que me llevaba entre doce y quince años. También era la vicepresidenta de ventas de todas las revistas. En aquella época, yo todavía jugaba en la selección inglesa y nunca había estado con una mujer de cuarenta y tantos años, así que, cuando me ofreció compartir el coche para volver a casa al final de la velada, acepté. Aquella noche me dio un buen revolcón. No fue lo

más inteligente que he hecho nunca, pero bueno, estaba soltero y no era su jefe; aunque, definitivamente, no debería haber vuelto a pasar después de que mamá falleciera y yo me hiciera cargo de sus negocios. No había excusa para ello, sobre todo porque había ocurrido más de una vez. Excepto que estaba buenísima y tenía una boca tan sucia que podría hacer sonrojar a un camionero.

Bajó la vista a mi bolsa.

—¿Preparándote para irte?

Asentí.

—Sí.

Ladeó la cabeza con timidez.

—¿Quieres que te lleve?

Primero Melanie con las fotos desnuda y ahora Anna, hoy me estaban poniendo a prueba. Pero incluso si no estuviera Sloane, e incluso si no fuera el dueño de la compañía para la que trabajaba Anna, las noticias de mi amigo habían echado por tierra cualquier posibilidad de un revolcón hoy. Había cometido muchos errores en mi vida, pero ni loco iba a repetirlos.

Me colgué la bolsa al hombro.

—Tengo mi coche aquí, pero gracias.

Capítulo diez



Wilder

Hace diez años

«Lo que llega con facilidad no dura».

Eso fue lo último que me dijo mi padre antes de dejarme en mi primer semestre en Harvard. En ese momento, pensé que se refería a los estudios.

¿La rubia que se estaba enroscando el pelo y sonreía desde la otra punta del bar? No parecía precisamente difícil de conquistar. Me había fijado en ella hacía una hora; era imposible no hacerlo: piernas kilométricas, cintura estrecha y un pintalabios rojo que no podía dejar de imaginar dejando marcas en ciertas partes de mi cuerpo. Y no era el único que se había fijado, eso estaba claro. Había visto a media docena de chicos acercarse a ella, solo para terminar

alejándose con el rabo entre las piernas. Habíamos cruzado miradas unas cuantas veces, así que pensaba que yo tendría más suerte; pero ese lado del bar no era nuestro territorio. Los clubes, o lo que otros centros suelen llamar fraternidades, dividen este lugar en dos.

No había una línea en el suelo ni reglas escritas, pero me quedé en nuestro lado con mis colegas, de todas formas. Era algo que todos conocíamos y aceptábamos, como el hecho de que este asiento era mío este año. Por lo que sabía, había pertenecido al capitán del equipo de *rugby* desde que se inauguró el local. El que estaba a mi lado era para el capitán del equipo de fútbol, aunque él no estaba allí esa noche. Cuando no íbamos, nuestros asientos permanecían vacíos, excepto cuando entraban personas que no conocían las reglas. Se las enseñaban rápido.

Debería haber estado en casa estudiando para el examen del día siguiente, pero mis compañeros de equipo me habían arrastrado a celebrar nuestra victoria de 24-17 esa misma tarde. Terminé la cerveza y levanté el vaso vacío al camarero para pedirle otra. Después me fui al lavabo para soltar la cuarta que me había tomado. Mientras regresaba, me detuve de pronto al descubrir que mi asiento estaba ocupado. Entonces vi las piernas de la infractora. La rodeé con el brazo y cogí mi cerveza fría de la barra. Esas piernas se giraron hacia mí.

—Espero que no te haya importado que mantenga tu asiento caliente. —Ladeó la cabeza con una sonrisa.

—Para nada; pero tengo un poco de frío, por si quieres calentar más cosas.

Me quitó la cerveza de la mano y bebió un poco.

—¿Vas a invitarme a una o me bebo la tuya?

—He visto a media docena de tíos intentar invitarte a algo esta noche. No parecías tener sed.

Se lamió la espuma del labio superior.

—No dejo que los tíos me inviten a bebidas. Les da falsas expectativas de que voy a hacer algo a cambio.

Arqueé una ceja.

—¿Y aun así me has dicho que te invite a algo?

Esbozó una sonrisa.

—Tus expectativas puede que no sean falsas.

No me iba a quejar, pero tenía curiosidad.

—¿Por qué?

—Eres guapísimo. —Me apretó el bíceps—. Y te he visto jugando en el partido de antes. Me moría por tocarte el brazo.

Ya tenía un gran ego, pero unas buenas caricias no le hacían daño a nadie, especialmente viniendo de una mujer como ella.

—No te he visto por ahí —dije—. ¿Estudias aquí?

—Sí, pero me he tenido que dejar este semestre. Mis padres tenían problemas con las becas y mi padre se puso enfermo. Trabajo de camarera para ahorrar y volver a estudiar, pero puede que me lleve un tiempo.

—Lo siento.

Se encogió de hombros.

—No es tu culpa.

—¿Cómo te llamas?

—Whitney. ¿Y tú?

—¿Has ido al partido y no sabes cómo me llamo?

Sonrió.

—Wilder Hayes.

—¿Por qué lo preguntas si ya lo sabes?

Su mano seguía en mi bíceps. Me acarició el brazo.

—¿Vas a invitarme a algo o no?

—¿Qué te apetece? —Levanté la mano para llamar al camarero.

Se encogió de hombros.

—No lo sé. ¿Algún cóctel o cubata en lata? Algo que me pueda llevar, no en un vaso.

—¿Vas a algún sitio?

Se mordió el labio inferior.

—Eso espero.

Le pedí un mojito listo para tomar en lata y otra cerveza para mí. Mientras esperábamos, me quedé mirando sus labios.

—Me gusta tu pintalabios.

—Gracias. Me gustan tus ojos.

Bajé la vista.

—Me gustan tus piernas.

Volvió a apretarme el bíceps.

—Me gustan tus músculos.

Estaba de pie, así que podía ver directamente dentro de su camisa. Un escote generoso sobresalía de su top. Levanté la vista y la miré a los ojos con una sonrisa.

—A la mierda las bebidas. ¿Quieres que nos vayamos?

Esbozó una sonrisa pícara con esos labios tan *sexys.*

—Ya era hora.

Mi dormitorio estaba a cinco minutos, pero tardamos veinte porque nos parábamos todo el rato para besarnos. Ya nos habíamos quitado la mitad de la ropa en el pasillo antes de que yo abriera la puerta. Puede que haya sido el encuentro más fácil que he tenido con una mujer.

Así que las palabras de mi padre deberían haberme hecho reflexionar.

«Lo que llega con facilidad no dura».

Pero todos mis pensamientos se esfumaron con el sonido de mi cremallera al bajarse.

Capítulo once



Wilder

—Bueno, es una putada —dije—; pero piensa que estás haciendo lo correcto.

Andrew suspiró.

—No sería capaz de mirarla a los ojos sin haber confesado, y se merece que sea honesto.

A la mañana siguiente, nuestro avión había alcanzado la velocidad de crucero, así que el personal empezó a moverse otra vez por la cabina. Una de las azafatas, Mia, me lanzó una sonrisa coqueta cuando pasó.

Andrew también se dio cuenta.

—La conoces, ¿no?

—Cojo mucho este vuelo.

Mi amigo me miró de reojo. Sabía la respuesta sin que yo tuviera que explicársela, pero, por si no era así, Mia se acercó. Yo estaba sentado junto a la ventana. Ella se inclinó, dejándonos a mi amigo y a mí con una clara vista de su escote mientras colocaba delante de mí una bebida que yo no había pedido.

Sonrió.

—¿Te quedas en el St. Regis durante este viaje?

Negué con la cabeza.

—Na. Tengo negocios por otra zona.

—Oh. Vale. —Se incorporó, su sonrisa pasó de coqueta a forzada y apoyó la mano en el hombro de Andrew—. ¿Necesitas algo más, cari?

Él levantó su Bloody Mary medio lleno.

—Estoy bien, gracias.

Los dos la vimos alejarse hacia la zona de la cocina, unas filas por delante. Andrew negó con la cabeza.

—Pensé que habías dicho que te quedabas en el St. Regis.

Lo miré a los ojos.

—Sí.

—Te pillé. —Dio un sorbo a su bebida—. ¿Va todo bien? No es propio de ti rechazar una oferta tan buena como esa.

Suspiré.

—¿Me he portado tan mal?

—¿De qué hablas?

—En las últimas veinticuatro horas, tres mujeres con las que ya me he acostado antes se me han ofrecido.

Andrew hizo un puchero.

—Oh, pobrecito. Estás soltero y tres mujeres guapas te han ofrecido sexo. Mientras tanto, yo he jodido el resto de mi vida, pero está claro que la tuya es una mierda.

Solté una risita.

—Lo digo en serio. ¿He sido tan putón?

—Una vez te acostaste con una mujer que conociste un viernes por la noche y al día siguiente te llamó para preguntarte si te

acostarías con su amiga porque necesitaba animarse. Y lo hiciste.

—¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Dejar a la mujer deprimida?

Andrew sonrió.

—Amigo mío, eres un putón, pero no te juzgo, especialmente ahora. Además, no es propio de ti fingir ser algo que no eres.

Fruncí el ceño.

Mi amigo hizo lo mismo.

—En serio, ¿qué te pasa?

De todos mis amigos, Andrew era el que mejor me conocía. También era completamente honesto. Me moví en mi asiento para ver su expresión.

—¿Crees que tengo potencial para una relación? Me refiero a una que dure más de dos meses y que implique algo más que follar hasta quedarnos sin sentido.

Andrew se encogió de hombros.

—Nosotros tenemos una de… ¿cuánto? ¿Veinticinco años?

—No me refiero a una amistad.

—Entiendo lo que dices, pero no creo que los criterios sean tan diferentes. Una relación de cualquier tipo se basa en honestidad, confianza y comunicación abierta. Nosotros tenemos eso, así que está claro que tienes la habilidad de compartir algo así con alguien.

—Eso es ser un amigo, no un novio.

—La única diferencia es el sexo, ser monógamo.

Señalé a mi amigo.

—Eso es lo que me preocupa.

—Solo porque no has conocido a una mujer que mantenga tu interés. Una vez que lo hagas, no será difícil. —Cerró los ojos—. Sé que suena muy hipócrita teniendo en cuenta la razón por la que voy a casa, pero es la verdad. Puede que yo sea el de las relaciones de los dos, y tú el putón, pero sé que nunca serías infiel después de…

Respiré hondo.

—Creo que he conocido a alguien. Me ha interesado mucho. No puedo pensar en otra cosa estos días.

Andrew alzó las cejas.

—Nunca pensé que llegaría el día. ¿Cómo se llama?

—Sloane.

—¿Cómo es?

—Es inteligente, guapa, con el pelo caoba y una buena figura. Y me echa en cara mis tonterías.

Sonrió.

—Ya me cae bien.

—Tenemos mucha química, y no solo sexual, también emocional e intelectual. Me gusta escucharla hablar y, cuando me cuenta cosas, las siento en lo más profundo de mi ser. La verdad es que ni siquiera lo entiendo.

—Todo eso suena genial, pero ¿por qué tengo la sensación de que hay algo más, como si estuviera esperando las señales de alarma pitando?

—Oh, hay señales de alarma.

—¿Está casada?

Negué con la cabeza.

—Claro que no; pero hace poco estaba prometida. El gilipollas la dejó plantada en el altar. Es como tú, solo ha tenido relaciones serias. Trabaja para una de las empresas de mi padre, una revista de bodas, y le obsesionan. Su familia es cuarta generación de policías, y tienen un bar de polis con tanta gente con armas que podrían hacer una pequeña guerra.

—Dios mío, Wilder, ¿por qué contigo siempre tiene que ser todo o nada? Te vas a ganar un tiro si la lías con esta mujer.

—Qué me vas a contar.

—¿Sabe quién eres? ¿Es consciente de que no tienes el historial más estable en lo que respecta a relaciones?

—No le he ocultado nada.

—¿Y quiere darte una oportunidad, de todas formas?

—Bueno, creo que eso también es un problema.

Andrew frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

—No ha aceptado intentar nada conmigo. Está en lo que ella llama «un tiempo muerto de hombres». Decidió no salir con nadie durante un año después de que terminara su compromiso.

—¿Hace cuánto fue eso?

—Seis meses.

—¿Y vas a esperar los próximos seis meses?

Fruncí el ceño.

—Más o menos le dije que la esperaría.

—¿Esperarla dónde? No me digas que le dijiste que estarías célibe durante tanto tiempo.

Bajé los hombros.

—Sí, lo hice.

Andrew estalló en carcajadas. Se partió de risa con tanta fuerza que el muy idiota bufó varias veces.

—Vale, vale. No es tan gracioso, imbécil.

Se limpió las lágrimas de los ojos.

—¿Cuál es el mayor tiempo que has estado sin sexo?

Me encogí de hombros.

—Tal vez un par de semanas.

Como si fuera una señal, Mia se acercó a un pasajero de la fila de delante, sentado al otro lado del pasillo. Se inclinó, prácticamente poniéndonos el culo en forma de corazón en la cara. Ambos lo miramos detenidamente antes de que Andrew volviera a cruzar su mirada con la mía.

—Van a ser seis meses largos. Buena suerte, amigo.



A la mañana siguiente, llegué al bloque media hora antes. Cuando invité a Harry al partido de los Rutgers de camino a casa la semana pasada, no se me ocurrió pedirle el número, pero ahora necesitaba estar en el estadio media hora antes. Podría haber conseguido el número de Sloane de la oficina de mi padre y llamarla para que me lo diera, pero el mensaje sobre el cambio de hora de la reunión me

había llegado hacía una hora, a las seis de la mañana. En lugar de despertar a Sloane para hablar con su padre, pensé en arriesgarme y llegar temprano. Harry parecía el tipo de persona que estaría listo para salir.

Al subir las escaleras frente al bloque, había cuatro porterillos. El de abajo ponía «H. Carrick». Iba a pulsarlo, pero los nombres que estaban encima me llamaron la atención. Tres de los cuatro tenían de apellido Carrick, incluido el de arriba del todo, «S. Carrick». ¿Sloane también vivía aquí? ¿Tal vez toda su familia?

Por muy cursi que sonara, sentí mi pulso acelerarse. Refunfuñé para mis adentros, tratando de sacudirme la sensación de estar en una especie de película sobre amor adolescente. Cuando vi que no funcionaba, dije «a la mierda», y pulsé el botón de «S. Carrick». Como me dijo mi amigo Andrew, «todo o nada».

Pero dos minutos más tarde no había respuesta. Eso convirtió la emoción en algo diferente: celos. «¿Había dormido en otro sitio la noche anterior?». Cuando yo no abría la puerta por la mañana era porque había estado ocupado la noche de antes y no había llegado a casa. Pero me calmé; eso era yo, no Sloane. Puede que ella hubiera salido a correr o el timbre estuviera roto. O igual ni siquiera vivía aquí. «Sí, eso es».

Tenía que darme prisa, así que me armé de valor y pulsé el timbre de «H. Carrick». Sonó un fuerte zumbido y se abrió la puerta exterior. La abrí y entré por unas puertas dobles. Harry salió al pasillo… en albornoz. «Mierda».

—Hola —dije—. Siento llegar tan temprano, no tenía tu número. Debía reunirme con alguien en el campo durante el partido para hablar sobre un jugador, pero me ha escrito esta mañana para adelantar la hora.

—Entonces voy a vestirme. —Harry me indicó que entrara al apartamento—. Pasa.

Desapareció en otra habitación antes de cerrar la puerta detrás de mí y gritó desde donde fuera que se estuviera vistiendo.

—Hay café recién hecho, si te apetece. Sírvete.

—Estoy bien, gracias. Me tomé una taza en el hotel y tengo otra para llevar en el coche. También te he traído una, por si la quieres.

Asomó la cabeza por una puerta del pasillo.

—Esta ya es la mejor cita que he tenido en años.

Me reí.

—Eh, ¿Sloane también vive aquí?

—Sip. En el cuarto. Mi hijo compró el bloque hace unos años, él vive en el segundo y yo aquí abajo. En el tercero hay un inquilino de verdad.

Asentí.

—Creo que primero he pulsado su timbre sin querer. Espero no haberla despertado…

—Hace falta algo más que un timbre para despertar a esa chica los fines de semana. Le gusta dormir hasta tarde. Tiene mucha energía cuando está despierta, pero puede quedarse dormida hasta las dos de la tarde. —Harry hizo una pausa—. Maldita sea, eso me recuerda que tengo que devolverle la llave del bar antes de irnos. Se la pedí prestada porque mi hijo me pidió la mía y no le devolví la suya. Ella va al bar los sábados, antes de que abra, para llevar la contabilidad.

Me fijé en una llave en la encimera de la cocina que tenía un llavero de «Pub Carrick's».

—¿Quieres que se la devuelva mientras te vistes?

—Si no te importa, sería genial; pero debo advertirte: hay que subir cuatro pisos y está de mal humor por las mañanas.

Sonreí.

—No hay problema.

—La llave debe de estar en la encimera. Quizá tengas que golpear la puerta para despertarla.

—Entendido. Volveré enseguida.

—Estaré listo cuando bajes.

Subí los escalones de dos en dos, con la sangre bombeando sin parar por mis venas. Me dije a mí mismo que me latía el corazón con fuerza porque estaba corriendo, no porque fuera un cobarde

emocionado por ver a una chica; pero cuando llegué al último piso, puede que me arreglara un poco el pelo. «Da igual». A la mierda.

Llevé los nudillos a la puerta y la golpeé con fuerza. Solo estaba su apartamento en esa planta, así que cualquier sonido que oyera significaría que estaba despierta; pero no se oyó nada. «Maldita sea, Harry no bromeaba». Tenía el sueño muy profundo.

Volví a llamar, esta vez con más fuerza. La puerta tembló y, al cabo de unos segundos, oí un gruñido.

—¡Vale! ¡Vale! Ya voy.

La puerta se abrió con la misma ira que había percibido en su voz. Probablemente también tenía el ceño fruncido a juego, pero no pude comprobarlo porque estaba demasiado ocupado mirando otros sitios: sus muslos cremosos y esos pezones erectos dando los buenos días. Sloane llevaba una camiseta raída de los Backstreet Boys, sin pantalones, con un dobladillo que apenas le llegaba a la parte superior de los muslos. Además, estaba claro que no llevaba sujetador.

Abrió los ojos como platos.

—¿Wilder? ¿Qué haces aquí?

Sonreí y la miré de arriba abajo.

—Mejorar mi mañana, al parecer.

—Pero… ¿cómo sabes dónde vivo?

—No lo sabía hasta hace unos minutos. He venido a recoger a tu padre y he visto los nombres en el telefonillo.

Arrugó la nariz.

—¿Por qué vas a recoger a mi padre?

—¿No te dijo que hoy iba a ver un partido?

—Sí. Bueno, dijo que le habías dado una entrada para algo de *rugby.* Pero olvidó mencionar que eras su cita.

No podía apartar la mirada del dobladillo de su camiseta. Solo quería echar un vistazo al tipo de ropa interior que llevaba puesta. «Joder». Quizá no llevara nada debajo. Debería lanzar la llave al aire y hacer que levantara los brazos para cogerla. Sloane bajó la vista.

—Dios mío. No estoy vestida.

—Creo que estás guapa de cojones.

Puso los ojos en blanco, pero se le elevó la comisura del labio.

—¿Así que vas a salir con mi padre porque no vas a salir conmigo?

Me incliné hacia delante.

—Todavía. No vas a salir conmigo todavía.

Ella podía decir lo que fuera, pero no se me escapó la piel de gallina que se le puso en los brazos cuando me acerqué. Su cuerpo no se negaba como el resto de ella. Me hubiera encantado ver hasta dónde podía llegar, pero no quería que su padre pensara que estaba haciendo algo sospechoso allí arriba. Además, tenía que ponerme en marcha.

Le tendí la llave.

—He venido a darte esto de parte de tu padre.

La cogió, pero yo no la solté.

—¿Cenas conmigo esta noche? —pregunté.

—Wilder…

—¿Almuerzas?

Sonrió.

—Trabajo en el bar.

—¿Y si no?

Ella se rio entre dientes y me quitó la llave de la mano.

—Entonces probablemente estaría durmiendo durante el almuerzo, si no estuvieras aquí arriba despertándome.

Le guiñé un ojo.

—Eso no es un no.

—Cuida bien de mi padre, Wilder.

—Por supuesto. Nos vemos pronto.

—Me muero por saber cuándo, porque parece que siempre te presentas cuando menos me lo espero.



—¿Quién te interesa? —Harry señaló el campo.

Yo apunté con el dedo.

—El número veintidós, Leo Goncalo. Es un jugador sin beca, ni siquiera jugó en el instituto ni en ninguna liga. Su única experiencia era jugar con sus amigos los fines de semana; pero le tocó la lotería genética en cuanto a tamaño y velocidad, y tiene los huevos de un gato en una habitación llena de mecedoras.

Harry se puso la mano sobre los ojos para taparse el sol.

—¿Hay más personas interesadas en él?

Asentí.

—Por eso le pedí a su padre que se reuniera hoy conmigo. Es abogado fiscal, pero también actúa como su agente. No me parece muy sensato, pero entiendo que la confianza es un problema cuando de pronto hay demasiada gente llamando a tu puerta. Cuando los agentes y ojeadores empezaron a hacer cola en mis partidos del instituto, hablando mal de los otros equipos, yo tampoco sabía en quién confiar.

—Me lo imagino.

—Leo ya tiene ofertas y yo ni siquiera tengo todavía un equipo para extender la mía, así que no tengo buenas posibilidades, pero quería hacerles saber que estoy interesado y cuáles son mis planes si la votación sale adelante la semana que viene.

Los Rutgers anotaron y el público enloqueció. Me recordó a mis días universitarios. Después de eso, ambos nos quedamos pegados al campo, animando a Leo. En el descanso, subimos al salón del club y tomamos una cerveza.

—Bueno, dime —empezó Harry—. ¿Te interesa mi hija o te gusta quedar con vejestorios como yo?

Sonreí.

—Sí, me gusta Sloane, pero te habría invitado incluso si no fuera tu hija.

—¿Por qué?

Me encogí de hombros.

—Mi padre me enseñó a tratar siempre bien a las personas que arriesgan su vida para protegernos. Invitar a una cerveza a un

policía en el bar, pagar la cuenta del restaurante a un soldado raso que está de permiso…

Harry asintió.

—Me cae bien tu padre.

—Pasamos una mala racha después de que mi madre y él se divorciaran, pero siempre me ha aconsejado bien, especialmente en lo que importa en la vida.

Harry dio un sorbo a su cerveza, lo que le resultaba una tarea difícil con los temblores de la mano. Se dio cuenta de que estaba mirando.

—Mi hija siempre intenta que use una pajita, pero es difícil hacerse el duro bebiendo cerveza con una pajita, ¿no crees?

Me reí.

—Probablemente.

—Me ha comprado docenas de vasos especiales, algunos con tapas discretas en el interior o asas rotatorias que aplacan los temblores, pero prefiero el método de llenarlo tres cuartos.

Me encogí de hombros.

—Lo que funcione mejor.

Harry posó la cerveza en la barra.

—Nunca me gustó ese Josh.

—¿Quién?

—El ex de Sloane.

—Oh.

—No me gustó desde el principio. Unos meses después de que empezaran a salir, Sloane me dijo que quería que lo conociera mejor, así que lo llevé al campo de tiro para practicar, donde acuden muchos policías. El muy idiota pensó que era un buen sitio para hablar sobre el control de armas. —Harry meneó la cabeza—. Tuvo suerte de que no llevara la pistola a la iglesia, con la mierda que hizo.

—Debe de ser duro para Sloane trabajar en una revista de bodas después de eso.

Harry asintió.

—Ese día significaba mucho para ella. Mi mujer enfermó cuando Sloane tenía cinco años: cáncer de ovarios. Batalló con ello como una campeona durante dos años, pero al final se le extendió por todo el cuerpo. Lily dejó el tratamiento para disfrutar de sus últimos meses. Pedí una excedencia en el trabajo y pensaba que viajaríamos y haríamos cosas antes de que llegara su hora, pero Lily solo quería estar en casa con la familia, sus hijos y yo lo éramos todo para ella. Le pedí que, al menos, pensara en algo especial que quisiera hacer. Pensó en ello durante una semana y entonces me dijo que quería volver a casarse conmigo.

Sentí un pinchazo en el pecho.

—Vaya.

Harry apartó la mirada mientras seguía.

—Así que le organicé la mejor segunda boda que podía planear en dos semanas. Incluso le conseguí a Sloane un vestido blanco para que fuera a juego en el gran día. Estuvo en el altar como dama de honor y mis hijos eran mis padrinos. Fue el día más feliz de nuestras vidas, incluso más especial que la primera vez porque éramos mayores y sabios y significaba algo que nos siguiéramos eligiendo después de todos los altibajos. Fue mágico. Sloane estuvo toda la noche sonriendo de oreja a oreja y no dejó de hablar de ello cuando se terminó; pero poco después las cosas se torcieron. Rápido. Mi Lily murió tres semanas después. Nos afectó mucho a todos, pero a Sloane más. Los chicos se tenían el uno al otro y a mí, pero no era lo mismo para ella siendo la única chica. —Harry inspiró hondo—. En fin, después de eso, cuando Sloane estaba triste, organizaba una boda falsa, incluso se casó con el perro unas cuantas veces, y sus hermanos todavía bromean sobre eso.

Meneé la cabeza.

—No sé qué decir, excepto que espero no encontrarme con ese Josh, por quitarle algo que significaba tanto para ella.

Harry sonrió.

—En resumen, pareces un tipo bastante decente; pero cuando mi Sloane ama, lo hace con intensidad. Ha sufrido muchas pérdidas y

decepciones en su vida, y algunas de ellas aún no han sanado. No te estoy diciendo que te mantengas alejado, porque mi hija es una mujer adulta y tiene la cabeza bien puesta sobre los hombros, pero te pido que pienses dos veces lo que quieres antes de perseguirla con demasiada insistencia, porque no quiero que vuelva a sufrir.

Capítulo doce



Sloane

—Joder. Si tienes lencería *sexy* ahí debajo, puede que considere cambiarme de bando —bromeó Elijah.

Sonreí y di una vuelta.

—¿Te gusta?

—Estás espectacular, Sloane.

Me encantaba el color de este vestido, e incluso tenía que admitir que me quedaba perfecto. Era sencillo, con tirantes finos, pero el cuello drapeado dejaba ver lo justo del escote y hacía que mi cuerpo pareciera un reloj de arena.

—Supuse que esta mansión antigua y preciosa en la playa se merecía algo más que el vestidito negro aburrido que suelo ponerme para estos eventos.

—Claaaaro. El vestido es por el sitio.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿De verdad me vas a decir que no pensaste en cierto Adonis de ojos azules cuando lo elegiste?

—Por supuesto que no —respondí demasiado rápido.

Elijah soltó una risita.

—Da igual. ¿Qué pasa con él? ¿Hay alguna novedad después de que se presentara en tu casa y tuviera una cita con tu padre?

Encontré un pintalabios en el bolso y me pinté frente al espejo mientras hablaba.

—No he sabido nada más de él. Es lo mejor. —No lo iba a admitir, pero estaba un poco decepcionada. Wilder no había aparecido después de dejar a papá después del partido y sabía que había estado en Nueva York estos últimos días. Esperaba que apareciera en la oficina o el bar; pero seguro que estaba ocupado.

Elijah hizo una mueca.

—¿Por qué? Tiene que parecerte atractivo. Ese hombre es una obra de arte. Si colgaran su retrato en el Louvre, consideraría ir a un museo aburrido.

—Es guapo, sí, y me sorprende lo mucho que tenemos en común, pero es un mujeriego.

Elijah se encogió de hombros.

—¿A quién le importa? De todas formas, a ti no te interesa tener una relación ahora mismo. ¿Qué hay de malo en pasárselo bien con el chico?

Abrí la boca para responder, pero la cerré. Dos veces.

Elijah arqueó una ceja perfectamente depilada.

—No tienes nada, ¿eh?

Entrecerré los ojos en su dirección.

—Cállate.

—Sloane, la mejor forma de superar a alguien es poniéndote debajo de otra persona, y él es el candidato perfecto para un rollo. Es un tío ocupado que vive en otro continente. No puedes encariñarte demasiado cuando no os estáis viendo todo el tiempo.

—Trabajo para su padre.

—No es para tanto. Tú no trabajas para Wilder y él no trabaja para su padre, al parecer.

—Tenemos estilos de vida completamente diferentes. La mansión increíble de al lado, donde se va a celebrar la boda, es del padre del novio, es su casa de verano. Y el hotel en el que estamos también es suyo. Este es el círculo social de Wilder.

—¿A quién le importa una mierda? Da igual, sobre todo si mantenéis algo informal y os lo pasáis bien.

—No sé —suspiré—. Tenemos que irnos, van a usar la biblioteca como *suite* nupcial. Deberíamos hacer algunas fotos.

Elijah se puso en pie.

—Vale, pero si la novia te pide que vuelvas a sustituir a una dama de honor, vas a negarte. Me pondré el vestido yo con tal de que tú no te quites ese.



—¿Por qué no está aquí la policía del bronceado? —susurró Elijah.

Solté una risita.

—Creo que se les acabó el producto después de usarlo todo con Noviazilla. No me puedo creer que se haya presentado así.

La Noviazilla a la que nos referíamos no era la novia de hoy, por suerte. Era Piper, la espantosa novia de la última vez. La de ese día era muy dulce, ni siquiera se inmutó cuando Piper entró con el aspecto de la Gran Calabaza. Seguía sin poder creer que esa mujer se hubiera presentado igual que lo que había hecho que montara un pollo en su propia boda. «Increíble». De momento, Piper era la única a la que había reconocido de la última vez, aunque sospechaba que muchos amigos del novio me resultarían familiares, ya que la serie se basaba en los miembros de una fraternidad.

—¿Estáis todas listas para que pasen los chicos? —preguntó la madre de la novia—. He pensado que sería mejor hacer las presentaciones aquí, antes de que estéis a punto de salir hacia el altar, ya que muchas no conocéis a vuestras parejas.

Se escucharon unos cuantos antes de que abriera la puerta de la biblioteca. El primer hombre en entrar no fue otro que Wilder. Me dedicó una sonrisa digna de Hollywood, acompañada de un tímido gesto con la mano.

«Dios mío, es realmente adorable». Me pareció extraño pensar así de un jugador profesional de *rugby* de metro ochenta y anchos hombros, pero de alguna manera lo consiguió. «Es increíblemente adorable».

La madre de la novia señaló a las chicas que estaban más cerca de nosotros: Noviazilla y una rubia guapa que parecía ser modelo.

—Wilder, tu pareja es Amanda.

Fruncí el ceño. «Genial».

Amanda se inclinó hacia Piper y susurró:

—Oh, vaya. ¿Está soltero?

Piper asintió.

—Siempre lo está. Wilder es muy divertido, pero no esperes más que eso.

Amanda se lamió los labios.

—No pasa nada. Busco algo de diversión.

Sentí un nudo en el pecho, como si alguien hubiera dejado escapar el aire de un globo.

Elijah se acercó más mientras yo miraba fijamente el suelo.

—Al parecer no soy el único al que le gusta tu vestido.

Levanté la vista para encontrarme con un par de ojos azules increíbles y el estúpido globo que tenía en el pecho se volvió a llenar de aire, al menos hasta la mitad. Wilder asintió levemente antes de acercarse a su sonriente pareja.

—Vamos atrás —dijo Elijah—, así puedo hacer fotos espontáneas del grupo.

—Vale. —Intenté no prestar mucha atención a Wilder y su preciosa pareja, pero mis ojos iban por su cuenta. Amanda era tocona. Al menos no tardó mucho en empezar la ceremonia, porque me habría empezado a doler la cabeza de tanto apretar los dientes.

En la hora del cóctel, me llevé una copa de vino a una mesa tranquila en el porche trasero, desde donde se veía el océano, y escribí en mi teléfono algunas notas sobre la boda para el artículo. Aquí fuera la vista era preciosa. La mansión estaba situada en un acantilado y el olor a agua salada flotaba en el aire. El sonido lejano de las olas rompiendo me relajaba más que el vino.

Entonces sentí que alguien me miraba. Me giré y vi a Wilder de pie en la puerta. Estaba segura de que se acercaría, sobre todo porque estaba sentada sola, pero en lugar de eso levantó la mano en un gesto de saludo informal, como el que se le da a un conocido, y volvió a entrar. Me dejó confundida, como si hubiera hecho algo que le hubiese molestado y no me hubiera dado cuenta.

Aunque cuando comenzó la fiesta no parecía molesto; de hecho, no dejaba de sonreír con su pareja entre sus brazos mientras se mecían al ritmo de la música.

Elijah se percató de que estaba mirándolos.

—Es su pareja. Tienen que bailar juntos.

Lo dijo para que me sintiera mejor, pero lo único que podía pensar era «Yo fui su pareja la última vez. ¿Esa es la única razón por la que bailó conmigo?».

Durante la siguiente hora, crucé miradas con Wilder en varias ocasiones, pero siempre apartaba la vista. No había flirteo ni sonrisas pícaras ni guiños, nada de lo que esperaba de él. Y eso en sí mismo había sido el problema: «He empezado a esperar algo de él».

A pesar de mis cabreos, charlé con algunos invitados de mi mesa. Uno de ellos era un hombre apuesto, probablemente diez años mayor que yo. Estaba sentado dos sillas más allá, pero cuando la mesa se quedó vacía, excepto por nosotros dos, se levantó y se sentó a mi lado.

—Odio las bodas —dijo—. ¿Y tú?

Solté una carcajada.

—Igual.

Nos señaló a los dos.

—Y lo único peor que estar sentado en la mesa de los amigos solteros es estar sentado en la mesa de los niños.

—La verdad es que estoy aquí trabajando.

—Au. —Se llevó la mano al estómago, como si le hubiera golpeado en las tripas—. Reconozco mi error. Hay una mesa peor que la de los niños: la mesa de los empleados.

Volví a reírme.

El hombre extendió la mano con una sonrisa.

—Joe.

—Sloane. —Nos dimos un apretón.

—Bueno, ¿en qué trabajas? ¿Pretender ser una invitada en una boda? Espera, ¿eres una guardaespaldas encubierta o algo?

—Desde luego que no.

Se rascó la barbilla.

—¿Crítica gastronómica?

—Nop, pero te estás acercando.

Joe y yo hablamos durante diez minutos. Era divertido, con un humor autocrítico que me gustaba, así que, cuando me pidió que bailara con él, debería haber aceptado sin dudarlo.

—Em…

—Parece que estás indecisa, así que voy a ser claro: no soy muy buen bailarín. Probablemente te pisaré al menos uno de los pies, pero… —Levantó un dedo—. Antes cogí el frasco de colonia sin ponerme las lentillas, así que probablemente huela a menta fresca. Resulta que me he echado enjuague bucal por todo el cuello.

Sonreí.

—¿Cómo voy a rechazar una oferta tan tentadora?

Joe se levantó y me extendió la mano. Examiné la sala mientras caminábamos, odiando el hecho de que estaba buscando a Wilder mientras iba a bailar con otro hombre. Era una canción lenta, así que puso una mano en mi espalda y empleó la otra para guiarme. Dejó un espacio prudencial entre nosotros, al contrario que mi pareja de baile de la última boda, aunque me sentía tensa bailando con él.

Respiré hondo, intentando relajarme, y se me vino el olor a menta del enjuague bucal. Me reí.

—No estabas de broma. Hueles a Listerine.

—Ya llegaba tarde y no me daba tiempo a ducharme otra vez.

—No huele tan mal. A limpio, al menos.

Joe sonrió e intentó girarnos, pero hizo una cosa con los pies y yo otra, y al final me pisó el meñique. Levanté el pie e hice una mueca de dolor.

—Lo siento mucho —dijo.

—No has exagerado en nada, ¿eh?

Los dos estallamos en carcajadas. Seguía sonriendo cuando mi mirada se desplazó por encima de su hombro. Y se posó en un hombre que no sonreía: Wilder. Su mirada era intensa, pero su rostro se mostraba inexpresivo. Como antes, pronto se dio la vuelta, esta vez sin siquiera saludar con la mano.

Después de eso solo quería irme a casa, pero no sería posible hasta el día siguiente porque estábamos a cuatro horas de la ciudad. Encontré a Elijah y le dije que estaba cansada y lista para volver al hotel de al lado. Esta vez no había conocido a un camarero mono, así que se fue conmigo.

De vuelta en mi habitación, me quité el vestido, me recogí el pelo y me desmaquillé. Acababa de meterme bajo las sábanas cuando llamaron con suavidad a la puerta.

Me empezó a latir muy deprisa el corazón al ver a Wilder por la mirilla y el resto de mi cuerpo reaccionó igual cuando abrí la puerta. Con la pajarita desatada colgando floja alrededor del cuello, el pelo revuelto y una ligera sombra de barba en la mandíbula afilada, aquel hombre era un regalo para la vista. Levantó una botella de vino y su descaro me cabreó.

—¿Por qué no estás con la rubia?

Frunció el ceño.

—Porque no podía hacerlo, aunque quería.

Crucé los brazos delante del pecho, notando la ira fluir.

—Probablemente has bebido demasiado. Les pasa a los hombres.

Wilder cerró los ojos.

—Eso no era lo que quería decir. Me refiero a que quería tirarme a una desconocida y no estar aquí ahora mismo.

Empecé a cerrar la puerta.

—Entonces, ¿por qué no vas a hacerlo?

Metió el pie dentro, impidiendo que se cerrara.

—Joder, no me estoy explicando.

Volví a abrir un poco la puerta y suspiré.

—¿Qué quieres de mí, Wilder?

Se pasó una mano por el pelo.

—¿Puedo pasar y hablamos?

No sabía qué quedaba por decir, pero no sería capaz de dormirme sin saber lo que era, así que apreté los dientes y me aparté a un lado.

Wilder dio dos pasos dentro de la habitación y se detuvo, con la mirada fija en la cama. Sacudió la cabeza.

—En realidad, tu primera impresión era correcta. No deberías confiar en mí aquí contigo. ¿Qué tal si vamos a dar un paseo? ¿Por la playa? —Me miró a los ojos—. ¿Por favor?

—Está bien, pero tengo que vestirme.

Al menos la camiseta con la que había abierto la puerta esa noche era más larga que la que llevaba cuando lo había recibido la otra mañana; pero aun así tenía que ponerme unos vaqueros y zapatos. Wilder dejó que la puerta se cerrara detrás de él y se quedó al otro lado mientras yo me vestía.

Ninguno de los dos dijo una palabra mientras atravesábamos el hotel y bajábamos por unas escaleras construidas en el acantilado hasta la playa. Era una noche preciosa, corría una brisa cálida, tintineaban las estrellas y el sonido rítmico del océano rompiendo en la orilla hacía todo lo posible por relajarme.

—Estabas preciosa esta noche —dijo Wilder al fin.

—Gracias.

—El verde es tu color.

Sonreí y Wilder empezó a hablar sobre la boda mientras caminábamos juntos por la orilla. Cuando pareció quedarse sin forma de llenar el silencio, se detuvo.

—¿Quieres sentarte?

Me encogí de hombros.

—Me da igual.

Se quitó la chaqueta del esmoquin y la extendió sobre la arena, indicándome que me sentara, antes de agacharse y ocupar el sitio a mi lado. Miró al océano un largo rato antes de hablar.

—Siento haberme comportado como un imbécil esta noche —dijo.

—No tienes que disculparte por nada. No has hecho nada mal.

—Puede que no, pero te estaba evitando.

Me giré para mirarlo.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—Intentaba hacerte un favor.

—No lo entiendo, Wilder.

—Me gustas, Sloane. Siento que hay algo aquí, algo más allá de lo físico; es algo a lo que no estoy acostumbrado. Somos diferentes, lo físico suele ser suficiente para mí, pero no lo es para ti, y hace poco te hicieron daño. No quiero volver a hacerlo. Mi historial es una mierda. Ya sé que ni siquiera has accedido a tener una cita conmigo, pero creo que también sientes lo mismo que yo. —Me miró a los ojos—. ¿Me equivoco?

Mi instinto me decía que sí, para mantener la guardia alta y protegerme; pero él estaba siendo sincero y vulnerable conmigo, así que no pude hacerlo. Encogí los hombros.

—No.

Una sonrisa engreída se dibujó en su rostro. La señalé.

—No te regodees.

Wilder se rio y me dio un codazo en el hombro. Después, me tendió la mano. Dudé, pero finalmente deslicé mi mano sobre la suya.

Los dos nos quedamos mirando al frente en silencio durante un rato. Cuando Wilder, finalmente, empezó a hablar, mantuvo la mirada en la misma dirección.

—Ya que ambos estamos siendo sinceros, quiero confesar algo.

—¿El qué?

—No fui del todo honesto contigo la semana pasada en el bar o, al menos, fui estratégico con mis respuestas.

Por reflejo, intenté retirar la mano de la suya, pero Wilder la apretó más fuerte.

—No, todavía no puedes recuperarla. La voy a necesitar unos minutos más.

Lo miré, pero Wilder había cerrado los ojos.

—La otra noche me preguntaste cuál había sido mi relación más larga. Mi respuesta no fue una mentira, pero eludí lo que intentabas averiguar. Te dije que no había salido con nadie durante más de unos meses desde la universidad, pero lo que no te dije es que antes de eso había tenido dos relaciones largas. En el instituto tuve una novia durante dos años y medio. Alyssa y yo nos conocimos en cuarto de la ESO. En el último año empezamos a salir mucho de fiesta, haciendo lo típico de los chicos de dieciocho años: beber, fumar marihuana… Una noche, estábamos en la fiesta en casa de un chico. Sus padres no estaban. Algunos de los que estaban allí hacían algo más que beber cerveza y cubatas: tomaban pastillas, Percocet y Xanax; pero Alyssa jugaba al fútbol y tenía una beca completa para la universidad y yo jugaba en dos equipos de *rugby* y ya me habían reclutado para jugar en Harvard, así que pasábamos de ese rollo. Además, tenía un partido a la mañana siguiente, así que me fui temprano de la fiesta. Alyssa quería que me quedara, pero el *rugby* siempre era mi prioridad. —Se detuvo y tragó saliva—. Después de irme, Alyssa terminó tomando un Percocet porque todos sus amigos lo estaban haciendo y yo no estaba allí para decirle que no hiciera tonterías. Por lo que sé, era la primera vez que tomaba una pastilla que no le habían recetado. Resultó estar mezclada con fentanilo. Ella y dos de sus amigos sufrieron una sobredosis y murieron esa noche.

Me llevé la mano al pecho.

—Ay, Dios mío. Qué horrible. Lo siento muchísimo.

Negó con la cabeza.

—No se lo habría tomado si me hubiera quedado, si llevarla a casa a salvo hubiera sido mi prioridad.

—No, Wilder, no puedes culparte por la decisión de otra persona.

—Después de lo que pasó, me volví loco. Me metí en muchas peleas y causé problemas, incluso me suspendieron durante unos cuantos partidos por iniciar una pelea en la que se vio involucrada la mitad de nuestro equipo. Tenía una relación muy estrecha con mi antiguo entrenador de *rugby,* y aún la tengo, aunque debería visitarlo más a menudo. Ahora padece demencia. Pero después de la muerte de Alyssa me dio un poco de margen. Cuando las cosas se complicaron, me sentó y me hizo entrar en razón, diciéndome que iba a perder todo por lo que había trabajado. —Wilder asintió—. Él me vigilaba, se aseguraba de que me comportara. Con el tiempo, mi ira se calmó, o, al menos, aprendí a canalizarla en el campo. Unos meses más tarde, fui a la universidad y no miré atrás. Juré no volver a tener relaciones, al menos durante los siguientes tres años. Entonces conocí a Whitney.

Wilder se detuvo. Cogió una piedrecita y la lanzó al océano. Rebotó un par de veces antes de perderse en la oscuridad.

—Estuvimos juntos un año. —Tensó la mandíbula mientras miraba al frente y observé cómo se le movía la nuez al tragar saliva.

—Ay, Dios —dije—. ¿Ella también… murió?

Wilder negó con la cabeza.

—No. Me destrozó a mí.

No sabía qué decir, así que me quedé callada. Al final, Wilder se aclaró la garganta.

—Esa fue mi última relación. Hace diez años. —Hizo una pausa—. Hace unos meses, cuando fui a visitar al entrenador Evans, me preguntó si ya había encontrado a una buena chica con la que sentar la cabeza. Me reí y le dije lo de siempre: que no soy de los que se asientan. Me acarició la rodilla y me dijo que no tuviera

miedo, que debía dejar de permitir que lo que pasó hace años me impidiera volver a encontrar el amor. No le di importancia al comentario. Siempre me he dicho a mí mismo que no le temía a nada. Simplemente me gusta mi vida tal y como es, al menos hasta hace poco. —Wilder se giró y me miró a los ojos—. Hasta el día en que te conocí. Ahora no paro de preguntarme si hay algo de razón en lo que dijo.

Le apreté la mano.

—Gracias por compartir todo eso conmigo.

—Nunca le he contado a nadie la historia de Alyssa, y creo que no he dicho su nombre o el de Whitney en diez años.

Apoyé la cabeza en el hombro de Wilder.

—Hablar las cosas suele ser el primer paso para superarlas. No se lo cuento a mucha gente, pero voy a terapia.

—Yo no tengo un terapeuta, pero sí a mi antiguo entrenador de *rugby.* Siempre he hablado con él. Hoy en día se le olvidan las cosas y se confunde, pero se le sigue dando mejor que a mí ver lo que me pasa.

—¿Fue tu entrenador en la universidad?

—En el instituto, pero nos mantuvimos en contacto a lo largo de los años. Hablamos por teléfono cada semana. No lo veo mucho últimamente porque he estado muy ocupado, pero tengo que poner remedio a eso.

Nos quedamos sentados unos minutos, mirando el océano. Lo que me había contado era mucho que asimilar, pero imaginaba que era más duro para él soltarlo. Entonces, unas cuantas personas ruidosas volvieron a llamar nuestra atención hacia la escalera por la que habíamos bajado del hotel.

Wilder bajó la cabeza.

—Mierda.

—¿Qué?

—Son los chicos. Tenemos una tradición siempre que estamos cerca del agua, que empezó el primer año de universidad, la noche

en la que entramos en la fraternidad. Es la razón por la que ya no les invito a la casa de verano de mi padre en los Hamptons.

Estaba a punto de preguntar cuál era la tradición, pero no hizo falta. El grupo de chicos ni siquiera había llegado al final de las escaleras y ya se estaban quitando la ropa mientras corrían hacia nosotros.

—Joder. —Wilder se levantó y movió las manos en el aire—. No nos ven aquí. —Les gritó a sus amigos—. ¡Eh, idiotas! Estoy aquí sentado con una señorita.

Un tío gritó mientras peleaba por quitarse los pantalones.

—Es una chica con mucha suerte.

Otro tío se quitó la camiseta.

—¡Mete el culo en el agua, Hayes! O ya sabes lo que pasa… Te metemos con la ropa puesta.

Wilder meneó la cabeza.

—Lo siento. Están borrachos y ya son idiotas estando sobrios, no creo que pueda detenerlos.

Sonreí y me puse en pie.

—Está bien. Debería irme a dormir de todas formas. Nos vamos mañana temprano.

Wilder señaló a las escaleras.

—Te acompaño.

—No tienes por qué. Disfruta con tus amigos.

—Créeme, no voy a perderme nada. Esos idiotas van a estar ahí flotando boca arriba con las pollas arrugadas colgando durante un rato. Volveré después de acompañarte.

Solté una risita.

—Vale.

Cuando llegamos a la puerta de mi habitación, Wilder me cogió las manos.

—¿Es raro cenar con un amigo que es hombre?

Me mordí el labio inferior.

—Amigos, ¿eh?

—Piénsatelo. —Wilder me tendió su teléfono—. ¿Podemos intercambiar números por si te decides en mi favor?

Sonreí.

—Claro.

—Buenas noches, bizcochito. —Cogió su teléfono y me dio un beso en la frente—. Voy a estar aquí otra semana. Dejo la pelota en tu campo.

—Buenas noches, Wilder.

Dentro de la habitación, apoyé la frente contra la puerta, sentía el pecho lleno de nuevo. El globo que había ahí dentro estaba haciendo mucho ejercicio hoy. «Maldita sea, ese hombre es mucho más de lo que parece».

Capítulo trece



Wilder

Hace diez años

—No me lo puedo creer. —Mi amigo Andrew sacudió la cabeza—. ¿Cuándo lo descubristeis?

—Hace una semana.

—¿No usasteis protección?

Me pasé una mano por el pelo.

—Al principio sí, pero no salimos con nadie más y se toma la píldora.

—¿No se supone que es efectiva al noventa y nueve por ciento?

Solté un largo suspiro.

—Siempre he sido muy competitivo.

—¿Qué vas a hacer? Te vas a Inglaterra en unos meses.

—Ya no.

Andrew abrió los ojos como platos.

—¿Qué? Es de lo único de lo que has hablado desde que éramos pequeños. Jugar en Inglaterra es tu sueño.

—Lo pospondré o jugaré aquí, en Estados Unidos. No es demasiado tarde para clasificarme para el *draft* del próximo año de la MLR.

—Sabes que no es lo mismo. El *rugby* aquí es una mierda. Ya podrías jugar *ping-pong* profesional.

Fruncí el ceño.

—Está expandiéndose rápido.

Negó con la cabeza.

—Dime un jugador de aquí que tenga un contrato publicitario millonario.

Por supuesto que no, al menos no de aquí. ¿En Inglaterra? ¿Nueva Zelanda? ¿Sudáfrica? Claro que sí; pero este deporte no da lugar a nombres y rostros conocidos en Estados Unidos.

—Sabes que no necesito el dinero.

—Lo sé, pero ¿no quieres jugar contra los mejores? ¿En un estadio con ochenta mil personas?

Eso era lo que más me dolía. No me importaba no ganar dinero, mi padre tenía lo suficiente para varias generaciones; pero quería ser el mejor y, para serlo, tenía que jugar contra los mejores. No había ni un jugador de los Estados Unidos entre los cincuenta mejores. Era una mierda, pero ¿qué cojones iba a hacer? Mi novia estaba embarazada. No podía mudarme a otro país antes de que diera a luz.

Andrew suspiró.

—¿Al menos la quieres?

—No he estado con nadie más en cuatro meses.

Frunció el ceño.

—Eso no es un sí. Podría significar que es un buen polvo.

Lo señalé.

—Cuidado.

—En serio, Wilder, esto es algo muy importante; vas a cambiar toda tu vida por alguien. ¿La quieres o no?

—Estoy feliz.

—Yo estoy feliz cuando me siento en el sofá de mi abuela y ella me prepara sus ñoquis caseros. Eso no significa que quiera que ella tenga a mi bebé y que cambie por completo mi vida.

Me pasé una mano por el pelo.

—Ya no importa lo que quiera, pero va a pasar. Vamos a tener un hijo.

Capítulo catorce



Sloane

El viernes por la tarde estaba en el escritorio terminando el trabajo cuando mi teléfono vibró con una llamada entrante. Me emocioné, porque pensé que tal vez fuera Wilder, pero me llevé una decepción enorme cuando leí el nombre en la pantalla: Josh. Mi ex era la última persona con la que me apetecía hablar; incluso ver su nombre me irritaba, así que dejé que el mensaje fuera al buzón de voz; pero tenía curiosidad, así que, cuando el teléfono sonó con un nuevo mensaje, no pude evitar escucharlo.

«Hola, Sloane. Cuánto tiempo sin hablar. No sabía si tenía más posibilidades de que leyeras un mensaje mío o de que contestaras mi llamada, o tal vez me estoy engañando a mí mismo y no tengo ninguna posibilidad en ninguno de los dos casos. Al menos pude escuchar tu voz en el mensaje». Se detuvo y por unos instantes

pensé que eso era todo, que había colgado; pero entonces volvió a hablar: «En fin, echo de menos escucharte. Me gustaría hablar, si tienes tiempo. Así que… sí. Llámame. ¿Por favor?».

Negué con la cabeza. «Menudos huevos». Aunque me di cuenta de que quizá era la primera vez que pensaba en Josh y solo me enfadaba, en lugar de entristecerme. Unos meses atrás, una llamada así me habría arruinado el día, pero entonces no me costó demasiado volver al trabajo.

Unas horas más tarde, una alerta de CNN apareció en mi teléfono. La mayoría del tiempo las ignoraba, pero esta en particular me llamó la atención: «La liga de *rugby* de Estados Unidos aprueba equipo de expansión».

Deslicé para abrir la noticia. «Oh, vaya. ¿Por qué no había buscado fotos de este hombre todavía?». El artículo tenía dos fotos de Wilder en la parte superior. La primera debía ser de su época como jugador: sus compañeros de equipo lo llevaban a hombros mientras él sostenía en alto una especie de trofeo dorado. No llevaba camiseta y tenía el pecho tan musculoso que no parecía real. Pellizqué la pantalla y amplié la imagen. «Guau. Madre mía». Me tiré un minuto babeando antes de levantar la vista y estudiar su rostro. No parecía muy diferente de cómo era ahora: la misma sonrisa, los mismos ojos brillantes. Era significativo que esos ojitos no fueran lo primero que llamara la atención.

La segunda foto lo mostraba con un traje; guapo, pero serio. Debajo, el artículo daba detalles sobre su propiedad del nuevo equipo, junto con dos inversores multimillonarios y el estadio que ya estaban negociando para conseguir. No había sabido nada de Wilder desde la noche de la boda, cuando dejó la pelota en mi campo para que nos reuniéramos. Había pensado en él todos los días, incluso había cogido el teléfono y había dudado en enviarle un mensaje en más de una ocasión, pero al final siempre me había acobardado. Ahora, sin embargo, tenía una excusa; de hecho, sería descortés por mi parte no ponerme en contacto con él. Al menos eso es lo que me dije a mí misma mientras empezaba a escribir.

SLOANE:

¡Enhorabuena! Acabo de leer las grandes noticias en CNN. ¡Lo has conseguido!

Pensaba que estaría ocupado con la prensa, pero enseguida aparecieron unos círculos en la pantalla.

WILDER:

Gracias. ¿Qué planes tienes esta noche? Tal vez mi amiga me pueda ayudar a celebrarlo…

Esbocé una sonrisa, deseando poder hacerlo, pero esta noche me quedaba con Olivia.

SLOANE:

Lo siento, no puedo. Mi hermano tiene un turno de veinticuatro horas que empezó esta mañana así que voy a cenar con mi sobrina a las siete y después veremos Pequeñas mentirosas.

WILDER:

Soy buen cocinero, si necesitáis ayuda…

Sonreí.

SLOANE:

Estoy segura de que así quieres celebrar haber conseguido tu propio equipo de rugby profesional: con una chica de catorce años cuyos hobbies son poner los ojos en blanco y dar respuestas monosilábicas.

WILDER:

Tú estarás, ¿no?

Fruncí el ceño.

SLOANE:

Sí, claro.

WILDER:

Entonces no quiero celebrarlo en otro sitio.

Me empezó a latir el corazón con fuerza. Antes de que pudiera responder, recibí otro mensaje.

WILDER:

Mi hermano también está aquí. Creo que se pueden llevar bien. Sus hobbies son ponerme los ojos en blanco y tocarme las pelotas.

Me mordí el labio inferior, que estaba hinchado de tanto morderlo durante los últimos días. ¿Cómo podía decir que no cuando hoy había logrado algo tan importante? Era lo más amable que podía hacer, ¿no? ¿Y qué podía pasar con dos adolescentes cerca? Nada, por supuesto. Tampoco es que fuera a pasar nada si estuviéramos solos, pero…

¿Y si hago una tarta para celebrar? Bizcochitos… Ñam.

Mierda, necesitaba hacerme las cejas de camino a casa.

«¿Está limpio mi apartamento?».

Miré la hora en el teléfono. Si me iba a las cinco, podía pasar por el supermercado y comprar ingredientes, coger el tren para ir a hacerme las cejas con Libby y todavía tendría tiempo para limpiar y arreglarme el maquillaje.

«Arreglarme el maquillaje». Sí, era lo más amable que podía hacer. Puse los ojos en blanco, pero también cogí un boli del escritorio y empecé a escribir una lista de cosas que necesitaba. Después añadí unas cuantas paradas más que tendría que hacer. «Mierda. Debería salir pronto».

Unos minutos más tarde, estaba ocupada mordiendo el boli, decidiendo si necesitaba algo aparte del corrector de Sephora —no había dormido muy bien la noche anterior—, cuando vibró mi teléfono.

WILDER:

¿Sigues ahí?

«Ay, Dios mío». Estaba tan absorta en planificar todas las cosas que tenía que hacer que se me había olvidado lo más importante: la invitación. Meneé la cabeza.

SLOANE:

¿Venís a cenar a las siete?

Aparecieron los puntitos.

WILDER:

Allí estaremos. Gracias por la invitación, aunque haya tenido que invitarme yo solo, amiga.



—¿Por qué iba a venir este tío?

Abrí el horno y metí dos bandejas de bizcochitos dentro.

—Te lo he dicho, va a celebrar haber conseguido su equipo de *rugby* aquí.

—¿Quién juega al *rugby?* —soltó Olivia.

—Es un deporte muy popular en Europa. Aquí también hay una liga profesional, solo que no es tan famoso como el fútbol; pero el abuelo lo ve. De hecho, fue a un partido con Wilder.

—Wilder —se mofó Olivia—. Qué nombre tan estúpido.

—¿Puedes comportarte cuando lleguen?

—¿Por qué? ¿Es tu novio o algo?

—No. Solo es… un amigo.

Sonó el timbre y sentí un revoloteo de mariposas en el estómago. Fruncí el ceño y miré hacia abajo. «¿No acabas de oírme decir que es un amigo?». Negué con la cabeza y saqué una botella de vino de la nevera.

—Olivia, ¿puedes pulsar el botón para que pasen, por favor?

Murmuró algo, pero lo hizo. Abrí el vino para que se airease y me acerqué a la puerta, señalando con el dedo a Olivia.

—Sé buena con Lucas.

Su respuesta fue poner los ojos en blanco, como siempre.

Wilder subió las escaleras el primero, con su hermano detrás. Los dos traían bolsas en los brazos. Wilder esbozó una sonrisa pícara cuando me vio.

—Hola.

Sonreí.

—Enhorabuena, señor dueño de un equipo.

Se pasó las bolsas a un brazo y me dio un beso en la frente.

—Hola, preciosa.

Lucas puso los ojos en blanco.

Me hice a un lado para que Wilder entrara y le sonreí a su pequeño gemelo.

—Hola, Lucas. Entra y únete a la otra parte del set «odio todo».

Levantó la barbilla.

—¿Qué hay?

Olivia estaba ocupada escribiendo con su teléfono y ni siquiera levantó la vista cuando entraron. Me aclaré la garganta.

—Olivia, ellos son Wilder y Lucas. Chicos, ella es mi sobrina, Olivia.

Logró contenerse y no poner los ojos en blanco, pero la mirada aburrida permaneció en su rostro mientras levantaba la vista de su móvil; sin embargo, eso cambió cuando sus ojos se posaron en Wilder. Parpadeó varias veces con la boca abierta.

«Sí, ya lo creo, chica».

Desvió la mirada, intentando ocultar su rostro, pero recibió un segundo golpe cuando vio a Lucas. Olivia tenía la piel bonita y bronceada de su madre, pero habría jurado que vi un rubor rosado en sus mejillas.

—Olivia está en noveno —dije.

Wilder señaló a su hermano.

—Lucas también.

—Oh, pensaba que era un año mayor.

—Cumple años pronto, así que es uno de los mayores de su clase.

Lucas se enderezó.

—Y soy el más alto.

Wilder soltó una risita.

—Sí, lo eres.

Hubo unos segundos incómodos mientras los dos adolescentes miraban a cualquier parte menos el uno al otro. Wilder levantó la bolsa que llevaba en la mano.

—No sabía qué ibas a preparar, así que compré vino tinto y blanco. —Le hizo un gesto a su hermano—. Y en esa bolsa están los postres. Uno es sin azúcar.

—Gracias. —Le di un codazo a Olivia—. ¿Por qué no guardas el postre y ves si Lucas quiere un vaso de agua o algo? —Le quité la otra bolsa a Wilder—. Gracias por esto. Ya he abierto una botella de vino tinto. ¿O prefieres que abra la que trajiste?

—Lo que tengas está bien.

Lucas se acercó al cuadro que tenía colgado en la pared.

—¿Dónde conseguiste esto?

Sonreí y miré a Olivia.

—Mi sobrina supertalentosa lo pintó.

Lucas abrió mucho los ojos.

—¿En serio? ¿Te gusta el manga?

Se encogió de hombros.

—Dibujé eso hace unos años cuando me gustaba el *shōjo,* pero ahora prefiero el *josei.*

—El *josei* está guay. Yo pinto el estilo *seinen* con aerosol.

—Pintabas con aerosol —aclaró Wilder—. Ya no vas a destruir la propiedad pública, ¿verdad?

Lucas puso los ojos en blanco.

—Hay una tienda de cómics en la esquina —dijo Olivia—. Acaban de pintar un enorme mural de *seinen.* ¿Quieres ir a verlo?

—Ya te digo.

Olivia me miró.

—Por mí, bien, siempre que Wilder diga lo mismo.

Wilder se encogió de hombros.

—Adelante.

Alcé un dedo a mi sobrina.

—Volved en veinte minutos. Vamos a comer pronto.

—Vale.

Los dos salieron por la puerta y sacudí la cabeza.

—Bueno, qué rápido han hecho migas.

—Le encanta ese arte japonés. Demasiado, incluso. Lo castigaron un mes por pintar con aerosol un lado de un edificio abandonado en Londres. Él y sus amigos lo usaron de lienzo.

—Oh, eso no está bien.

—Nunca dejaré que me escuche decirlo, pero le quedó bastante bien, mejoró bastante el viejo edificio en ruinas; aunque está claro que no debería haberlo hecho.

Asentí.

—¿Quieres una copa de vino?

—Por supuesto.

Saqué dos copas y lo serví mientras Wilder miraba alrededor.

—Tu apartamento es bonito. Te pega.

Le tendí una copa.

—No sé si eso es bueno o malo.

Se fijó en la pequeña araña de techo que había colgado en la cocina.

—Es femenino, pero no exagerado; sofisticado, pero intrigante. Me dan ganas de seguir curioseando un poco más.

Solté una risita y apoyé la cadera en la encimera mientras daba un sorbo al vino.

—¿No has salido hoy a celebrar la gran noticia por Lucas?

Wilder frunció el ceño.

—Lo estoy celebrando.

—Me refería a celebrarlo en un buen sitio.

—Aquí es donde quiero estar.

—¿Acabas de convertirte en el dueño de un equipo profesional, después de dos años, y quieres estar en un apartamento en un cuarto piso sin ascensor?

—Creo que me he expresado mal. Si pudiera elegir, estaríamos celebrándolo en algún sitio donde no tuvieras que cocinar, pero sí, estoy con quien quiero estar.

Intenté ignorar la calidez que se expandió por mi pecho, que no tenía nada que ver con el vino que tenía en la mano.

—¿Ahora qué pasa con el equipo?

—Mucho. —Wilder respiró hondo—. Y rápido. Vuelo a España mañana y a Suecia pasado. Hemos estado negociando con varios jugadores y la primera prioridad es contratarlos.

—Eso suena emocionante. Nunca he salido de Estados Unidos.

—¿En serio?

Asentí.

—La próxima boda es en Londres. Tengo ganas.

—Voy a estar ocupado estas próximas semanas, pero ¿por qué no te vienes unos días antes y te enseño la ciudad?

—Es muy amable por tu parte. ¿Puedo… pensármelo?

Wilder bajó la mirada a mis labios.

—Si te soy sincero, no estoy siendo amable. Quiero pasar tiempo contigo.

Empecé a notar calor en la cara, así que me relajé con un sorbo de vino.

—¿Has visto las fotos de la boda del fin de semana pasado?

Negó con la cabeza.

—He estado ocupado.

Sonreí.

—Hay una tuya muy graciosa. Voy a por mi portátil, está en mi habitación. Ahora vuelvo.

—¿Estás segura de que no quieres que te ayude? ¿Te acompaño?

Solté una risita.

—Ponte cómodo. Bueno, tampoco demasiado cómodo.

Fui por el pasillo hasta mi habitación. Cuando regresé, Wilder estaba sentado en uno de los taburetes que normalmente están bajo la isla. Señaló una tarjeta que había encima.

—¿También trabajas los sábados?

Me asomé para ver de qué estaba hablando. Era una tarjeta de cita para Fifth Avenue Bridal a las nueve de la mañana del día siguiente.

—Ah, eso. —Negué con la cabeza—. No. Es algo personal, no tiene nada que ver con la revista. He concertado una cita para vender mi vestido de novia.

—Ah. Supongo que nunca había pensado qué se hacía con todo eso si al final no había boda.

—Ya debería haberme deshecho de él, nunca me lo voy a poner; pero le tengo mucho cariño. Lo compré hace casi una década.

—Pensaba que solo llevabas unos pocos años con ese tío.

Sonreí.

—Sí. Lo compré antes de conocernos. Lo vi en una revista, en la revista *Bride,* por extraño que parezca. Fue mucho antes de empezar a trabajar allí. Desde que era pequeña tenía en mi cabeza una imagen de cómo sería mi boda, con vestido y todo. Un día estaba hojeando una revista en la consulta del médico y allí estaba: el

vestido de mis sueños, así que averigüé quién lo tenía en *stock* y fui a verlo en persona. Solo tenía diecisiete años, ni siquiera tenía pensado probármelo; pero acabé gastando los bonos de ahorro que tenía desde que nací y lo compré.

Wilder parecía un poco asustado, lo que me hizo reír. Señalé su cara.

—Ojalá hubiéramos tenido una cita y te hubiese contado esa historia en la cena. Estás aterrado. Seguro que te habrías escaqueado antes del postre. —Me encogí de hombros—. En fin, ya que estoy dejando salir mi locura, más vale que lo haga a fondo. La cita de mañana es la tercera, ya he intentado venderlo dos veces antes.

—¿Qué pasó?

—Bueno, la primera vez llegué hasta la puerta, pero no conseguí entrar. La segunda vez, entré y hablé con una de las mujeres que trabajaba allí. Sacó el vestido de la bolsa y le echó un vistazo, y una mujer que estaba de compras se acercó y preguntó si estaba en venta, quería probárselo. Hice como que atendía una llamada y salí por patas. No podía separarme de él.

—¿A qué le sigues teniendo cariño? ¿Al vestido, al sueño o al imbécil?

Eso me hizo sonreír.

—Es una muy buena pregunta. He superado al imbécil, pero no sé si me molesta más deshacerme del vestido o de mis sueños. ¿Tal vez un poco de ambos?

—Puedes crear nuevos sueños. Más grandes y mejores.

Suspiré y asentí.

—O puede que sea hora de vivir en la realidad; pero no hablemos de mis problemas. Quiero que me hables sobre tu equipo.

A Wilder se le iluminaron los ojos mientras contaba sus planes e ideas. Divagó durante veinte minutos seguidos antes de hacer una pausa.

—Lo siento —dijo sonriendo—. Estaba hablando por los codos. Probablemente te mueres de hambre y solo quieres que me calle

unos minutos.

—Para nada. Me resultas inspirador. Es un recordatorio de que tenía objetivos propios que no estaban enlazados con la felicidad en mi vida amorosa.

—¿Cuáles?

—Quería ser escritora. Me encanta mi trabajo, pero fui a la universidad a estudiar periodismo y escritura creativa.

—¿Qué clase de libros escribirías?

—La verdad es que probablemente novelas románticas. Es lo único que leo. Bueno, eso y… —Desvié la mirada a la pila de libros que había en el estante de la cocina—. Libros de autoayuda.

—Estabas leyendo uno de esos la tarde que entré a tu oficina. ¿Funcionan?

—A veces, cuando los leo, me siento revitalizada por las ideas y la perspectiva que tienen. Es como recibir una charla motivadora del entrenador antes de un partido.

—Te entiendo perfectamente.

Asentí.

—Excepto que, cuando termina, probablemente mantienes la emoción que sentiste al jugar el partido, pero una o dos horas después de cerrar el libro olvido todo lo que acabo de leer.

—Entonces juega el partido después de la charla motivadora —sugirió—. Empieza a escribir el libro que siempre has querido.

—Supongo…

—Debería ser tu entrenador y animarte a seguir tus sueños; pero, siendo egoísta, también quiero tener una razón para verte cada mes, así que no puedes dejar tu trabajo actual tan pronto.

La puerta principal se abrió de golpe. Lucas y Olivia reían y hablaban como si fueran mejores amigos. Nos saludaron con un gesto de la cabeza y desaparecieron en otra habitación.

Los señalé.

—¿Quiénes eran esos niños tan felices?

Wilder se encogió de hombros.

—Ni puta idea.



—Gané el concurso de ortografía en sexto —dijo Lucas—. Wilder tiene un tatuaje en el culo, y tiene tanto miedo a los payasos que una vez se meó encima en el circo.

—No me meé encima, se me cayó la bebida.

Lucas se echó a reír.

—Porque diste un brinco en el sitio cuando se te acercó el payaso. Eso cuenta como mearte encima.

Wilder refunfuñó y negó con la cabeza.

—Pensaba que las verdades y mentiras que contábamos en este juego tenían que ver con nosotros mismos.

Lucas sonrió con aire burlón. Dios, se parecía mucho a su hermano mayor. Miré a Olivia, que en ese momento contemplaba al chico de la misma forma que yo miraba a Wilder. No era la única que sentía un pequeño flechazo.

Lucas me señaló.

—Tú primero. ¿Cuál es la mentira, Sloane?

—Voy a decir… «Wilder tiene un tatuaje en el culo» es mentira.

Lucas señaló a Olivia, que sonrió.

—Sin duda parece que podría tener un tatuaje en el culo. Apuesto a que Lucas no ganó el concurso de ortografía.

Wilder refunfuñó e hizo un gesto sobre la mesa hacia Olivia.

—Voy con ella.

Abrí los ojos como platos.

—¿Tienes un tatuaje en el culo?

—Enséñaselo. —Lucas le dio un codazo a su hermano—. Venga, enséñaselo.

—Creo que voy a pasar de bajarme los pantalones delante de una chica de catorce años. Gracias, Lucas. Hay gente que acaba en la cárcel por eso.

No podía parar de reír. Este juego de mesa había resultado ser más divertido de lo que pensaba, incluso aunque fuera la única cuya pieza seguía en la casilla de salida. Era como el de dos verdades y

una mentira salvo que, si acertabas, movías tu pieza unas cuantas casillas.

—Te toca, tita Sloane.

—Oh, Dios. Voy a sonar aburrida después de lo del tatuaje en el culo. —Miré a Wilder—. Más te vale decirme luego lo que es.

Me guiñó el ojo.

—Te lo enseñaré.

No estaba segura de cuántas horas habíamos jugado, pero no recordaba la última vez que me había reído tanto durante tanto tiempo; de hecho, me dolía un poco la cara. Al final, Wilder miró su reloj.

—Es casi medianoche. Probablemente deberíamos irnos, tenemos un vuelo temprano por la mañana.

Sonreí.

—Necesitas llegar a casa y ponerte tu mascarilla de barro, ¿eh?

Wilder cerró los ojos y bajó la cabeza mientras los adolescentes disfrutaban de mis burlas. Lucas había revelado muchos trapos sucios sobre su hermano esa noche, la mayoría relacionados con hábitos femeninos, como usar mascarillas de barro, darse baños con velas y ver los programas de *Real Housewives*.

—Te vas a enterar, chaval —gruñó; pero todo era en broma.

Lucas y Olivia se despidieron después de intercambiarse los números y Olivia le dio uno de sus últimos dibujos. Se quedó atrás mientras bajaba con los chicos al portal. Lucas se despidió con la mano y se metió en el coche, dándonos a Wilder y a mí un minuto a solas.

—Es un buen compinche —señalé—. ¿Lo entrenaste para que fuera adorable y luego te dejara terminar la noche en privado?

—¿Adorable? Te ha dicho que escucho a Taylor Swift mientras hago ejercicio y que tengo un tatuaje en el culo.

Me reí.

—Dios mío. ¿Cuál es el tatuaje en el culo?

—No te lo voy a decir. Hay que mantener el misterio.

Sopló una brisa ligera, que me levantó un mechón de pelo y me lo puso sobre la cara. Wilder me lo apartó. Fue un gesto muy sencillo, pero convirtió el momento divertido en algo más serio.

—Me lo he pasado muy bien esta noche —dijo.

—Yo también.

—Espero que vengas antes de Londres.

Quería subirme al avión e irme, aunque cuando él me miraba como lo hacía ahora, me daba mucho miedo. No sería difícil enamorarse de Wilder Hayes, eso estaba claro, y tal vez una pequeña parte de mí ya estaba empezando a hacerlo; pero tenía que ser inteligente.

—Lo intentaré.

Me dio un beso en la frente.

—Gracias por invitarnos.

Sentí un vacío en el pecho mientras lo veía caminar hacia el coche. Cuando llegó a la puerta, se volvió a despedirse con la mano antes de que yo entrara.

Olivia estaba esperando en la cocina cuando regresé.

—Ay, Dios mío. ¿Has visto sus ojos?

—¿Los de Wilder?

Me miró como si estuviera loca.

—¡No! Los de Lucas. Cuando mamá estaba viva, fuimos a las islas Turcas y Caicos y recuerdo mirar hacia abajo desde el avión mientras aterrizábamos. Sus ojos son del mismo color que el agua de allí. No son realmente azules ni verdes, sino azules verdosos.

Sonreí.

—Sí. Los de Wilder son iguales.

—Le gustan el *josei y* el *seinen.* Le he dado uno de mis dibujos de *josei* y él va a hacer una versión en *seinen* con pintura en aerosol y me la va a enviar. ¿Puedes asegurarte de que sepa que vivo en el segundo piso? Olvidé darle el número del apartamento.

—Creo que te lo podrá dar si usa el mío o solo el número del bloque.

—Vive en Londres, y su madre también ha muerto.

—Sí, lo sé —le dije.

Olivia rara vez mencionaba a su madre, así que me resultó bastante sorprendente que al parecer ya hubiera hablado de ella con un chico que acababa de conocer; pero era bueno para ella hablar sobre el tema.

Durante la siguiente media hora divagó sobre las cosas que Lucas le había contado, de lo que habían hablado. Estaba claro que tenía un flechazo. Había algo irresistible en esos hermanos y ya se estaba convirtiendo en un reto luchar contra ello… con seis meses restantes de mi tiempo muerto.

Capítulo quince



Sloane

Cerré la puerta detrás de mí a las ocho y media de la mañana siguiente, con la bolsa del vestido sobre el hombro y la confianza de que ese sería el día. Había bajado dos de los escalones frente al edificio cuando levanté la vista y casi perdí el equilibrio.

—¿Qué…?

Wilder estaba apoyado en un coche, con un café para llevar en cada mano, y sonreía.

—Buenos días. —Asintió—. Pensé que podrías necesitar un acompañante, alguien que te ayudara a completar el trabajo a la tercera.

—Pero pensaba que tenías un vuelo esta mañana temprano.

—Sí. Lo he atrasado un poco.

Pocas veces me había quedado sin palabras. Joder, incluso cuando Josh me rompió el corazón en el altar, me salieron, en su mayoría fueron maldiciones, pero me salieron; sin embargo, ahora solo podía quedarme de pie y mirar a Wilder.

Él se incorporó, dejó un café en el techo del coche y se acercó a mí. Extendió el que tenía en la mano y me cogió la bolsa del vestido.

—¿Me lo cambias?

Asentí, con la mandíbula aún desencajada, y no me moví.

Wilder cogió el peso de la bolsa y me puso la taza de café en la mano. De alguna manera, puse un pie delante del otro y lo seguí hasta el coche. Después de abrirme la puerta del copiloto, colocó el vestido en el asiento trasero y dio la vuelta corriendo hasta el lado del conductor.

Yo pestañeé.

—No me puedo creer que hayas cambiado tu vuelo para acompañarme a vender mi vestido de novia.

Se encogió de hombros.

—A Lucas le venía bien dormir un poco más. Cuando volvimos al hotel, estuvo una hora sin parar de hablarme de Olivia.

Sonreí.

—Dios mío, Olivia hizo lo mismo. Creo que tenemos un problema.

Wilder arrancó el coche.

—Sí, si mi hermanito tocapelotas consigue que una Carrick sea su novia antes de que yo, no va a dejar de echármelo en cara.

Un fuerte pitido sonó desde el interior de mi bolso.

—¿Es tu teléfono? —preguntó Wilder.

—No. —Rebusqué en mi bolso en busca del móvil—. Es una alarma de mi sensor de glucosa.

—¿Estás bien?

—Estoy segura de que no es nada. Normalmente no lo es. —Abrí la aplicación. Mi supuesto nivel de azúcar en sangre apareció en la pantalla. Si era correcto, sería un problema. A veces el lector solo necesitaba reiniciarse; sin embargo, para estar segura, tenía que volver a subir—. ¿Me das dos minutos? Voy a volver dentro y

comprobar que se trata de una lectura errónea con un pinchazo en el dedo, a la antigua usanza.

—¿Quieres que te acompañe?

—No hace falta. Solo tardaré dos minutos, de verdad.

Subí deprisa a mi apartamento, me pinché el dedo y metí la tira reactiva en el medidor de glucosa. Efectivamente, mi nivel de azúcar en sangre estaba bien. Tenía que hablar con el médico sobre el aumento de las alarmas en mi próxima cita.

De vuelta abajo, me subí al asiento del copiloto.

—¿Todo bien? —preguntó Wilder.

—Perfecto. El aparato hace eso de vez en cuando.

—Vale. —Sonrió—. ¿Estás lista para deshacerte de ese vestido?

Inspiré hondo.

—Sí. Y este es un gesto muy dulce por tu parte, Wilder.

Metió primera, pero seguía pisando el freno y me miró.

—Ya te lo dije, bizcochito: no soy dulce, solo quiero pasar más tiempo contigo. —Me guiñó el ojo—. Además, cuanto antes olvides tus viejos sueños, más probabilidades tengo de que salgas conmigo.

No me creí ni por un momento que no tuviera un lado dulce, pero tampoco se lo recriminé. La tienda de novias estaba a solo medio kilómetro, así que diez minutos más tarde aparcamos. Respiré hondo mientras él me abría la puerta para que entrara primero.

—Hola —le dije a la mujer que estaba detrás del mostrador—. Tengo una cita para vender un vestido de novia.

—¿Está usado?

Fruncí el ceño.

—Sí, pero solo me lo puse una hora porque… Bueno, solo lo tuve puesto una hora.

Señaló una percha en la parte superior de un poste plateado junto a la caja registradora.

—Puede colgarlo allí. Me llevará un tiempo inspeccionar el vestido e investigar su valor. Si lo desea, puede echar un vistazo. Hay una sección de vestidos de cóctel en la parte de atrás. La mayoría de gente la revisa, ya que solo ofrecemos crédito en tienda.

—¿Solo dais crédito en tienda?

La mujer asintió.

—¿Es una nueva política?

—Ha sido así desde que empecé a trabajar aquí, así que hace al menos dos años.

Suspiré. ¿Cómo coño no sabía eso?

—Tal vez debería…

Wilder me miró.

—¿Hay otros sitios que den dinero?

Me encogí de hombros.

—¿Supongo? —Me mordí la uña, pensativa.

Wilder me puso una mano en el hombro y me giró con cuidado. Una vez que estábamos cara a cara, me puso la otra mano en el otro hombro, como un entrenador hablando con el jugador.

—Tienes diez bodas más para las que comprarte vestidos.

Tenía razón, pero…

Wilder debió de percibir la vacilación en mi rostro. Se inclinó hacia mí y me habló en voz más baja.

—¿Quieres mantener abierto ese capítulo de tu vida?

Negué con la cabeza.

—Entonces vende el vestido, Sloane.

Respiré hondo, asentí y volví a dirigirme a la dependienta.

—Me quedo con el crédito en tienda. —Me sentí bien diciéndolo. Le sonreí a Wilder—. Gracias.

—Sin problema. Ahora venga… —Me pasó un brazo por los hombros y nos llevó a la parte de atrás de la tienda—. Vas a probarte vestidos *sexys* para mí como recompensa por ser tan buen amigo.

Sonreí aún más. Podría soportarlo.

Diez minutos más tarde, salí del probador con un vestido tan escotado que comprobé dos veces si me lo había puesto del revés antes de salir.

Wilder esbozó una sonrisa pícara mientras se fijaba en mi evidente escote.

—Este te lo tienes que quedar.

Solté una risita.

—Estoy prácticamente desnuda.

—Lo sé. Está de puta madre.

Me giré para volver al probador cuando algo llamó mi atención: un vestido de novia que me recordó al que llevó Carolyn, la esposa de JFK Jr., el día de su boda.

Wilder siguió mi mirada.

—¿Ves algo que te gusta?

—Ese vestido es increíble.

Lo señaló.

—¿Ese? ¿Se parece al que vas a vender?

Negué con la cabeza.

—No se parece en nada al mío, pero creo que puede ser el primer vestido que me ha puesto los pelos de punta desde entonces. —Levanté el brazo para enseñárselo.

Wilder se encogió de hombros.

—¿Por qué no te lo pruebas?

Resoplé.

—Hemos venido para deshacerme de un vestido de novia. No voy a volver a comprar un vestido por una fantasía que no existe.

La dependienta regresó al probador. Me tendió un papel.

—Esto es lo más que puedo ofrecerle por el vestido. Es precioso, pero bastante antiguo.

Tragué saliva al ver la cifra que figuraba en la hoja. Era quizá un diez por ciento de lo que había pagado años atrás.

Wilder me miró a los ojos.

—No es por el dinero, ¿verdad?

Suspiré.

—Sí. Tienes razón. —Miré a la dependienta—. Tenemos un trato. Gracias.

Un poco más tarde, llegamos al bloque. Tenía dos nuevos vestidos de cóctel y un poquito de crédito en tienda.

—¿A qué hora es tu vuelo? —pregunté.

Wilder miró su reloj.

—Dentro de tres horas y media. Tengo que recoger a Lucas y devolver este coche al garaje de mi padre antes de ir al aeropuerto, así que tengo que irme, aunque ojalá no fuera así.

—No sé cómo agradecerte lo de hoy. Ya me siento más ligera, más libre.

Wilder me guiñó el ojo.

—Quizá esa haya sido mi esperanza todo este tiempo. Nos vemos en Londres, ¿tal vez unos días antes?

Sonreí.

—Sí, creo que sí.

Capítulo dieciséis



Sloane

—Hoy va a ser un programa divertido —dije a la cámara—. Vamos a crear una lista de cosas que hacer y que no hacer para las novias cuando se acerca el gran día. Para ayudarnos, tengo una invitada especial: Anna Wren, de Park Avenue Wedding Planners. Anna ha organizado algunas de las bodas más grandes y lujosas de Nueva York, incluyendo las de algunas celebridades y magnates de Wall Street. Es una de las organizadoras más solicitadas y sus quince años de experiencia le han enseñado un par de cosas sobre etiqueta. —Cogí aire—. Y luego, al final del programa, os anunciaré algo enorme que tengo muchas ganas de compartir. —Pulsé el botón para dividir la pantalla y Anna apareció en directo conmigo—. Hola, Anna. ¿Estás lista para empezar?

Hizo como si se crujiera los nudillos.

—Sí.

Nos adentramos de lleno en la lista, empezando con cosas simples como:

Ten en cuenta el tipo de cuerpo de todas tus damas de honor a la hora de elegir los vestidos.

No pidas a nadie que sea dama de honor suplente (ni siquiera sabía que eso se hacía).

Sí asegúrate de que las pruebas de vestuario y los ensayos se realicen en un horario conveniente para todas las personas involucradas.

No despidas a tu dama de honor porque se quede embarazada.

La mayor parte de la lista era muy graciosa, estaba llena de cosas que esperaba que no hiciera falta recordar a la gente, pero las novias se olvidaban cuando se trataba de sus bodas. Anna y yo nos reímos durante todo el segmento y muy pronto llegó el momento de pedir la opinión de las espectadoras.

—Vale, chicas, tenéis nuestra lista, pero ¡queremos escuchar vuestras opiniones! Así que vamos a abrir el chat para que nos digáis qué pensáis que podemos añadir.

Las sugerencias aparecían rápidamente, la mayoría de ellas sobre lo que no se debe hacer, lo que demostraba claramente cuántas personas habían tenido malas experiencias con las damas de honor.

No pidas a tus damas de honor que contribuyan a pagar tu luna de miel (¿eh?).

No les digas a tus damas de honor que deben esperar a comprometerse hasta después de tu boda para que no te roben el protagonismo.

No prohíbas a tus damas de honor comer el día de la boda para que no salgan hinchadas en las fotos.

Una en particular me llamó la atención cuando la leí.

No hagas que tus damas de honor se bronceen con espray para que todas tengan la misma cantidad de melanina.

¿El nombre del usuario? Número Diecisiete.

Un escalofrío me recorrió la espalda al pensar que Wilder estaba viendo el programa. Este hombre viajaba sin descanso y estaba formando un nuevo equipo deportivo profesional, pero se había acordado de mi programa. Aquí eran casi las nueve, así que allí serían sobre las dos de la madrugada, suponiendo que hubiera vuelto a Inglaterra esa noche. Últimamente era como Wally, aparecía en mi *feed* de Instagram por todas partes, en diferentes países.

Sonreí a la cámara, un poco sonrojada.

—Muy bien, creo que añadiremos la sugerencia de Número Diecisiete a nuestra lista: «no exigir a las damas de honor que se hagan bronceados artificiales a juego para que ninguna destaque en particular», y damos por terminado el día—. Me froté las manos—. Pero aún nos queda el gran anuncio, que voy a compartir con vosotras leyendo una carta que he recibido de una espectadora; pero primero quiero dar las gracias a Anna por toda su ayuda hoy.

Anna saludó con la mano.

—¡Gracias por invitarme! Y si hemos contenido a más de una Noviazilla, hemos hecho nuestro trabajo.

—Desde luego.

—¡Adiós, Sloane!

—¡Adiós, Anna!

Pulsé el botón para que la pantalla dividida pasara solo a mí y levanté un papel del escritorio.

—Vale, chicas, allá vamos. Esta es una carta que recibí de una maravillosa espectadora, Larisa… «Querida Sloane, he seguido tu programa desde que me comprometí hace dos años. Una amiga me habló de uno de tus programas sobre lugares únicos para la recepción, lo vi y acabé reservando una pequeña granja en el valle del Hudson para mi boda. Por desgracia, las cosas no han salido bien y mi prometido y yo hemos cancelado la boda hace unos días. Ya lo tenemos todo pagado: más de cincuenta mil dólares gastados en el lugar, el *catering,* el fotógrafo, los arreglos florales, la peluquería y el maquillaje, incluso una *suite* para la luna de miel. Nada de esto es reembolsable y va a ser un gasto en cualquier caso, así que pensé

que quizá podría convertir algo negativo en algo positivo y devolver la bendición que pude permitirme. ¿Te interesaría organizar algún tipo de concurso con tus seguidoras para regalar un paquete de boda increíble? Saludos, Larisa Maven».

Me incliné hacia delante, sin poder contener mi entusiasmo.

—¡Por supuesto que sí! De hecho, ya he hablado varias veces con Larisa y he verificado con los proveedores que los servicios sean transferibles. ¡Esto va a pasar! Lo único que necesitáis es el vestido. Larisa iba a llevar el de su abuela, que, obviamente, se quiere quedar.

La sección de comentarios había estado más activa de lo habitual durante todo el día, pero ahora los mensajes llegaban tan rápido que ni siquiera podía leerlos.

—Vamos a hacerlo así: una persona afortunada va a ganar esta boda tan increíble. Para participar, lo único que tenéis que hacer es decirnos por qué tendría que ser para vosotras, en trescientas palabras o menos. —Señalé hacia abajo a un enlace que había aparecido en la pantalla—. Pulsad aquí abajo para entregar vuestra participación. Mantendremos el concurso abierto durante cinco días y anunciaremos a la ganadora en directo en el próximo programa. Buena suerte y feliz organización de bodas.

Todavía no había cerrado el portátil cuando mi teléfono vibró con un nuevo mensaje. Sonreí y deslicé la pantalla.

WILDER:

Buen programa. Menudo concurso.

SLOANE:

Lo sé. Me ha tentado a volver a comprar mi vestido de novia y donarlo con el conjunto; pero me lo he pensado mejor. LOL.

WILDER:

Me alegro de que no lo hayas hecho.

SLOANE:

¿En qué país estás ahora?

WILDER:

En casa en Inglaterra, por fin. No me puedo creer que solo hayan pasado doce días desde que me fui de Nueva York. Parecen doce meses.

SLOANE:

¿Han sido viajes productivos?

WILDER:

En gran parte. Te queda bien el nuevo corte de pelo, por cierto.

Me quedé sorprendida de que se hubiera dado cuenta. Solo me había cortado las puntas.

SLOANE:

Gracias. Eres muy observador.

WILDER:

Una vez salí con una chica rubia que se tiñó el pelo de azabache. No estaba contenta cuando no noté el cambio, así que creo que tengo capacidad de observación selectiva.

Sonreí.

SLOANE:

Mi sobrina está enganchada al teléfono más de lo habitual. Estoy bastante segura de que Lucas y ella no paran de escribirse.

WILDER:

Lo llevé a cenar cuando llegué antes a casa por no haber estado con él. Apenas dijo dos palabras porque estaba muy ocupado con el teléfono. Eso lo explica.

Antes de poder responder, llegó otro mensaje.

WILDER:

¿Estarán emparentados cuando nos casemos? Ha sido un día demasiado largo como para hacer cálculos sobre eso.

Solté una risita.

SLOANE:

Cuando nos casemos, ¿eh? Ni siquiera hemos tenido una cita.

WILDER:

Tal vez sea hora de cambiar eso…

Me mordí la uña, debatiendo si preguntarle por su vida sentimental actual. En algunas de las fotos que había visto de él la semana anterior aparecían mujeres y eran atractivas. Podrían ser empleadas, socias o… No estaba segura de querer saber la respuesta; pero quizá, si la supiera, dejaría de mirar el Instagram de este hombre.

SLOANE:

Hablando de citas, ¿sigues con tu tiempo muerto de mujeres?

WILDER:

Es el mayor tiempo que he estado célibe desde los quince.

Me mordí el labio.

SLOANE:

¿Cuánto llevas?

WILDER:

Veintinueve días, nueve horas y once minutos.

Solté una carcajada.

SLOANE:

No te sabes de verdad las horas y los minutos, ¿no?

WILDER:

Na. Me lo he inventado.

Me metí en el calendario e hice algunos cálculos antes de responder.

SLOANE:

Te gano. Doscientos cincuenta y un días.

Los pequeños puntos aparecieron en la pantalla, pero se detuvieron y luego volvieron.

WILDER:

¿Tu boda no fue hace seis meses, ciento ochenta días desde que nos conocimos el mes pasado? Serían doscientos veinte.

SLOANE:

Sí, pero no nos acostamos durante el mes antes de la boda. Quería que nuestra noche de bodas fuera especial.

Los puntitos empezaron a moverse otra vez y después pararon. Treinta segundos más tarde, sonó mi teléfono.

Wilder habló antes de que pudiera saludar.

—No vamos a hacer esa mierda antes de nuestra boda.

El tono grave de su voz despertó a las mariposas de mi estómago, pero pensar en acostarme con Wilder hizo que volaran más abajo.

Me reí.

—Y yo que pensaba que era la única que hacía planes de boda antes de una propuesta.

—Me importa una mierda el cuándo y el dónde, pero sí que me importa que no me dejes tenerte debajo de mí.

—¿Debajo de ti? ¿Y si me gusta más estar encima?

Wilder gruñó.

—Me estás matando, bizcochito.

No podía dejar de sonreír.

—¿Por qué estás despierto tan tarde? Son pasadas las dos allí, ¿no?

—Quería verte.

Se me derritió el corazón.

—¿Te has quedado despierto para ver mi programa? Qué mono.

Wilder se quedó en silencio un minuto. Pensé que se había cortado la llamada.

—¿Hola?

—Sí —dijo—. Estoy aquí. Pensando si contarte algo. Pero creo que sería mejor que no.

—Bueno, ahora tienes que contármelo.

—No sé si te va a gustar.

—Dímelo de todas formas.

—Quería ver tu programa, pero no porque sea dulce, Sloane.

—Vale…

—Me he sentido un poco frustrado estas últimas semanas. Ya sabes, sin salir con nadie y todo eso, así que he pensado que podría… ocuparme del asunto mientras veía el programa.

Abrí los ojos como platos.

—¿Te has masturbado viendo mi programa?

—No, me habría sentido demasiado mal; pero ese era el plan. Pensé que el sexo telefónico estaba descartado, ya que aún no habías aceptado salir conmigo.

Una imagen de Wilder sentado en su cama, con sus abdominales marcados a la vista, la mano alrededor de su gruesa…

—Dios mío. —Me tapé la boca—. Qué *sexy.*

Bajó la voz unos cuantos tonos.

—Ah, ¿sí?

Se me escapó una risita nerviosa.

—¿Por casualidad no tienes tú un programa que pueda ver?

Él se rio entre dientes.

—No, pero seguro que puedes encontrar muchos vídeos de cuando jugaba.

«Podría hacerlo…». Esa vez fui yo la que se quedó en silencio, pero no me di cuenta hasta que Wilder volvió a hablar.

—Estás pensando en eso, ¿verdad?

—Ay, Dios mío. —Tragué saliva—. Tenemos que cambiar de tema.

—No será ni la mitad de divertido, pero si eso es lo que quieres… —Hizo una pausa—. ¿Qué tal si hablamos de tu viaje a Londres? La boda es dentro de una semana y media. Aún no me has dicho si vendrás unos días antes.

Había pensado bastante en su oferta, pero aún no me había decidido. No estaba segura de poder confiar en mí misma estando sola con Wilder durante unos días, especialmente ahora que estaba

planeando mi búsqueda en Google para cuando hubiera colgado el teléfono. Quería dar el siguiente paso con él, pero tenía miedo.

—Tengo algunos temas del trabajo y no sé cuándo podré resolverlos —mentí—. ¿Te lo puedo decir en un día o dos?

—Claro. —La voz de Wilder era ronca, tremendamente *sexy,* pero parecía agotado.

—Suenas cansado.

—Lo estoy. Ha sido un no parar durante dos semanas.

—Entonces te dejo que descanses.

—Vale, pero antes de colgar quería pedirte un favor. De negocios.

—¿Qué pasa?

—Estoy buscando un local en la ciudad para el personal administrativo y de apoyo del equipo; pero hasta entonces, algunas personas van a utilizar un espacio en el edificio de mi padre. En la planta de debajo de la tuya, a partir de mañana.

—Oh, vale. De acuerdo.

—Una de las personas que va a estar allí es mi amigo Andrew, es mi asesor jurídico. Tenemos un montón de artículos de prensa que van a publicarse: anuncios de nuevos jugadores, contratos firmados, directivos… Todo pasa por Andrew, pero después llegan a Millie en mi oficina, que retoca la ortografía y la gramática. Andrew se graduó como el mejor de su clase en Derecho en Yale, pero no debió estudiar mucho de lengua. Millie hoy se ha dado de baja por maternidad, así que esperaba que pudieras poner a Andrew en contacto con un revisor o corrector.

—Oh, yo puedo hacerlo.

—¿En serio?

—Claro. Con una condición.

—¿Cuál?

—Tienes que decirme qué es el tatuaje que tienes en el culo.

—Estoy intentando causar una buena impresión. No me hagas contarte sobre el estúpido error que cometí.

—¿Y si prometo no meterme contigo? Me muero por saberlo.

—¿Eso significa que has estado pensando en mi culo, amor?

—Dímelo.

Soltó una risita.

—Los números uno, dos y siete. Hice una apuesta estúpida contra mi mayor rival el último año de la liga. Perdimos y ese fue el resultado final del partido. Doce a siete.

Me tapé la boca.

—Ay, Dios mío. ¿Así que tienes un mal resultado tatuado en el culo para el resto de tu vida?

—No fue mi mejor decisión; pero, en mi defensa, los habíamos aplastado en cada partido durante nueve años seguidos. No me lo tuve que pensar mucho, y me gustaba la idea de dejar marca en mi rival en el último año de la liga.

—Parece que te precipitaste un poco.

Suspiró.

—Al parecer es un hábito que tengo.

Me reí.

—Bajaré mañana cuando llegue para presentarme a Andrew y recoger lo que necesitas revisar.

—Gracias, de verdad. Una última cosa y ya te dejo ir.

—¿El qué?

—¿Hay repeticiones de tus programas después del directo?

—Sí, ¿por qué?

Soltó una risita malvada.

—Buenas noches, bizcochito.



—Hola. ¿Andrew?

El chico alto, delgado y pulcro me dirigió una sonrisa.

—Eres Sloane, ¿verdad?

—Sí. ¿Cómo lo sabías?

—Wilder te describió, justo antes de amenazarme con que no se me fueran los ojos. —Se tapó la cara de manera traviesa y señaló las sillas con la otra—. Por favor, siéntate. No quiero que me dé una

patada en el culo como en sexto, cuando le dije a una niña que a Wilder le gustaba sentarse para mear.

Me reí.

—¿En serio?

—Lo hizo durante unas semanas. —Se quitó la mano de la cara—. Se rompió el tobillo jugando a *rugby* y le pusieron una escayola hasta la rodilla. El gilipollas todavía podía pillarme cuando huía de él.

—Entonces sois amigos desde hace tiempo.

—Desde la cuna. Nuestras madres eran mejores amigas. —Andrew se reclinó en su asiento y se tocó el labio inferior con el pulgar—. Así eres tú, ¿eh?

—¿Yo?

—La que tiene a mi amigo completamente enamorado. Nunca lo he visto así. Normalmente no se acuerda de cómo se llama la mujer con la que está hablando.

Mi rostro se encogió. Andrew se dio cuenta y levantó las manos.

—No debería haber sonado así, no es que sea un imbécil ni nada de eso. Bueno, sí que lo es, porque trata mal a las mujeres y no se acuerda de sus nombres; es un imbécil porque me acorraló y me afeitó la mitad del bigote en mi etapa de *Top Gun*.

Sonreí.

—No pasa nada. Lo pillo. Wilder no ha intentado esconder quién es.

—Eso significa que le gustas. La mayoría de los chicos a los que les gusta una mujer intentan entrarle con el pie derecho, mostrarle su lado bueno; pero Wilder no. Si le importas, es protector, incluso quiere protegerte de él. Me dio cien razones para no aceptar el trabajo antes de empezar a trabajar juntos.

Una mujer llamó a la puerta abierta de la oficina.

—¿Señor Emerson?

—Andrew, por favor.

—Su primera reunión está aquí. Le he llevado a la sala de conferencias y le he ofrecido café.

—Gracias, Laura.

Andrew meneó la cabeza.

—Una cosa es segura: la vida con Wilder nunca es aburrida.

—Me lo imagino. —Sonreí—. Te dejo para que vayas a tu reunión. Wilder ha dicho que tiene algunos artículos de prensa que necesita revisar.

Andrew rebuscó por las pilas de papeles sobre su escritorio y sacó un bloque con grapas.

—Gracias por eso.

—No hay problema. Tengo dos reuniones por la mañana, pero intentaré devolvértelos lo antes posible.

—Muchas gracias. Encantado de conocerte, Sloane.

—Lo mismo digo.

Volví arriba para mis reuniones y ya era casi la una cuando volví a bajar con las correcciones. Wilder no estaba de broma, la gramática de su amigo no era la mejor. Corregí muchos errores.

Andrew estaba hablando por teléfono cuando entré, pero sonrió y levantó un dedo.

—Lo siento —dijo cuando colgó.

—No hay problema. Aquí están los artículos de prensa. He hecho algunos cambios.

Bajó la vista y sonrió.

—El querido boli rojo. Gracias.

—No hay de qué.

—¿Ya has almorzado?

—Todavía no. Quería terminar primero con esto.

Señaló la puerta con la cabeza.

—Yo tampoco. ¿Te puedo invitar a almorzar como agradecimiento?

—No es necesario.

—Venga. Te contaré cuando en otoño de séptimo curso Wilder empezó a llevar las cosas de su padre, como colonia o jerséis, para parecer más maduro y ligar con nuestra profesora de matemáticas de treinta años. Él tenía trece.

Me reí.

—¿Cómo puedo rechazar semejante invitación?

Andrew cogió su chaqueta de traje del respaldo de la silla.

—No puedes. Vamos.



Estallé en carcajadas y me tapé la boca.

—Desde luego, la próxima vez que lo vea bebiendo de una lata voy a probarlo. Si le gusta tanto un Cosmo, ¿por qué no hace la mezcla y se lo bebe en un vaso de plástico?

—Teníamos quince años. Pensaba que tenía que actuar como un tipo duro, de esos que salían en la tele bebiendo cerveza, no cócteles rojos en copas de Martini, así que vaciaba la cerveza y rellenaba la lata con bebidas de chica: Cosmo, Malibú con piña… No me sorprendería que a veces incluso tuviera un Shirley Temple con alcohol.

—Supongo que es bueno que haya crecido siendo tan fornido, ya que tiene cierta afición por hábitos que son motivo de burla. Lucas ya ha revelado que le gustan las mascarillas de barro y que ve programas de telerrealidad.

Andrew levantó un dedo.

—También es un *swiftie* encubierto. Lo negará, pero el tío se sabe la letra de *Shake it Off*.

Me vibró el teléfono, recordándome la reunión en quince minutos con mi jefe. Me limpié la mano con una servilleta.

—Dios, no me había dado cuenta del tiempo que llevábamos aquí.

—Tengo material sobre Wilder para entretenernos durante días —dijo Andrew.

—Seguro que sí, así que tendremos que almorzar otro día.

Sonrió.

—Sería un placer.

Empecé a salir del asiento corredero cuando Andrew me tocó el brazo por encima de la mesa.

—Oye, creo que nos hemos reído bastante a costa de mi amigo, así que dame un minuto más para contarte algo sobre él.

—Vale… —Me recosté en mi asiento.

—No me pude permitir entrar en Yale. Mi familia tiene dinero, pero no como para pagar ochenta mil dólares al año; además, tengo cuatro hermanos. Las ligas universitarias son competitivas. Todos tienen medias muy altas, así que no hay becas. Entonces, en el último momento, me llegó una beca. Pensé que era extraño, pero a caballo regalado no le mires el diente. Hace dos años, cuando empecé a trabajar para Wilder, estaba rebuscando unos documentos que necesitaba y encontré uno con el nombre de la organización que me había dado la beca. Wilder había cogido algo del dinero que su madre le había dejado y creó una fundación benéfica solo para pagar mi matrícula sin yo saberlo. Sabía que nunca aceptaría el dinero si intentara dármelo directamente.

—Vaya.

Andrew asintió.

—Todavía no sabe que lo sé, así que, por favor, no se lo cuentes; pero ese es el tipo de tío que es. Y no es solo el dinero, cuando estábamos en el instituto, jugaba en una de las ligas juveniles de *rugby* nacionales, pero con el peor equipo. Podría haber jugado con el ganador de cada año, todos los equipos clamaban por él; pero su entrenador de primaria era el del peor equipo. El hombre tiene problemas de salud y Wilder todavía lo visita de vez en cuando.

Asentí.

—De hecho, ha mencionado a su entrenador.

—Hace poco la cagué enormemente con mi novia. Iba a ocultárselo, pero Wilder me convenció para confesar. Puede que tenga un historial largo con mujeres, pero siempre ha sido sincero. —Se detuvo—. Lo que quiero decir es que Wilder solo te va a contar lo malo; pero no es difícil encontrar lo bueno, si te atreves a conocerlo. Mantiene a mucha gente a cierta distancia, pero a quienes deja entrar se quedan para siempre. —Andrew me señaló—. Y si le dices que le he hecho cumplidos, lo negaré.

Sonreí.

—Tu secreto está a salvo conmigo.

Volví al trabajo y, más tarde, estaba sentada frente a mi escritorio pensando en lo que Andrew había dicho. ¿No había visto ya destellos del hombre que había descrito? La lealtad a su hermano, pequeños gestos como traerme dulces sin azúcar después de enterarse de que soy diabética, cambiar su vuelo para venir conmigo a vender mi viejo vestido de novia e invitar a mi padre a un partido de *rugby.* Había un corazón blando debajo de ese exterior duro, y no podía negar que me atraía muchísimo. Me empezó a latir muy rápido el corazón antes de que mi cerebro pudiera procesarlo.

«A la mierda. Voy a hacerlo».

Estaba cansada de quedarme en casa leyendo libros de autoayuda para intentar averiguar quién era. Había llegado el momento de descubrirlo viviendo, así que cogí el teléfono y escribí.

SLOANE:

Si la oferta sigue en pie, me encantaría ir a Londres unos días antes.

Capítulo diecisiete



Sloane

—Su asiento está por aquí… —La azafata señaló a su izquierda, así que me encaminé por ese pasillo.

Pero tenía que haberse equivocado, los asientos eran demasiado espaciosos en esta parte. Volví a comprobar el número de asiento en mi billete mientras me dirigía al 9B. Otro azafato se acercó con champán.

—Em… Creo que no estoy en la zona correcta.

Me cogió el billete de la mano y señaló el asiento espacioso que se convertía en una cama.

—Es este.

—No parece que sea de clase económica.

Sonrió.

—No lo es.

—Pero compré un billete de clase económica.

—Lo habrán ascendido de categoría por su afiliación a la aerolínea.

Negué con la cabeza.

—No tengo una cuenta con la que viaje a menudo.

—Bueno, entonces le gusta a alguien. Tal vez el agente de puerta le ha dado un regalo. —Se encogió de hombros—. Da igual cómo haya pasado, ese es su asiento, así que relájese y disfrute. —Volvió a levantar la copa—. ¿Le apetece algo de champán? O puedo añadir zumo de naranja para una mimosa.

—Oh, me encantan las mimosas.

—Acomódese. Volveré enseguida.

Mi asiento era casi tan espacioso como mi oficina, así que no iba a quejarme por el ascenso de categoría en un vuelo largo, aunque me preguntaba si el admirador secreto responsable de esto sería Wilder y no el agente de puerta. De todas formas, tenía que trabajar durante el vuelo, así que estaría bien poder estirarme y no tener a alguien leyendo el portátil por encima del hombro.

Me acomodé y saqué el teléfono para ponerlo en modo avión. Mientras lo hacía, vi un mensaje.

JOSH:

Hola. Sé que probablemente me odies, pero ¿crees que podríamos hablar? No será mucho tiempo.

«Uf». Eso no iba a pasar, y mucho menos durante este viaje. No había nada más que decir, lo había dicho todo en el altar. Deslicé el dedo para poner el modo avión y guardé el teléfono a tiempo para el despegue y recibir mi mimosa.

Un poco después de alcanzar la velocidad de crucero, el azafato me sirvió un desayuno delicioso y completo, con fruta fresca, entrante, cruasán caliente y postre. Incluso tenían opciones de postre sin azúcar, por no mencionar otra mimosa de cortesía. Esto era mucho mejor que la comida empaquetada por la que había

pagado doce pavos en mi último vuelo a Florida. Mientras me comía mi sustanciosa tarta de queso sin azúcar, abrí el portátil y leí la primera entrega del concurso de la boda.

Habíamos recibido más de dos mil participaciones, así que había reclutado a otras compañeras escritoras para que me ayudaran a comprobarlas todas y ahora yo tenía que elegir a las finalistas. Cuando decidí leer las redacciones en el avión, no pensé en lo emotivas que serían muchas. Algunas razones por las que la gente quería una boda gratis te partían el corazón: desde ser pobres a sufrir depresión y al final encontrar su alma gemela. Incluso había una mujer de sesenta y siete años que había estado con un hombre que había abusado de ella durante cuarenta años. Por fin lo pudo dejar y encontró amor verdadero.

Lloré leyendo más de una, pero la última redacción fue la que más me tocó. La boda de la mujer estaba organizada para dentro de un año y quería ganar el concurso porque su padre había sido diagnosticado con cáncer pancreático en estadio cuatro y probablemente le quedaban pocos meses de vida. Releí el último párrafo de la carta por tercera vez, con lágrimas cayéndome por las mejillas.

«Tenía grandes planes para mi boda el próximo verano: perder trece kilos, ponerme en forma, ahorrar para una luna de miel en Fiyi, celebrar mi despedida de soltera en Las Vegas. Pero ahora me doy cuenta de que lo único que me importa es que mi papá me acompañe al altar. Si gano la boda del mes que viene, con gusto daré mi fecha del próximo año con todo pagado».

No estaba segura de si me llegó tanto porque la historia de la mujer me recordó al deseo de mi madre de casarse con mi padre otra vez cuando tenía cáncer terminal o si fue la mención de una luna de miel en Fiyi, donde Josh y yo suponíamos que habríamos ido, o tal vez fuera la falta de sueño en este vuelo y mis hormonas revueltas; pero cuando aterrizamos, me alegré de que Wilder estuviera todavía en Italia y no pudiera recogerme, porque tenía la

cara manchada, los ojos hinchados y la nariz roja de los pañuelos baratos de la aerolínea.

Después de pasar por inmigración y aduanas, seguí al mogollón de gente para recoger mi equipaje. Un montón de conductores estaban colocados detrás de la barrera de metal, con carteles. Wilder había enviado un coche, así que busqué mi nombre mientras pasaba. Los primeros carteles estaban escritos a máquina, con logos del servicio. Cuando miré el cuarto, me sorprendió que estuviera escrito en lo que parecía una bolsa marrón de papel con un boli. Tuve que entrecerrar los ojos para leer el nombre: «Bizcochito».

Alcé la mirada a la persona que lo sujetaba y se me paró el corazón.

El tío podría llevar una gorra y gafas de sol oscuras, pero esa sonrisa pícara solo era la de un hombre. A Wilder se le cambió la cara cuando me vio, se acercó a la barrera y me cogió por los hombros.

—¿Qué ha pasado?

—¿A qué te refieres? —pregunté. Por un momento me había olvidado de lo mal que me veía. «Mierda». Me habría limpiado la cara un poco si hubiera sabido que él iba a estar aquí.

—Has estado llorando.

—Oh. Sí. —Me toqué la mejilla caliente—. No es nada. Estaba leyendo historias tristes en el avión y me he alterado.

Se relajó.

—Me has asustado mucho.

Sonreí.

—Estoy bien, pero ¿qué haces aquí? Pensaba que no volverías de Italia hasta esta noche.

Se inclinó y me besó la frente.

—Estaba muy ansioso por verte.

Con el rabillo del ojo, vi a dos mujeres mirándonos. Una señaló y la otra levantó el teléfono como si fuera a hacer una foto. Wilder bajó la cabeza y nos dio la vuelta.

—Venga, recojamos tu equipaje y salgamos de aquí antes de que los *paparazzi* se den cuenta. Aquí no son tan malos como en Estados Unidos, pero me han estado siguiendo sin parar desde que salieron las noticias del equipo.

Wilder me pasó un brazo por el hombro para protegerme y abrazarme mientras nos dirigíamos a la cinta transportadora. Nos colocamos en una esquina donde Wilder podía darle la espalda a la gente, lo que significaba que toda su atención estaba en mí.

Esbozó una media sonrisa.

—¿Qué demonios estabas leyendo en el avión que te llegara tanto?

—Entregas para el concurso de la boda. Las participantes han escrito una redacción sobre el motivo por el que deberían ganar. Algunas me han tocado la fibra sensible.

Me acarició la mejilla con el pulgar.

—Máscara de pestañas.

—Si me hubieras avisado de que ibas a venir, me hubiera adecentado un poco.

—Na. Por eso me gustas. Eres tú. —Me acarició la cara y se me estremecieron hasta los dedos de los pies—. Gracias por venir antes. Tengo muchas ganas de enseñarte la ciudad.

No estaba segura de entender por qué este chico tan guapo, que podría tener a cualquier mujer que quisiera y estaba ocupado lanzando un nuevo equipo profesional, querría enseñarme la ciudad, pero en sus ojos veía que estaba siendo honesto.

La cinta transportadora pegó un chillido y empezó a moverse. Salieron maletas mientras Wilder me hablaba de su viaje. Había aterrizado unas horas antes. Mientras charlábamos, miraba de reojo la cinta, pero no había ni rastro de mi equipaje, ni siquiera después de veinte minutos. Las personas que estaban por allí esperando disminuyeron, solo quedábamos otros pocos y yo, y al final vimos la misma maleta morada y una bolsa de palos de golf dar vueltas docenas de veces antes de que la cinta se detuviera.

—Eh, ¿qué pasa? —pregunté.

—Mierda. Creo que han perdido tu maleta.

—¿Perdida? No. No puede ser.

Hizo un gesto hacia una pequeña oficina de la que no me había percatado.

—La oficina de recogida de equipajes está allí. Por desgracia, hace poco estuve.

—¿Perdieron tu equipaje?

—Dos veces.

—¿Cuánto tiempo tardaron en encontrarlo?

—Me lo dieron al día siguiente en ambas ocasiones.

—Genial. Normalmente meto un cambio de ropa en la maleta de cabina, pero tenía tanto trabajo que hacer que no lo he hecho esta vez. Ni siquiera tengo ropa interior.

Wilder levantó las cejas.

—Podemos pasarnos por la tienda de lencería si me haces un pase de modelos.

La oficina de recogida de equipajes me dio un montón de papeles para rellenar y se quedaron con mi número de teléfono, prometiendo contactar conmigo en cuanto localizaran mi maleta. Wilder y yo nos fuimos solo con mi bolsa de cabina llena de trabajo.

—Le diré a mi asistenta que siga en contacto con ellos y mandaré a un mensajero para que recoja tu maleta cuando llegue. Será más rápido que esperar a que te la traiga la aerolínea.

—Oh. Eso sería genial, gracias.

Wilder me condujo a un pequeño Volkswagen aparcado en la zona de corto plazo.

—Este es el nuestro —dijo.

—Qué coche tan normal. Me esperaba algo más ostentoso, Hayes.

Abrió el maletero y sonrió.

—Es de mi asistenta. Mi coche es un poco más reconocible, así que los hemos intercambiado para confundir a los *paparazzi.*

—¿Qué conduces normalmente?

—Un Aston Martin *vintage* de color azul caribe.

—No sé lo que es eso, pero suena caro.

Cerró el maletero.

—Mi padre me metió en el mundo de los coches antiguos.

Empecé a caminar hacia el asiento del copiloto, pero Wilder me detuvo.

—¿Vas a conducir?

—Desde luego que no.

Soltó una risita.

—Entonces, ¿por qué vas al lado del conductor?

Miré el coche.

—¡Oh! —Me reí—. Lo siento, había olvidado que aquí se conduce al otro lado de la carretera.

Wilder me abrió la puerta antes de ponerse detrás del volante. No solo estaba el volante en el lado equivocado, el coche era de cambio manual.

—¿No te confundes conduciendo aquí una semana y en Nueva York la siguiente?

—A veces, por ejemplo, después de unas semanas conduciendo en Estados Unidos, llego aquí y me meto en una rotonda. Me cuesta un poco saber lo que tengo que hacer. Por suerte, siempre hay tráfico en ambos sitios, así que normalmente solo tengo que seguir a los demás.

Salimos del aeropuerto a una autopista con tráfico. Puede que estuviera delirando por la falta de sueño, pero no podía apartar la vista de la gran mano de Wilder sobre las marchas y la manera en que las controlaba; pero claro, no había mucho que no encontrara atractivo en este hombre. Otras veces me sucedía lo contrario: pensaba que un hombre era guapo y, una vez lo conocía mejor, me parecía menos atractivo.

Me forcé a mirar la carretera.

—¿Has dormido en el avión? —preguntó Wilder.

Negué con la cabeza.

—Bebí mucho café antes. Pensaba trabajar, ya que no puedo dormir sentada, y creía que mi asiento estaría en la mitad, en la

clase económica. Por cierto, ¿has sido tú el que me ha cambiado a primera?

Se encogió de hombros.

—Eres mi invitada. Quería que estuvieras cómoda.

—Gracias, ha sido increíble. Siempre he mirado los precios de esos billetes sin entender dónde estaba la gracia por todo lo que costaban, pero ahora lo pillo. Tenía una cama entera y podría haber dormido durante todo el viaje si no hubiera estado hasta arriba de cafeína. Incluso la comida estaba buena.

—Ayuda mucho en viajes rápidos. Cuando hago un vuelo nocturno, puedo dormirme durante cinco o seis horas y estar listo para las reuniones cuando aterrizo.

—Ya veo.

—También te he cambiado de hotel. Espero que no te importe.

—Em… no, supongo que tú los conocerás mejor. Yo me limité a escoger una cadena que conocía.

—Ahora estás en el Rosewood. —Me miró de reojo con una sonrisilla—. Está más cerca de mi casa. ¿Qué tal si te dejo allí para que descanses y mañana recojo tu maleta y te la llevo cuando vaya a por ti? Me tomaré un café en el restaurante mientras la deshaces y te preparas.

—Suena perfecto. No sé cómo darte las gracias.

—A mí se me ocurren algunas formas…

Sacudí la cabeza. Y unos minutos más tarde, me quedé boquiabierta. Me imaginaba que Wilder me había cambiado a un sitio mejor, pero no esperaba verjas de hierro que dieran paso a un gran jardín eduardiano. El opulento edificio se volvía más intimidante conforme más nos acercábamos.

—Llegamos.

—Wilder… —Lo miré—. No puedo quedarme aquí.

Frunció el ceño.

—¿No te gusta?

—Es maravilloso, pero debe de costar una pequeña fortuna.

—No te preocupes por eso, eres mi invitada.

—Eso es muy dulce, pero…

Me miró a los ojos.

—Solo quería que te quedaras en un sitio bueno. No espero nada, Sloane.

—Oh, lo sé. No pensaba que lo hicieras, pero…

—Deja que cuide de ti mientras estás aquí, ¿vale?

Respiré hondo y asentí.

—No se me da bien eso de dejar que la gente cuide de mí.

—Me he dado cuenta. Ahora venga, vamos a registrarte y después me iré a casa a dormir también.

Sonreí.

—Vale.

En la recepción, Wilder le pasó una tarjeta negra al empleado mientras yo miraba alrededor asombrada. El hotel era sofisticado y moderno, aunque, de alguna manera, tenía ese aspecto británico distintivo. Después de un minuto, el empleado me dio las llaves y señaló a los ascensores.

Wilder me acompañó y me dio mi bolsa de trabajo después de pulsar el botón del ascensor.

—¿Qué te parece a las once? ¿Es demasiado temprano con el cambio de cinco horas? Un pajarito me ha dicho que te gusta dormir.

Sonreí.

—Sí, pero estoy demasiado emocionada por ver la ciudad como para perder un día entero.

—Bien. —Me dio un beso en la frente—. Duerme un poco. Volveré por la mañana para recogerte.

Las puertas del ascensor se abrieron, así que entré y me di la vuelta.

Wilder sonrió.

—Me alegro de que estés aquí, bizcochito.

Noté un calor por dentro.

—Yo también.

«Desde luego, esto es mucho mejor que el hotel de tres estrellas que había reservado».

La crema que había sacado de uno de los preciosos botes de cristal del baño olía a lavanda fresca mientras me la untaba en los brazos. Este era, de lejos, el mejor hotel en el que me había quedado. Mi *suite* era enorme: con una sala de estar aparte, una habitación amplia y un baño de mármol con una bañera y una ducha en las que podrían caber seis personas con facilidad. Ahora eran casi las diez de la mañana del miércoles y todavía estaba envuelta en el albornoz del hotel. No quería ponerme la ropa sucia de ayer después de la ducha; aunque igual debería, para no abrirle la puerta a Wilder así, ¿no?

Todavía me estaba mordiendo el labio, debatiendo si cambiarme rápido, cuando llamaron a la puerta. «Bueno, supongo que ya está decidido». Me apreté el nudo del albornoz, me miré en el espejo y agarré el pomo de la puerta. Para mi sorpresa, no era Wilder quien estaba al otro lado: era una mujer vestida de punta en blanco con las manos llenas de bolsas de compra.

La mujer sonrió.

—Buenos días. Eres Sloane, ¿verdad?

—¿Sí?

—Soy Emily Bloom, la asistente de compras del señor Hayes.

—¿Su qué?

Levantó los brazos.

—Creo que te va a encantar lo que ha escogido.

—¿Él? Lo siento, no estoy entendiendo nada.

Se inclinó hacia atrás y comprobó el número de habitación junto a la puerta.

—Esta es la cuatrocientos diez. Tú eres Sloane Carrick, ¿verdad?

—Sí.

Esbozó una sonrisa divertida.

—Supongo que Wilder no te ha dicho que iba a venir esta mañana.

—No.

—Entonces deja que rebobine un poco. Soy una asistente de compras y estilista. Elijo ropa para mis clientes, la mayoría están demasiado ocupados para ir de compras o no quieren meterse en el rollo que es llenar el armario. Wilder es uno de mis clientes. Me llamó temprano esta mañana con una emergencia. Dijo que alguien especial había venido de visita y que la aerolínea había perdido su equipaje, así que hemos ido a las tiendas en cuanto han abierto esta mañana y hemos elegido juntos un montón de conjuntos.

—¿Hemos? —Seguía completamente confundida—. ¿Wilder fue contigo?

Sonrió.

—De hecho, sí. Normalmente no consigo que ese hombre vaya a una tienda a que le tomen las medidas del traje y tengo que enviar al sastre a su casa, así que debes de ser muy especial.

Mi teléfono sonó dentro de la habitación. Miré por encima del hombro y de vuelta a la mujer, todavía confusa con lo que estaba pasando, aunque me lo acababa de explicar.

—¿Podemos pasar? —preguntó.

—¿Podemos? —Asomé la cabeza al pasillo. Otra mujer estaba detrás de ella con más bolsas y un perchero lleno de vestidos.

—Ay, Dios mío. Creo que a Wilder se le ha ido la cabeza. —«Aunque… Necesito algo que ponerme hoy»—. Pero sí, pasad.

Saltó el buzón de voz antes de que pudiera responder, pero el nombre de Wilder salía en la pantalla. Pulsé para devolverle la llamada.

—¿Estás loco?

Escuché la sonrisa en su voz cuando respondió.

—Supongo que Emily me ha ganado.

—Sí, Emily y la mitad de la ropa de una tienda han llegado.

—Llamé a la aerolínea esta mañana. Todavía no tienen tu equipaje.

—Bueno, eso es un asco, pero no tenías que ir de compras por mí.

—La verdad es que me lo he pasado bien, especialmente eligiendo tu ropa interior y sujetadores. ¿Cuál es tu talla? Yo he elegido una noventa C.

Esa era exactamente mi talla, aunque no sabía si sentirme impresionada o inquieta porque pudiera acertar la talla de sujetador de una mujer. Me imaginaba que era porque había tocado todas las formas y tamaños posibles.

—Wilder, no puedes hacer todo esto.

—Claro que sí, ya lo he hecho.

—Wilder…

Me cortó.

—Tengo que entrar en una reunión. Te recogeré a las once abajo. El top verde es el que más me gusta. Hasta luego, bizcochito.

Me giré para encontrarme a Emily y su ayudante organizando conjuntos por toda la sala de estar. Negué con la cabeza.

—Lo siento, pero no puedo aceptar todo esto.

—Tu novio te conoce bien. —Sonrió y siguió con el trabajo—. Dijo que dirías algo así, así que me ha indicado que no devuelva nada. Lo siento.

Volvieron a llamar a la puerta. Todavía algo desorientada, fui a abrir. Un hombre de traje estaba detrás de un carrito de servicio de habitaciones. Sonrió.

—Buenos días. ¿Dónde le gustaría que dejara el desayuno?

Meneé la cabeza.

—No he pedido nada.

—El pedido es de un señor. Dijo que estaría confundida.

Puse los ojos en blanco.

—Por supuesto.

El hombre con el que tenía que discutir no estaba aquí y me moría de hambre, ya que me había dormido antes de la cena, así que me hice a un lado.

—Adelante. Únete a la fiesta.

Capítulo dieciocho



Wilder

Se puso el top verde. Esta mujer me estaba matando.

Sloane salió del ascensor y examinó el vestíbulo. Me puse en pie cuando me encontró y no pude evitar sonreír mientras se acercaba.

—Vale, vale. No te regodees —dijo—. Llevo el verde porque es el que más me gusta, además del más práctico, no porque dijeras que es tu favorito.

—Claro. —Sonreí todavía más.

Sloane entrecerró los ojos.

—¿Sabes? Puedo volver arriba, cambiarme y tenerte esperando otra media hora, si quieres.

Le agarré la mano y entrelacé nuestros dedos.

—Ni de broma. Estás increíble.

Puso los ojos en blanco, pero vi una pequeña sonrisita. Le gustaban mis cumplidos, aunque hacía como que no.

—Vamos… —Tiré de ella—. Tengo todo el día planificado.

El aparcacoches había dejado el mío cerca. Trotó hasta él y lo aparcó junto al bordillo. Cuando salió fue a abrir la puerta del pasajero, pero negué con la cabeza.

—Yo lo hago.

—Esto es más lo que esperaba que condujeras —dijo Sloane mientras se acomodaba.

—¿Porque es *sexy?*

Se rio.

—Porque es ostentoso y parece que te va a meter en problemas. —Miró la consola central—. ¿No es manual?

Negué con la cabeza.

—¿Lo preguntas porque quieres conducir?

—Por supuesto que no, es solo que me gustó verte conducir el otro.

Puse el coche en marcha.

—Me lo cambiaré con mi asistenta de manera permanente.

Se rio como si estuviera de broma.

—Bueno, ¿qué vamos a ver primero? ¿El Puente de Londres?, ¿el Big Ben?, ¿el Palacio de Buckingham?

—Nada de eso. Había pensado en enseñarte hoy mis sitios favoritos de Londres, en lugar de toda esa mierda para turistas. Mañana te llevaré a todos los sitios donde puedas comprarte una bola de nieve y una camiseta de «I ♡ London».

Sloane posó su mano en mi brazo y noté una descarga eléctrica. «Joder…». ¿Qué sentiría si me tocara un poco más abajo, tal vez en mi tercer brazo?

—Gracias por hacer esto —dijo—. Todo: el vuelo, el hotel, ir de compras temprano esta mañana para que tuviera algo que ponerme. Es muy atento por tu parte.

Y sí que estaba atento a ella. Estaba hasta arriba de contratos, reuniones, papeleo y negociaciones, tanto que no había dormido

muy bien la noche anterior porque seguía recordando cosas que tenía que hacer y añadir a mi lista; pero justo entonces, en ese momento con Sloane, tan emocionada por ver la ciudad, a la mierda todo eso. Ni siquiera recordaba qué había en la puñetera lista. Eso me daba un miedo de cojones, al mismo tiempo que agradecía el descanso.

Le guiñé un ojo.

—Lo que haría por tocar tu ropa interior.

La primera parada en el recorrido era mi sitio favorito de Londres. Nunca había ido allí con nadie y, mientras nos acercábamos, empecé a preguntarme si era tan buena idea llevar a Sloane. No podía entender por qué era un lugar tan especial para mí, pero esperaba que no le resultara aburrido; aunque, en cuanto entramos en el parque, Sloane abrió los ojos como platos. Parecía una niña pequeña entrando en Disney por primera vez, y los nervios que tuviera sobre llevarla allí se desvanecieron enseguida. Ayudaba que el sol estuviera iluminándolo perfectamente, haciendo que brillara como el bosque en *Crepúsculo*.

—¿Qué sitio es este?

—Es una vieja iglesia llamada St. Dunstan in the East. Originalmente se construyó en el 1100 d. C. Quedó dañada en el gran incendio de Londres en el siglo xvii y más tarde la reconstruyeron, aunque se volvió a destruir durante la Segunda Guerra Mundial. Ahora las ruinas son un jardín público.

Sloane observó los restos de los muros de piedra de la iglesia: hiedra y enredaderas se entrelazaban a través de los arcos que en otro tiempo habían sostenido vidrieras, pero hoy el sol se filtraba desde el otro lado, creando una sensación mágica.

—Guau —dijo—. No parece real.

Sonreí.

—Lo sé.

Sacó su teléfono.

—Sería un lugar increíble para una boda. Tengo que hacer fotos.

Sacudí la cabeza.

—¿Qué?

—Nada. Haz las fotos. —Me quedé a un lado, viendo a Sloane sonreír mientras movía el teléfono y hacía fotos desde todos los ángulos posibles. Nunca pensé que llegaría el día en el que una mujer mencionara la palabra «boda» y no me provocara urticaria, y, desde luego, no imaginaba que yo mismo sacaría el teléfono para hacer unas cuantas fotos; pero me resultaba reconfortante ver lo mucho que le gustaba el sitio a Sloane, sentí un calor distinto al de unas horas atrás mientras escogía tangas. Lo que me recordó… Me fijé en su culo para ver si podía distinguir si llevaba uno que le hubiera escogido hoy. Por desgracia, no pude.

Paseamos por el parque durante un rato largo, encontramos todos los pequeños recovecos y leímos los carteles informativos que yo ya me sabía de memoria. De camino a la salida, Sloane se detuvo frente al arco de piedra donde habíamos empezado el recorrido.

—¿Qué es lo que más te gusta de este sitio? —preguntó—. Es decir, aparte de lo bonito que es.

Me encogí de hombros.

—Es una buena pregunta. La verdad es que no lo sé. Supongo que me gusta porque lo han destruido mil veces, pero no se derrumba.

Sloane asintió.

—Sí. Es… esperanzador.

Nos miramos a los ojos. Joder, cómo quería besarla. No era un tío romántico, mi concepción de romanticismo era beber algo de vino en el balcón de mi habitación antes de abalanzarme contra una mujer a cuatro patas en mi cama, a pocos metros de distancia; pero ¿con Sloane? Quería hundirme en ella en mitad de las ruinas de una iglesia medieval, lo que significaba que ya era hora de largarnos de aquí.

La segunda parada no era tan encantadora, al menos para la mayoría de la gente. La llevé al estadio de Wembley, el sitio donde jugué durante más de ocho años. Estaba cerrado al público, pero los

tipos de seguridad me conocían, así que me dejaron hacerle una visita privada a Sloane.

Salimos al campo por el túnel por el que había pasado cientos de veces antes, y Sloane alzó la vista a las gradas vacías.

—Vaya. ¿Cuántas personas caben en el estadio?

—Noventa mil.

Meneó la cabeza.

—No me puedo imaginar lo que se debe sentir con los asientos llenos y la gente gritando tu nombre mientras lleva puesta tu camiseta.

Levanté la mirada y recordé aquellos días.

—Estaba genial cuando jugaba bien, pero era horrible en un mal día. El mismo fan que te estaba animando al entrar te podía tirar la botella de cerveza vacía al salir.

—Eso no pasó de verdad, ¿no?

Señalé mi cicatriz en la raíz del pelo.

—Partido clasificatorio. Seis puntos. El peor partido de mi carrera.

—No me puedo creer que alguien te tirara una botella.

—Me lo merecía, no estaba centrado ese día. —Sonreí a las gradas, imaginándomelas llenas—. Aunque había más días buenos que malos.

—Apuesto a que eras el jugador más popular entre las mujeres.

No iba a tocar el tema ni con un palo de tres metros.

—Los *fans* eran interesantes, eso seguro.

—¿Lo echas de menos?

—Sí y no. Aproveché la fama que me dio: entrar en cualquier discoteca que quisiera, no meterme nunca en problemas por las estupideces que hacía… pero, después de un tiempo, empiezas a darte cuenta de que nada de eso es real. La gente quiere acercarse a ti por motivos malos, las mujeres quieren estar contigo por tu nombre, no por quién eres. Después de caer en ello unas cuantas veces, empiezas a aislarte. Supongo que, viendo el lado positivo, me enseñó a valorar a la gente de mi círculo cercano.

—¿Como Andrew?

Asentí.

—Puede que, técnicamente, trabaje para mí, pero lo necesito mucho más que él a mí. Estaría jodido sin él.

Sloane sonrió.

—Él también habla muy bien de ti, entre las historias sobre lo imbécil que eres.

Esbocé una sonrisita.

—No esperaría otra cosa.

Sloane señaló el techo, donde había seis camisetas grandes colgadas.

—¿Tu camiseta sigue ahí?

Asentí.

—La retiraron al año siguiente de dejarlo.

—Guau. Eso es un gran honor, ¿no?

Al contrario que otras veces, le quité importancia al logro.

—Supongo.

Nos quedamos mirando arriba un rato. No me había dado cuenta de que estaba sonriendo hasta que Sloane interrumpió.

—¿Qué está rondando por esa cabeza?

—¿A qué te refieres?

—Por tu aspecto, diría que no estás pensando nada bueno.

Sonreí.

—Estaba pensando que me encantaría verte con mi camiseta.

Se rio.

—Puede que me la tenga que poner si no encuentran pronto mi equipaje.

Bajé la voz.

—En ese caso, estaba pensando solo en la camiseta, sin ropa interior ni sujetador.



—¡Eh, Hayes! ¿Puedes firmarme un autógrafo?

Tenía la mano en la puerta del restaurante, a punto de abrirla para Sloane, cuando un chaval que tendría trece o catorce años gritó.

—¿Te importa?

—Por supuesto que no.

Me acerqué al chico y a sus amigos. El que había gritado se quitó la zapatilla y me la tendió.

—¿Tienes algo con lo que firmarla?

—Mierda. No.

—Esa boca. —Señalé a Sloane, que estaba a mi lado—. Hay una señorita presente.

El chico la miró de arriba abajo y sonrió.

—Está buena. ¿Es tu novia?

Solté una risita.

—Estoy trabajando en ello. ¿Tal vez me puedas ayudar? Cuéntale lo buen jugador que era.

El niño miró a Sloane.

—Era genial. El mejor. Salvo por ese partido de eliminatoria donde la jodiste.

Fruncí el ceño.

—Gracias, colega.

El niño miró por encima del hombro a sus amigos.

—¿No tenéis un boli?

Todos se encogieron de hombros.

Sacudí la cabeza.

—Espera un segundo.

Entré en el restaurante y le pregunté al *maître* si podía prestarme algo con lo que escribir.

Volví a salir, le quité el tapón al rotulador y le hablé al chico.

—¿Cómo te llamas?

—Rinaldo.

—¿Juegas al *rugby?* —Garabateé mi nombre en un lateral de su zapatilla.

—Llevo veintiocho puntos en lo que va de temporada.

—Genial. ¿Y tus notas?

Al niño se le cambió la cara.

—El colegio es una mierda.

—Si tienes la suerte de llegar a ser profesional, solo juegas ocho o diez años. En el colegio te enseñan a tomar buenas decisiones y que no te estafen. Puedes destacar en más de una habilidad. —Le devolví su zapatilla.

El niño volvió a mirar a Sloane.

—Con el colegio no la conseguirías. Con el *rugby,* sí.

—Colega. —Meneé la cabeza—. Ella ni siquiera sabía quién era cuando la conocí.

—¿En serio?

Le revolví el pelo.

—No te metas en problemas, ¿eh?

Me fijé en que algunas personas empezaban a señalar y sacar sus teléfonos, así que coloqué la mano en la espalda de Sloane y la guié al restaurante. De inmediato nos sentaron en una mesa apartada en una esquina, y pedí una botella de vino y unos entrantes.

Sloane sonrió.

—Se te dan bien los chicos. No solo con los de fuera, sino también tu hermano, mi sobrina…

—Tengo mucha experiencia con los chavales porque yo soy uno.

—¿Sabes? Para ser un tío que parecía engreído cuando nos conocimos, no se te da muy bien aceptar los cumplidos.

—No me da palo aceptarlos por cosas que considero que los merezco: *rugby,* lo guapo que soy, mi talento en la cama…

Soltó una risita.

—No arruines el momento, Hayes.

Esbocé una sonrisa.

Sloane dio un sorbo al vino y pasó el dedo por el borde de la copa.

—¿Quieres tener hijos algún día?

Esperaba escuchar sirenas y señales de alerta en mi cabeza, pero no fue así. Esa pregunta debería haberme asustado mucho más que

el hecho de no haber comprobado el teléfono o pensado en mi nuevo equipo desde que nos habíamos sentado, pero, por alguna extraña razón, no fue así.

—Quiero un montón. Todos chicos. Los suficientes para formar mi propio equipo de *rugby.*

—Ten cuidado. Dios tiene un sentido del humor perverso cuando dices algo así. Acabarás con ocho niñas.

Bebí un poco del vino.

—¿Y tú? ¿Quieres hijos?

Sloane asintió.

—No sé si un equipo, pero sí. Me encantó crecer con hermanos.

—Hablando de hermanos, Lucas intentó convencerme de que Olivia viniera contigo.

—Ay, Dios. Le habría encantado, pero tiene que ir a clase.

Extendí la mano sobre la mesa para coger la suya.

—Además, te quería solo para mí.

Se le sonrojaron las mejillas y no pude evitar que mi mente divagara. Su piel respondía coloreándose según estuviera avergonzada o tímida, ¿cómo sería cuando estuviera dentro de ella? Sus labios carnosos entreabiertos, su piel sonrojada cuando la mirara, sus grandes ojos verdes volteados hacia atrás, mientras me hundía profundamente en ella. No solía mostrar especial interés por la postura del misionero, prefería a las mujeres a cuatro patas, por detrás o, tal vez, un poco de vaquera inversa para poder ver cómo mi polla entraba y salía. Pero con Sloane sabía que querría ver su cara.

«Joder». Me revolví en el asiento, sintiendo los pantalones apretados al pensar en ello. Sloane dijo algo, pero no tenía ni puta idea de qué porque estaba muy ocupado intentando no ponerme en evidencia.

«Abuela…».

«No acertar en el último segundo de ese partido de eliminatoria…».

«7832 + 9408…».

«La vez que pillé a mi padre y a su novia de sesenta años comiéndole la polla…».

Eso funcionó, aunque ahora no tenía ni idea de cuál era la conversación. Fue un alivio que el camarero llegara con la comida que habíamos pedido y nos interrumpiera. Los dos nos lanzamos a por ella y me hizo feliz confirmar que Sloane no era una chica de ensaladas.

—Entonces, ¿qué hizo que decidieras venir antes? —pregunté—. Además de mi encanto y súplicas.

Sloane soltó una carcajada.

—De hecho, fue tu amigo Andrew.

—¿Andrew?

Se encogió de hombros.

—La forma en la que habló de ti.

—Ah… —Asentí—. Me ha visto desnudo en los vestuarios.

—Eso no fue exactamente de lo que hablamos, pero te acercas; aunque puedo decirte que me alegra mucho haber venido.

—Han sido los zapatos *sexys* que escogí, ¿verdad?

Sonrió.

—Eran preciosos, pero la compañía ha sido mejor que todos los regalos.

Serví vino de la botella en la copa, llenándola por completo.

—¿Te apetece hacer otra parada?

—¿En qué habías pensado?

—Un lugar turístico. El London Eye no está muy lejos. Si salimos de aquí en la siguiente media hora, podremos ver el atardecer sobre la ciudad.

Se le iluminaron los ojos.

—Me encantaría.

Y yo me moría de ganas de enseñárselo. Muchos de mis amigos habían venido de visita y querían ver toda la mierda para turistas, incluida la noria de feria. Por norma general, me excusaba diciendo que tenía trabajo o que fueran solos, aunque en ese momento estaba más emocionado por esperar una hora en una mierda

turística, sabiendo que vería su cara de ilusión cuando contemplara la ciudad, que por imaginar cómo me sentiría si me encontrara a trillizas desnudas en mi *suite,* como ya me pasó una vez.

Quería enseñárselo todo a Sloane Carrick, y no solo Londres. El puñetero mundo.



Sus ojos brillaban a la luz de la luna.

De pronto, me había convertido en el dichoso Shakespeare, al menos en mi cabeza. Lo que me alegraba, porque decir lo que estaba pensando en voz alta sonaría demasiado cursi; aunque era verdad.

Sloane se inclinó hacia delante en el compartimento, disfrutando de la vista desde lo alto del London Eye. Era una noche increíble y despejada, con el majestuoso río Támesis serpenteando bajo nosotros y creando un camino para todos los puntos turísticos: el puente, la torre, el Palacio de Westminster, todo iluminado y brillante; pero nada de eso se podía comparar con la mujer sentada a mi lado. Podría haberme quedado aquí toda la noche viéndola contemplarlo todo.

—Esto es increíble, Wilder. Todo el día ha sido como un cuento de hadas, un sueño hecho realidad.

Sonreí.

—Me alegro de que lo hayas disfrutado.

Una brisa de aire hizo volar un mechón de su pelo, que le cruzó la cara. Se lo aparté con la mano. Sloane me miró los labios y apostaría mi nuevo equipo a que, si me inclinaba y presionaba mis labios contra los suyos, no me detendría. Y quería probarla más que nada, pero algo me impidió hacerlo.

Podía ver en su cara que ella también lo esperaba. No quería dejarla colgada, así que sentí que tenía que explicarme. Volví a mirar sus labios antes de volver a sus ojos.

—Quiero besarte más que nada, pero no creo que sea una buena idea.

Pestañeó un par de veces y apartó la vista, como avergonzada.

—Sí, claro.

Le cogí la cara para que me mirara a mí.

—Me da la sensación de que me corresponderías, ¿me equivoco?

Apartó los ojos de nuevo.

—Probablemente no.

—Puede que suene estúpido, pero este día ha sido increíble, incluso mágico. Y ahora mismo, parece uno de esos grandes momentos en una película, de esos en los que es fácil dejarse llevar. ¿Sabes a lo que me refiero?

—Supongo.

—Y no quiero que me beses porque estemos atrapados en un momento romántico. Quiero que sea por nosotros y solo nosotros.

Sloane respiró hondo y suspiró, pero asintió.

—De hecho, lo entiendo. Me he visto atrapada en más de un cuento de hadas.

Bajé la vista a sus labios otra vez.

—Pero joder, quiero morderte esos labios carnosos.

Soltó una risita y meneó la cabeza. Oficialmente había arruinado el momento más romántico de mi vida, y no sabía si estar orgulloso de mí mismo por querer que me deseara por las razones correctas o atizarme por dentro por no haberme lanzado para aprovecharlo. De todas formas, gracias a mí, el momento había pasado, así que, en lugar de un épico beso romántico, le puse un brazo sobre los hombros y la abracé contra mi pecho, plantando un beso en su cabeza.

—Estoy muy contento de que estés aquí.

Levantó la mirada hacia mí.

—Yo también.

Una hora más tarde, Sloane bostezó cuando llegamos al hotel.

—¿Cansada?

—Sí, y es raro, porque lo normal sería que estuviera bien despierta, son las cuatro de la tarde en casa.

—Viajar te quita mucha energía. Además, probablemente te hayas ajustado al cambio horario después de no haber dormido en el avión.

Abrí la puerta del vestíbulo cuando sonó mi teléfono. Era mi asistenta. Le había escrito antes para pedir una actualización sobre el equipaje perdido de Sloane.

—No hay buenas noticias sobre tu maleta. —Señalé con la mano para que Sloane entrara primero.

—¿No la han encontrado?

Negué con la cabeza.

—Le han puesto un rastreador, pero no saben ni en qué país está.

Suspiró.

—Podría ser peor. Podría no tener a mi hada madrina, que me ha comprado un armario nuevo.

Entramos en el ascensor.

—¿Te importa si te acompaño arriba?

—Para nada.

Se cerraron las puertas y noté una oleada de nervios. Me sentía como el Wilder de trece años. «¿Debería intentar besarla? ¿Y si me invita a entrar? ¿Me sudan las putas manos?».

No tuve la oportunidad de terminar de debatir todo esto antes de que las puertas se volvieran a abrir: la habitación de Sloane estaba cerca. Sacó la llave del bolso y me miró mientras se mordía el labio inferior.

—¿Te gustaría… entrar un rato? ¿Tomar una bebida o algo?

Quería ese algo más que nada, pero los nervios que vi en sus ojos respondieron todas las preguntas que me estaban rondando por la cabeza.

—Me encantaría; pero mejor voy a volver a casa.

—Oh. —Bajó la mirada—. Vale.

Le puse dos dedos bajo la barbilla para que nuestros ojos se volvieran a encontrar.

—Te he dicho que no porque pareces nerviosa por si digo que sí, no porque no quiera.

Sonrió y sacudió la cabeza.

—Vale, gracias.

Le besé la frente.

—¿Sabes? —dijo—. Nunca habría esperado que fueras tan caballeroso.

Me incliné hacia ella.

—Te lo advierto, bizcochito, cuando entre en tu habitación (no «si», sino «cuando»), el caballero que hay en mí se quedará en la puerta.

Capítulo diecinueve



Sloane

—Cuéntamelo todo. —Apenas se había cerrado la puerta del coche cuando Elijah empezó el interrogatorio. Admiró la extensa limusina —. ¿Hay champán aquí o qué?

El conductor con uniforme miró por el espejo retrovisor.

—Hay dos botellas en la nevera de la izquierda. Las copas están a la derecha. ¿Quieren que espere a que lo sirvan antes de conducir?

—¿Servirlo? —Elijah sacudió la mano—. ¿Qué vamos a servir? Has dicho que hay dos botellas y somos dos. ¿Tienes pajitas?

El conductor, claramente británico, parecía horrorizado. A Elijah no podría importarle menos. Se despidió del hombre con la mano mientras pulsaba el botón de la pantalla de privacidad.

Negué con la cabeza.

—Eres muy borde.

—¿Yo? Él es el que se ha metido en nuestra conversación.

—Sacó el champán frío de la nevera y me enseñó la botella—. Oh… Dom Pérignon. La compañía ha tirado la casa por la ventana en este viaje.

—Dudo que sea la compañía.

—¿A qué te refieres?

—Wilder ha intervenido en todos los planes de la compañía y los ha mejorado: mi vuelo aquí, mi hotel… Estoy segura de que el coche que debería habernos recogido para la boda de esta noche era un Volkswagen Rabbit antes de que él se entrometiera.

Elijah descorchó el champán con un sonido fuerte, después se lo metió en la boca para evitar que se derramara la espuma.

—Qué elegante —me reí.

—No me juzgues. —Se tragó el champán y se limpió la mejilla con el dorso de la mano—. O meteré la lengua en la botella antes de dártela, y no quieres saber dónde estuvo esta lengua el fin de semana pasado.

Arrugué la nariz mientras le quitaba la otra botella de la mano.

—No, desde luego que no.

La boda de esa noche era en Hedsor House, una finca a cuarenta y cinco minutos de Londres, así que me puse mis preciosos, aunque muy altos tacones nuevos brillantes.

—Vaya, Jimmy Choo. —Elijah señaló el suelo con su botella de champán—. Alguien no tuvo el mismo aumento de mierda del tres por ciento en Navidad.

—Son un regalo de Wilder, igual que el vestido. No quiero ni saber lo que han costado.

—¿Así que eres como Cenicienta yendo al baile? Excepto que tu hada madrina es un jugador de *rugby* buenorro. —Movió las cejas—. Cuéntame, ¿es igual de grande y musculoso en todas partes? Dios no sería tan cruel de no darle a un hombre con esos hombros y esa cara un pene pequeño.

Suspiré.

—No lo sé.

—¿No habéis llegado aún hasta el final?

—Todavía no hemos llegado a ninguna parte. Wilder ni siquiera me ha besado desde que aterricé en Londres.

Elijah abrió la boca y se llevó una mano al corazón.

—Oh, Dios mío. ¿Es gay? Por favor, por favor, dime que es gay.

Me reí.

—No lo es, pero sí un caballero.

Mi amigo arrugó la nariz como si hubiera olido algo rancio.

—Uf. ¿Por qué?

—Es culpa mía. Ese tío me asusta mucho.

—¿Has visto la silueta y es muy grande?

Solté una risita.

—¡No! Me refiero a que me hace sentir cosas.

—Bueno, está claro que no de las buenas si aún no te ha tocado.

—Lo digo en serio.

Elijah dobló la rodilla en el asiento y me miró.

—Te llevaste una decepción con Josh, el imbécil, y ahora te da miedo volver a las andadas. Lo entiendo, de verdad que sí; pero, cariño, este no es otro imbécil, es un puto hombre de ensueño y no hay muchos así.

—Lo sé, pero el hecho de que sea de ensueño me asusta aún más; es decir, si no pude controlar a un imbécil, ¿cómo demonios pretendo estar con un hombre tan increíble?

Elijah frunció el ceño.

—Lo que hizo Josh no es tu problema, es cosa suya. No puedes tenerle miedo a arriesgarte porque te hizo daño. La vida va de tomar riesgos. A veces saltamos desde un acantilado y nos comemos el suelo; pero otras veces saltamos y volamos.

—Wilder y yo somos muy diferentes. Yo soy de relaciones serias, él de salir con muchas mujeres; él viaja a Europa en primera clase, yo cojo el asiento de en medio en mi viaje a Florida porque no me puedo permitir elegirlo; vivo en Nueva York en un bloque con la mayoría de mi familia, y él vive en Londres y ha estado solo desde los dieciocho. Este mes consiguió la aprobación para tener su propio

equipo de *rugby* de expansión, ha estado viajando por el mundo contratando a jugadores durante semanas; yo leí tres libros de autoayuda y fui a terapia.

—¿Sabes a qué suena todo eso?

—¿A qué?

—A un montón de excusas porque eres una gallina.

Me vine un poco abajo.

—Te odio.

—Déjame intentarlo de otra forma. ¿Qué hay de divertirse? Nada de expectativas, vuelve a las andadas y desmelénate.

Sonreí.

—Eso es tentador…

—Pues hazlo. Hazle caso a Nike: «simplemente hazlo, joder».

—Creo que no es exactamente así.

—Podría haberlo sido.



Hedsor House te quitaba el aliento: una finca privada de estilo georgiano situada en cien acres de cuidados jardines me hizo preguntarme cómo había podido pensar que el lugar de mi boda era especial. Incluso la ceremonia fue preciosa. Los novios lloraron mientras intercambiaban sus votos, lo que hizo que se me llenaran los ojos de lágrimas. Wilder y yo habíamos intercambiado algunas sonrisas secretas, pero él estaba ocupado con sus obligaciones como amigo del novio y yo estaba hablando con los invitados de la boda para recabar información para mi artículo. Después de tener un mal comienzo con la boda de Piper, este grupo había demostrado ser sofisticado y de buen gusto, y la serie se había convertido en una incorporación estupenda para la revista. Todo por una foto con un pezón…

En la hora de cóctel, me fijé en una morena esbelta que se acercó a saludar a Wilder con un abrazo y un beso. Era difícil no verla, porque era espectacular y medía casi dos metros. Cuando habló, ella

se inclinó, lo miró a los ojos y apoyó la mano en su brazo y pecho. Una mujer podría ver el interés que mostraba otra a metros de distancia, y me pregunté si la facilidad con la que lo tocaba se debía a que previamente habían pasado tiempo acariciándose. Aparté la mirada y fui a la barra a por una copa de vino, en lugar de dejar que aquello me molestara. Aunque el simple intercambio mermó mi confianza.

Pero una vez que la fiesta estaba en pleno auge, Wilder se acercó a mi mesa.

—¿Quieres bailar conmigo? —Me tendió la mano.

—Claro —sonreí.

Wilder me guio hasta la pista de baile, pegándome a él mientras nos adentrábamos entre el barullo de gente. Dejó la mano en la parte baja de mi espalda, lo que me provocó un escalofrío.

—De nuevo, no dejas sitio para Dios, ¿eh, Hayes?

Le tembló el labio.

—¿Te he dicho que estás preciosa esta noche?

—Sí, pero gracias. Una chica nunca lo escucha lo suficiente. Y gracias otra vez por este vestido tan bonito.

Asintió.

—Escogí a propósito uno con la espalda descubierta para este preciso momento. —Pasó los dedos por mi piel—. Lo que haría para poder tocarte.

Solté una risita, intentando quitarle seriedad al momento, pero la tensión sexual era tan palpable que mi respiración ya parecía jadeante.

Wilder me giró por la pista de baile.

—¿Es raro que me encante comprarte cosas?

—No, pero me he dado cuenta de que te gusta comprar en ciertos departamentos más que en otros. Creo que me quedan dos conjuntos por estrenar, pero tengo veinte tangas y braguitas de encaje sin uso.

—Nunca imaginé que vestir a una mujer pudiera ser tan excitante.

—Excitante, ¿eh?

—Cada vez que escogía algo, me imaginaba quitándotelo.

La mano que tenía en mi espalda me acercó a él y, de pronto, sentí cada centímetro de su cuerpo. Cada centímetro duro. Me quedé sin aliento.

Wilder acercó la boca a mi oreja.

—He estado así desde el puñetero día en que te conocí. Nunca se baja del todo.

—¿Tal vez deberías ir al médico?

Soltó un gruñido.

—Al psiquiatra. Porque en mi cabeza solo se repite una cosa: tú.

Había algo *sexy* en que Wilder no tuviera miedo a decirme lo que pensaba. Nuestra atracción no era unidireccional, pero no tenía el valor de admitirlo, al menos todavía. Inspiré hondo.

—Yo…

Mis palabras se desvanecieron cuando apareció una mujer a nuestro lado, la morena alta de antes. Era incluso más guapa de cerca. Esbozó una sonrisa electrizante y miró solo a Wilder.

—Espero que no te moleste si te interrumpo.

«Genial, a esa cara la acompaña un acento británico igual de atractivo».

Wilder me agarró con fuerza.

—Tal vez para la siguiente canción.

En ese justo momento, la banda tocó la última nota de la canción y empezó la siguiente.

Ella sonrió.

—Parece que la banda está de acuerdo con que bailemos.

Pero Wilder no me soltaba, así que lo hice yo.

—No pasa nada. Disfrutad.

—Sloane…

Pero me alejé y no me detuve hasta que llegué a mi mesa. Por desgracia, Elijah no estaba cerca para distraerme, así que me senté sola, viendo a esos dos deslizándose por la pista de baile mientras analizaba cada detalle: la forma en la que ella posaba la mano en su

pecho y él en su cadera. Desde luego, tenían una historia, y eso no me hacía sentir bien.

Una vez que terminó el baile, Wilder se acercó enseguida.

—Lo siento.

—No pasa nada. —Forcé una sonrisa que parecería la del Joker—. No es para tanto.

—Natasha y yo fuimos juntos a la universidad.

«Genial, Harvard. Una belleza, británica e inteligente». Continué fingiendo que no me molestaba.

—Qué bien.

Wilder frunció el ceño.

—¿Estás enfadada conmigo?

—Por supuesto que no. ¿Por qué estaría enfadada? Por lo que a mí respecta, puedes bailar con ella toda la noche.

Se le endureció la mandíbula.

—¿En serio? ¿No te importaría que bailara con ella toda la noche?

—¿Por qué debería? Solo somos amigos.

Le tembló la mejilla.

—No hagas eso.

—¿El qué?

—Fingir que eso es todo lo que somos. Sabes que es mentira.

Aparté la mirada y sacudí la cabeza.

—Lo siento, Wilder. No debería haber venido antes a Londres. Te estoy dando la impresión equivocada.

—¿Impresión equivocada?

—Sí, la impresión equivocada.

Me miró en silencio, pero yo me negué a alzar la vista. Después de un largo rato, frunció el ceño.

—Da igual. Pásatelo bien esta noche.

Noté cómo las lágrimas se acumulaban mientras él se marchaba. Una de las mujeres que estaba a unas sillas de distancia me miró con preocupación. Se inclinó hacia delante como si fuera a preguntarme si estaba bien, así que me levanté con brusquedad para evitarla y fui a buscar el baño.

Cuando lo encontré, había unas cuantas mujeres cerca de los lavabos, así que me encerré en una cabina para recomponerme. Me sequé el maquillaje de los ojos y cogí un caramelo del bolso antes de tirar de la cisterna, aunque no había usado el inodoro. La charla había cesado, así que abrí la puerta esperando estar sola. Pero no fue así.

La morena alta, Natasha, estaba sobre un lavabo, pintándose los labios de rojo, pero sus ojos se dirigieron a mí enseguida. Esbozó una sonrisa despiadada. Desde luego, estaba esperando a que saliera.

—Hola.

Asentí y salí al lavabo.

—Hey.

Sonrió.

—Eres estadounidense, ¿verdad?

Sabía que tenía acento de Nueva York, pero no pensaba que con una palabra lo demostrara.

Sonrió aún más ante mi confusión.

—Los británicos no decimos *hey.*

—Oh. —Abrí el grifo e intenté concentrarme en mojarme las manos, pero era imposible ignorar cómo me estaba estudiando la cara en el espejo. Alcé la vista hacia ella—. ¿Te puedo ayudar en algo?

—De hecho, he pensado en ayudarte a ti.

—¿Y cómo lo harías?

—Dándote un consejo sobre Wilder Hayes.

Apreté la mandíbula. Quería decirle que no necesitaba su consejo, pero tampoco me atrevía a cortarla, porque tenía curiosidad.

Se giró para mirarme.

—He visto la forma en que lo miras.

—¿Y cómo lo miro?

—Como el partidazo que es. Vamos a ser claras, ese hombre es el paquete completo. —Una sonrisa pícara se extendió por su rostro—. Además, tiene un buen paquete.

Quería parecer tranquila y serena, pero mi piel me traicionó. Sentí cómo el calor me subía desde el cuello hasta la coronilla.

A la mujer le brillaron los ojos cuando me vio la cara.

—Oh, Dios. Estás pilladísima y ni siquiera te lo has tirado todavía.

Cerré el grifo y cogí un papel para secarme.

—¿Esta conversación va a alguna parte?

—Solo estoy intentando salvarte de un corazón roto. Es muy fácil enamorarse de un hombre como Wilder: es guapo, rico, inteligente y el mejor polvo de mi vida; pero no está disponible emocionalmente.

Sentía como si me fuera a salir humo de la nariz y las orejas; estaba muy enfadada.

—¿Has pensado que, tal vez, la razón por la que no estaba disponible emocionalmente es que tú eras un polvo fácil?

—¿Y piensas que quiere algo más de ti?

Me sequé las manos y tiré el papel a la basura.

—No lo sé, pero ¿a dónde se fue en cuanto pudo alejarse de ti?

La mujer entrecerró los ojos. Al menos le había dado un golpe. Enderecé la espalda, fingí arreglarme el pelo frente al espejo y salí sin darle la satisfacción de mirar atrás. Aunque bajo toda esa actitud arrogante y segura, me sentía destrozada. Solo quería irme a casa, ni siquiera a mi precioso hotel, sino a mi casa en Nueva York.

Elijah estaba en nuestra mesa cuando regresé.

—¿Crees que podemos irnos pronto? —pregunté.

—¿Estás bien?

No quería hablar del tema, así que mentí.

—Noto que me va a dar dolor de cabeza.

—Se supone que tengo que hacerle fotos a la tarta gigante, ¿recuerdas? Mide como dos metros o algo así.

«Mierda». Lo había olvidado. Un famoso decorador de tartas de Londres se había pasado días haciéndola y habíamos planeado incluirla en el artículo.

Elijah se puso en pie.

—Vete tú. Coge el coche a casa. Yo pediré un Uber o algo.

No estaba segura de que los Uber llegaran tan lejos en el campo. Además, era parte de mi trabajo, y Elijah y yo éramos un equipo. No iba a dejarlo tirado.

Meneé la cabeza.

—Está bien. Me tomaré una pastilla y saldré a que me dé el aire fresco.

—¿Estás segura?

Forcé una sonrisa.

—Claro.

Desaparecí fuera un rato y di un paseo por los hermosos jardines arbolados mientras repasaba el desastre en que se había convertido la noche. Me había puesto celosa, así era como había empezado todo. No era fea; de hecho, podía decir con seguridad que me consideraba guapa; pero había una gran diferencia entre esa zorra del baño y yo, al menos en apariencia: ella me había hecho sentir pequeña y, a cambio, yo había arremetido contra Wilder, que no había hecho nada malo, salvo bailar con una mujer con la que, claramente, por la forma en que me había agarrado, no quería bailar. No quería que él viera que me sentía insegura, así que fingí que no me molestaba, que no éramos nada el uno para el otro, lo cual, en el fondo, sabía que era una tontería.

Caminé durante casi una hora, hasta que empezaron a dolerme los pies con los tacones. Aunque el tiempo a solas me había mostrado algo de claridad, y me daba cuenta de que había sido inmadura, también fue un crudo recordatorio de que no me iría bien en el mundo de Wilder. ¿Y si las cosas seguían adelante y los periódicos publicaran fotos de él con una fan guapa y yo estuviera a un continente de distancia? No me podía imaginar la cantidad de oportunidades que se le echarían encima a este hombre cada semana. Yo estaría en casa, cuestionando lo que estuviera haciendo, mientras él viajaba por el mundo, y eso no sería justo para ninguno de los dos.

No quería perderme el momento de cortar la tarta, así que era hora de volver dentro. Elijah estaba esperando fuera cuando me

acerqué a la puerta.

—Aquí estás. Te he buscado por todas partes. ¿Estás bien?

Sonreí.

—Sí, me encuentro mejor. Siento haberte preocupado.

Me pasó un brazo por los hombros.

—Ya mismo cortan la tarta. Después nos largamos de aquí.

—Vale, genial.

—Aunque debo advertirte, antes de que volvamos, que tu chico está bastante contentillo esta noche.

—¿Wilder?

Asintió.

—Hace unos minutos ha montado una escenita: se ha caído en la tarima y sus amigos han tenido que levantarlo del suelo.

Suspiré.

—Gracias por decírmelo.

De vuelta en nuestra mesa, no le quité el ojo a Wilder. Estaba sentado con sus amigos, bebiendo un líquido ámbar de un vaso. Nunca lo había visto beber más de un par de copas de vino o cerveza y parecía que no aguantaba mucho más. Tenía el pelo revuelto, sin corbata y estaba encorvado.

Por suerte ya era casi el final de la velada, así que no tendríamos que esperar mucho a la tarta. El dulce gigante de siete pisos era más alto que la novia. Era desmesurado, aunque tremendamente bonito, con cientos de flores y detalles que nunca había visto. Me alegraba no habernos metido prisa y no habérnoslo perdido para nuestra publicación.

Después, no estaba segura de cómo terminar la noche con Wilder, pero pensé que lo mejor era evitar una discusión en esas condiciones. Miré a Elijah.

—¿Estás listo para irnos?

Asintió.

—Iré fuera a escribirle al conductor que estamos listos. No tengo cobertura aquí, pero dijo que había aparcado a diez minutos de la

finca, así que no debería tardar mucho. —Señaló a Wilder con la barbilla—. ¿Vas a despedirte?

Me encogí de hombros.

—Me lo sigo pensando.

—Vale, ahora vuelvo.

Cuando más observaba a Wilder, más borracho parecía ponerse. Ahora estaba de pie, con la parte delantera de su camisa salida, y apoyado en su amigo Louis, que prácticamente lo sostenía. No quería provocar una escena, así que decidí pasar desapercibida, pero, al echar un último vistazo, vi a la morena del baño acercarse. Se me endureció la mandíbula mientras la miraba; tenía las garras sobre él. Elijah volvió de llamar al coche justo a tiempo para ver el espectáculo al otro lado de la sala.

—¿Quién es esa? —preguntó.

—Una zorra. Nos interrumpió mientras bailaba con Wilder y ha intentado ahuyentarme en el baño.

Elijah y yo miramos a Natasha meterse bajo el brazo de Wilder, el que no estaba alrededor de su amigo. No estaba prestándole atención, pero eso no evitó que ella se acurrucara en él y le pusiera una mano en el pecho.

—¿Te molesta? —preguntó Elijah.

—¿Tú qué crees? —solté, sintiendo como si fuera a partirme un diente de lo fuerte que estaba apretando.

Él sonrió.

—Bueno, pues haz algo al respecto. Reclama lo que es tuyo, chica.

Me corría adrenalina por las venas.

—¿Sabes qué? Creo que lo haré. Al menos no voy a dejar que se aproveche del estado en el que está.

Empecé a andar antes de poder convencerme de que era una mala idea. Natasha me vio llegar primero. Esbozó una sonrisita mientras me acercaba y agarró a Wilder más fuerte.

—Hola, otra vez —murmuró.

—Suéltalo.

Wilder se volvió y se fijó en mí, aunque tuvo que inclinarse hacia delante y entrecerrar los ojos antes de reconocerme.

—¡Sloane! —dijo—. ¿Dónde has estado, nena?

Señalé detrás de mí.

—Elijah y yo nos vamos ya. ¿Quieres que te llevemos de vuelta a Londres?

Miró a Natasha y arrastró las palabras.

—Sloane no me quiere. ¿No es sorprendente? Todo el mundo siempre me ha querido, y yo no. Ahora, cuando por fin quiero a una mujer, ella no me quiere a mí. —Wilder se tambaleó y su amigo lo sujetó. Louis y yo nos habíamos conocido en las bodas anteriores. Le sonreí.

—Oye, Louis, ¿te importaría llevar a Wilder al coche? Ya debería estar en la entrada.

—Sin problema, Sloane.

Ninguno le prestó atención a Natasha antes de alejarnos, lo que me dio una sensación de satisfacción. Una vez que estábamos en la limusina, Wilder se extendió en el asiento trasero con la cabeza en mi regazo. Estaba bastante segura de que no se había fijado en Elijah. Cinco minutos más tarde, estaba roncando.

Elijah sonrió.

—Es atractivo incluso durmiendo.

Bajé la mirada y le acaricié el pelo a Wilder.

—Casi que preferiría que no lo fuera.

—¿No fuera el qué? ¿Atractivo?

—Más o menos. Atractivo, un deportista famoso, rico, con este cuerpo…

—Em… ¿tú también estás borracha?

Sonreí.

—Sería un partidazo incluso sin todo eso.

—Si tú lo dices… ¿Dónde lo llevamos, de todas formas? ¿A nuestro hotel?

No había pensado en cómo gestionarlo, pero probablemente debería llevarlo a casa; aunque… no tenía ni idea de dónde estaba.

—Preferiría llevarlo a su casa, pero no sé su dirección. ¿Crees que tiene la cartera?

Elijah movió las cejas.

—Me pido comprobar los bolsillos del pantalón.

Solté una risita.

—Primero miraré en su chaqueta.

Su cartera fue el primer sitio que miré, dentro de su chaqueta de traje, que tenía su nombre bordado en el bolsillo interior. Asumía, por lo bien que le quedaba el esmoquin, que no era de alquiler, pero este era otro recordatorio de lo diferentes que eran nuestras vidas. Ninguno de mis amigos tenía un esmoquin.

Si eso no marcaba lo suficiente la diferencia, llegar a la dirección que había en el carné de Wilder era una señal de neón. «Guau». El edificio parecía salido de la revista Wealth: moderno y elegante, con cristales curvados y una entrada de dos plantas, resultaba muy intimidante.

—¿Cómo vamos a hacer esto? —preguntó Elijah—. ¿Crees que tienen un portaequipajes o una carretilla?

Me reí.

—Estoy segura de que acapararíamos varias miradas si lo lleváramos en un carrito. Vamos a empezar despertándolo. —Posé la mano en el pecho de Wilder y lo sacudí con cuidado—. ¿Wilder? Estás en casa.

Me agarró la mano y sonrió.

—¿Te he convencido para que vinieras a casa conmigo después de todo?

—Más o menos… ¿Crees que puedes andar?

—Puedo hacer más que andar…

Le sonreí a Elijah.

—Al menos parece que ha vuelto a ser el mismo de antes.

Deslicé la mano por debajo de la cabeza de Wilder, lo levanté y lo ayudé a sentarse. Una vez que sus pies tocaron el suelo, pestañeó en dirección a Elijah.

—Oh, hola, tío. ¿Cuándo has llegado?

—Justo ahora. —Elijah soltó una risita y me miró—. ¿Quieres que te ayude a levantarlo?

—No necesito ninguna ayuda para levantarlo —dijo Wilder—. Créeme.

—¿Espero aquí?

Negué con la cabeza.

—Dijo que nuestro hotel estaba cerca. Pillaré un Uber para que no tengas que esperar.

—¿Estás segura?

—Sí. Voy a llevarlo arriba y asegurarme de que está bien.

Elijah pestañeó.

—Vale, lo pillo.

—No, en serio.

Abrió la puerta trasera de la limusina, con una sonrisa en el rostro.

—Al menos deja que abra.

Una vez dentro, me despedí de Elijah con la mano y volví a la tarea que me ocupaba. La siesta de cuarenta y cinco minutos de Wilder le había ayudado a recuperar un poco el equilibrio, pero seguía bastante borracho.

—¿En qué planta vives? —pregunté cuando entramos en el ascensor.

—Arriba.

Había treinta y ocho botones y uno con una A.

—¿Treinta y ocho?

Bostezó.

—Ático. El código es cero, cero, uno, siete.

«Número Diecisiete». Sonreí para mis adentros al recordar cómo buscó mi canal de YouTube cuando nos conocimos, luego encontré el teclado debajo de los botones y pulsé los números. Antes de dar al botón A, se iluminó. «Supongo que sabe adónde vamos».

El ascensor se detuvo en la última planta y las puertas se abrieron dentro de un apartamento. Salí con indecisión.

—¿Es aquí?

Wilder se quitó la chaqueta y dejó que cayera al suelo mientras entrábamos.

—¿Quieres beber algo?

—No, gracias.

—Espero que no te importe si yo sí…

Opinaba que ya había bebido bastante, pero, al menos, estaba en casa seguro. Wilder se acercó al bar que había junto al salón y se sirvió algo de un decantador mientras yo lo observaba todo. El apartamento era aún más fabuloso de lo que habría imaginado, con ese exterior tan lujoso, y eso ya era decir: ventanas del suelo al techo en el salón enseñaban un Londres iluminado. Yo vivía en lo que consideraba un espacio decente gracias a la generosidad de mi hermano, pero mi apartamento entero cabría en esta habitación, y también había pasillos en direcciones opuestas.

—Tu apartamento es precioso.

Se bebió el contenido del vaso en el segundo trago.

—Pero eso no me gana puntos contigo, ¿verdad?

Suspiré.

—No necesitas puntos, Wilder.

—Dime, ¿qué necesito?

Ojalá fuera tan fácil; pero no era cosa suya, sino mía.

Cuando tardé demasiado en responder, Wilder frunció el ceño.

—Me voy a la cama.

—De acuerdo.

—Estás invitada a quedarte, hay tres habitaciones. O vete. —Esbozó una sonrisa triste—. Pero sé lo que vas a escoger.

Wilder se chocó con la encimera de la cocina de camino al pasillo y desapareció en la última habitación a la izquierda. Esperé, atenta a que se metiera en la cama sin problema. El apartamento quedó en silencio, así que esperé unos minutos más, y caminé de puntillas por el pasillo para comprobar cómo estaba. Wilder se había quedado frito, boca arriba, con los zapatos puestos. Creí que lo menos que podía hacer era asegurarme de que estuviera cómodo, así que entré, le quité los zapatos y lo tapé con una manta. Observé su preciosa

cara, y sentí un conflicto interno. Estaba loca por él, pero… ¿y si a él solo le interesaba por la emoción? Él mismo había dicho que todo el mundo siempre le había querido, excepto yo. Tal vez era el reto lo que le tentaba. Después de todo, era un deportista competitivo.

Al final, seguí su ejemplo, me incliné y le di un beso en la frente antes de apagar la luz. Ya fuera, miré alrededor para asegurarme de que todo estuviera en orden. La tapa no estaba en el decantador, así que lo tapé y limpié en el fregadero el vaso que había usado. Había un portátil en la isla, con un salvapantallas con varias fotos que iban cambiando. Al ver algo familiar el milisegundo que estuvo en la pantalla, me acerqué para mirarlo mejor y solté un grito ahogado cuando me di cuenta de lo que era.

«Yo».

Era yo.

Una foto detrás de otra. Todas mías.

Me quedé ahí perpleja, viendo pasar las fotos una y otra vez. La mayoría eran de St. Dunstan in the East, la iglesia en ruinas a la que me había llevado el primer día. Sabía que había hecho fotos, porque nos hicimos algunos selfis, pero estas eran solo de mí: yo sonriendo al sol con los ojos cerrados, yo intentando mantener el equilibrio en uno de los arcos y casi cayéndome, yo riendo.

Sentí un dolor físico en el pecho. Por mucho que intentara negarlo, Wilder era dulce. Era atento y cariñoso. Todo lo que había hecho por mí desde que había llegado —no, desde que lo había conocido— me lo había demostrado; pero quería creer que todo era una estratagema para llevarme a la cama porque me asustaba más que nada en el mundo. Si no me arriesgaba, no podría hacerme daño, y Wilder Hayes no podía hacerme poquito daño, porque Wilder daba mucho amor, de la clase que no solo se lleva un pedazo de tu corazón cuando se va, sino que te deja un enorme hueco vacío.

Miré al ascensor y luego al pasillo que llevaba a la habitación; después, de nuevo al ascensor. Una elección era simple: salir por la puerta, coger un vuelo la noche siguiente y no mirar atrás; la otra decisión era complicada, engorrosa y escalofriante; pero… volví a

mirar el salvapantallas una vez más y me di cuenta de que no había elección.

Al final, ni siquiera fui consciente de que había decidido quedarme, mis pies empezaron a moverse por sí solos. Caminé por el pasillo, inspiré hondo y abrí la puerta de la habitación. Wilder estaba como un tronco, pero quería estar allí para decirle lo que sentía cuando se despertara, así que me metí en la cama a su lado, dejando la cabeza en su pecho cálido, y cerré los ojos, sintiéndome en paz por primera vez en mucho tiempo.

Aunque cuando abrí los ojos a la mañana siguiente no sentía precisamente paz, al menos no contra mi trasero…

Capítulo veinte



Wilder

«¿Qué co…?».

¿Sloane? ¿En mi cama? Levanté la sábana y me miré.

Seguía vestido.

Y ella también. No sabía si debía estar decepcionado o agradecido de no recordar lo que cojones hubiera pasado la noche anterior, pero me gustaba la sensación de despertarme abrazado a ella. Aunque tenía muchas ganas de mear, y no tenía ni idea de cómo cojones iba a salir del enredo de extremidades sin despertarla. Además, joder… tenía la polla en todo su culo. Era un tío, así que normalmente me despertaba con una erección, pero en ese momento estaba más duro que una piedra. Probablemente era bueno que siguiera dormida, o me hubiera dado una patada en el culo.

Me moví poco a poco hacia atrás, intentando deslizar el brazo debajo de ella, cuando de repente giró la cabeza.

—¿Estás despierto? —dijo.

—Lo siento. Quería ir al baño sin despertarte.

—Llevo un rato despierta.

Se apoyó en el codo, dejando mi brazo libre, y salí de la cama directo al baño, pero en cuanto me puse recto me empezó a martillear la cabeza. «Joder». ¿Qué cojones había bebido anoche?

Frente al inodoro, me bajé la cremallera e intenté bajar mi polla dura lo suficiente para que llegara al agua, pero no era capaz, ni siquiera un poco. Estaba muy duro, así que tuve que inclinarme hacia delante, con las manos apoyadas en la pared del inodoro y buscar el ángulo. Maldije en voz baja cuando empezó a salir el chorro, intentando recordar algo de la noche, algunos detalles.

Recordé el momento en el que Sloane entró a la mansión. Estaba guapísima con ese vestido verde. Yo estaba en lo alto de las escaleras, observando a la gente de abajo. Ella entró mirando al frente, así que me dio la oportunidad de observarla con detenimiento sin que me pillara.

Recordé hacerle una foto mientras hablaba con Elijah y se reía, cuando no me estaba viendo.

Recordé que bailamos juntos.

Recordé lo bien que olía, cómo se le puso la piel de gallina en los brazos cuando la tocaba, pero intentaba fingir que no le afectaba.

Recordé decirle que cada vez que escogía algo para que se lo pusiera, me imaginaba quitándoselo.

Recordé el grito ahogado cuando notó mi erección contra su estómago en la pista de baile.

Pero entonces… se volvía borroso.

Hasta que lo vi claro.

Cerré los ojos.

«Natasha».

«La maldita Natasha nos interrumpió».

Genial. Simplemente genial.

Terminé de mear, me lavé las manos, me eché algo de agua en la cara y me miré en el espejo. Estaba en la mierda. Igual que me sentía, supongo. Necesitaba una ducha, pero tenía que coger ropa del cuarto y decírselo primero a Sloane, así que respiré hondo e intenté aparentar que no me sentía como si me hubiera atropellado una camioneta. Abrí la puerta del baño.

Sloane estaba sentada en la cama, con una de mis camisetas y unos pantalones de deporte enrollados en la cintura. Sus ojos bajaron a mi paquete y se abrieron como platos.

—Lo siento —dije—. Tiene vida propia.

Sonrió.

—Lo sé. Creía que tu pierna se estaba clavando en mi culo cuando desperté, aunque seguías durmiendo como un bebé.

Fruncí el ceño.

—Lo siento.

Me hizo un gesto con la mano.

—No pasa nada. Podría haber dormido en otra parte si me hubiera molestado. No examiné toda la casa, pero me di cuenta de que había muchas puertas, así que supongo que había más alternativas.

Me senté en el borde de la cama a su lado y me pasé una mano por el pelo.

—¿Qué pasó anoche? Algunas partes de la velada están… borrosas.

—¿Qué recuerdas?

—No lo suficiente…

—Bueno, te lo resumo: actué como una imbécil celosa y tú te molestaste y bebiste demasiado.

Levanté las cejas.

—¿Tú actuaste como una imbécil y no yo? ¿Intentas que me sienta mejor?

Sloane negó con la cabeza.

—No. Definitivamente, yo fui la imbécil.

—¿Tenía algo que ver con una mujer que nos interrumpió mientras bailábamos?

Asintió.

—La adorable Natasha también me acorraló en el baño para asegurarse de que supiera que os habéis acostado y que no debería esperar nada más que un buen polvo.

Bajé la cabeza y cerré los ojos.

—Lo siento.

—No lo sientas, no has hecho nada malo.

—Puede que no anoche, pero la vida que he llevado me está pasando factura, y eso es culpa mía. —Meneé la cabeza—. No solo anoche, sino en general. Tienes dudas sobre mis intenciones, y no puedo culparte. Haces lo mismo una vez detrás de otra y la gente empieza a ser capaz de predecir el futuro, incluso yo me cuestiono si soy capaz de ser el hombre que te mereces. No quiero hacerte daño, Sloane.

Me dio un codazo.

—Creo que nuestros pasados se están interponiendo en nuestro futuro. No voy a mentir y decirte que tu historial romántico no me preocupa, pero no es la mayor razón por la que he mantenido una distancia entre nosotros.

—¿No?

Sacudió la cabeza.

—Mi propio pasado me ha dejado con muchas inseguridades y falta de confianza, si te soy sincera. Tenía miedo de creer que de verdad te gustaba y que no actuabas así solo por la emoción.

—¿Era? ¿Significa eso que ahora me crees?

Sonrió.

—Bueno, eso o eres un asesino en serie.

Solté una carcajada.

—Creo que no lo entiendo.

—He visto el salvapantallas de tu portátil, con todas mis fotos. Me ha hecho darme cuenta de cómo me ves tú, en lugar de cómo me he estado viendo yo.

Aparté un mechón de pelo de la mejilla de Sloane y la miré a los ojos.

—Te veo igual de preciosa por dentro y por fuera.

Sus facciones se suavizaron.

—Te creo. No opino que estés en lo cierto, pero por fin entiendo que eso es lo que ves de verdad.

—Bien. —Le di un beso en la frente—. Porque a esta cabecita le cuesta asumir esas cosas.

Sonrió.

—No es la primera vez que escucho eso.

Le cogí las manos.

—¿Ahora querrás salir conmigo? ¿Que tengamos una cita?

—¿Cuándo?

—Esta noche.

—No puedo, me voy. Mi vuelo sale a las nueve. Tengo que trabajar el martes.

—Pero ¿tendrías una cita conmigo si tu vuelo no fuera hoy?

Asintió.

—¿Tal vez podamos hacerlo la próxima vez que estés en Nueva York?

Ni de broma iba a esperar un día más, mucho menos hasta que volviera a Nueva York, ahora que había dicho que me daba una oportunidad. Miré alrededor y encontré mi teléfono en la mesita de noche. El símbolo de la batería en la esquina estaba rojo, pero al menos funcionaba. Abrí mis contactos y deslicé hasta la D. Encontré el nombre que quería, pulsé el botón y me llevé el teléfono a la oreja.

Sloane arrugó su adorable nariz.

—¿A quién llamas?

Levanté un dedo y esperé. Un tono. Dos tonos. Tres. Empezaba a pensar que no iba a cogerlo, pero entonces sonó una voz grave.

—¿Hola?

—Hola, papá.

Los ojos de Sloane se salieron de sus órbitas.

—¿Qué pasa, chico? —dijo mi padre.

—¿Te acuerdas del parque al que te dije que llevaras a mamá hace años, cuando viniste a quedarte con ella hasta el final?

—¿La iglesia en ruinas que tanto le gustaba?

—Ese.

—Un sitio precioso. ¿Qué le pasa?

—A veces hacen bodas. Estaba pensando… ya que tu equipo está aquí, quizá podrían quedarse uno o dos días más y cubrirlo para la revista en una futura publicación.

—Es curioso que lo digas, porque cuando estuve allí con tu madre le pedí que se casara conmigo de nuevo.

—¿No seguías casado con la esposa número tres?

Papá suspiró.

—Por eso dijo que no.

Me reí.

—Y probablemente por eso estás en el cuarto matrimonio.

—Tienes razón. —Mi padre soltó una risita—. Pero claro, si al equipo no le importa quedarse, creo que sería una buena historia.

Sonreí y miré a Sloane a los ojos.

—No creo que les importe quedarse una o dos noches más.

—Házselo saber y diles que avisen a Bill Winkler de su decisión. Él coordina la revista.

Moví las cejas.

—Se lo haré saber. Gracias, papá. Hablamos pronto. —Colgué y tiré el teléfono por encima del hombro con una sonrisilla.

Sloane meneó la cabeza.

—Me da miedo lo rápido que te has inventado esa historia.

Entrelacé nuestros dedos.

—¿Te quedarías a cenar conmigo? Podemos ir mañana o al día siguiente al parque a hacer las fotos.

Se mordió el labio.

—¿Qué pasa con Elijah?

—Obviamente él también tendrá que quedarse, pero no lo voy a llevar a cenar. Te quiero entera para mí.

Sloane puso los ojos en blanco, pero vi una sonrisita.

—Hablaré con él.

—Gracias.

—Pero primero tienes que hacerme un café. Llevo horas despierta y no aguanto más.

—Sí, señora. —Me levanté y tiré de ella—. Venga. Empezaré a molerlo y después me daré una ducha rápida, si no te importa.

—Vale.

Llevé a Sloane a la cocina y la senté en la encimera, junto a la máquina de café.

—Lo hago yo, pero te voy a enseñar cómo. —Guiñé un ojo—. Así podrás hacerlo si te despiertas antes que yo la próxima vez que te quedes a dormir.

Un rato más tarde estaba en la ducha. No estaba seguro de si era el agua caliente cayendo por mis hombros o si el hecho de que Sloane probablemente se quedara fue lo que curó mi resaca, pero salí sintiéndome un hombre nuevo. Empecé a vestirme, pero entonces me lo pensé mejor y solo me dejé la toalla alrededor de la cintura (y puede que hiciera unas cuantas series de flexiones en el baño, porque nunca te ves lo suficientemente bien).

Sloane estaba sentada en el salón con su café cuando llegué. Siguió con la mirada las gotas de agua que caían por mi pecho, tragó saliva y mi polla se movió en respuesta; de verdad que tenía vida propia. Sloane se dio cuenta.

No tenía que bajar la vista para saber que ahora se marcaba, grande y dura. Joder, me encantaba tener sus ojos en mí, ver cómo mi erección le afectaba; pero había una fina línea entre presumir y ser un completo imbécil, así que me serví un café y me excusé para ir a vestirme. Cuando volví, Sloane estaba de pie frente a las ventanas, observando Londres. Me acerqué detrás de ella.

—La vista es increíble —dijo.

—No puedo quejarme.

—¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí?

—Unos cinco años. Mi primer piso era de una sola habitación, pero necesitaba un sitio más grande porque Lucas se quedaba cada vez más veces y este está cerca de su colegio. Supongo que no te ofrecí una visita anoche.

Sonrió.

—Te quedaste dormido de camino a casa. Con suerte llegaste a la habitación.

Asentí.

—Venga, te lo enseño.

Por el pasillo, abrí primero la puerta de mi oficina. Estaba llena de fotos del equipo y una barbaridad de trofeos y placas conmemorativas, además del equipo básico: portátil, impresora, escáner. Después le enseñé la habitación de Lucas; era un desastre, pero, al menos, la cama parecía estar hecha.

—No es el niño más limpio ni organizado.

Miró las paredes.

—A mi sobrina le encantaría el arte de aquí.

—Tendrás que volver con ella.

La visita continuó con dos baños, un cuarto pequeño lleno de pesas y equipamiento deportivo y luego llegamos a la última puerta al final del pasillo, la habitación de invitados. Abrí la puerta, pero enseguida la cerré.

—¿Qué? —preguntó—. ¿Hay alguien ahí?

—No… Yo, eh…

—¿Qué hay ahí que no quieres que vea?

—Nada.

Frunció el ceño.

—No eres un buen mentiroso, Wilder.

No quería que pensara lo peor, como que escondía una cama con cadenas y unas braguitas rotas que mi esclava sexual había olvidado la otra noche, así que decidí confesar. Me rasqué la parte de atrás del cuello.

—Llegó ayer por la mañana.

—¿El qué?

Abrí la puerta y extendí la mano para que entrara primero.

Sloane dudó antes de entrar.

—Ay, Dios mío. ¡Tienes mi maleta! ¿Por qué no me has dicho que había llegado?

—Iba a hacerlo, solo que no hasta hoy. Tenía miedo de que, si te lo decía ayer, te hubieras puesto el vestido que habías traído y me hubieras pedido que devolviera el que yo te compré.

—¿Y?

—De verdad quería que te quedaras el vestido verde. Además, tenía muchas ganas de verte con él vestido puesto.

Se rio tapándose la boca.

—Ay, Dios mío. Estás loco.

Le pasé un brazo por los hombros.

—Te culpo a ti. Como no me dejas verte desnuda, tengo que conformarme comprándote ropa.

—Más te vale tener cuidado. Tienes muy buen gusto y me compras cosas que no me puedo permitir. Puede que no te deje verme desnuda solo para que me las sigas comprando.

—¿Y si te prometo que será aún mejor después de haberte visto desnuda? ¿Terminamos la visita en mi dormitorio?

Sonrió y meneó la cabeza.

—Debería volver a mi hotel y hablar con Elijah.

—¿Puedo hacerte el desayuno primero?

—Comprarme ropa, cocinarme… Podría acostumbrarme a esto.

Guiñé un ojo.

—Eso es lo que espero, bizcochito.

Capítulo veintiuno



Wilder

—Parece como si estuvieras pensando algo muy inapropiado.

—Me pasa mucho cuando estás cerca. —Me levanté mientras Sloane regresaba del lavabo y le cogí la mano—. Baila conmigo, de todas formas.

Sonrió.

—Vale.

La noche había sido perfecta: la había llevado a mi restaurante favorito, habíamos compartido una comida deliciosa y ahora la estrechaba entre mis brazos y apoyaba la mejilla en la suya mientras nos mecíamos al ritmo de la música en vivo.

—¿Te he dicho lo guapa que estás?

—Creo que tres veces.

Nos giramos.

—Entonces debe de ser verdad.

—Gracias por el vestido, pero tengo mi maleta y podría haberme puesto el que iba a llevar a la boda.

Había ido de compras después de dejarla en el hotel esa mañana. Esa vez, ni siquiera llamé a Emily, mi asistente de compras. Fui a la tienda yo solo, aunque sí recibí ayuda de la dependienta para escoger unos zapatos a juego. No entendía qué me pasaba últimamente. Puede que estuviera perdiendo la cabeza, pero quería hacerlo todo por Sloane: comprarle cosas, llevarla a sitios, cocinarle. Joder, cuando llegué a su habitación del hotel por la tarde y se estaba preparando, quería cepillarle el pelo. Normalmente ni siquiera quería hacerme mi propio café, así que esto estaba fuera de lo normal para mí.

—Me gusta hacer cosas por ti.

Me miró a los ojos.

—Sí, ¿eh?

Me encogí de hombros.

—No tengo ni puta idea de por qué, pero sí. No recuerdo la última vez que escogí mi propia ropa interior, pero quiero vestirte de arriba abajo. ¿Es raro?

Sonrió.

—Sí, pero también muy dulce.

—¿Qué te había dicho de pensar que era dulce?

—¿Sabes lo que pienso?

—¿Qué?

—Creo que eres dulce, pero no quieres que la gente lo sepa.

—Ah, ¿sí? ¿Quieres que te diga lo que estaba pensando mientras volvías del lavabo?

—¿Qué?

Deslicé la mano por su esbelto cuello y moví el pulgar de arriba abajo por delante.

—En el gorgoteo que harías cuando te meta la polla hasta la garganta y no puedas respirar.

Sloane soltó un grito ahogado.

—Oh, Dios mío.

Esbocé una sonrisilla.

—No soy tan dulce, ¿eh?

Movió la boca a mi oreja.

—No lo sé, todavía no lo he probado.

Solté un gruñido.

—Todas las veces que he bailado contigo, desde la primera boda, se me ha puesto dura.

—Lo sé, porque no dejas sitio para Dios.

—No sé qué es lo que tienes, pero no hay espacio para respirar entre nosotros.

Bailamos una canción detrás de otra, disfrutando del momento en un silencio cómodo. No pensaba que alguna vez pudiera sentirme tan feliz, pero la mujer que tenía entre mis brazos estaría haciendo algo más que disfrutar del momento. Sloane se movió para mirarme.

—Gracias por ser persistente.

—No creo que tuviera otra opción, cariño. No podía sacarte de mi cabeza.

Se puso seria.

—Me pones nerviosa, Wilder.

—Tú a mí también, cariño. Nunca ha habido un momento en mi vida en el que no haya querido llegar a alguna parte. Cuando empecé a jugar al *rugby,* quería llegar hasta la universidad; cuando llegué a la universidad, quería jugar en la liga profesional; cuando llegué a la liga, quería ser el mejor; cuando me retiré, quería mi propio equipo. Siempre he estado a la carrera, intentando llegar a alguna parte, pero desde que te conocí, el único sitio donde quiero estar es donde tú estés. Me aterroriza, pero algunos días no estoy seguro de si he perdido la cabeza por sentirme así o es que por fin he aprendido el sentido de la vida.

A Sloane se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Cómo puedes ser real?

Cuando terminó la canción, nos sentamos. No tenía hambre, aunque pedí el postre porque no quería que se terminara la noche;

pero cuando el camarero trajo la cuenta, no podía extender más el tiempo. Empezó a entrarme el pánico mientras caminábamos hasta el aparcacoches.

—¿Te quedarías conmigo esta noche? —pregunté—. Puedes quedarte en la habitación de invitados, si quieres. Te prometo que no te voy a obligar a hacer nada que no quieras. Es solo que no quiero que la noche termine, y me gustaría tenerte ahí cuando me despierte por la mañana.

Sloane sonrió.

—Me encantaría.

No me ponía tan nervioso estando cerca de una chica desde que era adolescente, pero cuando Sloane y yo nos encontrábamos solos en mi apartamento, no sabía qué hacer conmigo mismo. Abrí una botella de vino y nos serví una copa a cada uno mientras Sloane observaba por la ventana las vistas nocturnas de Londres. Le pasé su copa y me quedé detrás de ella, manteniendo algo de distancia.

—Estás muy callado. —Sloane dio un sorbo y me miró por encima del hombro.

—No quiero fastidiar nada.

Levantó las cejas.

—¿Qué fastidiarías?

—No sé. Me resulta raro no tener mis manos en tu cuerpo, pero me da miedo que, si te toco, no sea capaz de parar.

—¿Por qué tendrías que parar?

—No quiero asustarte mucho y muy rápido.

Sonrió y se giró para mirarme.

—Me has dicho en la cena que querías escucharme ahogándome con tu polla en la garganta, y sigo aquí.

Bajé los ojos a su cuello. Tragué saliva.

—Hay muchas cosas que quiero hacerte.

Sloane ladeó la cabeza y habló con suavidad.

—¿El qué?

Levanté los ojos para encontrarme con los suyos.

—¿De verdad quieres saberlo?

Asintió.

Le di un buen trago al vino y me permití examinarla de arriba abajo.

—Para empezar, quiero arrancarte ese vestido.

—He visto la etiqueta. ¿Y si lo desabrochamos?

Negué con la cabeza.

—Te compraré otro. Quiero los trozos de tela por el suelo alrededor de tus pies mientras me paso unos minutos contemplándote solo con la ropa interior y esos tacones tan *sexys.*

Sloane dio un sorbo a su vino.

—Lo siento, no puedes.

—¿No?

—No tengo nada debajo del vestido.

Exhalé con un silbido.

—¿Has hecho eso por mí?

Asintió.

—¿Sirven solo los tacones?

—Puede que necesite añadir una foto a mi colección del salvapantallas.

Sloane sonrió.

—¿Y después, qué?

Levanté la barbilla, señalando la ventana.

—Te apoyas en el cristal y te inclinas hacia delante, y entonces me pondré de rodillas y te lameré mientras observas Londres.

—¿Es cristal de privacidad?

Esbocé despacio una sonrisa mientras negaba con la cabeza.

—¿Es un problema?

A Sloane le dio un escalofrío.

—No.

Di un paso al frente y recorrí con el dedo la piel desnuda de su espalda, desde lo más alto de su columna.

—«Lamerte» no es la palabra correcta. Voy a devorarte, enterrar mi cara en tu coño y comerte hasta que te corras en mi boca. Quiero que chorrees.

A Sloane le costaba respirar.

—Oh, Dios.

Me coloqué detrás de ella, aparté su pelo a un lado y le besé el cuello notando su pulso. Echó la cabeza hacia atrás, dándome acceso completo. Cuando soltó un pequeño gemido, me apreté contra ella, haciéndole saber que no era la única afectada.

—He soñado con amarrarte y hacer que te retuerzas en mi cama hasta que supliques.

—¿Eso es por hacerte esperar?

—Cincuenta y un días.

Sloane pestañeó, como si quisiera salir del trance.

—¿Qué es cincuenta y un días?

—El tiempo que llevo esperando, desde el día que te conocí.

Sus facciones se relajaron.

—¿Sabes cuántos días han pasado?

—Lo sé todo sobre el tiempo que he pasado contigo.

Tragó saliva mientras asimilaba mi comentario.

—Creo que tenemos que seguir diciendo guarradas, porque si no voy a arruinar el momento llorando. Noto lágrimas de emoción llegándome a los ojos.

Esbocé una pequeña sonrisa.

—No hay problema.

—Dime qué más has soñado.

Le mordí el omóplato.

—Quiero verte la cara mientras te corres.

—Eso sigue siendo dulce. ¿Qué más?

—Tengo una lista llena de cosas que quiero hacerte. Iba a recitarla, pero no estaba seguro de si los números van antes que las letras o si deletreo «sesenta y nueve».

Sonrió.

—No sé si lo dices en serio o no.

Señalé su copa con la barbilla.

—Se acabó la charla. Termínate el vino.

Puede que exagerara con la lista escrita, pero no cuando dije que había pasado horas imaginando lo que quería hacerle. Aunque el hecho de que se llevara la copa a la boca e hiciera lo que le había pedido me había puesto mucho más cachondo. La observé tragarse la última gota antes de quitársela de la mano y dejarla en la encimera, junto a mi copa medio llena.

El vestido de esa noche tenía tirantes y una espalda abierta con una pequeña cremallera que empezaba en la cintura. Habría tardado dos segundos en desabrocharlo y quitarlo, pero bajar los tirantes era mucho más divertido. Agarré el frágil tejido de sus hombros y tiré de él. La tela sedosa se deslizó por su cuerpo de una forma que quedaría grabada para siempre en mi mente y se acumuló en un charco verde alrededor de sus pies.

Di un paso atrás, aunque mi cuerpo vibraba con la necesidad de tocarla.

—Date la vuelta. Quiero verte.

Me había imaginado este momento más de una vez: cómo sería verla desnuda delante de mí, pero lo que fuera que había creado mi mente no se acercaba ni un centímetro a la realidad. Sus preciosas tetas eran redondas y tenían una curvatura perfecta; los pezones, de color rosa púrpura, estaban completamente erectos, pidiendo a gritos que se los chupara. Se me hizo la boca agua observándolos y ni siquiera me había fijado en el resto de ella. Me latía tan rápido el corazón que sentía que iba a morir si no empezaba. Entonces bajé aún más la mirada.

«Ay, joder». ¿Te puede dar un ataque al corazón por necesidad? Porque ese coño depilado estaba a punto de poner a prueba la teoría. Me lamí los labios, sintiéndome como un niño pequeño en una tienda de chuches, sin saber con qué golosina empezar. Con toda la organización mental que había hecho…

Di un paso hacia ella, listo para lanzarme, pero me detuvo una mano.

No.

«No. No. No. No puede echar el freno ahora».

Me detuve, sin aliento.

—¿Qué?

Sloane esbozó una sonrisa pícara.

—Me has dicho lo que *tú* querías; pero no has preguntado lo que yo quería.

«Joder». Sacudí la cabeza.

—Lo siento, no pensaba…

Pero antes de que pudiera terminar de hablar, Sloane se puso de rodillas.

«Desnuda».

«Salvo por los tacones».

Me pilló tan desprevenido que me quedé con la mandíbula desencajada mientras me desabrochaba los pantalones. Sloane me los bajó, envolvió con su pequeña mano mi polla durísima y me miró.

—Quiero que me ahogues.

Pensé que me correría en ese momento. Se me movió la polla.

—Joder —murmuré—. Eres… perfecta.

Lo dije antes de que me tocara, y sentía cada puñetera palabra; pero cuando se mojó los labios, bajó la mandíbula y me introdujo en su boca caliente y húmeda, casi sollozo. Normalmente, cuando una mujer se ponía de rodillas, te daba un espectáculo lamiendo la cabeza con seducción, pasando la lengua por la polla como si fuera una piruleta, envolviendo la mano alrededor y empezando a moverla, pero nada de eso era necesario. No cuando una mujer se la mete hasta la garganta de una.

Joder.

Dios.

Mío.

«Puede hacer garganta profunda». Eché la cabeza atrás con un gemido.

Sloane retrocedió, manteniendo la succión mientras me deslizaba casi hasta salir de su boca, y entonces embistió hacia delante, llevándome hasta su garganta de nuevo. Bajé la mirada, viendo su

cabeza subir y bajar, y se me llenaron los ojos de lágrimas. Así era de increíble.

¿Era demasiado pronto para pedirle matrimonio?

¿Se enfadaría su padre si no se lo preguntaba primero?

Mierda, tampoco había conocido aún a sus hermanos.

Ni siquiera pensar en el matrimonio podía detener el orgasmo que se estaba formando en mi interior. Tendría que ir más despacio o esto sería vergonzoso.

—Sloane. Dios, nena. Ve despacio.

Su respuesta fue mirarme, cogerme la mano y ponérsela en la cabeza, animándome a que la guiara. Joder. No solo me estaba dando la bendición de follarle la boca, me estaba pidiendo que lo hiciera. La agarré del pelo y empecé a empujar con las caderas.

No podía respirar. La sensación de su garganta caliente y ceñida estrechándose a mi alrededor era lo único que importaba. Podría haber llegado más al fondo, pero ya tenía demasiado dentro, así que me quedé a unos centímetros de que mis caderas dieran con su cara.

—Jooooder —gruñí—. Justo así. Sí, sí, perfecto.

Le solté el pelo mientras salía, hasta casi la punta, y después se lo volví a agarrar al penetrarla de nuevo.

Sloane gimió y lo noté en las pelotas. Empujé un poquito más, aunque no hasta el final, pero lo suficiente como para estar al borde; pero esta vez, cuando me detuve a un centímetro de entrar del todo, me miró, buscó la mano que tenía en su cabeza y me pidió que empujara más.

«Joder».

Eso fue todo. Pasé el punto de no retorno y le metí toda mi polla. Su garganta se estrechó a mi alrededor mientras gorgojaba. Se me pusieron los ojos en blanco. Era una dicha, lo mejor que había escuchado y sentido en mi vida, pero estaba a punto de correrme en su boca, lo que sin duda iba a ser una explosión. Ahogarla una vez había sido un regalo, una segunda vez era codicia, así que me

agaché, la agarré por debajo de los brazos y la ayudé a ponerse de pie. Luego besé esa boca mágica.

«Cambio de planes». La cogí en brazos y corrí por el apartamento.

—¿Qué hay de la ventana? —preguntó, aturdida.

—A la mierda. Nadie te va a ver así salvo yo.

La dejé en el centro de la cama, quitándome el resto de la ropa por el camino lo más rápido posible. Parecía una diosa, con el pelo revuelto sobre mi almohada, un sueño húmedo hecho realidad. Me hice una nota mental para decirle a mi limpiadora que no lavara las sábanas y poder olerlas mientras me masturbaba recordando esa noche cuando se fuera. Era para reírse, la verdad, ya estaba pensando en revisar el programa que ni había empezado, pero sabía que iba a ser así de bueno. Lo supe desde el primer día que nos conocimos, y eso fue antes de tener una idea de que pudiera hacer garganta profunda como una estrella del porno.

Le abrí los muslos, separándolos bien. Estaba rosada y perfecta, reluciente y jodidamente apetecible. Me incliné sobre ella, frotando mi nariz contra la parte superior de su coño e inhalé profundamente. Iba a hundir mi cara en ese olor seductor, y era muy posible que tampoco me la lavara en mucho tiempo.

Al igual que ella había hecho conmigo en el salón, no empecé poco a poco. No. Bajé todo lo que pude, casi hasta la raja de su culo, y le di una larga lamida desde atrás hasta el clítoris. «Joder, delicioso». Ella gimió y el sonido llegó directamente a mi polla. Pensaba que nada podía ser mejor que ella tragándose mi polla, haciendo ruidos ahogados para llegar hasta el último centímetro; pero esto, escuchar su placer, era el puto cielo. Nunca había entendido el verso bíblico que decía que era «mejor dar que recibir», al menos hablando de sexo oral. Recibir era siempre mejor, al menos hasta ese momento. Quería comérmela toda la noche, hacer que gimiera mi nombre hasta que las palabras formaran una puñetera canción.

Sloane arqueó la espalda fuera de la cama. Coloqué una mano en su estómago y la empujé hacia abajo, agarrándola con fuerza para mantenerla en su sitio. Entonces la lamí de nuevo, pero no era suficiente. Ni de lejos. Abrí aún más sus piernas y me adentré en ella, follándomela con la lengua. Movía la cabeza de un lado a otro mientras gemía mi nombre. Cuando jugaba, el rugido del público vitoreando mi nombre hacía que me sintiera invencible, pero esto, escuchar a Sloane gritar, me encendía más que un estadio lleno. Todo mi rostro se sumó a la acción: labios, lengua, dientes. Joder, utilicé la barba incipiente de mis mejillas para estimularla con fricción. No podía saciarme. Y, por los sonidos que ella emitía, ella tampoco. No podía estar seguro de cuál de los dos lo estaba disfrutando más.

—¡Wilder! Oh, Dios. —Me tiró del pelo.

Quería que tirara con más fuerza, así que succioné su pequeño y firme clítoris y metí un dedo. Estaba tan cachondo que empecé a follarme la cama, embistiendo el colchón, mientras lamía sus líquidos y mi dedo entraba y salía. Estaba completamente obsesionado y consumido, y no quería parar para coger aire.

Y entonces pasó. Noté la tensión a mi alrededor, sus palabras dejaron de ser coherentes y Sloane se corrió en mi lengua. Fue… glorioso. Inexplicable. De otro puto mundo.

¿Y lo mejor? Era solo el principio…

Capítulo veintidós



Sloane

Jadeé mientras miraba al hombre que estaba encima de mí.

—Yo… Yo, oh, Dios.

Wilder sonrió.

—Me lo tomaré como un cumplido.

Intenté poner los ojos en blanco, pero, al parecer, no tenía tanta energía. Incluso mis ojos estaban saciados.

—No me noto los brazos ni las piernas —dije.

—No pasa nada, lo único que quiero que sientas es mi polla.

Conseguí levantar la cabeza y mirar abajo.

—Eso da miedo —dijo mientras se inclinaba para besarme.

—No parecía asustarte mucho cuando estabas de rodillas.

—Ojos que no ven… Eso fue antes de saber el tamaño real; de hecho, me ahogaste de verdad, no lo hice por ti.

Sonrió y deslizó un dedo por mi cuello.

—Eres increíble.

Esbocé una sonrisa bobalicona.

—A ti también se te da muy bien lo que acabas de hacer.

—Me alegra que pienses eso, porque pretendo pasarme mucho tiempo haciéndolo.

Mis brazos y piernas eran de gelatina, pero cuando Wilder me besó hasta la oreja y empezó a decirme todo lo que tenía planeado hacer conmigo esa noche, de repente recuperé el aliento. Cuantas más guarradas decía, más desesperada estaba por sentirlo dentro de mí, aunque Wilder seguía teniendo el control, así que decidí ponerlo nervioso con una dosis de su propia medicina.

—Nunca he hecho eso, que alguien me coma el coño mientras yo le chupo la polla.

A Wilder se le oscurecieron los ojos.

—¿Pero quieres?

Asentí.

—Tengo muchas ganas de probarlo contigo.

—¿Qué más no has hecho?

—No lo sé, muchas cosas. Mi ex no era muy de experimentar.

—Gracias, joder. Ya sabía que era un idiota.

Sonreí y deslicé la uña por el ancho hombro de Wilder.

—Quiero probar cosas nuevas contigo.

Wilder movió la mano entre nosotros y empezó a pajearse. Deslizó la cabeza gruesa por mi coño, pero siguió hasta llegar a mi culo y luego rodeó mi agujero.

—¿Y aquí? ¿Sería nuevo?

Asentí.

Wilder maldijo en voz baja antes de levantar la vista y dar gracias a Dios; pero no quería seguir hablando, así que cogí su labio inferior con los dientes y tiré.

Soltó un gruñido.

—Puede que no te deje volver a Nueva York.

—Deja de hablar y bésame.

Esbozó una sonrisilla.

—Sí, señora.

Wilder presionó sus labios contra los míos. La cosa no tardó mucho en calentarse y pronto estábamos los dos jadeando de nuevo. Se echó hacia atrás y mantuvo nuestra mirada fija mientras empujaba dentro de mí.

—Dios santo. —Tragó saliva—. Estás tan estrecha y mojada.

Su cuerpo temblaba mientras salía y entraba despacio, cada vez más profundo. Había pasado mucho tiempo desde que había estado con un hombre y nunca había estado con alguien de su tamaño, así que mi cuerpo necesitaba ir despacio, aunque la tensión en la mandíbula de Wilder me indicaba que no estaba siendo fácil. Una vez que estuve lista del todo, me cogió las manos y entrelazó nuestros dedos, llevándolos encima de mi cabeza.

Me miró a los ojos.

—Eres preciosa, joder. Estoy loco por ti, cariño.

Sentí que se me llenaban los ojos de lágrimas. Wilder no apartó su mirada de la mía mientras aumentaba el ritmo. Las embestidas suaves se volvieron más duras y me penetró hasta el fondo. Lo único que siguió igual fue la forma en la que me miraba. Me hacía sentir vulnerable, pero segura, de alguna forma.

Todo alrededor desapareció, excepto nuestra conexión: mente, cuerpo y alma. El momento fue tan poderoso que me dejé llevar, perdiéndome en este hombre. Cuando empecé a perder el control, Wilder plantó sus labios sobre los míos, quitándome el aliento.

—Oh, Dios… —Mi cuerpo empezó a convulsionar por sí mismo y cerré los ojos—. Voy a…

Se echó hacia atrás.

—Abre, cariño. Quiero verte dármelo todo.

Llegó como una tormenta, una furia que destrozó todo a su paso e hice el mayor de mis esfuerzos por no rendirme y cerrar los ojos. Me temblaban los músculos y Wilder leyó mi cuerpo, así que aceleró el ritmo e intentó llegar a su propio clímax. Se movía dentro y fuera, con el sonido de nuestros cuerpos húmedos chocando entre sí,

resonando en la habitación, antes de hundirse profundamente y liberarse con un gemido.

Esperaba que Wilder se quitara de encima y se desplomara después de lo que acababa de hacer. Dios sabe que eso era lo que siempre hacía Josh, pero este hombre no se parecía en nada a mi ex. Wilder me besó con delicadeza, deslizándose dentro y fuera con una sonrisa en la cara mientras recuperábamos el aliento.

—Si esto es solo el principio —dije—, no me puedo imaginar lo que será al final.

Wilder meneó la cabeza.

—Tal vez no haya un final y sea cada vez mejor.



A la mañana siguiente me desperté por el sonido del teléfono. Pasé la mano por la mesita de noche; no estaba lista para levantar la cabeza ni quería abrir los ojos. Lo encontré, abrí un ojo y consideré ignorar la llamada, pero Elijah volvería a llamar, así que contesté.

—¿Hola?

—¿Dónde estás?

Abrí el otro ojo y me apoyé en los codos.

—¿Qué hora es?

—Em… Quince minutos después de la hora a la que habíamos quedado en el parque.

Estaba muy confundida.

—Pero no habíamos quedado hasta la una.

—Lo sé. Es la una y cuarto, chica.

Me senté de pronto.

—¿Estás de broma?

Elijah soltó una risita.

—Espero de verdad que estuvieras ocupada tirándote a alguien y no con una maratón de *Ley y orden*.

Miré al hombre que estaba a mi lado, el que me había tenido horas despierta.

—Em…

—¡Joder, sí!

Elijah gritó tan fuerte que Wilder abrió los ojos. Estaba tan feliz como yo de que lo hubieran despertado. Tapé el teléfono.

—Es la una y cuarto. Se suponía que había quedado con Elijah para la sesión de fotos del parque.

—¿Es él?

Asentí.

Wilder extendió la mano.

—Déjame hablar con él.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Pásame el teléfono, bizcochito.

Me aparté el móvil de la oreja, pero dudé en dárselo. Wilder me lo arrancó de la mano.

—Vamos a necesitar una hora —dijo al teléfono—. Hay una cafetería en la esquina de Cross y Baker, al sudeste de la entrada del parque. Almuerza allí. A mi cuenta.

Podía escuchar a Elijah incluso desde donde estaba sentada.

—Vale, pero una hora es mucho tiempo. Voy a necesitar una botella de champán con el almuerzo.

—Adelante.

—Del bueno, no esa mierda barata que da resaca.

—No hay presupuesto. Compra la mejor botella que tengan; pero no vas a meterte con Sloane por llegar tarde cuando estemos allí. ¿Trato?

—Em… —Meneé la cabeza—. Es muy peligroso decirle a Elijah «no hay presupuesto».

Wilder bajó la vista a mi pecho desnudo.

—Compra dos botellas; puede que tardemos más de una hora.

No sabía si Elijah había respondido o no, pero Wilder deslizó el dedo para cortar la llamada y tiró el teléfono por encima de su hombro. Me levantó y giró hasta que quedé encima de él. Solté un grito, pero era imposible esconder la sonrisa que tenía en la cara.

—Ahora dame los buenos días como se merecen. —Tenía la voz grave de recién levantado, pero era tan *sexy…*

Pensé que se refería a un beso, pero me sentía juguetona.

—Buenos días.

—He dicho como se merecen.

—¿Cómo te doy los buenos días como se merecen?

—Con mi polla dentro de ti.

—¿Dentro de mí dónde?

Entrelazó las manos detrás de su cabeza.

—Cualquier orificio me vale.

Le di una palmada en el pecho, riendo.

—Qué burdo.

Se llevó una mano a la oreja.

—¿Has dicho en el culo? Vale, pero vamos a tardar mucho más de una hora.

Negué con la cabeza, riendo.

—¿Cómo puedes pensar en sexo después de lo de anoche? He perdido la cuenta del número de veces que lo hicimos.

Wilder llevó la mano detrás de mí y presionó su polla, muy dura, contra la raja de mi culo.

—Estás desnuda en la cama conmigo. La pregunta debería ser: ¿por qué vamos a ir al parque?

Me mordí el labio.

—Tenemos que ser rápidos, porque necesito una ducha.

—Te propongo algo mejor. —Se puso de pie en la cama y me arrastró con él—. Sexo en la ducha. Dos pájaros de un tiro.

Wilder me llevó al baño, en brazos, y me dejó en el suelo para abrir el grifo. Una vez que estuvo caliente, se metió y tiró de mí. Nos caía el agua por el cuerpo y Wilder me dio los buenos días como se merecen: apoyé las manos en los azulejos mientras él me follaba por detrás.

Capítulo veintitrés



Sloane

El sonido de la puerta del apartamento al abrirse hizo que me perdiera en mitad de una frase. Por desgracia, estaba grabando un directo de *Knot so Seriously,* así que no podía ir corriendo hasta el hombre que suponía que acababa de entrar, aunque por dentro quería. Había pasado una semana desde que había visto a Wilder y parecía que había sido un mes.

Entró en la habitación y esbozó una sonrisita mientras yo hablaba a cámara. Le había advertido que podría seguir en directo cuando llegara, pero que dejaría la puerta abierta. Mi programa normalmente duraba una hora, más o menos, pero estaba claro que aquel sería más corto.

Wilder estaba muy atractivo en su traje de negocios a medida; pero vaya, me resultaba atractivo con vaqueros y una camiseta, o

con un esmoquin. Dios, y las fotos que había visto de él con pantalones cortos de *rugby,* esos muslos gruesos… Por no hablar de él desnudo. Me gustaba mucho más así.

Ya había visto mi programa antes, aunque nunca justo mientras grababa, así que estaba nerviosa. Wilder dejó su bolsa en el suelo en silencio y se quitó la chaqueta del traje, con cuidado de mantenerse detrás de la cámara mientras me aclaraba la garganta y hablaba.

—Vale, chicas. Creo que es hora de abrir los comentarios para que me podáis decir lo que pensáis de la lista de reglas que el equipo de la revista *Bride* y yo hemos creado para las fiestas de despedida; pero primero repasemos lo que tenemos, así sabréis qué comentar. Número uno: la fiesta no debería ser el día antes de la boda, no queremos novios o novias con resaca; número dos: nada de *strippers,* si necesitas ver a un hombre o mujer desnudos por última vez, tal vez no estés tan preparada para casarte; número tres: nada de fiestas en sitios como Las Vegas o el Caribe, que cuestan una pequeña fortuna, las bodas ya son bastante caras para tus invitados. —Levanté un dedo—. Por supuesto, si vives en Las Vegas o el Caribe o si tú y tus amigas estáis forradas y tenéis *jets* privados, ignorad esta regla y disfrutad. Número cuatro: bajo ninguna circunstancia debe pagar la cuenta el novio o la novia, esta fiesta la paga todo el que asiste y cubre los gastos del invitado de honor; número cinco: no invitéis a personas que no estén invitadas a la boda; número seis: no organicéis algo que al novio o a la novia no le vaya a gustar. Damas de honor, si os gusta apostar y a la novia no, no juguéis a las cartas; amigos del novio, si os encanta el golf, pero al novio no, pensad otra cosa. Este es su día, no el vuestro. Por último, pero no menos importante, número siete: ¡nada de vídeos! Nadie quiere ver un vídeo de sí mismo bailando borracho y estas cosas se pueden sacar de contexto. —Volví a mirar a cámara—. Voy a abrir el chat y tomar un descanso de dos minutos para beber agua mientras empezáis a escribir. ¡Enseguida vuelvo!

Pulsé el botón de silenciar, me quité los cascos y me levanté del escritorio. Los ojos de Wilder estaban tan oscuros y su sonrisa era tan sugerente, que me daba un poco de miedo. Levanté un dedo como advertencia.

—Solo tengo dos minutos.

Hundió la cara en mi cuello.

—Puedo ser rápido.

—¡Ay, Dios mío! —Solté una risita e intenté escapar de sus brazos sin mucho empeño—. Por supuesto que no. Terminaré en quince minutos y después podemos tomarnos nuestro tiempo.

Wilder me acarició la cara con el pulgar.

—Dame primero esa boca. Te he echado de menos.

Chocamos los dientes porque no podía dejar de sonreír mientras nos besábamos. Ese hombre me derretía por dentro. Nos enrollamos como dos adolescentes durante más de dos minutos. Cuando me aparté a regañadientes, tenía los labios hinchados. Le quité pintalabios de la boca a Wilder.

—Yo también te he echado de menos, pero tengo que terminar con esto. ¿Por qué no te cambias y te pones cómodo?

—Vale…

Por cómo lo dijo, parecía que tramaba algo, pero tenía que volver a ponerme delante de la cámara. Me senté y volví a encender el audio. Ya estaban llegando muchos comentarios.

—¡Vaya! —dije—. Ya veo que hay muchas opiniones al respecto. —Deslicé para leer el primer comentario. Casi cada espectadora tenía algo que decir sobre la regla número dos: nada de *strippers.* Elegí un comentario y lo leí en voz alta—. JuneBride dice que su prometido está viendo esto con ella ahora mismo, y no está de acuerdo con la regla de nada de *strippers.* Piensa que es una tradición, el último adiós y pura diversión. Dice que no hay nada de malo en mirar, solo que no puedes tocar.

No tuve que bajar muchos más comentarios para encontrar otro punto de vista. Pero cometí el error de mirar detrás de la pantalla de mi portátil cuando iba a hablar y vi a Wilder desvistiéndose;

hablando de *strippers,* él era más guapo que cualquiera que hubiera visto. Se me hizo la boca agua con cada esculpida hendidura en su pecho perfecto. Era imposible apartar la mirada, especialmente cuando llegó a los calzoncillos, metió los pulgares a ambos lados y deslizó la tela sobre sus muslos musculosos.

Ay.

Dios.

Mío.

Estaba en directo. Tenía que decir algo, lo que fuera; pero tenía la boca seca y no era fácil tragar. Por fin me aclaré la garganta y me salieron las palabras.

—Maria Benz no está de acuerdo con tu prometido, June *Bride.* Piensa que tener *strippers* en una fiesta de despedida es infantil e innecesario. Dice que las personas que están preparadas para comprometerse deberían celebrar sus nupcias. No…

De nuevo, me distraje, esta vez por el sonido que hacía la polla de Wilder cada vez que golpeaba su vientre. Estaba desnudo, girando las caderas como si estuviera moviendo un *hula hoop* invisible y, cada vez que empujaba hacia delante, su gran pene chocaba con sus abdominales. Hubiera sido muy gracioso de ver, si no me hubiera excitado tanto verlo desnudo y con una erección parcial.

Ojalá ninguno de mis jefes estuviera viendo este episodio, porque iba a ser el final más corto de la historia. Me obligué a apartar los ojos de Wilder y miré fijamente a cámara.

—Bueno, como podéis ver, es un tema candente, y creo que dependerá de las decisiones personales de cada pareja. De todas formas, es algo que, desde luego, se tiene que hablar antes de organizar las fiestas de despedida. Seguiremos con estas normas en el próximo programa. Eso es todo por hoy. Que tengáis un buen fin de semana, ¡y feliz organización!

Pulsé para terminar el programa y me recosté en mi silla.

—No me puedo creer que hayas hecho eso mientras estaba en directo.

—Me has dicho que me cambiara y me pusiera cómodo. —Se acercó con sigilo a mi escritorio, sacó mi silla y se sentó a horcajadas sobre mi regazo, todavía desnudo—. Estaba haciendo lo que me habías mandado.

—Ah, ¿sí? ¿Harías lo que yo te dijera?

Se le oscurecieron los ojos.

—Joder, sí, haré lo que quieras.

Me mordí el labio con timidez.

—Vale. ¿Qué tal…? —Me incliné hacia su oreja y susurré—: Friega los platos.

—Qué graciosa. —Wilder me levantó con brusquedad de la silla y me sujetó en el aire, dejándome sobre su hombro, como si fuera un bombero. No podía dejar de reírme. Me dio una palmada en el culo —. Solo por eso no vas a conseguir lo que quieras, yo voy a conseguir lo que quiera. —Me tiró sin miramientos en mitad de la cama. Reboté cuando él cayó y se puso encima de mí.

Wilder me besó bajo la barbilla.

—Has terminado tu programa de repente.

—Estaba distraída por tu espectáculo.

—Por cierto, no puedes tener *strippers* en tu fiesta de despedida.

—¿Por qué no?

—Porque pensar en que mires la polla de otro hombre me pone violento.

—Oh… Eso es dulce en cierto modo, pero eso significa que tú tampoco puedes tenerlas.

Wilder se encogió de hombros.

—¿Por qué tendría que mirar a otra mujer si te tengo a ti?

Noté un cosquilleo en el estómago. Parecía que estaba cayendo por una madriguera con este hombre, de la que no podría salir si las cosas no funcionaban.

Wilder me acarició el cuello con los nudillos.

—Estar contigo es como despertarse todos los días en Navidad.

Se me paró el corazón.

—Me asustas, Wilder.

—Tú también a mí, cariño; pero mereces correr el riesgo.



—¡Oh, Dios mío! —chilló mi sobrina Olivia desde el otro cuarto.

Corrí a la cocina y me la encontré tapándose los ojos. Wilder estaba quieto, en calzoncillos y con una taza de café en la mano. Le hice un gesto para que se fuera al dormitorio. Una vez que no había moros en la costa, me dirigí a mi sobrina.

—Ya puedes abrir los ojos.

—Sí, pero creo que voy a tener las retinas marcadas permanentemente.

Esbocé una sonrisa.

—Creo que a lo que has echado un vistazo es bastante espectacular.

—Tiene unos sesenta años. —Se apartó las manos y puso los ojos en blanco—. ¿Wilder es tu novio o algo?

—Em… Esto es nuevo. Lo siento, debería haber echado la llave.

Wilder volvió a la cocina con unos vaqueros y una camiseta, cogió la cafetera y saludó a Olivia.

—Me alegro de verte, niña. ¿No llamas?

—¿No te pones ropa?

Se sirvió una taza de café y apoyó la cadera en la encimera.

—No cuando duermo. Tu tía fue lo bastante amable como para dejarme sobar anoche en el sofá porque llegué tarde.

No se lo tragaba.

—Ajá, claro.

—¿No deberías estar en clase? —preguntó.

—Iba a irme, pero papá ha olvidado dejarme dinero para el almuerzo.

Wilder sacó su cartera del bolsillo y tendió un billete a mi sobrina.

—Aquí tienes.

—No necesita uno de cincuenta, Wilder.

—Es el único billete estadounidense que tengo.

Olivia sonrió.

—Le devolveré el cambio.

Negué con la cabeza.

—Como si no hubiera escuchado eso cientos de veces.

Se guardó el dinero en el bolsillo.

—Pensaba que Lucas venía esta noche.

—Sí. —Wilder le dio un sorbo a su café—. Tengo una reunión, así que he venido un día antes. Luego lo recojo en el aeropuerto. ¿Vais a quedar?

—Eso queremos.

—Eso se puede organizar, si… —La señaló con la taza—. No llegas tarde a clase.

—Como sea. —Volvió a poner los ojos en blanco, pero se despidió —. Nos vemos luego, tita Sloane.

—Te acompaño.

Cerré la puerta detrás de mí.

—Siento que hayas tenido que ver a Wilder a medio vestir.

Se encogió de hombros.

—Tengo que irme.

—Vale. Que tengas un buen día.

Olivia bajó dos escalones y se giró.

—¿Crees que su hermano es igual que él sin camiseta?

«Ay, Dios».

—No lo sé, y espero que no lo descubras hasta que pasen veinte años, cuando seas lo bastante mayor. Ahora vete a clase.

Seguía meneando la cabeza cuando volví al apartamento. Wilder sirvió otra taza de café y añadió leche antes de pasármela.

—Creo que tenemos un problema —dije.

—¿Qué?

—Está colada por tu hermano.

Asintió.

—Creo que el sentimiento es mutuo, pero hablaré con él cuando lo recoja esta noche, para asegurarme de que no se porta como un imbécil con ella.

—Gracias.

Dio un sorbo y me miró por encima de la taza.

—Os oí hablando mientras me cambiaba. ¿Qué pasa con la respuesta que le has dado cuando te ha preguntado si era tu novio?

—¿A qué te refieres?

—Desviaste la pregunta, por eso he dicho que he dormido en el sofá. ¿Crees que es demasiado pequeña para saberlo?

—Tiene catorce años. La mitad de las chicas de su clase ya han tenido novios, por desgracia.

—Entonces, ¿por qué le has dado una respuesta difusa?

—Porque… No sabía qué responder.

Wilder me miró a los ojos unos segundos antes de dejar la taza en la encimera a su lado. Acortó la distancia entre nosotros y colocó sus manos en mi cintura.

—Lo somos, cariño. —Se agachó para que estuviéramos de frente —. Novio y novia, o como quieras llamarlo.

Me empezó a subir el pulso como si volviera a estar en noveno y Eddie Anderman me hubiera preguntado si quería ir con él al baile de primavera. Sonreí.

—Vale.

Me dio un beso en los labios.

—Tengo una reunión a las diez, pero más tarde iré a visitar al entrenador. ¿Quieres conocerlo?

Asentí.

—Me gustaría, novio.

Soltó una risita y me dio un beso en la frente.

—Mi novia es una graciosilla.



—Hola, Wilder. —Una enfermera con acento caribeño y unas trenzas largas con abalorios sonrió—. Me ha obligado a hacerlo.

—¿Hacer el qué?

Soltó una risita.

—Ya verás.

Wilder me cogió de la mano y me llevó por el pasillo con él.

—Ella es Lucinda. Es genial. Lleva aquí el mismo tiempo que el entrenador. Él está bastante pillado por ella. Cuanto más avanza su enfermedad, menos lo esconde. Es una tía muy legal.

La habitación del entrenador estaba al final de un pasillo largo. De camino a la residencia, me había contado algo más sobre la lucha contra la demencia de su antiguo entrenador, así que entré esperando encontrarme a un hombre mayor con un pijama de hospital, encorvado en una silla con los ojos vidriosos; pero esa imagen no se acercaba a la realidad.

El entrenador llevaba una camisa hawaiana y pantalones cortos de baloncesto, escuchaba *reggae* y bailaba solo. También tenía trenzas grises con abalorios.

Wilder meneó la cabeza.

—Menudo cambio…

El entrenador sonrió y se tocó el pelo.

—¿Te gusta? El último novio de Lucinda tenía trenzas, así que he pensado que me daría más oportunidades.

—Creo que tienes más posibilidades de encontrar el ritmo a los setenta y cinco años que con Luce, y eso es decir mucho. —Abrazó a su entrenador—. ¿Cómo estás, viejo?

El hombre se percató de mí por primera vez. Pareció animarse.

—Esto es mucho mejor que los dulces que sueles traerme.

Wilder levantó el índice a modo de advertencia.

—No te pases. Nada de ligar con mi novia. Ella es Sloane.

El entrenador abrió los brazos para un abrazo y yo lo complací encantada.

—Un placer conocerte, Wilder me ha hablado mucho de ti. Últimamente es lo único de lo que habla cuando llama.

Wilder meneó la cabeza.

—No te creas nada de lo que dice, es todo mentira.

—Debe de ser alguien especial —señaló el entrenador—. Nunca me has traído a nadie de visita.

Wilder me miró a los ojos.

—Lo es.

—Bueno, sentaos. —El hombre bajó el volumen de la radio—. Patty nos traerá algo de almuerzo en el patio.

Wilder susurró:

—Patty era su mujer, murió hace diez años.

Me había comentado que el entrenador a veces saltaba entre el pasado y el presente, pero no me hubiera imaginado que pareciera tan lúcido haciéndolo. Pensaba que Patty era alguien que trabajaba aquí, por cómo lo había dicho.

—¿Te apetece dar un paseo antes de que Patty nos traiga el almuerzo? —preguntó Wilder.

—Sí, claro.

Wilder ayudó al entrenador a ponerse las zapatillas y después los tres salimos a pasear. De camino hacia fuera, Wilder informó en el mostrador de lo que íbamos a hacer.

—¿Has visto que he firmado con Santiago? —preguntó.

—¿Quién?

—A la izquierda de California. Hablamos de él cuando te llamé la semana pasada.

—Oh. Sí, claro. —El hombre asintió, pero creo que no recordaba nada.

Paseamos por el camino que bordeaba el edificio durante una hora. A veces surgía la conversación y no había duda de que la memoria del entrenador seguía ahí, pero había otros momentos en los que se desviaba en mitad de una frase, como si hubiera olvidado de qué estaba hablando. Aunque había algo claro: el vínculo entre los dos hombres. Al final, el entrenador empezó a arrastrar los pies, así que volvimos dentro.

Wilder estaba de rodillas, deshaciendo el nudo de una zapatilla cuando el entrenador le agarró del pelo.

—¿Sigues usando ese secador de mujeres amarillo para tener el pelo más lujoso?

Wilder meneó la cabeza con una sonrisa.

—Ya no, entrenador. Estoy bastante seguro de que pasas tú más tiempo arreglando esas trenzas que yo con mi pelo hoy en día. —Wilder desvió su mirada hacia mí.

Arqueé una ceja.

—¿Así que los hábitos femeninos de los que habló Lucas no son nuevos?

Sonrió y volvió a mirar al entrenador.

—Me tengo que ir. ¿Quieres que te ayude a subir a la cama?

—Sí, ¿por qué no? Así estaré listo cuando por fin venga Lucinda.

El entrenador me observó por un momento mientras Wilder lo tapaba con las sábanas.

—Te llamaré la semana que viene. Cuídate, ¿vale?

El hombre le puso una mano a Wilder en el bíceps.

—Es una buena chica. Me alegra que por fin lo hayas superado.

Esperé hasta que nos metimos en el coche antes de entrometerme.

—¿Se refería el entrenador a tu novia del instituto cuando ha dicho que se alegraba de que lo hubieras superado?

Wilder arrancó el coche mirando al frente.

—No, solo está confuso.

Capítulo veinticuatro



Wilder

Hace diez años

—Estoy tan aburrida —suspiró Whitney.

Había estado viendo vídeos cortos en las redes sociales durante la última hora, escuchando trozos de canciones pegadizas mientras yo intentaba estudiar, así que a punto había estado de soltarle una bordería, pero entonces la miré, con los pies en alto y los tobillos hinchados, y me sentí mal. Cerré mi libro.

—¿Qué te apetece hacer?

Se le iluminaron los ojos.

—Vamos de compras.

—¿Otra vez?

Se acarició el vientre hinchado e hizo un puchero.

—Necesitamos muchas cosas.

Sería más fácil terminar de estudiar cuando se fuera a casa más tarde. Los sonidos de su teléfono me distraían demasiado y no podía concentrarme.

Le tendí la mano para ayudarla a levantarse y la apreté contra mí cuando se puso de pie. Moví las cejas.

—A no ser que quieras hacer otra cosa…

Frunció el ceño.

—Es difícil ponerse cachonda estando tan gorda.

—No estás gorda, estás embarazada de cinco meses. —Le apreté el culo—. Y creo que estás muy atractiva así.

Puso los ojos en blanco.

—Vamos al centro comercial.

«Da igual». No nos habíamos acostado o tonteado desde hacía al menos un mes, pero tenía muchos cambios hormonales y corporales, cambios que yo no tenía que sufrir, así que no me quejaba. Aunque su excusa de que se sentía gorda o fea me parecía poco sólida cuando se gustaba lo suficiente para comprarse un armario entero y maquillaje cada semana; pero tal vez yo estuviera de mal humor de tanto estudiar y escuchar los anuncios de los jugadores para el equipo de *rugby* de Inglaterra, anuncios en los que no aparecería mi nombre para la siguiente temporada.

Dos horas más tarde, no estaba de mejor humor mientras seguía a Whitney paseando media docena de bolsas por el centro comercial. Al menos ella parecía más contenta. Paramos en la zona de restaurantes y nos compré un pretzel grande a cada uno. Le sugerí que le quitara la sal porque tenía los tobillos hinchados, pero no se lo tomó bien. Cuando Whit y yo empezamos a salir, todo era fácil: parecía que estábamos de acuerdo en muchas cosas, nos acostábamos todo el tiempo y no discutíamos. Casi siempre tenía una sonrisa en la cara; pero eso había cambiado durante los últimos meses, y estaba empezando a plantearme si se debía al embarazo o a que no habíamos llegado a conocernos bien y no habíamos pasado de la fase de luna de miel en nuestra relación hasta ese momento.

Whitney se terminó el pretzel y arrugó el papel en el que lo habían servido.

—Vamos a Sephora y luego a Baby Gap.

La semana pasada ya habíamos ido a la tienda de cosméticos y no recordaba la última vez que se había maquillado, aunque me mordí la lengua de nuevo y me puse en pie.

—Claro.

La cola de la caja registradora era kilométrica, así que me puse al final mientras terminaba de comprar. Cuando salimos, me fijé en un tío que estaba frente a la tienda. Me resultaba familiar y parecía estar observándonos. También me había fijado en él antes, cuando estábamos en la zona de restaurantes, pero supuse que era un tío que se había fijado en Whitney. Embarazada o no, acaparaba miradas. Levanté la barbilla, señalándolo.

—¿Conoces a ese tío?

Miró en esa dirección, pero el tío ya había empezado a andar.

—No, pero vámonos.

—Creía que querías ir a Baby Gap.

—Tengo los pies demasiado hinchados.

No iba a quejarme: odiaba el puñetero centro comercial; aunque, en retrospectiva, tal vez que ella no quisiera terminar de vaciarme la tarjeta en el centro comercial debería haber sido una señal de que había algo raro.



—¿Me harías un masaje en los pies antes de irte?

Tenía que volver a casa y estudiar, pero diez minutos más no era mucho pedir. El estudio de Whitney no era mucho más grande que mi dormitorio de la residencia y estaba lleno de mierda y montones de objetos por todas partes. Quité una caja de zapatos y correo sin abrir del sofá y le di una palmada al sitio que había a mi lado. Dejó caer la cabeza mientras le ponía los pies sobre mi regazo y hundí los pulgares en la planta de su pie derecho.

—¿Has hablado con tus padres sobre la cena de la semana que viene? —pregunté.

Suspiró.

—Mi padre está muy enfermo para eso.

—Creía que habías dicho que se sentía mejor.

—Sí, durante un tiempo, pero ya no.

—Tal vez se encuentre mejor para el fin de semana que viene.

—Lo dudo.

Mi padre iba a venir y quería conocer a la familia de Whitney. Ella ya había estado con la mía dos veces, y ellos no vivían en la ciudad. Yo aún no había conocido a sus padres ni a su hermano. Pensándolo bien, la única amiga suya que conocía era Ashley, a quien nos habíamos cruzado en el centro comercial.

—Me gustaría conocerlos antes de que llegue el bebé…

Apartó el pie de mi mano.

—No puedo evitar que se sienta mal. La quimioterapia no es fácil, ¿sabes?

Fruncí el ceño.

—Creía que habías dicho que había terminado el tratamiento.

—No he dicho eso.

Estaba bastante seguro de que sí, porque lo dijo al día siguiente de que mi madre terminara la última ronda de quimio. Y recordaba haber mencionado la coincidencia.

—¿Estás segura?

—Por supuesto que sí. —Se levantó—. ¿Podemos no hablar de cáncer? Me molesta pensar en ello.

Había aprendido mucho sobre Whitney durante los últimos meses, lo más importante era que tenía un tic cuando mentía. Hablaba más rápido de lo habitual e intentaba cambiar de tema o alejarse lo más rápido posible, exactamente como estaba haciendo en ese momento. Estaba a punto de llamarle la atención cuando se agarró el vientre.

—Oh, Dios mío.

Me levanté de un salto.

—¿Qué?

Sonrió.

—Lo he notado moverse.

—¿En serio?

Buscó mi mano y la puso en la parte baja del vientre.

—Aquí. A ver si pasa otra vez.

Nos mantuvimos en silencio unos minutos, pero no sentí nada. Entonces, de pronto, sí, un pequeño movimiento bajo mis dedos, como una pequeña pelota rodando contra su piel. Abrí mucho los ojos.

—¡Lo he notado!

—¿No es una locura?

Había tenido cinco meses para asimilar que Whitney estaba embarazada de mi hijo y que yo iba a ser padre. Creía que lo había hecho, pero algo cambió en ese momento y me afectó profundamente. «Voy a ser padre. Pronto».

Miré con asombro mi mano sobre su vientre.

—Ese es nuestro bebé.

Se rio.

—No me digas, Sherlock.

Tragué saliva.

—Tenemos que encontrar un sitio para vivir, una casa con patio.

—¿Tenemos? ¿Te refieres a que vivamos juntos?

Asentí.

—¿No deberíamos? Vamos a ser una familia.

Whitney sonrió.

—Empezaré a buscar mañana.

Capítulo veinticinco



Sloane

—¿A qué hora sale tu vuelo esta noche? —Me acerqué al espejo mientras me ponía la máscara de pestañas.

—A las ocho. —Wilder se acercó por detrás. Pasó la mano por delante y tiró del cinturón de mi albornoz. Este se abrió, revelando que todavía no me había puesto sujetador, solo las braguitas. Me sostuvo un pecho en cada mano y apretó, hundió la cabeza en mi cuello y me dio un beso. Me estaba gustando, pero llegaría tarde si no me daba prisa.

—Ni se te ocurra, señor Hayes, tengo que ir al trabajo. Hoy voy a estar muy ocupada, empezando por una reunión del departamento a las nueve.

—Señor Hayes, ¿eh? —Me mordió el lóbulo de la oreja—. Me gusta. Propongo que te quedes en casa y juguemos a jefe imbécil y

empleada traviesa.

Me giré para mirarlo. Wilder no se echó hacia atrás ni un centímetro, así que nuestras narices se tocaban.

—Otro día, pero yo soy la jefa y tú el empleado.

Esbozó una sonrisa.

—Sí, señora.

—De verdad, tengo que ir preparándome. Hoy es miércoles y esta noche entro a las seis.

—¿Y si llamo a mi padre y le digo que tienes que tomarte el día libre y nos quedamos en la cama?

—Mejor no.

Hizo un puchero. Era adorable, pero tenía que irme al trabajo, así que pasé por debajo de su brazo y me fui al vestidor.

—¿Qué vas a hacer todo el día? —grité desde dentro.

—Tengo una reunión con un agente al que no aguanto a las diez. Intentó firmar conmigo hace doce años. Ahora representa a un jugador que quiero y se está haciendo el duro. Creo que lo hace a propósito porque me negué en su momento.

Me puse un vestido azul marino y unas cuñas crema y salí del vestidor.

—Eso no es nada profesional.

Se encogió de hombros.

—Es lo que toca. Después he quedado con mi padre para almorzar, sobre la una. ¿Por qué no vienes con nosotros?

Pestañeé un par de veces.

—No puedo hacer eso.

—¿Por qué no?

—Porque entonces lo sabría.

Wilder frunció el ceño.

—¿Sabría qué?

—Lo nuestro.

—¿Y?

—Es mi lugar de trabajo, no quiero que nadie lo sepa.

—¿Durante cuánto tiempo?

—No lo sé.

Wilder se quedó en silencio. Me acerqué a él y apoyé las manos en su pecho.

—Si la gente del trabajo sabe que estoy saliendo con el hijo del jefe, van a sacar conclusiones y hablar. Esas cosas se te quedan. Me mirarán mal incluso cuando ya no estemos juntos.

Wilder se echó hacia atrás.

—¿Ya estás pensando en las consecuencias de nuestra ruptura?

—No, no es eso, pero…

Negó con la cabeza y frunció el ceño.

—Da igual, deberías irte. No quiero que llegues tarde al trabajo.

—Wilder…

—No pasa nada.

Suspiré.

—No quería decir eso.

—Da igual.

—No quiero discutir contigo antes de que vuelvas a Londres esta noche.

—¿Quién está discutiendo? —Me besó la frente, igual que antes de ser una pareja—. No es importante.

Aun así, podía ver en sus ojos que le había hecho daño; pero iba a perderme la reunión si no me daba prisa, así que asentí.

—Vale. ¿Hablamos mañana?

—Sip. Echaré la llave.

Diez horas más tarde, todavía seguía intranquila por haber dejado las cosas así con Wilder. Lo habíamos pasado realmente bien esa semana: habíamos pasado tiempo juntos, jugado a juegos de mesa con Olivia y Lucas e incluso habíamos cenado con mis hermanos. Y ahora no iba a almorzar con su padre. Me sentía una idiota por cómo lo había tratado por la mañana. Entré en Carrick's, guardé mi bolso bajo la barra y me até un delantal.

—Hola, papá.

—Hola, cariño. ¿Va todo bien?

—¿Por qué lo preguntas?

Se encogió de hombros.

—La sonrisa no te llega a los ojos.

—Solo estoy cansada.

Un grupo de clientes regulares entró: bomberos de la treinta y tres. Me acerqué y les tomé nota mientras mi padre volvía a ver una carrera de caballos con su antiguo compañero. Gritó cuando uno de ellos ganó y Frank puso cara de asco y pasó el dinero por encima de la barra. Los dos habrían apostado en una carrera de hormigas si hubieran podido ver bichos tan pequeños.

Un rato más tarde fui a la trastienda y cogí una bandeja de vasos limpios para reponerlos detrás de la barra. Frank dio por terminada la noche, así que papá se acercó para ayudarme. Últimamente tenía muchos temblores.

—¿Cuándo es tu próxima cita médica? —pregunté mientras colocaba las copas en el estante.

—Pronto. ¿Cuándo te revisas la vista?

—¿Eh?

Señaló las copas.

—No están limpias.

Me fijé.

—Oh.

Mi padre se inclinó sobre la barra.

—Normalmente vuelves a guardar la mitad incluso cuando están limpias porque no están lo suficientemente limpias para tu gusto. ¿Quieres contarme qué pasa? Porque no voy a dejar sola a mi preciosa hija en un bar lleno de hombres cuando no está centrada.

Volví a colocar las copas sucias en la caja.

—Estoy bien. Solo un poco distraída, supongo.

—¿Tiene algo que ver con cierto jugador de *rugby* que he visto saliendo otra vez del edificio esta mañana?

Suspiré.

—Antes he hecho que Wilder se sienta mal. Me pidió ir a almorzar con su padre y le he dicho que no quería que la gente del trabajo supiera que estoy saliendo con el hijo del jefazo. Creo que es

razonable, pero me expresé mal, y parecía más que estaba preocupada por cómo la gente me vería después de que lo dejáramos, como si esperara que eso sucediera. Wilder ha dicho que no estaba enfadado, pero sé que le ha molestado. Y ya estará en el aeropuerto, de vuelta a Inglaterra, así que no es como si pudiera coger el metro y pedirle perdón en persona.

—A veces decimos lo que pensamos incluso cuando no queremos, cariño.

Asentí.

—La verdad es que eso es lo que he hecho. Creo que esperaba que no funcionara con base en mis experiencias anteriores. No es justo para Wilder.

—Todos llevamos un bagaje a una relación, lo importante es lo que haces con él. Lo puedes cargar para siempre o puedes deshacerlo. La decisión es tuya.

Asentí.

—Es una buena comparación. Papá, ¿te importaría quedarte unos minutos más? Voy atrás a llamar a Wilder, por si lo puedo pillar antes de que despegue.

—Tómate el tiempo que necesites, cariño.

Pero el teléfono sonó tres veces y fue al buzón de voz. Todavía quedaba tiempo hasta que Wilder despegara, así que esperaba que no estuviera ignorándome. Cuando saltó el contestador, decidí dejarle un mensaje.

—Hola. Soy yo. Esperaba pillarte antes de que subieras al avión. Quería disculparme de nuevo por lo que he dicho esta mañana. Le he estado dando vueltas todo el día. —Inspiré hondo—. Me gustaría conocer mejor a tu padre. ¿Tal vez la próxima vez que estés en Nueva York podemos almorzar juntos? ¿O venís a mi piso para cenar? —Me detuve—. En fin… Llámame si tienes tiempo antes de despegar, ¿vale? Ya hablamos.

Deslicé el dedo para cortar la llamada y guardé el teléfono en el bolsillo del delantal. Esperaba no haber fastidiado nada con Wilder por mi experiencia con Josh, ese hombre me había dejado huella.

Tal vez debería llamar a ese imbécil, después de todo, y cantarle las cuarenta.

Aunque cuando regresé al bar me di cuenta de que no sería necesario. Porque mi ex prometido acababa de entrar por la puerta.

Para sorpresa de nadie, mi padre lo vio primero. Se estaba poniendo la chaqueta y se detuvo. No estaba segura de dónde ir primero, pero al final le hice un gesto a papá para indicarle que todo estaba bien y me dirigí a Josh.

—¿Qué haces aquí?

Sonrió.

—Hola. He decidido probar suerte por si seguías trabajando los miércoles por la noche.

—Ya veo, pero ¿por qué has venido?

—Quiero hablar contigo, pero no me devuelves las llamadas ni los mensajes.

—Eso es porque no tengo nada que decirte.

Josh frunció el ceño.

—¿Podemos hablar unos minutos?

Miré a mi padre. Josh también y lo saludó con la mano, pero papá no le devolvió el gesto.

—Todavía sigue enfadado, ¿eh?

—¿Acaso llegaste a conocer a mi padre de verdad? No hay vuelta atrás después de dejar a su hija plantada en el altar. Estás de suerte, porque Will y Travis no están aquí esta noche.

Josh bajó la vista.

—Sí, por supuesto. ¿Debería acercarme y disculparme de nuevo?

—No. Creo que deberías decir lo que querías y marcharte antes de que te eche.

Asintió.

—¿Podemos sentarnos un minuto?

Suspiré.

—Está bien. Ve a sentarte en una mesa, tengo que hablar primero con mi padre.

—Vale.

Papá ya tenía el bate de béisbol encima de la barra. Meneé la cabeza.

—No necesitas eso.

—Todavía no tengo claro qué pensar de él. ¿Qué hace aquí?

—No estoy segura. Dice que quiere hablar conmigo.

Mi padre dio unas palmadas con el bate.

—Puede hablar conmigo.

Sonreí con tristeza.

—No pasa nada, yo hablaré con él. ¿Por qué no te vas a casa?

—Me iré cuando él se marche.

Sabía que no tenía sentido discutir con mi padre al respecto; pero los temblores empeoraban cuando estaba estresado, así que tenía que terminar rápido.

—No tardaré mucho.

Josh estaba sentado en una mesa con las manos entrelazadas. Me senté frente a él.

—¿Por qué necesitas hablar conmigo?

—¿Sabes qué día es hoy?

—¿Miércoles?

—¿La fecha?

Me lo pensé un momento.

—Trece de ju… —A mitad de frase, me di cuenta de que era el día que nos habíamos conocido y el día que me propuso matrimonio dos años más tarde; pero aquello ya no significaba nada, y estaba orgullosa de no haberme dado cuenta. Sacudí la cabeza—. ¿Por eso has venido? ¿Para recordarme la fecha? Porque los temblores de mi padre se ponen peor cuando está estresado y verte aquí sentado no ayuda. Así que, ¿cuál es el punto de esto?

—Lo siento. —Bajó la mirada—. He intentado buscar las palabras adecuadas durante mucho tiempo, así que podrías pensar que tengo algo más elocuente preparado, pero lo único que lo resume es… —Levantó la vista y me miró a los ojos—. Te echo de menos, Sloane.

Noté cómo me cambió la cara.

—¿Qué?

—Es cierto. Más que nada. Cometí un gravísimo error dejándote en la iglesia aquel día. Fui inmaduro y tenía miedo de tomar la decisión incorrecta, como hicieron mis padres, y no pude ver que no importaba lo demás porque lo mejor del mundo estuvo delante de mí todo el tiempo.

Empecé a agitarme por dentro. Hacía no mucho, habría dado lo que fuera por escuchar esas palabras, pero ahora solo sentía ira. No tenía ni puñetera idea de todo el daño que había causado. Casi había perdido lo mejor que me ha pasado por el miedo que sentía, y él estaba aquí preocupado de sí mismo.

—¿Qué ha pasado con Monica? —pregunté.

—Hemos roto.

Ahí estaba. Crucé los brazos delante de mí.

—Oh. Entonces, ¿te ha dejado y ahora no quieres estar solo?

Josh negó con la cabeza.

—No es así en absoluto: yo rompí con ella. Hace cuatro meses, de hecho; pero no quería hablar contigo hasta haberme recompuesto y estar seguro. Sé el daño que te he hecho, Sloane, y no quería arriesgarme a dañarte de nuevo. —Se detuvo—. He empezado a ir a terapia.

No le contesté. Solo lo miré a la cara, impasible. Después de todo lo que había dicho, no sentía… nada. Aunque eso no era del todo cierto: tal vez sentía algo de gratitud, porque si Josh no hubiera sido un completo imbécil, estaría casada con él ahora mismo y no habría conocido a Wilder.

Pero Josh debió de interpretar mi silencio como consideración, porque se inclinó hacia delante.

—Podemos empezar despacio, Sloane. Sé que tengo que volver a ganarme tu confianza, pero, si me das otra oportunidad, te prometo que no te arrepentirás.

Justo entonces, se abrió la puerta y un grupo de rostros familiares entró, ocho o diez policías.

—Tengo que irme.

—Te espero.

Me puse de pie. Estuve a punto de decirle que se fuera a casa, que no se molestara en esperar, ni hoy ni por mí, pero, cuando abrí la boca, me fijé en que uno de los chicos que había entrado con el grupo no era un poli. Y ese hombre me estaba mirando fijamente.

«Wilder».

Me acerqué a él sin decirle nada más a Josh.

—¿Qué haces aquí?

—No quería dejar las cosas como esta mañana, así que llevé a Lucas al aeropuerto y me aseguré de que alguien lo recogiera en casa. Después he cogido un taxi hasta aquí. —Wilder miró a la mesa donde había estado sentada, a unos metros de distancia. Levantó la barbilla—. ¿Quién es?

Tragué saliva.

—Josh.

—¿Josh, tu ex?

Asentí.

—Ha pasado por aquí. No tenía ni idea de que iba a venir.

Wilder apretó la mandíbula.

El grupo que acababa de llegar estaba alborotado, así que tenía que ayudar a mi padre.

—¿Podrías… darme dos minutos? Tengo que ayudar en la barra.

Wilder asintió y señaló hacia la zona de mesas donde Josh estaba sentado.

—Esperaré allí.

Dudé, pero no quería decir que iba a esperar con Josh. Se refería a esas mesas en general…

—Ve a ayudar a tu padre —dijo—. Estaré bien.

Asentí, pero para cuando llegué a mi sitio detrás de la barra, Wilder se estaba sentando frente a Josh.

—Oh. Mierda.

Papá me oyó y se fijó. Esbozó una sonrisa.

—Supongo que no tendré que sacar la basura después de todo. Wilder lo hará por mí.

Un pavor pesado y agobiante se apoderó de mí mientras tomaba pedidos y preparaba bebidas. Derramé media cerveza de barril sobre mi mano porque no dejaba de mirar a los dos hombres sentados en esa mesa. Wilder estaba serio mientras hablaba. No podía ver a Josh, pero sabía que tenía que volver allí. Unos minutos más tarde, todos los que habían entrado ya tenían su primera bebida.

Mi padre me miró.

—Ve, yo me encargo de esto.

—Gracias, papá.

Mientras me acercaba a la mesa, Josh se puso en pie. Parecía como si alguien hubiera atropellado a su perro. Intentó esbozar una sonrisa que no funcionó y miró brevemente a Wilder antes que a mí.

—Voy a irme. Llámame si quieres hablar, ¿vale?

Asentí, sintiéndome mal, aunque sabía que no tenía que estarlo.

—Cuídate, Josh. —Tenía la mente confusa, los nervios todavía revueltos cuando me deslicé en el asiento que había dejado libre mi ex prometido.

Wilder me observó durante un momento.

—Había venido para decirte que quiere volver contigo.

Esas palabras fueron una afirmación, no una pregunta, aunque sentía que tenía que confirmarlo y asentí.

—No tenía ni idea de que iba a venir.

—Ha estado llamándote y escribiéndote, pero nunca le contestabas.

—Eso es porque no me interesa lo que tenga que decir.

Wilder respiró hondo antes de mirarme a los ojos.

—¿Estás segura de eso?

—Mucho. —Extendí la mano sobre la mesa. Agradecí que Wilder no dudara en cogerla—. Siento lo de esta mañana —dije—. Te he llamado y te he dejado un mensaje, pero, incluso si ya lo has escuchado, quiero repetirlo en persona: me gustaría pasar tiempo contigo y tu padre.

—No tienes que hacerlo si no estás lista.

—Sí lo estoy y quiero. Lo de esta mañana no tenía nada que ver con cómo me siento respecto a ti o nuestra relación, sino con mis propias inseguridades, y no era lo correcto. Otra vez.

Wilder sonrió y me apretó la mano.

—Vale.

—¿Estamos bien? Me crees cuando te he dicho que no tenía ni idea de que Josh se iba a presentar, ¿verdad?

—Por supuesto. ¿Por qué no iba a hacerlo?

—Creía que me iba a dar un infarto cuando te has sentado delante de él. ¿De qué estabais hablando?

—Le he dicho con educación que le rompería cada hueso del cuerpo si tú no querías hablar con él y te acosaba.

—Ay, madre. ¿Qué ha dicho Josh?

—Tengo que darle crédito, el tío los tiene bien puestos. Me preguntó qué haría si quisieras hablar con él.

Guau, sí, se había venido arriba. Josh no era bajo, pero no tenía ni punto de comparación con Wilder.

—¿Qué has respondido a eso?

Wilder se encogió de hombros.

—Le he dicho que tú tomas tus propias decisiones, y si eso es lo que quieres, no hay más que hablar; pero si te volvía a hacer daño, le rompería cada hueso del cuerpo.

Me palpitó el corazón. Este era el tipo de hombre que quería: uno que pusiera mis decisiones en primer lugar, incluso si no era lo que elegiría él. Me recordaba a cómo mi padre siempre había tratado a mi madre, y eso lo era todo para mí. Me levanté, me dirigí al otro lado de la mesa y me senté en el regazo de Wilder con los brazos alrededor de su cuello.

—No quiero hablar con Josh. Estar contigo es como si todos los días fueran Navidad.

—¿Me estás robando las frases, bizcochito?

Solté una carcajada.

—Sí.

Presionó sus labios contra los míos.

—Supongo que es justo, amor. Porque tú me has robado el corazón.

Capítulo veintiséis



Wilder

«No… No lo hagas».

Una voz malvada sonó en mi cabeza. «¿Por qué no? Le gustará. Hazlo. Hazlo, cobarde».

Levanté la vista de las tetas descubiertas de Sloane a su rostro. Estaba tan relajada mientras dormía… Solo eran las cinco de la mañana aquí en Nueva York. Mi reloj interno me había despertado muy temprano un sábado porque había vuelto en avión la noche anterior. Siempre había acumulado muchos puntos de viajero frecuente entre Londres y Estados Unidos, pero los últimos meses habían sido ininterrumpidos. Esa vez había pasado poco más de una semana, pero no podía estar más de unos pocos días lejos de Sloane, a no ser que fuera por trabajo en otro sitio. Cada viaje de vuelta a casa era más corto para poder llegar aquí más rápido.

Volví a mirar a mi bella durmiente. Dios, quería ser egoísta: ponerme encima de ella, hundirme dentro y volver a mi sitio favorito; pero a ella le gustaba dormir, y era el tipo de mujer que te hacía querer hacer lo correcto, todos los días, incluso cuando no estaba con ella o estaba dormida con sus tetas gritando mi nombre, así que, en lugar de despertarla, me acurruqué e intenté volver a dormirme.

Estaba quedándome frito cuando sonó una alarma, un pitido aguado. Salté de la cama, pensando que era la alarma de incendios y tenía que sacarnos de aquí. Cuando Sloane abrió los ojos, se sentó con tranquilidad y extendió la mano hacia la mesita de noche.

—Lo siento.

—¿Habías puesto una alarma?

Negó con la cabeza.

—Es mi sensor de glucosa. Tiene una alarma.

—¿Está todo bien?

Pulsó varios botones y se volvió a tumbar en la cama.

—Sí, ha estado sonando de vez en cuando y tengo que reiniciarlo.

Me pasé una mano por el pelo.

—Mierda. Vale.

—Siento haberte despertado.

Me volví a meter en la cama, sonriéndole a mi chica.

—No pasa nada. He estado a punto de despertarte yo a ti, así que estamos en paz.

Se rio y se giró a un lado, apoyando la mejilla en las manos.

—¿Por qué me ibas a despertar?

—Porque me he despertado queriendo hacerte cosas muy malas.

Sloane se mordió el labio.

—¿El qué?

—Abrirte de piernas y darme un festín.

—Ay, Dios. —Soltó una risita—. Eso no suena tan mal.

La coloqué boca arriba, me subí encima y le planté un beso en la barbilla.

—Como la mañana de Navidad…

Me pasé la siguiente hora abriendo mi regalo y jugando con mi juguete favorito.



Más tarde esa mañana, Sloane se estaba duchando mientras yo me tomaba la segunda taza de café en la mesa de la cocina y revisaba los correos en mi teléfono. Como había venido de visita el fin de semana, no había traído mi portátil. Andrew me había enviado un contrato de cuarenta y siete páginas que tenía que revisar, y pensar en hacerlo en el pequeño dispositivo me dio dolor de cabeza. Me preguntaba si a Sloane le importaría que dejara un portátil en su casa; tal vez algunos pares de zapatos y un set de afeitado. En mi último viaje tenía tanta prisa por llegar al primer vuelo desde Londres que solo guardé en la maleta unos zapatos de vestir con mi traje. Al final tuve que ponerme unas zapatillas deportivas, un atuendo que no me gustaba especialmente, pero que era muy popular entre los deportistas, así que al menos nadie me miró de forma extraña. Tal vez ella también podría dejar algunas cosas en mi casa, podría ser conveniente hasta que nos mudemos juntos.

Detuve el dedo sobre la pantalla del teléfono cuando me di cuenta de lo que acababa de pensar: «hasta que nos mudemos juntos». «Joder». Seis meses atrás, si una mujer se dejaba un paraguas en mi casa, me asustaba: significaba que estaba obligado a verla de nuevo, solo para devolvérselo. Y ahora quería las cosas de Sloane en mi casa. ¿Estaba loco por querer sus libros de autoayuda apilados en mi mesita de noche, sus revistas de boda esparcidas por la encimera, escuchar sus suaves ronquitos en cuanto me despertara, incluso…?

Pum.

Se escuchó un ruido por el pasillo.

—¿Sloane? —Me puse de pie y me dirigí al baño—. ¿Cariño? ¿Has sido tú?

No había respuesta. Sentí un nudo en el estómago. Aquello no me gustaba, no me gustaba nada. Cuando llegué a la puerta, llamé.

—¿Sloane? ¿Estás bien?

Pero el nudo en el estómago me estaba matando la paciencia y no esperé más de dos segundos por una respuesta antes de tirar la puerta abajo. Se me detuvo el corazón.

—¡Sloane! —Estaba en el suelo, hecha una bola, con los ojos en blanco y su cuerpo sacudiéndose; eran movimientos cortos y erráticos, como si alguien le estuviera dando descargas eléctricas. Corrí a la ducha, con el agua cayéndonos por encima a los dos, y la levanté. Al pasar por encima del borde de la bañera, me di cuenta de que quizá no debería haberla movido. ¿Una convulsión era como una caída y había que dejar a la persona exactamente donde estaba? No tenía ni puta idea, pero ya la tenía en brazos, así que seguí adelante: salí del baño y fui al dormitorio. La dejé en la cama; no quería quitarle las manos de encima, pero tenía que llamar al 911.

Treinta segundos después de hablar con la operadora, pararon las sacudidas.

—¡Ya no está convulsionando!

—Eso es una buena señal. La atención médica ya está de camino. ¿Tu novia ha tenido convulsiones antes?

—No cuando he estado con ella.

—¿Sabes si se ha dado un golpe en la cabeza recientemente?

«Joder». ¿Había sido muy duro esa mañana y se había dado con el respaldo de la cama?

—¿Tal vez? No estoy seguro.

—¿Es diabética?

Oh, mierda. «¡La alarma!». En mitad del pánico, me había olvidado por completo. Ni siquiera se lo había dicho a la operadora cuando me preguntó si sabía lo que había pasado.

—¡Sí! Y la alarma de su sensor ha sonado esta mañana.

Sloane abrió poco a poco los ojos. Me quedé sin respiración mientras ella mantenía la mirada perdida durante un minuto. Al final

enfocó la vista e intentó levantar la cabeza.

—¿Qué ha pasado?

Levanté una mano.

—No te muevas. Has tenido una convulsión.

—¿Dónde estoy?

—En casa. Estabas en la ducha cuando pasó. Te has caído.

Levantó la mano y se tocó el pelo mojado.

—Me duele la cabeza.

—Puede que te hayas dado un golpe con los azulejos al caerte.

—Mi teléfono. ¿Puedes ir a por él?

—No quiero dejarte sola.

—Controla el sensor.

Me había olvidado por completo de que seguía en llamada con el 911 hasta que la mujer al otro lado habló.

—Señor, los paramédicos están llegando ya. ¿Por qué no se queda con su novia? Puede coger el teléfono cuando lleguen.

—Vale, sí.

Un minuto más tarde, llamaron a la puerta. Me alegró que los paramédicos entraran por su cuenta porque no iba a irme del lado de Sloane.

—¡Estamos aquí atrás! —grité—. ¡En el dormitorio!

Mientras se acercaban los pasos, me di cuenta por primera vez de que Sloane seguía completamente desnuda.

—Mierda. —Quité la manta de la cama y la envolví en ella mientras entraban dos paramédicos, seguidos de media docena de bomberos. No entendía por qué había tanta gente, hasta que uno de los bomberos se puso de rodillas junto a la cama.

—¿Eres la hermana pequeña de Will?

Sloane asintió.

—Te pondrás bien. Tu hermano está de turno, así que no queríamos decírselo porque no queríamos que se centrara en otra cosa cuando estuviera apagando un fuego, pero nos ocuparemos de ti.

Uno de los dos paramédicos le puso el esfigmomanómetro para medirle la presión arterial.

—Baja, pero estable.

El otro tío le pinchó el dedo a Sloane y dejó una gota de sangre en una tira reactiva antes de meterlo en el dispositivo. Apareció el número catorce en la pantalla. No tenía ni idea de si era bueno o malo, hasta que el tío frunció el ceño.

—Vamos a darle un gel de glucosa por vía oral. Le pondremos una vía con dextrosa al cincuenta por ciento en la ambulancia de camino al hospital.

Menos de un minuto más tarde, estaban bajando tres plantas de escaleras con Sloane en una camilla y metiéndola en la ambulancia. Iba a subirme con ellos, pero uno de los tíos levantó la mano.

—Tendrás que ir al hospital en coche o taxi.

Un bombero más mayor puso los ojos en blanco.

—Es la hermana pequeña del capitán, idiota.

—Oh… Vale. —Bajó la mano—. De acuerdo, sube.

El hombre mayor sonrió mientras me subía.

—Deberías haber visto tu cara. Tendría que haberte dejado patearle el culo solo por las risas.

Tardamos diez minutos en llegar al hospital, acompañados de luces y sirenas sonando. Llevaron a Sloane a urgencias, pero no me dejaban pasar a la zona de tratamiento con ella, así que me quedé en la sala de espera.

La enfermera que estaba en la recepción me había dicho que me llamarían después del primer examen, pero ya habían pasado cuarenta y cinco minutos y estaba de los nervios. Me acerqué para preguntar por tercera vez si podía ver a Sloane.

—Señor, todavía no hay ninguna actualización.

Levanté el teléfono de Sloane.

—¿Podrías darle esto al menos? Está conectado a su sensor de glucosa y los médicos podrían necesitar el historial.

La mujer suspiró, pero abrió la ventana de cristal y lo cogió. Unos minutos más tarde, abrió la puerta.

—¿Señor Hayes?

Prácticamente corrí hasta ella.

—Sígame. Su amiga está en la cama ocho.

La sala de emergencias era un espacio grande y abierto con una estación de enfermería en el centro. Alrededor había habitaciones de cristal con números en la parte superior. Vi el pelo de Sloane al pasar. Se me relajaron un poco los músculos del cuello al verla sentada en la cama. Estaba conectada a una vía y un montón de monitores, y se la veía un poco pálida, pero estaba viva, y eso era lo más importante. Corrí a su lado y le cogí la mano.

La enfermera cascarrabias sonrió y cerró la puerta tras ella.

—¿Estás bien?

Sloane asintió.

—Tenía el azúcar bajo, pero estoy bien. Siento haberte asustado.

—¿Por eso sonó la alarma esta mañana?

—Supongo que no debería haberla ignorado; pero han sonado tantas alarmas falsas últimamente, y lo único que necesita siempre es reiniciarse.

Fruncí el ceño.

—Hasta que no ha sido eso.

—Lo siento.

Levanté su mano y le di un beso.

—Me has dado un susto de muerte. ¿Cómo está tu cabeza?

—Algo mejor, pero me van a hacer una radiografía y una resonancia porque perdí el conocimiento y no sé cómo de fuerte ha sido el golpe; aunque el dolor también puede ser de la propia convulsión.

—¿Has tenido convulsiones antes?

—Algunas veces, pero no desde hace años.

—No tenía ni idea de lo que hacer. Me sentía muy inútil.

Sonrió.

—Lo has hecho bien. Me encontraste y pediste ayuda médica, eso es siempre lo más seguro.

—He roto la cerradura de tu baño.

Su sonrisa se volvió más amplia.

—No pasa nada.

Mientras Sloane parecía pensar que todo había vuelto a la normalidad, yo no podía deshacerme de la preocupación. ¿Y si no hubiera estado allí? Podría haber estado en la bañera en lugar de la ducha y haberse ahogado.

Me pasé una mano por el pelo.

—No puedo quedarme en Londres.

—¿Te refieres a cuando vuelvas el lunes?

Negué con la cabeza.

—No, no quiero estar tan lejos de ti.

Sloane suavizó la mirada.

—Es muy dulce por tu parte, pero de verdad que estoy bien.

—No me importa. Tal vez…

Lo que fuera que iba a decir se vio interrumpido por media docena de bomberos con su equipamiento caminando por urgencias. Su hermano Will iba a la cabeza. Tenía la cara negra de hollín, igual que otros cuantos.

—¿Estás bien, Peaty? —preguntó desde la puerta.

—Estoy bien, no tendrías que haber venido. Se lo dije a los otros chicos antes de que se fueran.

—Ese grupo va a correr veinte kilómetros cada mañana y cada noche por no decirme que te habían traído aquí.

—No querían preocuparte mientras estabas ocupado.

—Me da igual. —Will se percató de mí por primera vez. Asintió—. ¿Qué hay, tío?

—Recuperándome del infarto que me ha dado tu hermana cuando la encontré desmayada en el suelo con una convulsión.

Will meneó la cabeza.

—¿Qué le ha pasado a tu sensor?

—Lo reinicié cuando sonó la alarma.

—¿Y no comprobaste la glucosa?

—Pensaba que era una falsa alarma. Me ha estado pasando mucho últimamente.

Will señaló a su hermana con dos dedos formando una V.

—Tú y yo vamos a tener una charla cuando salgas de aquí. Eso ha sido una tontería.

Sonreí.

Sloane lo vio de refilón y entrecerró los ojos.

—¿Por qué estás tan contento?

Señalé a su hermano.

—Me alegra que esté por aquí, porque pienso igual, pero me das un poco de miedo.

Will sonrió. La enfermera entró.

—Em… nos encanta veros, chicos, pero voy a tener que pediros que esperéis fuera.

Will asintió.

—Claro, Renee. ¿Cómo está mi hermana?

—Va a estar bien, capitán. —La enfermera me señaló con el pulgar—. Estoy bastante segura de que él la va a envolver en papel de burbujas cuando se vayan, así que supongo que estará bien cuidada.

Ojalá pudiera envolverla en papel de burbuja después de aquello. Tal vez también podría llevármela conmigo a todas partes.

Will me puso una mano en el hombro.

—Tengo que llevar el camión a la estación. ¿Tú te quedas?

—No voy a irme a ninguna parte.

Se inclinó y le dio un beso a su hermana en la mejilla.

—Dime algo dentro de una hora o envío a todo el equipo.

—Sí, papá.

Los chicos acababan de irse cuando la enfermera, Renee, volvió.

—Vamos a bajar a la señorita Sloane para hacerse una resonancia en unos minutos. Acaban de llamar desde el mostrador de admisiones avisando de que su padre está aquí. No podrás esperar en la zona de tratamiento mientras está en la resonancia, así que mejor si actualizas a su padre en la sala de espera.

Asentí.

—Sí, claro. ¿Cuánto tardará la resonancia?

—Probablemente una hora o menos, depende de la acumulación que tengan.

—Vale, gracias.

Le di un beso a Sloane y salí de la sala de examen con la enfermera.

—¿Me avisarás cuando vuelva?

Sonrió.

—Sí, lo haré.

—De acuerdo. Cuídala.

En el vestíbulo me encontré a Harry en el mostrador. Me acerqué y le conté los detalles. Señaló la salida.

—Parece que va a estar ahí un rato. ¿Y si tomamos algo de aire fresco? Estás un poco verde, hijo.

—Suena bien.

Una vez fuera, me agaché con las manos en las rodillas, cogiendo aire.

El padre de Sloane sonrió.

—Te preocupas mucho por ella. Lo noto en lo intranquilo que estás.

—Sí, ha sido horrible encontrarla así.

Asintió.

—La madre de Sloane, Lily, era diabética. Solo tuvo convulsiones una vez, pero fue algo que nunca olvidaré. Vi un montón de emergencias médicas en mis años de trabajo, pero no es lo mismo cuando es alguien a quien quieres.

Pestañeé un par de veces.

—Joder. Sí que la quiero.

—Parece que te estás dando cuenta ahora mismo. —Harry soltó una risita—. ¿Nunca te has enamorado? Te lo podría haber dicho hace dos meses, idiota.

Capítulo veintisiete



Wilder

Hace diez años

—¿Quiénes son todas esas mujeres? —Andrew estaba sentado conmigo en el porche trasero de la nueva casa que había alquilado.

Me encogí de hombros.

—No tengo ni idea. Whitney y yo llevamos más de siete meses juntos y nunca he visto al noventa por ciento de ellas, aunque me las ha presentado como sus mejores amigas.

—Sin ofender, pero se les están saliendo las tetas y el culo. Parece más una previa a salir de fiesta en Miami que un *baby shower*. No sé dónde cojones mirar cuando estoy dentro sin meterme en problemas.

Solté una risita.

—Lo sé. ¿Por qué crees que estoy aquí fuera contigo, idiota?

Mi colega levantó la botella de cerveza.

—He hecho una tanda de cosmos y los he vertido aquí por los viejos tiempos. También tengo dos vasos de chupito en el bolsillo. ¿Te apetece?

—Por supuesto.

Sirvió dos chupitos muy llenos y me pasó uno.

—Por tetas y culos.

Solté una risita.

—Por tener un bebé sano sería más apropiado, pero sí, eso me parece bien.

Nos bebimos los chupitos y Andrew hizo un gesto hacia la casa.

—Cuando mi hermana celebró su *baby shower* la casa se llenó de tías, madres y abuelas. La mitad de los invitados tenían más de cincuenta años.

Asentí.

—Mi madre iba a venir con mi tía Lena, pero en el último momento no se sentía bien para viajar.

—¿Cómo está Charlotte?

—Acaba de empezar la segunda ronda de quimio, así que no muy bien. Voy a visitarla la semana que viene antes de que empiecen las clases y llegue el bebé.

—Lo siento, tío. Es demasiado joven para estar enferma. Tienes demasiadas cosas en la cabeza. —Miró por el jardín—. Este sitio está muy bien, es grande. El alquiler debe de costar una fortuna.

Me encogí de hombros.

—Whitney lo eligió. No sé por qué necesitamos cuatro habitaciones cuando solo estamos nosotros dos y el bebé, pero le hacía feliz.

—¿Hay alguien de su familia?

Negué con la cabeza.

—Sus padres están divorciados. Su padre está enfermo y su madre vive en Nueva Jersey. Dijo que era demasiado lejos para venir en coche al *baby shower*.

—Y aun así Charlotte iba a volar desde Inglaterra con cáncer y mi hermana ha conducido desde Filadelfia.

Fruncí el ceño.

—Sí, lo sé.

—¿Qué pasa con…?

La puerta corredera se abrió, deteniendo a Andrew en mitad de la frase. Su hermana, Ella, salió al porche trasero. No la había visto en un año, desde su fiesta de graduación. Había terminado su primer año de derecho en la Universidad de Pennsylvania.

—Aquí estás —dijo—. ¿De qué habláis tan juntitos?

—De no mucho.

Se sentó en el reposabrazos de la silla de Andrew.

—¿Has comido? La comida está muy buena.

Mi amigo se tocó su nueva barriga. Había cogido algunos kilos. Este tío siempre había podido comer lo que quisiera y quedarse igual de delgado.

—Dos platos enteros.

—¿Ha hecho alguien toda esa comida? —preguntó Ella.

—Na. Whitney la pidió de un restaurante de Boston.

—¿Ella la ha pedido? ¿No quienes organizan la fiesta?

—Todas sus amigas son estudiantes sin blanca, así que yo he pagado la fiesta.

—¿Y su familia? ¿Están aquí?

Miré a Andrew de reojo.

—No, no han podido venir.

—¿Qué piensan de que esté embarazada?

Me encogí de hombros.

—Que está bien, supongo.

—¿Te caen bien?

—No los he conocido todavía.

—¿No los has conocido? ¿Por qué?

Meneé la cabeza.

—Vas a ser una buena abogada. Siento como si me estuvieras interrogando.

Ella se inclinó hacia delante.

—Querrás decir que vamos a ser buenos abogados.

Volví a mirar a Andrew.

—¿Te han dicho algo de Yale?

Sonrió.

—Sí. Estoy admitido, me enteré ayer.

—¿Por qué no me lo has dicho?

Se encogió de hombros.

—No lo sé. Empezamos a hablar de la salud de Charlotte y del padre enfermo de Whitney. No creía que fuera oportuno celebrarlo.

—Es una locura. Debería haber sido lo primero que dijeras al entrar por la puerta. Enhorabuena, tío. Estoy orgulloso de ti.

—Gracias.

Ella se puso de pie.

—Voy a por vino. ¿Vosotros queréis algo?

Levanté la cerveza, que había dejado en el suelo, y la agité. Estaba casi vacía.

—Yo quiero otra. Gracias.

Andrew asintió.

—Yo también. Gracias, Ella.

Me recosté en la silla con un suspiro.

—¿Quién diría que nuestras vidas acabarían así? Soy viejo y prácticamente estoy casado, y tú estás soltero.

Andrew esbozó una sonrisilla.

—Sí que lo estoy.

Solté una carcajada.

—Me alegro por ti. En todos los sentidos.

—¿Qué hay de ti? —Apuntó con la cerveza a la casa—. ¿Eres feliz?

—Seré más feliz cuando escuche mi nombre en la selección en unos meses.

Asintió.

—Pasará, pero ¿qué hay de la situación que tienes aquí? ¿Eres feliz con Whitney?

Reflexioné sobre ello.

—Seré sincero: no estaba especialmente entusiasmado cuando supe que estaba embarazada. No era parte de mi plan en los próximos cinco años. Joder, ni siquiera estaba seguro de que lo fuera en diez. He tenido que tomar decisiones difíciles, pero ¿sabes qué?

—¿Qué?

Sonreí.

—Ahora estoy feliz. Hablo con mi hijo cada noche, a veces hasta le canto.

—Te he oído cantar. Eres cruel.

—Cállate, gilipollas. —Me reí—. Pero sí, tengo ganas de conocer a mi hijo pronto.

—Eso es genial, pero no has respondido a mi pregunta.

—¿Cuál era tu pregunta?

—Te he preguntado si eres feliz con Whitney.

—Estoy aprendiendo a serlo. Tuvimos algunos problemas al mudarnos juntos. Por ejemplo, ella es muy desordenada y a mí me gusta que esté todo limpio; pero estoy feliz de que vaya a tener a mi bebé. —Hice una pausa—. Estoy pensando en pedirle matrimonio.

—¿En serio?

—¿Por qué pareces tan sorprendido? Vamos a tener un hijo, por el amor de Dios.

—Supongo; pero hazme un favor y asegúrate de tener un buen contrato prenupcial.

Se me erizó la piel.

—¿De verdad? ¿Te digo que estoy pensando en prometerme y esa es tu reacción?

—Solo cuido de ti. Venís de dos mundos muy diferentes, tío.

—Igual que nosotros.

—Sí, pero yo no tengo derecho a la mitad de tus bienes si terminara nuestra amistad.

Capítulo veintiocho



Sloane

La doctora Connolly, la médico de urgencias que me había examinado cuando llegué, llamó a la puerta abierta de cristal.

—Creo que tendrás problemas cuando llegues a casa —dijo.

Fruncí el ceño.

Sonrió y entró.

—Will ha llamado. Ha dicho que tenías que haberle mandado una actualización, pero no lo has hecho.

—Mierda. Lo había olvidado. Es peor que un padre sobreprotector, y ya tengo uno de esos.

—Es bonito.

—No cuando tienes dieciséis años, llegas quince minutos tarde a casa y él está esperando en la puerta con un machete.

—Un machete es bastante intimidante. Mi hermano solo se quitaba la camiseta y enseñaba músculo. Iba al gimnasio todos los días, así que pensaba que era un tipo duro, pero en realidad medía un metro setenta y era bastante escuálido, así que mis citas solo se reían de él. Me imagino que el bombero Will con un machete da bastante miedo. Eres lista al haber elegido un novio que parece que le puede plantar cara.

Sonreí.

—Wilder jugaba al *rugby.*

—Lo sé. Las enfermeras estaban cuchicheando algo sobre un famoso por aquí. No sigo los deportes, así que no me había dado cuenta, pero me han dicho que es bastante importante.

—Eso es lo que he oído, aunque tampoco sabía quién era cuando nos conocimos.

Sacó un taburete y se sentó a mi lado.

—Bueno, antes de bajarte para tu resonancia, quería hablarte de los resultados del análisis de sangre. —Removió algunos papeles—. Tu concentración de glucosa estaba donde debía cuando te hicimos la prueba aquí en el hospital, ya que te administraron dextrosa al cincuenta por ciento en la ambulancia. Eso es bueno.

Asentí.

—Es todo culpa mía. La alarma del sensor sonó y la ignoré. Han saltado varias falsas alarmas últimamente y estaba durmiendo, así que no comprobé mi nivel de azúcar. Debería haberlo hecho, lo sé, aunque he estado comiendo bien, así que no debería haber bajado tanto.

La doctora Connolly asintió.

—Sé por qué tu cuerpo está tan alterado.

—¿A qué te refieres?

—Sloane, estás embarazada.

—¿Qu…? ¿Qué?

—Es un procedimiento común, cuando una paciente llega con diabetes, hacer un chequeo completo para ver qué ocurre en el cuerpo. Una de las pruebas era de embarazo y la tuya ha salido

positiva. —Ofreció una sonrisa dudosa—. He supuesto que sería una sorpresa, ya que en tu hoja de admisión indicabas que tu última menstruación había sido hace solo un mes y respondiste que no cuando te preguntaron si estabas embarazada.

—Pero… pero… Hemos usado protección. Todo el tiempo.

—Ningún método anticonceptivo es efectivo al cien por cien.

Me empezó a dar vueltas la cabeza y sentí como si me fuera a desmayar de nuevo.

—Ay, Dios mío.

La doctora Connolly se levantó y subió la barandilla de la cama.

—Respira hondo, Sloane. Inspira unas cuantas veces.

—¿Se lo has dicho a Will? —No sé por qué había preguntado eso. Will era el menor de mis problemas.

—No, por supuesto que no. Nunca revelaría información médica privada sin tu consentimiento.

Sacudí la cabeza y bajé la mirada.

—Lo siento, ha sido una pregunta estúpida.

—No pasa nada. Tu privacidad nos preocupa a ambas. ¿Te gustaría hablar de ello? Podemos discutir tus opciones o puedo responder cualquier pregunta médica que tengas sobre la diabetes y el embarazo o… —Se detuvo y esperó a que levantara la mirada—. O podemos hablar de cómo te sientes ahora mismo. No solo soy doctora, también soy una mujer.

La miré con los ojos llenos de lágrimas.

—Wilder y yo no llevamos mucho tiempo juntos. Hace menos de un año estaba prometida con otro hombre.

—¿El bebé es de Wilder?

—No he estado con nadie más desde mi ex. —Me palpitaba el corazón—. Ay, Dios, ¿cómo voy a decírselo? Ya le he dado un buen susto hoy, fue él quien me encontró convulsionando en la ducha.

—Bueno, no tienes que contárselo hoy. Tal vez necesites algo de tiempo para asimilarlo por ti misma. Estás en todo tu derecho, Sloane.

Inspiré hondo y asentí.

—Sí, es verdad.

—Acabas de experimentar un enorme trauma médico: una convulsión y puede que un traumatismo. Solo eso es mucho para cualquier persona, no va a cambiar nada si te das unos días o semanas, el tiempo que necesites para recuperarte antes de lidiar con esta nueva condición médica.

Había olvidado todo sobre un posible traumatismo.

—¿Es seguro hacerse una resonancia estando embarazada?

—Hay estudios que han demostrado sistemáticamente que la cantidad de radiación utilizada en las imágenes de una resonancia no causa ningún daño al bebé, y solo escanearán tu cabeza, no tu abdomen; pero, por supuesto, la elección es tuya.

Me sentía tan perdida.

—¿Qué harías tú?

—Tienes un buen bulto en la cabeza, así que sabemos que es probable que te dieras un golpe cuando perdiste la consciencia. No tienes visión borrosa ni estás vomitando ni te pitan los oídos, que son señales positivas considerando las posibilidades de derrame interno, pero yo me haría la resonancia por si acaso. La hemorragia craneal puede tratarse en sus primeras etapas, pero es peligroso si no se hace.

Asentí.

—Vale, entonces hagamos la resonancia.

—De acuerdo. —La doctora Connolly se levantó—. Le diré a una enfermera que te baje y cuando vuelvas vendré a comprobar cómo estás.

—Gracias.

Apoyó una mano en mi brazo.

—Vas a superar esto. Te lo prometo.

No estaba segura de que fuera cierto, pero asentí.

—Gracias, doctora Connolly.

Durante la siguiente hora pasé por el proceso de la resonancia. Afortunadamente, los técnicos me ayudaron a subir y bajar de la

camilla porque, aunque los miraba mientras hablaban, no oía ni una palabra.

«Embarazada». Seguía repitiéndome esa palabra en la cabeza. «Estoy. Embarazada».

Nunca había tenido ni un susto, ni cuando me tomaba la pastilla y un día se me olvidó. Gracias a Dios que no pasó cuando estaba con Josh, no me podía imaginar teniendo su bebé. ¿Se habría casado conmigo y estaría atrapada en un matrimonio donde mi marido se sentiría enclaustrado y se cuestionara si seguía enamorado de otra mujer? ¿O estaría criando al bebé yo sola?

¿Por qué demonios estaba perdiendo el tiempo con esto cuando tenía que averiguar cómo decírselo al verdadero padre de mi bebé?

Wilder.

Ay, Dios. ¿Cómo iba a tomárselo? Ese hombre no había tenido una relación de más de dos meses en una década. ¡Dos meses! ¡Eso no es ni el primer trimestre! ¿Y si me dejaba y me quedaba sola el resto del tiempo? No quería que Will o mi padre estuvieran en el paritorio conmigo. ¿Estaría sola? ¿Una enfermera y yo, a la que acabara de conocer en un hospital con poco personal? Probablemente ni podría darme la mano porque estaría muy ocupada.

Empecé a hiperventilar mientras esperaba en la pequeña habitación a que alguien me llevara de vuelta a urgencias en silla de ruedas. «Urgencias, donde Wilder está esperando».

La técnico que había hecho la resonancia se acercó. Empezó a decir algo, pero, cuando me miró, entró en acción y pulsó el botón rojo que había en la pared.

—¿Qué pasa, señorita Carrick? ¿Puede hablar conmigo?

No podía. Me llevé la mano al pecho y respiré hondo con dificultad. Unos segundos más tarde, irrumpió un equipo de personas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó alguien.

—No lo sé, estaba bien cuando la saqué de la máquina. Iba a llamar al celador y cuando he vuelto estaba hiperventilando.

—Vamos a ponerle un monitor. —De repente estaba volando por el pasillo en una camilla, de vuelta a urgencias. La doctora Connolly estaba en la habitación de otro paciente cuando pasamos, pero salió corriendo y nos siguió.

—¿Qué ha pasado? —gritó.

La enfermera seguía avanzando.

—Creo que puede ser un ataque de pánico, pero quiero ponerle un monitor para estar segura.

Quince minutos más tarde, después de hacer respiraciones guiadas y ponerme una máscara de oxígeno, volví a la normalidad. Me tumbé en la cama, exhausta, como si hubiera corrido una maratón sin haber entrenado ni un día.

La doctora Connolly sonrió.

—Bueno, has hecho una entrada triunfal.

—Estoy muy avergonzada. —Meneé la cabeza.

—No tienes que avergonzarte de nada, te han pasado muchas cosas. Yo no he tenido una convulsión y un daño en la cabeza esta mañana y estoy bastante segura de que, si alguien me dijera que estoy embarazada ahora mismo, estaría en una camilla a tu lado, quitándote la máscara de oxígeno.

Seguro que estaba siendo amable, pero lo agradecía.

—Gracias.

—Lo bueno es que has asustado al Departamento de Resonancias, así que han leído tus imágenes rápido y todo parece en orden, pero voy a ingresarte, por si acaso. Una noche en observación después de un daño en la cabeza nunca está de más. Además, me gustaría que alguien observara tu monitor. Con todos los cambios que está sufriendo tu cuerpo quiero asegurarme de que tu sensor funciona correctamente. —Tecleó en un iPad—. También tendrás tiempo para pensar, porque no puedes recibir visitas durante mucho rato cuando estás en el protocolo de contusión. Necesitas descansar.

Estar en el hospital daba menos miedo que volver a casa y tener que enfrentarme a Wilder. Asentí.

—Vale.

Escribió algo más en su iPad y lo abrazó.

—Creo que hay dos hombres muy ansiosos molestando en la recepción.

«Ay, Dios. ¡Mi padre está aquí!». Se me había olvidado por completo que lo habían dicho antes. ¿Qué iba a decir él cuando se enterara de que estoy embarazada?

—¿Quieres que les diga a tus visitantes que todo está bien y que tienen que volver más tarde? Puedo decirles que estamos hasta arriba, que siempre suele ser así. De esa forma puedes descansar un poco antes de verlos.

Negué con la cabeza.

—Gracias, pero estoy segura de que mi padre está preocupado. No quiero hacerlos esperar más de lo necesario.

—¿Y si los dejo entrar un ratito para que vean con sus propios ojos que estás bien? No podrán ir contigo cuando te ingresen en planta, así que si quieres puedo intentar que se den prisa.

Solté un suspiro de alivio.

—Eso sería genial, gracias.

—No hay problema. Te daré unos minutos, después le diré a la enfermera que los traiga.

No mucho más tarde, Wilder y mi padre entraron. Cada uno se puso a un lado de la cama.

—¿Estás bien? —Wilder me cogió la mano—. ¿Te han dado los resultados de la resonancia?

—¿Cómo está tu azúcar? —preguntó papá—. ¿Y por qué no sonó la dichosa alarma? Voy a llamar a la compañía y…

Levanté una mano.

—Papá, ha sido culpa mía: la alarma sonó y la reinicié.

Mi padre miró a Wilder. Él asintió.

—No sabía qué hacer, pero ahora sí. Créeme, no volverá a ignorarlo. —Wilder se volvió hacia mí—. ¿Y la resonancia?

—Todo ha salido bien.

Suspiró aliviado, pero yo estaba a punto de volverme loca y soltar las palabras que no estaba preparada para decir.

—¿Te van a dar de alta? —preguntó Wilder.

—No. Me van a dejar una noche en observación.

—Bien. —Se agachó y me besó la frente—. Mejor prevenir que curar.

Los dos me acribillaron a preguntas médicas hasta que sonó el teléfono de mi padre, que miró la pantalla.

—Es Will. Voy a salir a contestarle y le doy la actualización.

—Vale.

Cuando solo estábamos Wilder y yo, me acarició el pelo.

—Me has dado un susto de muerte, bizcochito.

—Lo siento.

—Me ha hecho darme cuenta de algo.

—¿Qué?

Me miró a los ojos.

—Yo… Yo… —Por un momento pensé que iba a decirme que me quería, pero entonces se aclaró la garganta—. Tengo que ir a una clase de primeros auxilios para refrescar la memoria, RCP y eso. La última vez que tuve una fue en el instituto.

—Eso es muy dulce por tu parte, pero no volveré a ignorar la alarma, así que no es necesario.

—Tal vez no, pero nunca se sabe lo que la vida va a ponerte por delante y quiero ser capaz de cuidar de ti.

Se me derritió el corazón. Su preocupación también hacía que me sintiera fatal por no decirle que estaba embarazada, pero la doctora tenía razón: necesitaba un momento. O dos.

Mi padre regresó y cerró la tapa del teléfono. Se negaba a comprar uno más moderno. Me hizo sonreír.

—Will va a venir cuando termine su turno.

—Estoy bien, dile que no hace falta. Tú también deberías irte, papá. El bar abrirá pronto.

Mi padre negó con un gesto de la mano.

—Eh. Frank entra cuando llego tarde.

Tenía la cabeza revuelta y el corazón en un puño de mantener el secreto y me costaba hablar. Por suerte, unos minutos más tarde la doctora Connolly entró en la habitación.

—Vamos a subir a la señorita Carrick a planta para ingresarla dentro de poco —dijo—. Las horas de visita son de once a ocho, pero los visitantes no pueden pasar durante los traslados, para que los doctores y enfermeros puedan acomodar al paciente.

—¿Cuánto tiempo tardará? —preguntó Wilder.

—Probablemente una hora o dos, pero creo que la señorita Carrick necesita algo de descanso, así que, ¿qué tal si volvéis por la tarde?

Wilder frunció el ceño, pero asintió.

—Vale.

La doctora Connolly me miró de reojo antes de marcharse.

—Os daré unos minutos para que os despidáis.

—Volveré más tarde —dijo mi padre—. Te traeré algo para comer. —Me dio un beso en la mejilla y levantó la barbilla hacia Wilder—. Te veo fuera.

Wilder parecía estresado.

—¿Estarás bien? Odio tener que dejarte.

Sonreí.

—Estaré bien.

Buscó mi mirada.

—No sé qué habría hecho si te hubiera pasado algo malo.

—Siento haberte asustado.

—Solo estoy contento porque estás bien. —Me dio un beso casto en los labios—. Volveré luego.

—¿A qué hora sale tu vuelo mañana?

—Ya lo he cambiado. No me iré a ninguna parte en un tiempo.

Dios, esperaba que eso siguiera así después de darle las noticias.

—Hola. —Esa tarde, la doctora Connolly apareció por la puerta de mi habitación—. He pensado en pasar a ver qué tal estabas antes de irme. Mi turno acaba de terminar.

—Gracias. —Me incorporé un poco en la cama—. Estoy bien, la glucosa está estable.

—Genial. —Entró y acercó la silla que había en la esquina—. Pero me preocupaban menos tus niveles de glucosa que tus niveles de estrés.

Suspiré.

—No se lo he dicho a Wilder todavía. Ha venido de visita y se ha quedado hasta que lo han echado, pero no he podido pronunciar las palabras.

—¿Lleváis mucho tiempo juntos?

Negué con la cabeza.

—Es muy reciente. Nos conocimos hace unos meses.

—¿Lo quieres?

Asentí.

—Creo que lo quería desde antes de acceder a salir con él.

Sonrió.

—Te hiciste la dura, ¿eh?

—En mi caso, tenía más miedo a que me volvieran a hacer daño, pero sí… me tomó un tiempo.

—No suelo compartir mi información personal con mis pacientes, pero soy madre soltera.

—¿En serio?

Asintió.

—Es una larga historia, pero el padre de mi hija es un buen amigo. Hicimos la residencia juntos y pronto nos dimos cuenta de que estaríamos mejor como amigos.

—¿Tiene relación con ella?

—Sí. Se casó hace poco y su nueva mujer es genial. Me digo que mi hija tiene suerte por tener tres padres. Con suerte cuatro algún día, si llego a conocer al hombre perfecto. —Se encogió de hombros —. En fin, después de irte hoy, estaba pensando mucho en cómo me

sentí cuando me enteré, y pensé en venir por si querías hablar. Puede que ya hayas hablado con una amiga o alguien, pero me he pasado por si acaso.

—Te lo agradezco. Antes iba a llamar a mi mejor amigo, pero no me sentía bien contándoselo a alguien antes que a Wilder.

Sonrió.

—Yo sentí lo mismo. Tardé una semana en contárselo a Mark, y creo que solo se lo dije porque iba a explotar si no lo hacía.

—Ya, no sé si llegaré a una semana. Me he sentido muy culpable cuando Wilder ha venido a visitarme esta tarde. Además, no dejaba de preguntarme si pasaba algo y odiaba mentirle. Estoy en el hospital, así que cuando estoy en silencio cree que me duele algo y que no se lo digo para que no se preocupe, pero eso solo le preocupa más.

—Parece un novio cariñoso.

—Lo es. Es todo lo contrario a lo que me esperaba cuando nos conocimos. —Suspiré—. ¿Tienes algún consejo sobre cómo decírselo?

—La verdad es que sí. Dos consejos: el primero, averigua qué quieres tú antes de decírselo. ¿Te ves teniendo hijos?

Asentí de inmediato.

—Desde luego. Quiero una familia.

—Entonces, ¿es cosa del momento y las circunstancias?

—Sí.

—¿Tienes un buen equipo de apoyo de familia y amigos?

Pensé en mi hermano criando a una adolescente él solo, cómo nos habíamos reunido para apoyarle y nos mudamos al bloque para echar una mano. Esa era mi familia. Se me llenaron los ojos de lágrimas, esta vez de alegría.

—Tengo el mejor apoyo familiar.

Sonrió.

—Eso es genial. Bueno, parece que quieres una familia, e incluso si tu novio terminara no estando presente, puedes seguir adelante. Esas son dos cosas importantes. El momento y las circunstancias

suelen estar fuera de nuestro control, incluso cuando se tiene todo planeado.

Pensé en mis padres y en cómo lo habían hecho todo en orden: comprometerse, casarse, tener niños. Fueron el momento y las circunstancias perfectas, aunque mira lo que pasó: mi madre no tenía todo el tiempo que pensaba y mi padre acabó en unas circunstancias que no esperaba: padre soltero de tres niños. A veces, incluso los planes más elaborados te llevan a un lugar distinto.

—Gracias —le dije—. Desde luego, me estaba enfocando en otra cosa. Estaba tan preocupada por lo que Wilder iba a querer, que no me había parado a preguntarme qué quería yo.

La doctora Connolly sonrió.

—Dejaré que descanses. Deberías dormir, tu cuerpo necesita recuperarse después de lo de hoy.

—Gracias.

Se puso de pie.

—Cuídate, Sloane. Encantada de conocerte.

—Lo mismo digo.

La doctora Connolly estaba saliendo por la puerta cuando me acordé de algo.

—¡Oye, espera!

Se giró.

—Has dicho que tenías dos consejos. ¿Cuál era el otro?

Sonrió.

—No se lo digas después de haber hecho una colonoscopia juntos. Estará tan blanco como un fantasma y la pobre paciente se echará a llorar porque estará segura de que le vas a decir que tiene cáncer.

Capítulo veintinueve



Sloane

Me miré en el espejo, me puse de lado y me acaricié el vientre con una mano.

Ya había pasado una semana desde mi visita a urgencias y todavía no podía creerme que estuviera embarazada, aunque era fácil fingir que no lo estaba cuando nadie lo sabía, ni siquiera Wilder. Me había prometido que se lo diría antes de que se fuera a Inglaterra, hacía ya tres días, pero me eché atrás en el último segundo. Mantener un secreto tan importante me estaba comiendo viva, así que había decidido que se lo diría al día siguiente. Incluso había escrito lo que le iba a decir y lo había practicado frente al espejo. Solo necesitaba terminar la boda de esa noche, dejar que disfrutara de la velada con sus amigos, y entonces sería el momento.

Wilder y yo deberíamos haber ido juntos a la boda. Normalmente iba con Elijah, pero su abuela había fallecido inesperadamente hacía tres días, así que estaba en su casa, en Utah, hasta el domingo, y lo iba a sustituir otro fotógrafo. Después se retrasó el vuelo de Wilder, así que iba a ir sola. Puede que fuera la primera vez que estaba aliviada de que no estuviera conmigo. La boda lo mantendría ocupado, con sus tareas de amigo del novio y demás, y tendría una mentira menos que contar cuando, inevitablemente, me preguntara por qué estaba tan callada. La excusa de la contusión y el cansancio no me duraría mucho más. Ya estaba diciéndome que debería ver a la doctora de nuevo, y odiaba preocuparlo.

Me miré en el espejo por última vez. Para calmar los nervios de hoy, me había mantenido ocupada: me había hecho ondas en el pelo, me había maquillado los ojos hasta con delineador y me había pintado las uñas de las manos y los pies. Mi vestido era precioso, verde, como le gustaba a Wilder, con escote y una raja más alta de lo que solía llevar. Me veía bien, muy bien. Ojalá la manera en la que me veía por fuera pudiera calar en cómo me sentía por dentro.

Miré mi vientre por última vez y me pregunté cuánto tiempo podría seguir entrando en el resto de los vestidos. Suspiré hondo, cogí mi bolso de mano plateado y salí por la puerta.

La boda de esa noche se celebraba en un sitio del que había hablado en la revista. Lo habría escogido para mi propia boda, si el precio hubiera estado cerca de lo que Josh y yo nos podíamos permitir. Me encantaba tanto que ni siquiera los nervios que sentía me arruinaron el momento de llegar a la Biblioteca Pública de Nueva York.

Era un edificio mágico, especialmente de noche, con una alfombra roja sobre la enorme escalera de mármol y lucecitas brillantes adornando las barandillas. Hice unas cuantas fotos para las redes de la revista y entré.

—Hola, Sloane. —Aiden, el novio de la primera boda a la que había asistido en este proyecto, estaba esperando en el vestíbulo. Era un chico majo, nada que ver con su media naranja, Piper.

—Hola, Aiden. ¿Qué tal estás?

—Bien. —Señaló el pasillo y sonrió—. Esperando a mi adorable mujer.

¿Adorable? Sobre gustos no hay nada escrito, supongo.

—¿Cómo está Piper?

Se metió las manos en los bolsillos y se balanceó en el sitio.

—Embarazada.

Me quedé boquiabierta, pero conseguí esbozar una sonrisa.

—Vaya. Eso es… bueno, rápido; pero son buenas noticias. Enhorabuena.

Él sonrió.

—Piper quería empezar una familia enseguida. Ocurrió el primer mes que lo intentamos.

—Es estupendo.

Piper apareció por el pasillo. Llevaba un vestido blanco crudo. En una boda. Aun así, me miró de arriba abajo.

—Verde. —Frunció los labios en una sonrisa criticona—. Otra vez.

Fue difícil no poner los ojos en blanco, pero, en lugar de eso, me obligué a esbozar una amplia sonrisa.

—Hola, Piper. ¿Cómo estás?

—Embarazada.

—Sí. Enhorabuena. —Señalé a su marido—. Aiden acaba de darme las buenas noticias.

—Hubiera preferido esperar, pero no quería quedarme embarazada a la vez que la mitad de las mujeres de los amigos de Aiden. Ya es bastante malo habernos casado todos el mismo año. Me gustaría que la atención recayera al menos en mí y en mi bebé, en lugar de compartirla otra vez.

Esa era la primera cosa positiva que veía de estar embarazada… Piper se molestaría cuando se enterara.

—He oído que Wilder y tú estáis juntos —dijo entrecerrando los ojos.

Asentí.

—Estamos juntos, sí.

—Entonces supongo que enhorabuena para ti también. Has estado con él más tiempo que la mayoría.

Esta mujer era de otro mundo y a mí no me salía siquiera esbozar una buena sonrisa falsa, así que se tuvo que conformar con una de plástico.

—Debería ir a la *suite* nupcial.

Agradecía que no fuera una de las damas de honor, porque así no tenía que estar cerca de ella, aunque cuando entré en la *suite* nupcial y vi un mar de los mismos vestidos azules, me pregunté si ella era la única invitada que no era parte del cortejo nupcial. La habitación olía como la sección de perfumes de Sephora la semana antes de Navidad. Me entraron náuseas.

—Hola. —Miré alrededor y le hablé a una asistente—. Soy redactora de la revista *Bride* y voy a cubrir la boda de esta noche para un artículo. ¿Está aquí la novia?

—Está en la otra habitación, con el resto del cortejo nupcial.

—¿El resto del cortejo nupcial? ¿Cuántas personas hay exactamente?

La mujer se rio.

—Veintidós damas de honor. Al parecer es el número de la suerte de la novia. Si añadimos a los amigos del novio y a los protagonistas, son cuarenta y seis.

—Guau. —«Nota para un futuro episodio de YouTube: ¿cuántas damas de honor son suficientes?». Tendría que apuntármelo para no olvidarlo—. ¿Has visto al fotógrafo de la revista? —le pregunté—. Había quedado aquí, pero no lo conozco.

—Creo que ya está con la novia, pero, si te soy sincera, ya he perdido la pista a todo el mundo porque son muchas personas.

Asentí, respiré hondo y entré para buscar por mí misma. Esperaba lo peor, una novia con veintidós damas de honor tendría que ser una diva, pero me sorprendí gratamente: Marley era encantadora. Al parecer, la suya era una familia de acogida y la mayoría de los invitados a la boda eran sus hermanos de acogida de las últimas dos décadas. No quería dejar a nadie fuera, ya que los consideraba a

todos parte de la familia. Había juzgado mal. Me lo pasé muy bien durante la hora que estuve conociendo a todo el mundo y trabajando con el fotógrafo sustituto.

Mientras el cortejo nupcial se preparaba para la ceremonia, me di cuenta de que no había pensado en que estaba embarazada, al menos hasta que noté una mano alrededor de mi estómago. Wilder me apretó contra él.

—Aquí está mi chica. —Su aliento cálido en mi cuello me puso la piel de gallina.

Me giré.

—Hola. Has llegado.

Presionó sus labios contra los míos.

—Te he echado de menos.

Sonreí.

—Solo han pasado tres días.

—Tres días muy largos.

La música que sonaba en la capilla se detuvo y pensé que estarían preparándose para tocar la marcha nupcial.

—Debería ir a sentarme.

—Nos vemos después de la ceremonia.

Siempre intentaba sentarme en la parte de atrás, para no ocupar el sitio de un invitado, pero me había quedado demasiado tiempo en la *suite* nupcial y ahora solo quedaban sitios libres delante. El mío tenía una vista clara frente a Wilder, una vez que cada uno ocupó sus lugares, y lo sentí mirándome a lo largo de la ceremonia. Había una calidez en su mirada que no había notado antes, y me hizo pensar que tal vez… solo tal vez no se molestaría tanto con la noticia.

Era peligroso pensar eso, ya me había preparado para la peor respuesta: que no querría saber nada de mí o del bebé. Podía aguantar una grata sorpresa si no era así, pero no estaba segura de poder soportar el haberme permitido creer que esto funcionaría y después llevarme una decepción.

Aunque ahora la semilla estaba plantada, y lo único que podía hacer durante los siguientes cuarenta y cinco minutos de miradas robadas e intercambios de sonrisas era regarla y verla florecer.

Tal vez le haría feliz.

Tal vez sentía lo mismo que yo por él.

No importa tanto el tiempo que hayas estado con una persona. Cuando lo sabes, lo sabes.

Entonces empecé a verlo: todos los sueños que había tenido de pequeña y a los que había renunciado después de Josh.

Una boda; mi sobrina como dama de honor; Lucas llevando los anillos; flores; un vestido nuevo; una luna de miel en un lugar tropical; una casa vallada; un patio; un perro, o dos; citas médicas a las que iríamos juntos de la mano, y miraríamos la pantalla de la ecografía con asombro.

Tal vez… Solo tal vez.

Seguía soñando despierta cuando terminó la ceremonia. Ni siquiera volví a la realidad durante las fotos después de la boda. Por un momento, vi a Wilder observando al novio y a la novia. Sus ojos encontraron los míos, como diciendo «Tú serás mi novia algún día».

Al parecer, la semilla que había sembrado era una hiedra, porque no paraba de crecer, y dejé que siguiera. Había sido la semana más estresante de mi vida y necesitaba un pequeño respiro. Wilder me lo ponía fácil: esa noche parecía estar de un humor especialmente juguetón, muy cariñoso.

Una vez que terminaron sus tareas como parte del cortejo nupcial e iba a empezar la fiesta, Wilder me guio a la pista de baile. Me cogió una mano, puso la otra en mi cintura y me pegó a él.

—Me encantas vestida de verde. Estás preciosa —dijo.

Sonreí mientras nos mecíamos con la música. Habría unas trescientas personas en la sala, pero por la forma en la que Wilder me miraba parecía que solo estuviéramos nosotros dos.

—Gracias, y tú estás muy guapo. A la mayoría de los hombres les queda bien el esmoquin, pero tú lo llevas con estilo.

—No sé lo que significa eso, pero me lo tomaré como un cumplido.

Me reí.

—Lo era.

Normalmente, cuando estaba tan cerca de Wilder, lo que veía en sus ojos era fuego, y no le culpaba por ello, mi cuerpo se encendía cuando ese hombre entraba en la estancia; pero esa noche había algo diferente. Vi algo más.

Wilder meneó la cabeza.

—De verdad, no sé qué habría hecho si te hubiera pasado algo.

Sonreí.

—Bueno, no vas a tener que descubrirlo porque estoy bien.

—Tal vez, pero fue una llamada de atención, un recordatorio de que la vida es corta y no quiero tener arrepentimientos.

—¿De qué te arrepentirías?

Me miró a los ojos.

—De no decirte que estoy enamorado de ti.

El corazón me iba a mil.

—¿Me quieres?

—Me he sentido así desde hace mucho tiempo, pero me daba miedo decir las palabras. Pero ya no voy a ser un gallina. Te quiero, Sloane Carrick.

Se me llenaron los ojos de lágrimas de felicidad, y la hiedra creció un poco más.

—Yo también te quiero.

Wilder cerró los ojos. Cuando los abrió, parecía que él también estaba a punto de llorar.

Mi corazón rebosaba felicidad.

«Me quiere».

«Wilder me quiere».

Brotaron tantas emociones en mí que me resultó difícil contenerlas todas. Me di cuenta de que no quería que ese momento se viera empañado por un secreto. No tenía pensado decírselo hasta el día siguiente, pero me pareció lo correcto.

«Wilder me quiere».

Iría bien.

Así que inspiré hondo y tragué saliva.

—Estoy… embarazada.

El cambio fue inmediato. Wilder puso cara de circunstancias y dio un paso atrás. Me soltó.

—¿Qué has dicho?

—Es… Estoy embarazada.

Capítulo treinta



Wilder

Hace diez años

—Gracias por todo.

Mi padre me dio una palmada en la pierna.

—Me alegro de que al final me dejara ayudar.

Acabábamos de subir al avión de vuelta a Nueva York después de la peor semana de mi vida. Hacía ocho días que mi madre había muerto y sentía que estaba dejando una parte de mi corazón en Inglaterra. Delante, la azafata cerró la puerta de la cabina y, de pronto, sentí claustrofobia. Marcharme parecía tan definitivo… Pero en unas semanas llegaría mi bebé, así que no tenía elección.

Dos días después del *baby shower* de Whitney, mi madre me llamó para decirme que había dejado la quimio hacía meses. No

quería darme las noticias mientras esperaba a un hijo, así que me había mentido diciendo que seguía con el tratamiento. Esperaba aguantar hasta que el bebé hubiera nacido, pero no tenía buen pronóstico. Mi padre cogió un vuelo al día siguiente para cuidar de ella, lo que no sentó muy bien a la esposa número tres, especialmente cuando se quedó más de un mes, pero nada podría haberlo arrastrado a casa. Mis divorciados padres tenían una relación extraña: no podían funcionar casados, pero nunca dejaron de quererse ni preocuparse el uno por el otro.

—Debería llamar a Madison y decirle que hemos cogido un vuelo nocturno —dijo mi padre—. Van a decirnos que apaguemos los teléfonos en cualquier momento.

—Mierda. Sí. Yo también voy a llamar a Whitney. Se queda durmiendo hasta tarde y no quiero asustarla cuando lleguemos mañana por la mañana. No me espera hasta mañana por la noche a esta hora, pero tengo el teléfono en la bolsa de arriba. —Estaba en el asiento de la ventana, así que me deslicé delante de mi padre, salí al pasillo y abrí el compartimento para buscar en mi bolsa.

—Señor —dijo la azafata—, tiene que sentarse. Vamos a movernos en cualquier momento.

Busqué a tientas dentro de mi bolsa y saqué mi móvil antes de volver a meterla dentro. Pero cuando cerré el compartimento superior, se me resbaló el teléfono de la mano. Con un fuerte ruido metálico cayó sobre el reposabrazos del asiento de mi padre, junto al pasillo, y rodó hasta el suelo, un asiento más allá.

La azafata no parecía contenta cuando me agaché a recogerlo.

—Lo siento.

De vuelta en mi asiento, intenté encender el teléfono, pero, cuando le di la vuelta, me encontré con una gran raja en mitad de la pantalla. Normalmente eso significaría cien pavos por una nueva, pero cuando pulsé el botón lo único que se iluminó fue una línea grande amarilla a un lado.

—Joder.

—¿Qué ha pasado? ¿Se ha roto?

Le enseñé la pantalla a mi padre. Tenía el nombre de su mujer en la pantalla de su teléfono, a punto de pulsar para llamarla, pero me lo tendió.

—Toma, usa el mío. De todas formas, Madison ya me ha hecho la cruz.

Esbocé una sonrisa triste.

—Gracias, pero no me sé el número de Whitney. Desde que usamos móviles no me sé el número de nadie.

Mi padre asintió.

—Yo tampoco.

Al final dio lo mismo: ninguno de los dos pudo hacer una llamada porque la azafata dijo por megafonía que todos los teléfonos debían estar en modo avión o apagados.

Papá se encogió de hombros.

—Oh, bueno.

Media hora más tarde, llegamos a velocidad de crucero. Mi padre se quedó dormido, pero yo estaba demasiado nervioso como para cerrar los ojos. Intenté ponerme los auriculares de cortesía de la aerolínea y escuchar música para relajarme, pero mi cabeza parecía una montaña rusa.

Primero: ¿qué debería hacer con Lucas? No estaba seguro de que su padre pudiera lidiar con un niño de seis años, especialmente uno muy listo y que ya causaba problemas.

Segundo: ¿qué pasaba con el negocio de mamá? Ella y mi padre se habían dividido las revistas y los periódicos que poseían cuando se divorciaron. Tenía un buen equipo con mucha gente de confianza, pero alguien tendría que echarle un ojo.

Tercero: ¿podría jugar en Inglaterra? El entrenador del equipo al que pensaba unirme antes de que Whitney se quedara embarazada me había llamado para darme el pésame y habíamos desayunado esa misma mañana. Básicamente, me había dicho que estaba invitado a entrenar y jugar con el equipo; pero ¿Whitney estaría dispuesta a mudarse?

Cuarto: Whitney… ¿Debería pedirle matrimonio? Llevaba un tiempo pensándolo antes de que todo estallara con mamá. Y ahora incluso tenía un anillo.

Saqué del bolsillo la carta que me había dejado mi madre, además de la caja del anillo. Desdoblé la nota que ya había leído una docena de veces y mis ojos se desviaron a las últimas líneas.

«El día que tu padre me dio este anillo fue el más feliz de mi vida. Sé que puede ser difícil de entender ahora, porque hace mucho tiempo que no estamos juntos, pero tu padre fue y sigue siendo el amor de mi vida. Era el anillo de tu abuela y, anteriormente, el de su madre, y ahora debería pertenecer al amor de tu vida».

Noté un sabor salado al tragar. Era duro ver la letra escrita de mi madre.

Tenía mucho en lo que pensar…

Cerré los ojos e intenté buscar respuestas, pero, horas más tarde, lo único que había decidido era que no estaba en el momento adecuado para tomar decisiones. Papá se estiró mientras yo miraba por la ventana a la noche oscura. Había olvidado que el anillo de mamá seguía en la mano.

—Me preguntaba qué le habría pasado —dijo.

Suspiré.

—Me lo dejó con una carta.

Mi padre asintió. No habíamos hablado mucho de Whitney o del bebé. Teniendo en cuenta que lo primero que me había dicho cuando le conté que mi novia estaba embarazada fue que debería hacerme una prueba de paternidad, no era el asesor que esperaba.

—¿Estás pensando en dárselo a tu chica?

Me encogí de hombros.

—No lo sé. Mamá me ha dicho que se lo dé al amor de mi vida. No sé si es Whitney, pero el bebé que tiene dentro sí que lo es. ¿Eso es suficiente?

—Bueno, con mi historial, no soy la mejor persona para darte consejo marital, pero puedo decirte que ya es lo bastante duro conseguir que un matrimonio funcione cuando es el amor de tu vida;

es casi imposible sin ese vínculo. Créeme, la mujer número dos fue una mala idea, y todavía no lo tengo claro con la número tres. —Mi padre soltó una risita.

—¿Qué pasó con tus matrimonios?

—Vamos a Nueva York, hijo. Ni siquiera un vuelo a China sería suficiente para abrir ese melón.

Sonreí.

—¿Qué pasó con mamá?

Papá suspiró.

—Era joven y estúpido, y también arrogante. Puse mi vida y mis negocios por delante de ella y de ti. Teníamos prioridades distintas. Las suyas eran correctas y las mías no. Ahora me arrepiento de ello, de no cambiar mi vida para ser quien ella necesitaba. Pensaba que construir un imperio era lo más importante. Al final, nada de eso significaba algo sin tu madre. Ya sabes, le pedí que se volviera a casar conmigo hace unas semanas y me rechazó. Era demasiado tarde para nosotros.

—También sigues casado con la mujer número tres, así que…

Los dos nos reímos.

Mi padre apoyó la mano en mi hombro.

—Averiguarás qué hacer con tu chica. Solo tú puedes hacerlo.



El taxi aparcó frente a la casa de alquiler, en Boston, a las ocho de la mañana. La observé como si fuera la primera vez que la viera: una valla blanca, un gran patio: una buena casa. La vecina me saludó con la mano mientras cogía la bolsa del maletero. Estaba llevando a su hija pequeña, que tendría siete u ocho años, a la parada de autobús.

Me quedé en la calle un momento, después de que el taxi se marchara.

Tenía una buena vida: una novia preciosa, un bebé en camino, una carrera prometedora, incluso si no era en Inglaterra. ¿Por qué

me estaba reprimiendo? Puede que Whitney no fuera el amor de mi vida, pero sí que la quería, a ella y al bebé… Bueno, al menos me importaba mucho. Se merecían ese compromiso. No tenía que ser el anillo de mi madre, apostaría a que Whit querría elegir el suyo, de todas formas.

Inspiré hondo y me decidí. «A la mierda». Le voy a pedir que se case conmigo. Si dice que sí, lo haremos antes de que nazca el bebé. Mi hijo se merece una familia. Si esperaba a que todo fuese perfecto, mi hijo acabaría creciendo como yo, yendo de una casa a otra. Whitney y yo tendríamos que trabajar en ello, eso era todo.

Me bombeaba la sangre por las venas mientras me acercaba a la casa. Abrí la puerta y entré de puntillas, no quería despertarla, aunque tal vez debería. Tal vez podría pedirle matrimonio en ese mismo momento. No teníamos mucho más tiempo antes de que llegara el bebé. Joder, podría ser ese mismo día.

Dejé las bolsas en el suelo, me quité los zapatos y caminé por el pasillo hasta el dormitorio. De todas formas, parecía que Whitney estaba despierta. Si no, se habría quedado dormida con la tele puesta. La puerta estaba cerrada y, mientras la abría, escuché unos gemidos.

«Genial». ¿Estaba viendo porno? Había pasado mucho tiempo desde que nos acostamos la última vez, así que era una sorpresa de bienvenida. Tal vez mi propuesta podría esperar una hora o dos… Y si se había quedado dormida viendo eso, desde luego que iba a despertarla.

Entré sintiéndome más animado que en toda la semana, y entonces me quedé congelado en el sitio.

Definitivamente, no iba a tener que despertar a Whitney, porque estaba a cuatro patas en el borde de la cama mientras un tío se la metía desde atrás. Los dos estaban tan ocupados que no se percataron de que alguien había entrado, al menos hasta que mi teléfono chocó con el espejo que había sobre el mueble, a pocos metros. Se volvió a romper en un millón de trozos. «Como mi vida».

—¿Qué cojones? —grité.

El tío se echó hacia atrás de un salto. Whitney cogió la sábana para taparse el pecho, como si estar desnuda fuera su mayor problema.

El tío me miró a la cara, luego de arriba abajo, e hizo bien en alejarse. Puso las manos en alto.

—No quiero problemas.

—Bueno, ¡pues has encontrado uno, joder!

Pero… ¿por qué el tío me resultaba tan familiar? Me tomé unos segundos observándolo, mientras debatía qué pierna partirle primero, antes de darme cuenta. «El tío del centro comercial». Y no sabía por qué no lo había reconocido al verlo allí, porque también era el tío que estaba mirando a Whitney la noche que nos conocimos.

Sentía que me hervía la sangre, estaba lleno de rabia.

El tío cogió su ropa. El muy hijo de puta tuvo suerte de que estuviera tan sorprendido o ya hubiera estado tirado en el suelo. Pasó corriendo por mi lado, como si se fuera a mear encima.

Y en eso se fijó Whitney, que le gritó:

—¡Puto imbécil! ¡Huyes como un cobarde!

«Estás de puta coña».

Meneé la cabeza.

—Tienes suerte de ser una mujer. —La señalé a ella y luego a la puerta—. Ponte tu puñetera ropa y sal de mi puta casa.

—¡Con mucho gusto!

Esta mujer los tenía bien puestos. Ni una disculpa, ni siquiera intentó fingir que estaba avergonzada. Actuó como si yo hubiera hecho algo mal. Necesitaba poner algo de distancia entre nosotros para no explotar, así que me fui al salón y esperé a que se vistiera.

Unos minutos más tarde, Whitney salió a grandes zancadas, con la bolsa de viaje de Louis Vuitton que me había hecho comprarle como bolsa para el hospital en el hombro. Parecía indignada.

—Tú deberías marcharte —soltó—. Yo soy la que está embarazada.

Bajé la vista a su vientre. Tragué saliva.

—¿Sí? ¿De quién es el bebé?

Capítulo treinta y uno



Wilder

—Arreglaremos lo que sea que hayas hecho. —Andrew se sentó en el taburete, a mi lado.

Levanté la mano para pedir otra bebida, aunque ya había bebido bastante, y negué con la cabeza.

—No creo que seas capaz de sacarme de este desastre.

—Bueno, me has hecho salir de la cama a las tres de la mañana. ¿Por qué no me das una pista sobre lo que te traes ente manos y me dejas juzgarlo?

Se lo solté.

—Hace un rato le he dicho a Sloane que la quiero.

—¿Y? ¿Cómo cojones eso da pie a…? —Sacó el teléfono de su bolsillo, lo desbloqueó y leyó el mensaje que le había enviado hacía una hora—. «La he cagado. Olímpicamente». ¿Significa que no la

quieres? ¿Lo dijiste mientras follabais? Yo lo he hecho. Algunos orgasmos nos afectan el cerebro, tío.

Me bebí de un trago lo que quedaba de *whisky*.

—No, estábamos en la pista de baile de una boda, y la quiero. La quiero más que a nada que haya amado.

—¿Más que a ese oso de peluche morado andrajoso que llevabas a todas partes hasta los siete años y que sé que tienes en alguna parte, aunque intentes negarlo?

Suspiré.

—Mucho más que al señor Bongo.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—¿No me has oído? Me he enamorado.

—¿Y? No es un virus mortal. No va a matarte.

—Casi lo hizo la última vez.

—¿Cuándo has estado enamorado?

—Quería a mi novia del instituto y a mi madre, ambas murieron. Y también está Whitney.

—Nunca quisiste a Whitney.

—Quería a nuestro bebé.

Andrew sonrió con tristeza.

—Lo sé, tío, pero esto es diferente.

—No, no lo es. —Lo miré a los ojos—. Sloane está embarazada.

Mi amigo bajó los hombros.

—Oh, mierda.

El camarero se acercó. Yo pedí otra copa y Andrew un vodka con soda. Ninguno de los dos dijo nada hasta que llegaron las bebidas y dimos algunos tragos.

Al final, Andrew habló.

—¿Qué dijiste cuando te lo contó?

—Nada. Me largué como un puto cobarde. Anoche tuvimos otra boda y la dejé sola en la puñetera pista de baile. No me despedí de los novios.

—Mal hecho, pero vale. Le pedirás perdón y te arrastrarás. ¿Crees que ella también te quiere?

—Dijo que sí.

—Entonces te perdonará. Mírame, yo le hice algo mucho peor a Camille y me está dando otra oportunidad. Actuaste como un idiota. Sloane lo superará. —Sonrió—. Deberá acostumbrarse si va a estar contigo un tiempo.

Negué con la cabeza.

—No creo que pueda hacerlo.

—Tienes que confiar en alguien en algún momento, Wilder.

Me terminé de un trago mi bebida. Ardía al tragar. Nunca me había gustado mucho el licor.

—¿Quién lo dice?

—Bueno, supongo que tú no; pero entonces puedes perder a la mujer que amas y a tu hijo. Supongo que tienes que tomar una decisión. ¿Qué te da más miedo, pensar en arriesgarte y que te vuelvan a decepcionar o perder a Sloane y al bebé?

Capítulo treinta y dos



Sloane

No podía creer que hubieran pasado dos semanas. Todavía no le había contado a nadie que estaba embarazada, excepto a Wilder. Su reacción me destruyó, hizo que me echara atrás y me lo guardase dentro, pero necesitaba hablar con alguien. Podría habérselo dicho a Elijah. Él me habría apoyado, pero decidí acudir a mi hermano Will.

Era un sábado temprano por la tarde y sabía que el bar estaría vacío, así que recogí una *pizza* de nuestro local favorito y fui a hacerle una visita.

Will estaba limpiando la encimera, pero se detuvo cuando entré.

—Oh, no. ¿Cuándo necesitas el día libre?

Sonreí.

—No lo necesito.

Entrecerró los ojos.

—¿Tiene pimiento y cebolla?

—Sí.

Siguió limpiando la encimera.

—Entonces quieres algo.

Me reí.

—¿No puedo querer pasar tiempo con mi hermano mayor?

Se sacó la cartera.

—¿Cuánto necesitas?

Le quité el trapo que estaba usando de las manos y se lo tiré a la cara.

—Idiota.

Esbozó una sonrisa.

—¿Qué pasa, Peaty?

Me senté en un taburete, abrí la caja de *pizza* y cogí un trozo. Cayeron unas gotas de grasa en la barra al acercármelo a la boca.

—Lo siento.

Will negó con la cabeza y buscó debajo de la barra un rollo de papel.

—Hay cosas que nunca cambian. —Colocó la parte superior de la caja abierta debajo de donde estaba comiendo—. Así. Usa esto.

No era fácil empezar esta conversación, así que decidí soltar la bomba.

—Bueno… Estoy embarazada.

Por desgracia, Will acababa de darle un bocado a su trozo y empezó a ahogarse, de verdad. Me levanté del asiento y trepé por encima de la barra para hacerle la maniobra de Heimlich, pero levantó la mano para detenerme. Tenía la cara roja y la voz raspada, pero al menos fue capaz de decir unas palabras.

—No. —Tosió—. Estoy bien.

Cogí un vaso y lo llené de soda de barril. Will se bebió la mitad, después se agachó con las manos sobre las rodillas y respiró hondo.

—¿Estás bien?

—No. Joder, acabas de decirme que estás embarazada. Por supuesto que no estoy bien. Eres mi hermana pequeña.

—Tengo veintiséis años, no doce.

—No estás casada.

—Gracias por mencionarlo, no me había dado cuenta. Ahora que lo pienso, no me había dado cuenta de que estábamos en 1952 y que hay que estar casada para tener un bebé.

—Sabes a lo que me refiero… —Will seguía meneando la cabeza, pero parecía que podía respirar, así que me volví al otro lado de la barra.

—¿A quién le tengo que abrir la cabeza? A Wilder, ¿verdad?

Fruncí el ceño.

—No vas a abrirle la cabeza a nadie; pero sí, Wilder es el padre. He acudido a ti porque necesito a alguien con quien hablar de esto, Will. ¿Crees que eres capaz de poner tu estúpida masculinidad y opiniones arcaicas a un lado por un momento?

Mi hermano se quedó callado mirando la barra. Inspiró hondo antes de levantar la vista.

—¿Estás contenta?

—Estaba bastante confusa cuando me enteré, pero ya me estoy entusiasmando. Siempre he querido una familia, es solo que no me lo esperaba tan pronto.

Will meneó la cabeza.

—Da igual que sea algo planeado, nunca estás listo. Es como un puñetazo, lo recibes tal y como te llega.

—Qué poético.

—No es que me importe una mierda, pero a ti sí que te afecta. ¿Cómo se tomó Wilder las noticias?

Conocía a mis hermanos. Si les contaba toda la verdad, que me había dejado tirada después de contárselo y que solo me había escrito algunas frases cortas estas últimas dos semanas, se la tendrían jurada de por vida. No estaba segura de cómo seguiría Wilder en mi vida, pero íbamos a tener un bebé juntos, así que probablemente no fuera sensato poner a toda la familia en su contra.

—Estaba más sorprendido que yo.

Will apretó la mandíbula.

—Entonces, ¿no va a ser el padre de este niño?

—Estará involucrado de alguna manera. Estamos… averiguando cómo hacerlo.

—Enviar un cheque no es ser un padre.

—Lo sé.

—Criar a un niño solo no es fácil.

—También lo sé, te he visto hacerlo; pero Olivia ha salido genial.

Will soltó un gran suspiro.

—No estarás sola, yo te ayudaré. Tú siempre lo has hecho conmigo y con Olivia.

Elegir hablar con Will, de todas las personas posibles, parecía una locura: era el mayor crítico de la familia. Aun así, quería decírselo primero, y ahora me daba cuenta del motivo: necesitaba escuchar esas palabras: «Yo te ayudaré».

Intenté aguantar las lágrimas.

—Tengo miedo, Will.

Sonrió sin entusiasmo.

—Bienvenida a la paternidad. Lo que sientes ahora nunca va a desaparecer. Cambiarán las cosas que temes. Pasarás de estar aterrorizada sobre si estás lista para tener un bebé a estarlo sobre si estás sujetándole bien la cabeza. Al final, te acostumbras y piensas «tal vez se me da bien». Entonces llega a los terribles dos años, y no me hagas hablar de toda la mierda que te preocupa con una niña de catorce.

—Anne estaría orgullosa de cómo has criado a Olivia.

—También estaría orgullosa de cómo tú te has involucrado. No sé quién estaría más traumatizado si hubiera tenido que hablar con ella sobre la menstruación hace seis meses, Olivia o yo.

—Teniendo en cuenta que llegaste a casa con una bolsa de productos para la incontinencia en lugar de para la menstruación, estoy segura de que habría sido ella.

Will soltó una risita.

—¿Cómo tendría yo que saberlo?

Cogí mi trozo de *pizza* y le di otro bocado. Últimamente no tenía apetito, pero de repente me moría de hambre.

—¿Lo sabe papá? —preguntó Will.

Negué con la cabeza y terminé de masticar.

—Tú eres el único que lo sabe aparte de Wilder. Me gustaría que te lo guardaras hasta que esté lista para contárselo a los demás.

—Por supuesto. Es cosa tuya. ¿Estás esperando a terminar el primer trimestre para contárselo a la gente?

Había estado esperando a tener una conversación de verdad con Wilder. Su mensaje ocasional preguntando cómo estaba me dejaba en un limbo. Esperaba tener un plan más concreto sobre cómo Wilder y yo íbamos a lidiar con todo antes de hablar con mi padre, pero los últimos días había perdido la esperanza de que eso pudiera pasar en un futuro cercano.

—No, voy a contárselo pronto.

Will asintió. Unos minutos más tarde, unos cuantos clientes tempraneros entraron, dando por terminada nuestra conversación. Mejor, porque no tenía mucho más que decir. Después de terminar dos trozos, me quedé rondando otra media hora, ayudando a rellenar bebidas detrás de la barra y preparando las cosas para el grupo del fin de semana.

Will se acercó mientras me ponía la chaqueta.

—¿Te vas?

—Tengo un montón de recados que hacer. Me pasaré mañana para mirar las cuentas.

Desvió la mirada a los clientes que había al final del bar. Estaban ocupados gritándole a la tele viendo una carrera de caballos y no nos prestaban atención, aunque, de todas formas, mi hermano bajó la voz.

—Creo que la mayor parte de la crianza de un hijo se aprende sobre la marcha, y la mayoría de los consejos que da la gente no valen una mierda porque cada situación es diferente; pero hay algo importante que aprendí y que vale la pena compartir contigo.

—¿Qué?

—No puedes hacer feliz a alguien si tú no eres feliz. Después de que Anne muriera, me pasé años fingiendo estar feliz por Olivia; pero ella sabía la verdad, los niños siempre la saben. Una vez me permití sentir felicidad de nuevo, vi un cambio en mi hija: se volvió más alegre, se reía más. Por supuesto, eso fue antes de la adolescencia, pero creo que entiendes lo que digo. Espero que las cosas funcionen con Wilder, si es lo que quieres, pero si no, enfócate en encontrar la felicidad por ti misma. El mejor regalo que le puedes dar a tu hijo es demostrarle que no podemos obcecarnos en las cosas que no podemos cambiar y vivir al máximo, incluso si no es la vida que planeaste.

Le di un beso a mi hermano en la mejilla.

—Gracias, Will.

—Enhorabuena, Peaty. Vas a ser una madre increíble.



Más tarde, a las nueve de esa noche, me metí en la cama, exhausta. Me había pasado otro día corriendo de un lado a otro, tratando de escapar de mis pensamientos. Necesitaba una noche de descanso y ver algo en la tele que no me hiciera pensar, así que la encendí y cambié al canal que sabía que siempre tenía buenos programas de telerrealidad; pero estaba emitiéndose *Sí, quiero ese vestido,* y la tienda de novias me recordó a la mañana en la que Wilder apareció de repente para ayudarme a mantener mi cita para vender mi viejo vestido de novia.

Suspiré y pasé a otro canal, donde estaban dando *Love Island,* y el tío que estaba ligando con una rubia con curvas era británico. Pulsé con fuerza el mando por tercera vez y apareció una película en la que la mujer estaba embarazada. Se había acabado mi relajación para no pensar. Apagué la tele y cerré los ojos.

Pero unos minutos más tarde sonó mi teléfono en la mesita de noche y el nombre de Wilder apareció en la pantalla. Al verlo me empezó a latir más deprisa el corazón. Habían pasado unos días

desde su último mensaje desinteresado, así que tenía la certeza de que serían otras tres palabras decepcionantes: «¿Cómo te encuentras?» o algo así. Inspiré hondo y me preparé para el chasco.

WILDER:

¿Podemos hablar?

Me senté en la cama. «¿Podemos hablar?». No sonaba muy prometedor, pero, llegados a ese punto, cualquier resultado era mejor que la incertidumbre, así que le respondí.

SLOANE:

Claro. ¿Cuándo?

WILDER:

¿Estás ocupada ahora mismo?

«Ay, Dios». Se me revolvió el estómago. Por mucho que necesitara saber su posición, también tenía miedo. Encendí la lámpara. Normalmente hacíamos FaceTime, pero dudé sobre si sugerir una llamada para que no me viera alterada; aunque a la mierda, tenía todo el derecho a llorar. Lo tenía merecido. Aunque tendría que preparar unos pañuelos.

SLOANE:

No, dame un minuto y te llamo por FaceTime.

Escribió la respuesta antes de que mis pies tocaran el suelo.

WILDER:

¿Podríamos hablar en persona?

Fruncí el ceño.

SLOANE:

¿Estás en Nueva York?

WILDER:

Estoy abajo. He venido directo desde el aeropuerto y me he arriesgado a venir sin saber si estabas en casa.

Abrí mucho los ojos y salté para mirar por la ventana: en efecto, Wilder estaba en la acera. Lo observé caminar de arriba abajo un par de veces, con las emociones hechas un lío en mi interior.

«¿Dos semanas de mensajes de tres palabras y se presenta sin avisar?».

¿Se «arriesgó» a que estuviera en casa? ¿Qué más hace una mujer embarazada un sábado por la noche?

«Ha venido a decirme en persona que no quiere tener nada que ver con nosotros».

«Nosotros».

Se me encogió el corazón. Ya no era un yo, era un nosotros.

Estaba tan ocupada preocupándome por todas las cosas que podrían pasar que olvidé lo que estaba pasando de verdad y no respondí enseguida. Al final, volvió a sonar mi teléfono.

WILDER:

Debería haber llamado. Siento haberme presentado sin avisar. Puedo volver mañana, si quieres.

Puede que no pudiera enfocarme en responderle por mensaje, pero sabía que no podría pegar ojo si lo dejaba marcharse. No tenía sentido alargar más las cosas.

SLOANE:

Te abro.

Vivir en la cuarta planta de un bloque sin ascensor me daba, al menos, uno o dos minutos de tiempo. Fui al baño, me pasé las manos por el pelo sucio y me quité lo que creía que era máscara de pestañas del día anterior bajo los ojos; pero, al parecer, no era maquillaje, sino ojeras por la falta de sueño.

Tenía los nervios a flor de piel cuando me acerqué a la puerta y la abrí. Wilder ya estaba subiendo el último tramo cuando salí al pasillo. Llevaba dos bolsas grandes, una en cada mano. No había visto ninguna desde la ventana, así que me centré en ellas y lo que podrían significar. «¿Piensa quedarse a dormir? ¿Le dejaré si quiere? ¿Me dejé cosas en su apartamento y me las va a devolver?». Estuve por un momento perdida en mis pensamientos y no miré al hombre que llevaba las bolsas. Cuando lo hice, se me paró el corazón.

Wilder estaba horrible, probablemente se sentía igual que yo. Tenía el pelo revuelto, los ojos hinchados y con unas ojeras más oscuras que las mías, y parecía que había dormido con la ropa puesta. Mi primer instinto fue abrir los brazos, darle un abrazo y decirle que todo iría bien, pero me obligué a recordar lo que había estado sufriendo estas últimas semanas. Sola.

En su lugar, me crucé de brazos.

—¿No podrías haber llamado antes del vuelo? ¿O después de aterrizar? ¿Avisarme?

Wilder se pasó una mano por el pelo. Parecía que había hecho eso durante horas.

—Lo siento. Tenía miedo de que me dijeras que no viniera después de cómo he actuado estas últimas semanas.

Si pensaba eso, no tenía ni idea de lo que sentía por él. Enfadada o no, dolida o no, estaba loca por ese hombre. Meneé la cabeza y abrí la puerta, haciéndome a un lado para que pasara.

Wilder se detuvo mientras entraba, mirándome a los ojos y bajando la voz.

—Gracias. —Dejó las bolsas en el suelo de la cocina y tragó saliva al mirarme el vientre—. ¿Cómo te encuentras?

—Físicamente, bien.

—¿Tu azúcar?

—En su sitio.

Nos quedamos en silencio un rato. No me había dado cuenta de que no lo estaba mirando hasta que me llamó.

—¿Sloane?

Lo miré a los ojos.

—Joder, lo siento mucho. —Tenía los ojos llenos de lágrimas, así que supuse que se refería a cómo se había comportado.

Pero temía hacerme ilusiones, porque podría estar disculpándose por no querer formar parte de nuestra vida.

—¿Por qué?

—Por huir, por actuar como un cobarde, por no ser el hombre que mereces.

Noté un sabor salado en la garganta al tragar.

—Sé que no hay excusa para salir corriendo, pero quiero explicarte por qué actué así.

—Vale…

—¿Podemos sentarnos en el sofá?

Dudé antes de asentir.

Una vez sentados en el salón, Wilder me cogió la mano y le dio un apretón.

—¿Te acuerdas de cuando me preguntaste por mis relaciones anteriores? Te conté que tuve una en el instituto y otra en la universidad, pero no entré en detalles sobre Whitney.

Asentí.

—Dijiste que te destruyó.

Wilder asintió.

—Es cierto, pero no es la historia completa. Conocí a Whitney en un bar cerca de Harvard. Se había tomado un semestre de descanso por algunos problemas económicos y porque su padre estaba enfermo, al menos eso fue lo que me dijo. Empezamos a salir. Fue

cuando mi madre estaba enferma, así que teníamos eso en común. Me gustaba bastante, pero no lo suficiente como para decir que era alguien con quien quería pasar el resto de mis días; pero entonces Whitney se quedó embarazada. Me dijo que era mío, pero no era cierto.

—Wilder, yo nunca…

Levantó una mano.

—Mierda… No, no es lo que quería decir. No me estoy explicando. No estaba insinuando que tú… —Wilder sacudió la cabeza—. Sé que nunca harías algo así.

—Vale…

—Pero… Pensé que el bebé era mío durante nueve meses. Le hablé, habíamos pensado nombres. No estaría enamorado de Whitney, pero sí de nuestro bebé. Fue un gran cambio en mi vida que no esperaba, pero Whitney y yo nos fuimos a vivir juntos y acepté que no iba a jugar en un equipo de *rugby* del Reino Unido, como siempre había soñado. Necesitaba estar ahí para criar a mi hijo. Dos semanas antes de que naciera el bebé, mi madre murió. Cogí un vuelo a Inglaterra solo para el funeral. Whitney estaba muy avanzada en el embarazo para viajar y, cuando volví a casa antes de lo previsto, la pillé con otro tío. Solo había sido su presa desde el principio: Whitney nunca había sido estudiante de Harvard, no había ido a la universidad. Su padre no estaba enfermo y en realidad tenía veintinueve años, no diecinueve. También tenía dos hijos con el tío con el que la pillé. Ambos niños recibían manutención de tipos como yo, que no tenían ni idea de que estaban siendo estafados. Whitney y su pareja hacían los deberes: encontraban a chicos jóvenes y estúpidos con mucho dinero y se inventaban historias creíbles para crear un vínculo. Aproximadamente un año después del nacimiento de cada niño, Whitney rompía con el idiota de turno, pero la manutención seguía llegando durante dieciocho años.

—Ay, Dios mío. Es terrible. Lo siento mucho.

—Ni siquiera pude conocer al niño, que nació unas semanas más tarde. Y pensaba que lo había superado, pero… me dio miedo. —

Wilder bajó la vista en silencio un rato. Cuando volvió a mirarme a los ojos, le caían lágrimas por las mejillas—. Nunca dudé de que estuvieras embarazada de mi bebé, te lo prometo. Es que… Sé que puede sonar estúpido, pero quería a ese pequeñín, y sentía que lo había perdido. Tal vez fuera porque acababa de perder a mi madre y todo estaba borroso, pero me dolió igual. Perdí a tres personas a las que quería: mi novia del instituto, mi madre y mi bebé. Whitney fue mi última relación de verdad, y ni siquiera fue real. Tengo mucho miedo de perderte o cagarla contigo, y mi padre va por su cuarta esposa y yo… fui un puto gallina. Lo siento muchísimo, Sloane. Actué como un cobarde cuando te merecías mucho más.

Estreché a Wilder entre mis brazos.

—No pasa nada. Por favor, no llores. Ahora estás aquí.

Seguimos abrazados un rato. Al final, él se apartó.

—Sé que te resultará difícil de creer por la forma en que me he comportado, pero estoy feliz de que estés embarazada.

Sentí un rayo de esperanza en el pecho. Quería creerle, pero tenía razón. Yo también tenía un poco de miedo.

—¿Feliz? ¿Estás seguro?

Asintió.

—Tengo que enseñarte algo.

—Vale…

Wilder fue a la cocina y abrió una de las bolsas. Sacó algo, un montón de tela blanca. Al principio pensaba que era un traje de bautizo, ¿quizás el suyo de cuando era bebé? Pero había demasiada tela saliendo de la bolsa. La sacudió, sosteniéndola en alto mientras regresaba al salón.

Me quedé boquiabierta.

—¿Eso es…?

Asintió.

—El vestido que te gustó de la tienda el día que vendimos tu viejo vestido de novia. Volví después de dejarte y lo compré.

—Pero… ni siquiera estábamos saliendo aún.

—¿Recuerdas lo que dijiste cuando te sugerí que lo compraras?

—No.

—Dijiste que te encantaba, pero que no ibas a comprar un vestido por una fantasía que no existía. —Wilder me miró a los ojos—. Así que lo compré. Porque desde el día en que te conocí, tú me has hecho creer a mí que la fantasía existe, y quería darte esto, si alguna vez tenía la suerte de hacerte mía.

—Oh, Dios mío. —Salté a sus brazos—. No puedo creer que hicieras eso.

Wilder me acarició el pelo.

—Lo siento mucho, bizcochito. Si me das otra oportunidad, prometo no decepcionarte.

Mi respuesta fue presionar mis labios contra los suyos. No era la fantasía con la que había soñado, pero tal vez mi realidad era mejor que cualquier cosa que pudiera imaginar. Nos quedamos en el salón un buen rato, besándonos y diciéndonos «te quiero» una y otra vez. Los dos debíamos parecer unos lunáticos: mejillas marcadas de lágrimas, ojeras y ojos hinchados y, sin embargo, con una gran sonrisa en nuestros rostros.

—Casi me olvidaba. Te he traído otra cosa.

—¿Qué?

Wilder me dejó en el suelo y levantó la segunda bolsa de la mesita de centro.

—Adelante. Ábrela tú.

Abrí la cremallera y me sorprendí al encontrarme con… libros. Habría unos veinte.

—¿De qué son? —Saqué unos cuantos y leí los títulos en voz alta —. *No eres tú, es el embarazo*, *Manual sobre el amor propio para madres primerizas*, *No hay una forma correcta de criar a un hijo*, *Tu cerebro de embarazada*.

Wilder sonrió cuando me detuve.

—Supuse que necesitarías un montón de libros de autoayuda nuevos.

—Creía que pensaba que mis libros de autoayuda eran una tontería.

—Eso fue antes de encontrar este… —Rebuscó por la bolsa—. Aquí está. Este fue el que me hizo cambiar de opinión.

Me enseñó la portada. *Cuarenta nuevas posturas para cuarenta semanas de embarazo: Guía para parejas sobre cómo alcanzar el orgasmo durante todo el proceso*.

Solté una carcajada.

—Era de esperar que fuera algo así.

Wilder soltó el libro en la mesa y me abrazó por la cintura.

—Me he perdido unas cuantas semanas. Tendremos que ponernos al día.

Capítulo treinta y tres



Sloane

Un maravilloso rayo de luz me iluminó la cara y me despertó a la mañana siguiente. Lo primero que me vino a la mente fue el recuerdo de Wilder en mi cocina, sujetando el vestido de novia que había comprado. Esbocé una sonrisa mientras me giraba para darle los buenos días, pero su lado de la cama estaba vacío y la sábana fría, así que me envolví en una manta y fui a buscarlo. Lo encontré en la mesa de la cocina, sin camiseta, con una taza de café y metido de lleno en un libro.

—Déjame adivinar cuál estás leyendo.

Sonrió con picardía.

—Puede que haya marcado algunas páginas.

Solté una risita.

—¿Qué hora es?

—Casi las diez.

—Vaya. Me puse la alarma a las nueve. Me he quedado dormida.

—La apagué. No dormiste bien anoche.

—Creo que más bien me mantuviste despierta la mitad de la noche.

Wilder me acercó a su regazo.

—No parecías quejarte.

—No podía, tenía tu lengua en la boca.

Enterró su rostro en mi cuello.

—Mi lengua también estuvo en otros sitios.

«Eso sí que es cierto». Sentí un revoloteo en el estómago al pensar en cómo me había hecho sentir anoche.

—¿Cuánto tiempo llevas despierto?

—Unas horas. Fui a la tienda a comprar algo para el desayuno. Tu nevera estaba bastante triste.

—No he tenido mucha hambre últimamente.

Wilder movió la nariz por mi cuello.

—Yo me muero de hambre.

Me dio la impresión de que habíamos cambiado de tema.

—Ah, ¿sí?

Me habría gustado volver a la cama, fue una sorpresa que Wilder no siguiera adelante. Me dio un beso en la nariz.

—He visto a tu hermano esta mañana.

«Oh, no».

—¿A cuál?

—Will.

—Lo siento. —Cerré los ojos—. Debería haberte advertido de que se lo conté. ¿Cómo ha ido la conversación?

—Igual que si yo tuviera una hermana pequeña a la que un tío con cierto historial la haya dejado embarazada y no hubiera hecho lo correcto de primeras.

—Mierda. —Bajé los hombros—. Así de bien, ¿eh?

Wilder me apartó el pelo de la cara y sonrió.

—No pasa nada. Ya cambiará de opinión cuando esté preparado. Me alegro de que te proteja, no querría que fuera de otra forma.

Suponía que debería estar contenta de que nadie tuviera un ojo morado.

—Todavía tengo que contárselo a Travis y a mi padre. Y a Olivia.

—También me gustaría decírselo a mi padre cuando estés preparada.

—Ay, Dios. —Se me había olvidado por completo que el padre de Wilder era el señor Hayes, el CEO de la compañía para la que trabajo—. Mi empleo. Ni siquiera estaba pensando en eso.

—No hay prisa. —Wilder me acarició los brazos—. Pero me gustaría estar contigo cuando se lo cuentes a tu padre, si te parece bien.

—Le gustas, pero no sé cómo le sentará la noticia. Él y mis hermanos todavía me tratan como si tuviera doce años en muchos aspectos.

—Tienen que ver que voy a estar ahí para ti. Decírselo no es suficiente.

Asentí y suspiré.

—Vale, se lo contaremos juntos. Trabaja en el bar los domingos y suele estar bastante lleno por los partidos y las carreras. ¿Cuánto tiempo vas a quedarte?

Wilder me miró a los ojos.

—Para siempre.

Se me aceleró el pulso.

—¿A qué te refieres? ¿No vas a volver a Inglaterra?

—Mantendré una oficina allí, pero mi vida está aquí. Creo que es hora de que me vuelva a mudar.

—Guau. Vale.

—Además, creo que he encontrado el lugar perfecto.

—¿En serio? ¿Dónde?

Me dio una palmada en el culo.

—¿Qué tal si te vistes mientras preparo el desayuno y te lo enseño? Tengo una cita a las once para ver el sitio.

Las últimas veinticuatro horas habían sido como un sueño. Después de semanas arrastrándome, parecía estar flotando. Seguía teniendo miedo y estaba nerviosa por si las cosas se torcían, pero, al menos, había un equilibrio entre la emoción y la felicidad. Solo el tiempo diría cómo resultaría todo, pero volvía a tener esperanza.

Me di una ducha rápida y me vestí, luego me llené la boca con el desayuno que había preparado Wilder.

—¿Tenemos que irnos? —Metí el plato en el fregadero—. Has dicho que tenías la cita a las once. ¿Vamos en metro? Hay menos servicio los fines de semana.

Wilder sonrió.

—Ya verás.

Unos minutos más tarde, estábamos saliendo por la puerta. En la calle, giramos a la izquierda, así que asumí que íbamos a coger el metro C, que estaba al final de la manzana.

Pero Wilder se detuvo después de dar unos pasos.

—Ya estamos aquí.

Entrecerré los ojos.

—¿Aquí dónde?

Señaló el bloque que había al lado del de mi hermano. Me había fijado en el pequeño cartel de «Se vende» hacía unas semanas, pero no le había prestado mucha atención. Un agente inmobiliario abrió la puerta principal y sonrió.

Wilder entrelazó sus dedos con los míos.

—Necesito vivir en un sitio que no sea un hotel y quiero estar cerca de ti. Con el tiempo necesitaremos más espacio para el bebé y había pensado que no querrías mudarte muy lejos de Olivia. —Se encogió de hombros—. He visto el cartel esta mañana y parecía la solución perfecta. Sé que probablemente no estés lista para que nos mudemos juntos, tengo mucho que hacer para recuperar tu confianza. Hasta entonces, viviré lo bastante cerca para estar ahí cuando me necesites, pero seguirás teniendo tu espacio.

—¿De verdad vas a mudarte aquí desde Londres? Ese ha sido tu hogar durante diez años. No quiero que tomes decisiones

precipitadas.

—Mi hogar está donde tú estés, Sloane. Y esta decisión no es precipitada para mí, no he querido otra cosa que estar contigo desde el día en que te conocí.

Observé el bloque. Era igual o más grande que el de mi hermano.

—¿Qué harás con tanto espacio? ¿Alquilarás por planta?

Wilder meneó la cabeza.

—El agente inmobiliario me ha dicho que necesita arreglos, pero la convertiría en una casa grande. Entre el bebé y Lucas, que probablemente venga de visita más de lo que queramos, necesitaremos espacio. Además, espero poder llenar las habitaciones extra con más niños algún día. Me encantaría tener una familia como la tuya, que los niños se lleven pocos años. Lucas es dieciséis años más joven que yo, así que crecí siendo hijo único, de una casa a otra. Me gusta lo que tenéis vosotros, siento que es lo correcto.

Sentí un calor en el pecho, aunque seguía teniendo los misms nervios: una parte de mí todavía temía creer que aquello fuera real.

Wilder debió haber visto la duda en mi rostro, aunque pensaba que la había escondido bien. Me abrazó con fuerza.

—Con el tiempo no dará tanto miedo. Te lo prometo. —Hizo un gesto con la cabeza hacia el bloque—. Venga, vamos a ver dónde voy a vivir.



Más tarde esa noche, estaba tumbada en la cama mientras Wilder terminaba una llamada.

—Gracias, tío. —Dejó el teléfono en la mesita de noche y se metió en la cama a mi lado—. Han aceptado mi contraoferta.

—Ay, Dios mío. ¿Ya está? ¿La casa es tuya?

Asintió.

—Después de un montón de papeleo, pero Andrew se encargará de eso.

—Vaya. No puedo creer lo rápido que ha sido.

—A veces tienes suerte y te cae algo perfecto del cielo. —Me acarició el labio inferior con el pulgar—. Como tú.

—No me caí del cielo. Más bien me metiste en el guardarropa.

Sonrió.

—Lo mismo es.

—Bueno, enhorabuena.

—Gracias. Lo mismo digo.

—¿Eh? Yo no he comprado una casa.

—De hecho, sí. Le he dicho a Andrew que ponga la casa a nuestros nombres.

—¿Qué? No, no puedes hacer eso.

—Por supuesto que sí.

—No me refería a que no pudieras, sino a que no deberías.

—¿Por qué no?

—Porque… Esto sigue siendo reciente, Wilder.

—¿Qué es reciente?

Nos señalé a ambos.

—Nosotros. El embarazo. Puede pasar cualquier cosa.

A Wilder se le cambió la cara.

—¿Tienes miedo de estar atada a mí?

—No. No es eso, para nada.

—Entonces hagámoslo. No quiero que esta sea mi casa, quiero que sea nuestra casa. Sé que lo que he hecho puede generarte dudas, pero lo que me daba miedo nunca fuiste tú, Sloane: tenía miedo de no ser yo suficiente para ti.

—Eres suficiente…

Wilder acarició mis labios con los suyos.

—Entonces déjame hacer este compromiso. Por nosotros, por nuestra familia; por favor.

—Sigue siendo la primera etapa del embarazo. ¿Y si…?

—Te quería antes de saber que estabas embarazada. Que pase lo que tenga que pasar. Siempre nos tendremos el uno al otro.

Inspiré hondo y solté el aire asintiendo.

—Vale.

Esbozó una sonrisa pícara, como si todo el tiempo hubiera sabido que iba a ganar la discusión.

—Gracias.

Ese hombre era peligroso. Estaba bastante segura de que podría conseguir que hiciera lo que me pidiese rogando un poco y con esa sonrisa.

—Que sepas que no siempre voy a ser tan fácil de convencer.

—¿No? —Extendió la mano, cogió la mía y la posó entre sus piernas—. Yo siempre seré así de duro para ti.

Los dos soltamos una carcajada.

—Me la he buscado, ¿verdad?

Wilder se puso encima de mí.

—Te quiero, bizcochito.

Mi corazón rebosaba felicidad.

—Yo también te quiero.

Epílogo



Sloane

Seis meses después

¡Pum!

Lucas volvió de la calle con Olivia detrás. Mi sobrina se detuvo cuando vio a Wilder tumbado en el sofá, con una mascarilla de barro en la cara y rodajas de pepino en los ojos.

—¿Qué demonios estás haciendo?

Lucas puso los ojos en blanco.

—Uno de sus tratamientos de belleza.

Olivia soltó una risita y los dos desaparecieron escaleras arriba.

—¡La puerta abierta! —les grité.

Wilder se sentó y se quitó la verdura de la cara.

—¿Seguimos necesitando esa regla? Ahora son parientes, de alguna forma, ¿no?

—No de sangre. ¿Te habría detenido que mi tía se casara con tu hermano?

—Buen punto. —Wilder se llevó la mano a la boca y gritó hacia las escaleras—. Si la veo cerrada, la quito de las bisagras.

Sonreí y me senté en la otra esquina del sofá, dejando los pies en el regazo de Wilder.

—Masajea, señor Hayes.

—Sí, señora Hayes.

Wilder y yo nos habíamos casado hacía unos días en Inglaterra. Fue la boda que nunca había soñado y que resultó ser todo lo que siempre había deseado. Decidimos celebrarla antes de que naciera el bebé, pero ya no quería algo grande ni lujoso. Al final, cuando encontré amor verdadero, mirarnos a los ojos y comprometernos a pasar el resto de nuestras vidas juntos era el cuento de hadas que necesitaba. Estar en un lugar especial con nuestra familia era más que suficiente. Nos casamos en St. Dunstan in the East, el parque al que me llevó Wilder la primera vez que fui a visitarlo a Londres. No solo era precioso, sino que lo que representaba parecía lo correcto: era un lugar de esperanza, un sitio que las personas habían intentado destruir muchas veces, pero que nunca se había derrumbado.

La ceremonia fue corta y la lista de invitados pequeña, solo nuestros padres, nuestros hermanos, Olivia, Andrew y Elijah; pero ese día íbamos a celebrar una fiesta en Carrick's. No podía creer ahora por qué no había sido mi primera opción.

Wilder terminó de masajearme los pies y me acercó a él en el sofá.

—Ven aquí, esposa.

Sonreí.

—Me gusta cómo suena.

Dejó una mano en la base de mi cuello.

—Y a mí me gusta el sonido que haces cuando te meto la polla. Vamos arriba.

—Primero, no te puedo tomar en serio con una mascarilla de barro, pero, lo más importante, ya mismo nos tenemos que ir.

Restregó su nariz llena de barro con la mía.

—Seré rápido.

—Vas a llenarme de barro. —Solté una carcajada.

—Sí, pues espera a ver qué más voy a llenar de barro… —Wilder posó sus labios sobre los míos. Como siempre, el beso se volvió más intenso y rápido. Por suerte, el momento se vio interrumpido por las pisadas de Lucas y Olivia bajando las escaleras.

—Uf —dijo Lucas—. Idos a una habitación.

—Esta es una habitación —indicó Wilder—. Una habitación en mi casa. Tal vez deberías irte a otro sitio.

Lucas meneó la cabeza.

—Ni siquiera puedo mirarte con esa mierda que tienes en la cara.

—Otra razón para que te vayas a otro sitio.

Sonreí y me levanté.

—Liv, ¿por qué no vas al lado y te vistes? Nos vamos pronto a Carrick's.

—A eso iba.

Wilder señaló a su hermano con la barbilla.

—¿Y dónde crees que vas tú?

—Con ella.

Él negó con la cabeza.

—Respuesta incorrecta. Olivia no necesita ayuda para vestirse; pero Harry quería mover algunos muebles de sitio y le dije que te pasarías. ¿Por qué no vas a hacer eso aquí al lado antes de irnos?

Lucas puso los ojos en blanco.

—Vale.

Unos segundos más tarde se escuchó otro portazo.

—¿Por qué no pueden cerrar la puerta sin hacer que la casa tiemble? —pregunté.

—No tengo ni idea. —Wilder buscó mi cara—. Pero ¿por dónde íbamos?

Le puse una mano en el pecho.

—Tú estabas a punto de meterte en la ducha y quitarte el barro, y yo voy a intentar entrar en el vestido que compré.

Hizo un puchero.

—Vale, pero quiero darte algo después de salir de la ducha.

—No tenemos tiempo, Wilder.

Sonrió.

—Me refería a un regalo.

—Oh. —Me reí—. Vale.

Un poco más tarde, me acababa de poner mi vestido nuevo cuando Wilder entró en el dormitorio, vestido y afeitado.

—¿Puedes subir la cremallera? —Estaba delante del espejo y mi marido se colocó detrás para hacerlo. Cuando llegó al tope, el vestido estaba bastante ajustado—. Dios, me lo probé hace una semana, cuando lo compré, y no estaba tan apretado.

Pasó una mano por delante y apretó la tela sobre mi vientre. Parecía que escondía una pelota de baloncesto.

—Mi pequeñín está creciendo. Va a ser grande y fuerte, igual que su viejo.

Me giré entre sus brazos.

—Espero que tenga tus ojos.

—Espero que todo lo demás lo tenga de ti. Excepto, tal vez, la estatura y los hombros.

Hacía dos meses que habíamos descubierto que íbamos a tener un niño. Wilder había dicho que no le importaba el sexo del bebé, pero sabía que estaba contento en secreto por tener al primer integrante de su futuro equipo de *rugby.*

—Creo que nunca te lo he preguntado: ¿cuánto pesaste cuando naciste?

Me miró a los ojos.

—No quieres saberlo.

—Ay, Dios. ¿Eras grande?

Se agachó y le dio un beso a mi vientre.

—Tu madre se asusta con facilidad, así que vamos a quedarnos con esa información. —Wilder se puso de pie y me dio un beso en los labios—. Vamos, quiero darte algo.

Me senté en el borde de la cama y Wilder cogió un sobre de manila de su mesita de noche.

—Es solo una prueba. Quería que lo vieras antes de que fuera a imprenta el lunes.

—¿Imprenta? ¿Qué es?

—Ábrelo y lo verás.

Desabroché el cierre metálico, metí la mano y saqué una revista. Estaba del revés y boca abajo, así que le di la vuelta. Se me paró el corazón cuando vi la portada.

—Ay, Dios mío. ¿Es de verdad?

Wilder sonrió.

—Dentro también hay un reportaje de seis páginas.

Una foto de nuestra boda era la portada de la revista *Bride.* Wilder estaba inclinado sobre mí para darme un beso frente a uno de los arcos de piedra de St. Dunstan. Parecía aún más mágico de lo que recordaba.

—Es la última boda de la serie —dijo.

—¿Cómo has hecho esto tan rápido? Volvimos a casa hace dos días.

—Elijah me ayudó mucho, y el departamento artístico de la revista estaba pendiente, a la espera de que le llegaran las fotos. Ya había dado los detalles para un borrador del artículo.

—No puedo creer que hayas hecho esto.

Wilder alzó la barbilla.

—El reportaje empieza en la página treinta y tres.

Pasé las páginas, ansiosa por leer el artículo y ver las demás fotos incluidas. Mis ojos saltaban por las páginas, con fotos del lugar, la tarta, mi vestido, el pequeño restaurante donde fuimos todos a cenar después de la ceremonia; una foto de Wilder cogiéndome de la mano, enseñando lo que había sido el anillo de compromiso de su

madre, pero que ahora adornaba mi dedo; una foto de los dos de camino al altar en la boda de Piper y Aiden, unos minutos después de habernos conocido… Habría unas veinte fotos diferentes en las seis páginas. Me tapé la boca cuando llegué a la última: Wilder la había hecho en nuestra noche de bodas. La hizo desde atrás, y yo miraba por encima del hombro con una sonrisa coqueta. Solo llevaba su vieja camiseta de *rugby,* con nada debajo, pero no se notaba porque me llegaba hasta las rodillas.

—Oh, Dios mío. No puedo creer que hayas incluido esta.

—Si no te gusta, podemos usar otra, pero me encanta esa foto de ti sonriendo con mi nombre en la espalda.

—La verdad es que es perfecta, el final perfecto para nuestra historia de amor.

—No, cariño. No es el final; solo es el principio. Y esta historia durará para toda la vida.

Agradecimientos



Gracias a Monique Patterson y a su equipo editorial por llevar mi primera novela romántica a las librerías. Y a Hannah Wann y Becky West por llevar *Plantada* al Reino Unido.

A mi agente, Kimberly Brower, gracias por siempre estar ahí para apoyarme y guiarme en estas nuevas aventuras.

Detrás de cada mujer exitosa hay un grupo de mujeres exitosas que la animan, la apoyan y la impulsan a asumir riesgos. Gracias a la líder de ese grupo, Penelope Ward, que siempre está de mi parte, y a Cheri, Luna, Julie, Elaine, Jessica y las veintiséis mil mujeres increíbles en mi maravilloso grupo de Facebook, *Vi's Violets*.

A mi familia, Chris, Jake, Gracie, Sarah, Kennedy y Kylie (que más le vale tener un anillo cuando se publique este libro), que nunca se quejan cuando tengo la cabeza metida en un libro o estoy muchas horas trabajando.

A vosotros, los lectores. Gracias por vuestro apoyo e ilusión. Tanto si me conoces por primera vez como si llevas más de una década leyendo mis novelas, espero que la historia de Wilder y Sloane te haya permitido evadirte por un rato y que vuelvas pronto para ver a quién puedes encontrarte en la próxima.

Sobre la autora



Vi Keeland es autora *best seller* del *New York Times,* el *Wall Street Journal,* el *Washington Post* y el *USA Today.* Sus títulos se han traducido a más de veinte idiomas. Vi reside en Nueva York con su marido y sus tres hijos, donde vive su propio felices para siempre con el chico al que conoció cuando solo tenía seis años.

Chic Editorial te agradece la atención dedicada a *Plantada*, de Vi Keeland. Esperamos que hayas disfrutado de la lectura y te invitamos a visitarnos en www.chiceditorial.com, donde encontrarás más información sobre nuestras publicaciones.

Si lo deseas, también puedes seguirnos a través de Facebook, Twitter o Instagram utilizando tu teléfono móvil para leer los siguientes códigos QR:



Primera edición: febrero de 2026
Título original: *Jilted*

© Vi Keeland, 2025
© de la traducción, Laura Cervantes Aguilar, 2026
© de esta edición, Futurbox Project S. L., 2026
Todos los derechos reservados, incluido el derecho de reproducción total o parcial de la obra.
Los derechos morales de la autora han sido reconocidos.
Ninguna parte de este libro se podrá utilizar ni reproducir bajo ninguna circunstancia con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. Esta obra queda excluida de la minería de texto y datos (Artículo 4(3) de la Directiva (UE) 2019/790).

Ilustración de cubierta: Sarah Kellogg
Corrección: Alejandra Montero

Publicado por Chic Editorial
C/ Roger de Flor, n.º 49, escalera B, entresuelo, oficina 10
08013, Barcelona
chic@chiceditorial.com
www.chiceditorial.com

ISBN: 978-84-17972-31-8
THEMA: FRD
Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Índice

Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho
Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco
Capítulo veintiséis
Capítulo veintisiete
Capítulo veintiocho
Capítulo veintinueve
Capítulo treinta

Capítulo treinta y uno
Capítulo treinta y dos
Capítulo treinta y tres
Epílogo
Agradecimientos
Sobre la autora